



2753

2753  
XXXIII-6

16. P. = 16-1-924.

3.762

Boy de Federico Dier  
R









# PROGRAMA DE RELIGION Y MORAL,

QUE

*cumpliendo con lo dispuesto en el art. 154 del Reglamento  
de Estudios de 1847,*

PUBLICÓ EL PRESBITERO

**DON JUAN DIAZ DE BAEZA,**

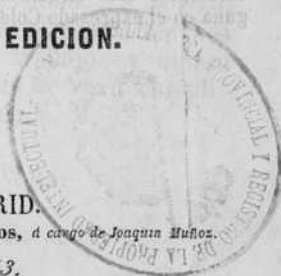
CATEDRÁTICO DE RELIGION Y MORAL, Y DIRECTOR DEL INS-  
TITUTO DE SAN ISIDRO DE MADRID; ARREGLÁNDOSE ES-  
TRICTAMENTE, SEGUN SE MANDABA EN EL ART. 69 DEL  
MISMO REGLAMENTO, AL PROGRAMA DE DICHA ASIGNA-  
TURA PUBLICADO POR LA SUPERIORIDAD EN SETIEMBRE  
DE 1850.

**SEGUNDA EDICION.**

**MADRID.**

*Imprenta que fue de Operarios, a cargo de Joaquin Muñoz.*

1853.



PROGRAMA  
DE RELIGION Y MORAL

En la portería del *Colegio de primera clase, preparatorio para todas las carreras*, sito en Madrid, plazuela del Duque de Alba, bajo la dirección de D. F. Serra, se vende también:

*El niño bien educado.* Prontuario de buena educación de niños y jóvenes. Obra muy útil para los padres de familia, y necesaria en los Colegios y demás casas de educación. Señalada por texto en las escuelas de instrucción primaria por Real orden de 20 de Mayo de 1852. Su autor, el de la presente, que también ha sido aprobada para texto en las Universidades é Institutos de reino, en virtud de Real orden de 18 de Setiembre del presente año de 1855, y por la misma Real orden aprobada también para el mismo objeto, la *Ética elemental* del mismo autor.

*Fourier*, gramática francesa.

En cuantas obras se hallan de venta en dicho Colegio, se dará un ejemplar de gracia á los que paguen de una vez 12; 5 á los que paguen 25; 10 á los de 50, y 25 á los que paguen 100.

Deberán franquearse cuantos pedidos se hagan al efecto; sin esta circunstancia no se recibe carta alguna en el expresado Colegio.

MADRID  
1855



A S. M. LA REINA

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Madre de nuestra augusta Soberana

**DOÑA ISABEL SEGUNDA.**

SEÑORA:

El deseo que tantas veces se ha dignado manifestarme V. M. de que se inculquen con eficacia en el ánimo de los jóvenes estudiantes las verdades morales, y se les inspire los sentimientos religiosos tan profundamente arraigados en el corazón de V. M., me ha animado y sostenido en la tarea de componer, cumpliendo con lo mandado en el Reglamento de Estudios, el programa de Religión y Moral, de cuya enseñanza estoy encargado en esta Universidad. La bondad de V. M. me ha movido á ofrecer á los pies de V. M. este pequeño trabajo, y quiera Dios que contribuya á que se vean cumplidos los piadosos deseos de V. M.

SEÑORA:

A L. R. P. de V. M.

*Juan Diaz de Baena.*



# PROGRAMA DE RELIGION Y MORAL.

## PRIMER AÑO.

### CUATRO LECCIONES SEMANALES.

#### HISTORIA SAGRADA Y DOCTRINA CRISTIANA.

#### Antiguo Testamento.

#### LECCION PRIMERA.

*Ni el mundo ni el hombre se han dado á sí mismos la existencia.*—Necesidad de creer en la existencia de un Ser Supremo.—Idea de este Ser Supremo presentada con sencillez.—*De la idea de Dios se sigue necesariamente el poder ser Criador.*

El mundo no podía hacerse á sí mismo, porque antes de hacerse á sí mismo no hubiera existido, y lo que no existe no puede hacer nada. Lo mismo decimos del hombre en particular. Luego el mundo y el hombre fueron hechos por un ser anterior á ellos; este ser es Dios; de consiguiente es nece-

sario creer que hay un Dios. Dios es un ser infinitamente perfecto, reúne sin límites todas las perfecciones. Es eterno, no tuvo principio ni tendrá fin. Es tan bueno que su bondad es inagotable; es tan sábio que no hay nada que no conozca; es tan grande que no solamente no depende de nadie, sino que todo depende de él; es infinitamente santo; es imposible que haga mal; es infinitamente misericordioso, pero justo; perdona al que le pide perdón, y castiga al que le ofende y no se arrepiente; es omnipotente; puede hacer todo cuanto quiera; de consiguiente puede criar, y efectivamente crió el mundo, y así es Criador. No había nada más que Dios, no había mundo; Dios quiso que hubiese mundo y hubo mundo; esto es criar.

Moisés refirió la creación, y muchas cosas que sucedieron desde la creación hasta su tiempo. Moisés alcanzó en vida á su madre Jacobed, nieta ó hija de Leví, que vivió 55 años con Isaac: este vivió cincuenta con Sem, hijo de Noé; Sem 92 con Lamech, hijo de Matusalen, y Lamech 56 con Adan; de modo que entre Moisés y Adan solo mediaron cuatro ó cinco generaciones, pues aunque Moisés nació cerca de 2500 años despues de la formación del primer hombre, en aquellos primeros tiempos vivian los hombres muchos años. Adan vivió 950, Lamech 777, Sem 650, etc. Así, la noticia de todo cuanto escribió Moisés, se conservaba entre los que vivian en su tiempo por medio de una tradición bastante próxima á los sucesos.

El Pentateuco ó los cinco libros que escribió Moisés son los primeros de la Sagrada Escritura, y se intitulan el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. En el Génesis, que quiere decir generacion, refiere el historiador sagrado la creación del mundo.

## LECCION II.

Creacion del mundo. Existencia de los ángeles; ángeles buenos y malos. Creacion de los primeros hombres; Adan y Eva. Lo que era el hombre cuando salió de las manos de Dios; Adan y Eva en el paraíso.

Primero crió Dios una masa informe; pero no había luz, y Dios dijo: haya luz, y hubo luz; esto lo hizo en el primer día ó en la primera época.

En el segundo día hizo Dios el firmamento, y lo llamó cielo. En el tercero separó de la tierra las aguas, las reunió, y así reunidas las llamó mar. Luego dispuso que la tierra produjese yerba verde que tuviese semilla, y árboles que diesen fruto, cada uno segun su género: y de la tierra brotó yerba verde con su semilla, y árboles fructíferos, cada uno de ellos con su simiente segun su especie. El cuarto día hizo Dios dos grandes lumbreras, el sol y la luna; el sol para que presidiese al día, y la luna á la noche, y ambas para señalar los tiempos, las estaciones, los años, los meses y los días: hizo tambien las estrellas. El día quinto hizo Dios que las aguas produjesen peces de todos tamaños y otros animales para poblarlas, y aves que volasen por el aire, y el Señor dió á todos estos animales su bendicion, diciéndoles: Creced y multiplicaros en las aguas y en la tierra. En el día sexto hizo Dios que la tierra produjese animales de varias especies; y en el mismo día crió á su imagen y semejanza al hombre, formando su cuerpo de la tierra, con una organizacion mucho mas perfecta que la de los demas animales, é infundiendo en este cuerpo una alma ó espíritu que crió, de donde resultó un animal racional, el

único que en la tierra puede conocer y amar á su Criador, y por esta razon la criatura mas noble, la mas excelente de todas las obras que hizo el Señor en la tierra. El primer hombre se llamó Adán.

Colocó Dios al hombre en el paraíso, que era un jardín amenísimo y delicioso; y queriendo darle una compañera, infundió un sueño en Adán, tomó de este una costilla, y de ella formó el cuerpo de la muger, infundiendo también en este cuerpo una alma ó un espíritu. Presentó Dios la muger á Adán que la recibió como hueso de sus huesos y carne de su carne, y la llamó Eva. El Señor les dió su bendición, y les dijo: Creced y multiplicaros, y poblad la tierra, instituyendo de este modo el matrimonio de un solo hombre con una sola muger. El estado de Adán y Eva al salir de las manos del Criador, era el mas feliz que podían apetecer. Estaban adornados de una perfecta inocencia, y enriquecidos con grandes luces intelectuales; gozaban de una libertad completa y de una facilidad de obrar bien, sin inclinación al mal, y estaban destinados á pasar una vida descansada y agradable, cultivando sin fatiga el terreno del paraíso, alabando y bendiciendo á Dios. No estaban sujetos á morir, sino que cuando fuese la voluntad del Señor los había de trasladar al cielo. Entretanto hubieran servido bien á Dios, porque el Señor les había dado á conocer todas las verdades morales y religiosas que necesitaban saber para dar culto á Dios, y proceder con rectitud en todas sus acciones.

Estaba poblado el paraíso de árboles hermosísimos á la vista, y que llevaban un fruto sabrosísimo, y en medio de aquel vergel había colocado el Señor el árbol de la ciencia del bien y del mal, y queriendo que aquellos seres racionales que ha-

bia creado, le diesen pruebas de su obediencia y sumision, les prohibió comer de la fruta de aquel árbol, amenazándoles que morirían si comían de su fruto.

Habia criado tambien Dios á los ángeles, los cuales son unos espíritus que no estan unidos á ningun cuerpo. Algunos de estos espíritus se mantuvieron fieles y sumisos á Dios, y el Señor aseguró para siempre su felicidad; pero otros se rebelaron contra Dios, y el Señor los condenó al fuego eterno: estos se llaman demonios, diablos, ángeles de las tinieblas, espíritus infernales.

### LECCION III.

*Los primeros hombres no permanecieron en el estado de inocencia y de felicidad en que fueron criados.*—Pecado de nuestros primeros padres, y sus consecuencias para ellos y para toda su posteridad.—Estado de la naturaleza humana despues de la caída del primer hombre.—*El Señor se apiadó del hombre despues de su caída.*—Promete Dios á los hombres un Redentor.—Fe de los primeros hombres en esta promesa.—Desde la promesa hecha á los hombres de un Redentor hasta que vino al mundo, los tiempos que mediaron fueron la preparacion de su venida.

El demonio, uno de estos espíritus rebeldes, lleno de envidia por ver tan felices á Adán y á Eva, y queriendo privarles de la felicidad que gozaban, induciéndoles á desobedecer á Dios, se introdujo en el cuerpo de la serpiente, y la dijo á Eva que de ninguna manera morirían comiendo la fruta de aquel árbol, y que antes bien serían como dioses conociendo el bien y el mal. Eva se dejó engañar; comió de la fruta del árbol

prohibido, y dió de ella á Adán que también comió. Entonces el Señor los arrojó del paraíso, y los sujetó á la muerte, los condenó á trabajar la tierra para comer, y á todas las penalidades de esta vida. Pecaron nuestros primeros padres desobedeciendo á Dios, y toda su posteridad quedó envuelta en este pecado que todos contraemos, y por eso se llama original. Por él están sujetos todos los hombres á las enfermedades y á la muerte, á la inclinación á lo malo, á la esclavitud del demonio, y excluidos de la eterna felicidad, habiendo quedado cerradas para el hombre las puertas del cielo; pero el Señor, infinitamente misericordioso, no quiso que estuviesen cerradas para siempre; determinó enviar un Redentor, y así lo anunció á los hombres, diciendo á la serpiente: «Ya que engañaste á la muger, una muger quebrantará tu cabeza;» significando que de una muger había de nacer el Salvador del género humano, que desharia la obra del demonio: promesa en que creyeron nuestros primeros padres, y despues sus descendientes. En el tiempo que medió desde que Dios hizo á los hombres esta promesa, hasta que se realizó, fué adelantando la especie humana en conocimientos y civilización: se estableció entre los hebreos una religion nacional, dictada por el mismo Dios: aumentáronse las relaciones de unas naciones con otras, estrechándose por lo mismo la fraternidad mútua entre los hombres, con lo que se prepararon para la venida del Redentor, que había de enseñarles una religion, toda de amor.



#### LECCION IV.

*Principios de la historia sagrada.*—Cain y Abel.—Estado del género humano antes del diluvio.—Se conserva entre los hombres por tradicion la fé en el Redentor prometido, y una noticia de las verdades que el Señor reveló á Adan. Sin embargo los hombres se extraviaron en cuanto al conocimiento de Dios, y corrompieron tambien sus costumbres.

Adan y Eva despues de su caída tuvieron un hijo que se llamó Cain, y otro que se llamó Abel. Cain labraba la tierra, y Abel apacentaba ganados. Uno y otro presentaban ofrendas á Dios; Cain de los frutos de la tierra, y Abel de lo mas pingüe de sus ganados: haciendo estos sacrificios en reconocimiento del supremo dominio de Dios sobre todas las cosas, y para manifestar sumision á su Criador. El Señor, que veia los corazones, recibia con agrado las ofrendas de Abel, pero no las de Cain, por lo cual lleno este de envidia, quitó la vida á su hermano. Indignado el Señor, le dijo á Cain: ¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano está clamando á mí desde el sitio en que la derramaste. Por este delito que has cometido, serás maldito en la tierra que has manchado con la sangre de tu hermano; andarás prófugo y vagando por toda ella.

Cain, aunque errante y señalado por Dios, para que nadie le matase por su delito, tuvo hijos y una larga descendencia. Adan y Eva tuvieron otro hijo que se llamó Seth, el cual fué padre de una numerosa posteridad, y dió y enseñó á sus hijos á dar el verdadero culto á Dios. Multiplicados ya los hombres se conservaron entre algu-

nos la memoria de un Dios Criador, del pecado del primer hombre, del Redentor prometido, y las lecciones de la revelacion primitiva que Adan habia dado á sus hijos. Pero llegó un tiempo en que los hombres se olvidaron de Dios, y corrompieron lastimosamente sus costumbres: la disolucion se hizo general, y llegó á tan alto grado que al Señor le pesaba ya de haber criado al hombre. Y viendo cuán grande era la malicia de los hombres, y que su corazon se dirigia siempre á lo malo, poseido de un profundo sentimiento, determinó borrar de sobre la faz de la tierra la raza humana con los demas animales, ya que el hombre no apreciaba los dones con que le habia favorecido su Criador. En Dios no cabe pesar ni dolor alguno, pero el historiador sagrado usa de este lenguaje, para dar á conocer la enormidad de las culpas de los hombres, por las cuales queria el Señor castigarlos tan ejemplarmente. En efecto, determinó Dios, para castigar á los hombres por sus muchos y gravísimos delitos, enviar un diluvio sobre la tierra.

## LECCION V.

### Noé y el diluvio universal.

De todos los hombres que vivian en la tierra hácia el año 1656 de la formacion del primero, solo llama justo á Noé la Sagrada Escritura. Los demas, todos se habian entregado desenfrenadamente á la satisfaccion de sus apetitos desordenados, mezclada ya la descendencia de Cain con la de Seth. Queriendo el Señor castigar tanta iniquidad, no se propuso sin embargo aniquilar todo el género humano; y así para conservarlo, escogió

á Noé, que se habia preservado de la depravacion general, y por esta razon tampoco queria Dios envolverle en el castigo de los delincuentes. Manifestóle su determinacion de inundar toda la tierra y anegar á los hombres y animales, y le mandó fabricar una arca ó una especie de bajel con arreglo á las medidas y proporciones y á la disposicion interior que le señaló. Trabajó Noé por muchos años en la construccion de la arca, haciendo saber á los demas el mandato de Dios y el objeto de este mandato, y exhortándolos á mudar de vida; pero ellos seguian en su perversidad, no dando crédito á las palabras de Noé.

Concluida el arca, entró en ella Noé, segun la orden de Dios, con su muger, sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, y las mugeres de estos. Tambien introdujo en el arca los animales que le mandó el Señor, y el alimento necesario para todos. Entonces se rompieron todas las fuentes de la tierra, se abrieron las cataratas del cielo, y estuvo lloviendo á torrentes por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches; la tierra quedó inundada por todas partes, las aguas subieron quince codos por encima de los montes mas altos del globo, y se ahogaron todos los hombres y animales que no habian entrado en el arca. Al cabo de ciento y cincuenta dias empezaron á disminuirse las aguas, y por último despues de casi ocho meses, se posó en tierra el arca. Pasaron todavia otros cuatro meses, y estando ya seca la tierra mandó el Señor á Noé que saliese del arca, y así lo hizo. El primer cuidado de Noé al salir del arca, fué levantar un altar al Señor, y ofrecerle en holocausto reses y aves en reconocimiento del supremo dominio de Dios, y en señal de agradecimiento por haberle librado de la destruccion ge-

neral. Por donde se ve que Noé conservaba las ideas religiosas que habia recibido por la tradicion, y que su razon no se habia extraviado ni ofuscado. El Señor bendijo á Noé y á sus hijos, y les dijo: Creced y multiplicaros, y poblad la tierra.

## LECCION VI.

*La especie humana no pereció toda en el diluvio.*—Continuacion de la especie humana en los hijos de Noé.—Torre de Babel.—Dispersion de los descendientes de Noé por la tierra.

Dedicóse Noé á cultivar la tierra; plantó una viña, bebió del zumo de las uvas ignorando los efectos de esta bebida, se embriagó y se quedó dormido indecentemente descubierto. Le vió su hijo Cam, se mofó de la desnudez de su padre, y llamó á sus hermanos para que le viesen; pero Sem y Jafet, llenos de respeto hácia su padre, le cubriéron sin mirar hácia su desnudez. Despertó Noé, y sabedor de lo que habia sucedido, bendijo á Sem y á Jafet y maldijo á Canaan, hijo de Cam, y á su posteridad, anunciando que los descendientes de Canaan, servirian á los de Sem y Jafet. En la mala accion de Cam, y en la maldicion que echó Noé á su posteridad, deben escarmentar los hijos para no faltar al respeto debido á sus pádres, así como debe estimularlos á honrarles y reverenciarles la buena conducta de Sem y Jafet, y la bendicion con que les favoreció su padre. Maldijo Noé á Canaan hijo de Cam, y no á este, respetando la bendicion que Dios le habia dado al salir del arca con su padre y sus hermanos.

Habiéndose aumentando mucho los descendien-

tes de Noé, trataron las familias de separarse para ir á establecerse en diferentes puntos. Pero antes de ejecutarlo proyectaron edificar una ciudad y en ella una torre que llegase hasta el cielo, con el fin de inmortalizar su nombre, y librarse en caso de otro diluvio. Hablaban todos una misma lengua; pero el Señor hizo que no se entendiesen unos á otros, por lo cual abandonaron la empresa y se dispersaron por distintos rumbos: por esta razon aquella torre se llamó Babel, que quiere decir confusion. El Señor confundió en aquella ocasion y abatió la vanidad y soberbia de aquellos temerarios, que creian poder defenderse de su divina justicia y omnipotencia, dando asi una leccion instructiva á todos los vanidosos y soberbios del mundo.

#### LECCION VII.

*Al dispersarse los hijos de Noé no todos conservaron las tradiciones religiosas, relativas á la unidad de Dios, á la creacion del mundo y del hombre, y á la promesa de un Redentor.—Origen del politeismo.—Vuelve á extraviarse la especie humana, pero se conservan algunos justos.—Principios del pueblo hebreo en la vocacion de Abraham; nacimiento de Isaac.*

Diseminados los hombres por toda la tierra, se volvió á ver casi todo el linage humano en el mismo estado de corrupcion, perversidad y olvido de Dios, en que se hallaba cuando le castigó con el diluvio. Olvidaron casi todos los hombres á su Criador, y empezaron á adorar á las criaturas; dando origen al politeismo ó á la adoracion de muchos dioses. Pero el Señor que habia prometido á Noé, despues que salió del arca, no vol-

ver á exterminar de la tierra á los vivientes, determinó formar un pueblo que le adorase, y se perpetuase hasta el fin del mundo. Preserváronse de la corrupcion general algunos pocos justos. Entre ellos escogió Dios para cabeza de este pueblo á Abraham hijo de Taré, con quien vivia en Ur, ciudad de Caldea habitada por idólatras, de donde se trasladó á la ciudad de Haram en Mesopotamia. Allí le mandó el Señor que saliese de su tierra, que se separase de su parentela y de la casa de sus padres, y fuese al pais que el mismo Señor le mostraria; declarándole que le haria padre y fundador de una familia dilatada; que le bendeciria, que engrandeceria su nombre, que seria bendito, que bendeciria á los que le bendijesen, y maldeciria á los que le maldijesen, y que en él serian benditas todas las naciones de la tierra; profecía que le señalaba por padre ó ascendiente, segun la carne, de nuestro Señor Jesucristo, el Redentor prometido á los hombres. Abraham conservó por toda su vida la fé en este Redentor, que se perpetuó en su familia hasta su venida.

Salió Abraham de aquella tierra acompañado de su muger Sara y de su sobrino Lot, y llegó á Canaan, cuya tierra le reveló el Señor que seria para sus descendientes. De allí pasó con su muger y su familia á Egipto, de donde salió despues de algun tiempo, para restituirse al punto de donde habia venido. Pero en el camino empezaron á reñir sus pastores con los de Lot, por lo cual se vió precisado á separarse de su sobrino, que se estableció en Sodoma, cuyos habitantes tenian las costumbres mas abominables. El rey de Sodoma salió con gente armada á rechazar á cuatro principes que estaban devastando toda

aquella comarca, pero fué derrotado, y quedó cautivo Lot. Informado Abrahan de la desgracia de su sobrino, reunió su gente y pudo libertarle, derrotando á los principes coligados.

Era estéril Sara, la muger de Abrahan, y sin embargo el Señor le prometió que tendria de ella un hijo: el Santo patriarca, lleno de fe, creyó firmemente en la promesa de Dios; pero Sara, con dolida de ver sin hijos á Abrahan, le aconsejó algun tiempo despues que tomase tambien por muger á su esclava Agar. Condújose esta con bastante altivez, rehusando respetar á Sara, la cual autorizada por su marido empezó á tratarla con bastante rigor, por lo cual se ahuyentó de la casa de su marido; pero un ángel la hizo volver á ella, y á poco tiempo dió á luz un hijo á quien pusieron por nombre Ismael. Trece años despues volvió el Señor á prometer á Abrahan que Sara tendria un hijo, y lo mismo le anunciaron, tiempo adelante, tres ángeles que se le aparecieron. Los dos esposos estaban confusos, y aun se reian, porque Abrahan tenia ya cien años, y Sara noventa: sin embargo la promesa de Dios se cumplió, porque Dios es fidelísimo en sus promesas.

### LECCION VIII.

Destruccion de Sodoma y de Gomorra.—Sacrificio de Isaac; Agar é Ismael.—Promesas de Dios á Abrahan.—Muerte de este Patriarca.

Despues que el Señor prometió á Abrahan que Sara su muger daría á luz un hijo, le manifestó tambien que estaba resuelto á destruir á Sodoma en castigo de los grandes pecados y abominaciones de sus habitantes. Rogó Abrahan por ellos,

preguntando al Señor si los perdonaria en el caso de que hubiera en la ciudad siquiera diez justos; el Señor le respondió que sí, pero ni aun diez justos habia en aquel desgraciado pueblo.

Llegaron dos ángeles en figura de hombres á Sodoma, los condujo Lot á su casa, los hospedó y agasajó. Los sodomitas se agolparon á la puerta de la casa de Lot, exigiendo de él con la mayor violencia, que sacase fuera á los dos mancebos, con la intencion de insultarlos brutalmente. Cegó Dios á aquellos malvados, de modo que no pudieron hallar la puerta de la casa que querian forzar; y sabiendo los ángeles que iba á venir sobre ellos la ira del cielo, sacaron con premura fuera de la ciudad á Lot, á su muger y á sus dos hijas, mandándoles que no volviesen la vista atrás. Entonces envió el Señor una lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra y otros pueblos comarcanos, y todos quedaron destruidos. Asustada con el estruendo la muger de Lot, volvió la cabeza contra la prohibicion de los ángeles, y quedó convertida en estatua de sal. Los avisos del cielo no se deben despreciar, y el que abandona el camino del vicio no debe volver la vista atrás. El terrible castigo de los sodomitas es una prueba de lo mucho que aborrece el Señor el detestable vicio de la lujuria, vicio á que estaban entregados escandalosamente aquellos moradores. Lot se refugió con sus hijas en un pueblo inmediato.

Cumpliendo el Señor la promesa que habia hecho á Abraham, su muger Sara en medio de su ancianidad parió un hijo, á quien pusieron por nombre Isaac. El nacimiento de Isaac causó gran sentimiento á Ismael, el hijo de Agar, que veia en su hermano el heredero de los cuantiosos bie-



nes que se prometia. Miraba tambien con mucho pesar el cariño y las distinciones con que le trataban sus padres, complaciéndose en el que habia de ser heredero de todas las magnificas promesas de Dios. Atormentábale la envidia, que no podia disimular, y así trataba á Isaac con despego y aspereza, y aun abrigaba contra él muy malas intenciones. Alarmada Sara con estas malas disposiciones de Ismael, dijo á Abraham que expeliese de la casa á Ismael y á su madre. Repugnaba al corazon paternal de Abraham arrojar á su hijo de su casa; pero el Señor le dijo: No te parezca dura esa medida con el hijo y con la madre, haz lo que te dice Sara: Isaac llevará tu nombre, pero al hijo de la esclava tambien le haré padre de una dilatada familia, porque tambien es tu hijo. Despidió entonces Abraham á Agar con su hijo Ismael, la cual anduvo errante por el desierto, donde careciendo de agua, y temiendo que su hijo se muriese de sed, estaba inconsolable y lloraba amargamente: un ángel la confortó, y encargó que cuidase de Ismael: por providencia de Dios vió entonces un pozo donde madre é hijo apagaron su sed. Creció Ismael, se casó, y fué padre de una posteridad numerosa, segun lo habia anunciado el Señor.

Queriendo Dios dar al mundo un ejemplo en la obediencia y fe de Abraham, mandó á este patriarca que le sacrificase á su querido hijo Isaac en la cumbre de un monte que le mostraria. Obedeció al instante Abraham, y habiendo cargado á su hijo con la leña para el sacrificio, se dirigió á lo alto del monte; y yendo ya á descargar el golpe, le detuvo un ángel, anunciándole que el Señor estaba satisfecho de su obediencia. Isaac era una figura de Nuestro Señor Jesucristo que habia de

subir cargado con la cruz al monte Calvario, donde habia de ser sacrificado por la salvacion de los hombres.

Muerta Sara, y siendo ya muy anciano Abraham, se propuso casar á su hijo Isaac, y no queriendo que se enlazase con ninguna de las mugeres cananeas, envió á Eliezer, que era su mayordomo, á Mesopotamia, con el encargo de que buscase para su hijo una esposa, que fuese fiel y temerosa de Dios. Se puso en camino Eliezer, y estando cerca de la ciudad de Nachor, pidió á Dios que le iluminase para elegir la muger que convenia al hijo de su amo, y se la diese á conocer, si era de su divino agrado, en el hecho de darle agua cuando se la pidiese. Vió entonces salir de la ciudad á Rebeca, hija de Bathuel, el cual era hijo de Melcha, muger de Nachor, hermano de Abraham. Se acercó Eliezer á Rebeca, que volvia á su casa con agua, la pidió de beber, le dió agua Rebeca con mucho agrado y se la ofreció tambien para sus camellos. De este modo conoció Eliezer que aquella doncella era la que destinaba el Señor para esposa de Isaac. Se presentó en casa de Rebeca, dió cuenta á sus padres de la comision que llevaba, y se la pidió para esposa del hijo de Abraham: se la concedieron, consintió Rebeca, y al dia siguiente se puso con ella en camino Eliezer para la casa de Abraham. Antes de llegar á ella encontraron en el campo á Isaac que habiendo entrado en la casa de su padre, se unió en matrimonio con Rebeca, á quien amó mucho toda su vida.

Despues del casamiento de Isaac y Rebeca, todavia vivió Abraham muchos años. El Señor le confirmó todas las magnificas promesas que le habia hecho. Antes de morir tuvo la satisfaccion de que Rebeca diese á luz dos gemelos, Esau y

Jacob, y lleno de merecimientos fué llamado por el Señor, y murió en paz y santidad.

## LECCION IX.

*Despues de muerto Abraham, su hijo Isaac es el depositario de las promesas de Dios.—Jacob y Esau.—Muerte de Isaac.—Promesas de Dios á Jacob.*

Estando en cinta Rebeca de Esau y de Jacob, sintió ya una lucha entre los dos hermanos que la causaba grandes incomodidades; consultó á Dios sobresaltada, y el Señor la respondió que llevaba en su seno dos infantes, que serian gefes de dos grandes pueblos, y que el mayor serviria al menor. Dió á luz Rebeca dos hijos: el primero nació cubierto de pelo, y le pusieron por nombre Esau; el segundo nació asido al pie de su hermano, y le pusieron por nombre Jacob. Con el tiempo se dió Esau al ejercicio de la caza, y volviendo un dia del campo con bastante hambre, pidió á Jacob unas lentejas que tenia preparadas, consintiendo en cederle por ellas el derecho de primogenitura, en cuya posesion le confirmó despues Rebeca, usando de una estratagema que dirigia á sus fines la divina Providencia.

Sucedió, pues, que siendo ya muy anciano Isaac, como habia heredado las promesas que habia hecho Dios á su padre Abraham, y queriendo que pasasen á su hijo Esau, le llamó y le dijo que saliese á caza, y que le preparase para comer algo de lo que cazase, que despues le daria su bendicion antes de morir. Oyó Rebeca lo que Isaac habia dicho á Esau, y como queria mucho á Jacob, le dijo que escogiese dos cabritos del ganado, que los trajese, y que ella los prepararia

como sabia que gustaban á su padre. Los trajo Jacob, los compuso Rebeca, cubrió con las pieles de los cabritos las manos y el cuello de Jacob: presentó este la vianda á Isaac diciéndole que comiese. Isaac estaba ya ciego, y oyendo la voz de Jacob, le mandó que se acercase, le tocó las manos, y creyendo, al tocar la piel de cabrito que era su hijo Esau, despues de haber comido y bebido dió su bendicion á Jacob, deseándole el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra, y que dominase á todos sus hermanos, bendiciendo tambien al que le bendijese, y maldiciendo al que le maldijese.

Entró luego Esau con la caza que habia destinado para su padre, y le rogó que comiese y le diese su bendicion. Quedó absorto Isaac al saber lo que habia sucedido, mas no por eso revocó la bendicion que habia dado á Jacob. Llenóse Esau del mas amargo sentimiento, y preguntó á su padre si no podia bendecirle á él tambien. Compadecido el santo anciano del dolor de su hijo, le dió por último tambien su bendicion; pero dejándole siempre sujeto á Jacob, contra el cual concibió Esau un odio tan grande, que solo esperaba á que muriese su padre para matarle, por lo cual sus padres creyeron necesario que se ausentase Jacob, y se estableciese lejos de su patria. Salió Jacob; y en el camino vió aquella misteriosa escala que llegaba al cielo, y por la cual subian y bajaban ángeles, y oyó que desde lo mas alto de ella le hablaba el mismo Dios, diciéndole: Yo soy el Dios de tu padre Abraham, y el Dios de Isaac. Te daré á ti y á tus descendientes la tierra en que duermes. Tus hijos se multiplicarán como el polvo de la tierra, y tus ascendientes se dilatarán al occidente y al oriente, al norte y al mediodia: *y en ti, y en*

*el que descenderá de tu linaje, serán benditas todas las naciones de la tierra.* Profecía insigne, que señala claramente al Redentor del mundo, Nuestro Señor Jesucristo, descendiente de Jacob.

Tambien le prometió el Señor que le volveria á aquel pais del que se ausentaba. Así sucedió, pues despues de haber vivido en Haran algunos años, y haberse casado con Lia y con Raquel, hijas de su tío Lavan, volvió á la tierra de su nacimiento. En el camino luchó con un ángel, el cual le dijo que ya no se llamaria Jacob, sino Israel, que quiere decir: El que ve á Dios, ó varon muy fuerte. Y aunque salió contra él de mano armada Esau con cuatrocientos hombres, se reconciliaron al cabo los dos hermanos, y vivieron en paz y armonía. Jacob nos dió un ejemplo de moderacion en la paciencia con que sufrió la injusta persecucion de su hermano, sin abrigar ningun resentimiento contra él. En la reconciliacion de Esau, se ve tambien lo que pueden los sentimientos de la piedad, cuando ha cedido la violencia de la ira.

## LECCION X.

Los doce hijos de Jacob.—Historia de José.

Tuvo Jacob doce hijos, uno de ellos se llamaba José; su padre le queria entrañablemente, por haberle tenido en su vejez. Era hijo de Raquel, tenia muy buena conducta, y siendo de edad de diez y seis años, acusó ante su padre á sus hermanos de un delito enorme, por todo lo cual concibieron contra él un odio mortal, y una fuerte envidia que se aumentó cuando le oyeron contar dos sueños que habia tenido. En el primero soñó, que estando con sus hermanos atando manojos en el campo,

se postraban los de sus hermanos delante del suyo, que permanecía derecho. En el segundo soñó que le adoraban el sol, la luna y once estrellas, como si dijera su padre, su madre y sus once hermanos. Arrastrados estos por la envidia trataron de vengarse de su hermano menor, y un día despues de haber querido quitarle la vida, lo vendieron por último á unos Ismaelitas, ensangrentaron su túnica, y se la presentaron á Jacob, diciéndole que una fiera habia devorado á su hijo José.

Lleváronle los Ismaelitas á Egipto, donde le compró Putifar, general del ejército de Faraon, que prendado de la fidelidad, inteligencia, modestia y buena índole de José, le encomendó lleno de confianza la administracion y gobierno de su casa; confianza á que correspondió José digna y cumplidamente. Enamorada del jóven la muger de Putifar, tentó su virtud, pero no pudo vencerla; y resentida, le calumnió ante su marido, imputándole que habia querido violentarla. Le encerró Putifar en una cárcel, donde estaban presos tambien el copero mayor de Faraon, y su mayordomo encargado del pan que se presentaba en la mesa del rey. Una noche soñó el primero que habia visto una vid cargada de racimos de uvas, y que él los exprimia en la copa de Faraon, y se la presentaba. El otro soñó que llevaba encima de la cabeza tres canastos con todo género de pastas, que iban comiéndose las aves. José les interpretó los sueños diciendo al mayordomo que despues de tres dias le cortarian la cabeza, colgarian su cuerpo en una cruz, y las aves lo despedazarian; y al copero, que tambien dentro de tres dias le repondria el rey en su antiguo destino; suplicándole que entonces hiciese presente á Faraon su inocencia, y le pidiese su libertad.

Todo se cumplió segun lo habia anunciado José; mas el copero del rey no volvió á acordarse de él hasta dos años despues, con ocasion de otro sueño que habia tenido su amo. Soñó, pues, Faraon, que veia salir de un rio siete vacas muy hermosas y gordas, y otras siete muy deformes y muy flacas, las cuales tragaron á las primeras: soñó despues que habia visto siete espigas muy graciosas y granadas, que tambien fueron devoradas por otras siete espigas estenuadas, secas y atizonadas.

Reunió Faraon la mañana siguiente en su palacio á todos los sabios y adivinos, pero ninguno de ellos acertó á explicarle los sueños. Entonces se acordó de José el copero del rey, habló de la sabiduria de aquel jóven á Faraon, quien inmediatamente le mandó llamar; y habiéndole referido los sueños que habia tenido, se los explicó diciendo que las siete primeras vacas y espigas significaban siete años de fertilidad y de abundancia, y las siete segundas otros siete de esterilidad y de hambre; aconsejando al rey que por medio de un ministro capaz y prudente reuniese la quinta parte del grano de los siete años abundantes para subvenir á los otros siete siguientes de escasez. Prendado Faraon de la sabiduria y prudencia de José, le hizo su primer ministro, y le encargó la ejecucion de cuanto habia propuesto, dándole una ámplia autoridad en todo su reino.

## LECCION XI.

Sigue la historia de José.

Procuró José reunir en los siete años de abundancia todo el grano que no era entonces neces-

rio: llegaron los años de esterilidad, y esta se remedió en todo el Egipto por la prevision y providencias de José. Se extendió el hambre tambien á Canaan, donde vivia Jacob con sus hijos, los hermanos de José, á quienes envió su padre á comprar trigo á Egipto. Los vió José, y los conoció al instante, pero ellos no le conocieron á él: echó de menos á Benjamin, hermano suyo de padre y madre, y temiendo que tal vez hubiesen hecho con su hermano lo que hicieron con él, aparentó tenerlos por espías, los mandó retener, y les declaró que no les daria libertad hasta que fuese uno de ellos su tierra, y trajese consigo á su hermano menor. Por último, despues de tres dias, reteniendo solamente á Simeon, permitió á los demas volver á su pais, con condicion de que trajesen al hermano que faltaba, mandando á sus criados que les diesen provision para el camino, que les llenasen los sacos de trigo, y que pusiesen en ellos el dinero que habian dado por él.

Jacob, cuando llegaron sus hijos, se contristó sobremanera al oir que tenia que desprenderse de su hijo Benjamin, porque le amaba mucho; y acordándose de la desgracia de José, á quien tenia por muerto, temia que sucediese lo mismo á su hermano. Pero al fin, estrechando demasiado el hambre, consintió que se lo llevasen. Se presentaron, pues, otra vez con Benjamin á José, que al verle se enterneció en extremo, y no pudiendo contener las lágrimas, se retiró de la vista de sus hermanos, para dar vado á su llanto, y desahogarse. Despues que se serenó y se enjugó las lágrimas, volvió á presentarse á sus hermanos, á quienes mandó dar de comer en su presencia, comiendo él tambien y otros egipcios, aunque no en la misma mesa con sus hermanos, porque estaba



prohibido á los egipcios comer con los hebreos.

Tratando ya sus hermanos de restituirse á su casa, mandó José que les llenasen de trigo los sacos, metiendo dentro tambien el dinero, como la primera vez, y su copa en el de Benjamin. Se pusieron en camino; José mandó á su mayordomo que los siguiese, diciéndole lo que habia de hacer. Los alcanzó el mayordomo, y empezó á reconvenirles, por lo mal que habian correspondido á las bondades de su amo, pues despues de haberles favorecido y distinguido tanto, le habian robado la copa. Aseguraron todos no haber cometido semejante delito; se registraron los sacos, y se halló la copa en el de Benjamin, con lo cual quedaron todos atónitos y confundidos. Volvieron con el mayordomo, y presentándose de nuevo á José, se postraron en su presencia, y no hallando cómo disculparse, se ofrecieron todos como esclavos. José les dijo que no lo permitiria, que se quedaria solamente el que habia robado la copa, y que los demas podian retirarse libremente. Esta resolucion de José los llenó de consternacion, porque sabian que su padre recibiria un golpe mortal, si le quitaban este otro hijo, á quien amaba con la mayor ternura; y le suplicaban, especialmente Judas, que se condoliese de aquel pobre anciano, dando libertad á Benjamin, en cuyo lugar quedarian todos cautivos. Ya no pudo José disimular por mas tiempo: mandó salir á todos; se quedó solo con sus hermanos, y exclamó en voz alta, que se oyó desde fuera, y entre suspiros y sollozos: «*Yo soy José: ¡Qué, vive todavía mi padre!*» No se puede explicar la sorpresa y el temor de sus hermanos al oír á José: se quedaron sin poder articular una palabra; pero José los animó, diciéndoles que no se acordasen de

que le habian vendido, y atribuyendo á disposiciones altísimas de la divina Providencia el haberle enviado á Egipto, para bien de ellos mismos. Por último, les encargó que llevasen á su padre la noticia de su exaltacion, y volviesen á Egipto con él y con toda la familia; y lo hicieron así, costeando Faraon todo el gasto del camino, y de la vuelta de Jacob con su familia. José, con su conducta en casa de Putifar, nos presenta un modelo de castidad y fidelidad; y en el modo de portarse con sus hermanos nos dió un admirable ejemplo del perdón de las injurias que tanto y tantas veces nos inculca en el Evangelio nuestro Señor Jesucristo. La iniquidad de sus hermanos nos enseña á qué excesos puede conducir la venenosa pasion de la envidia, y la necesidad de evitar un vicio tan ruin y dañino.

## LECCION XII.

Concluye la historia de José.—Muerte de Jacob y de José.—*Cumplia á los designios de Dios que Jacob designase á uno de sus doce hijos como el heredero de las promesas divinas.*—Profecía de Jacob á sus hijos.

Llevaron los hijos de Jacob á su padre la alegre nueva de que su hijo José, á quien tanto amaba, y á quien tanto tiempo hacia que lloraba por muerto, no solamente vivia, sino que mandaba en todo el Egipto, como ministro y privado muy querido del poderoso monarca de aquel pais. Sorprendido quedó el santo anciano con tan inesperada noticia: enagenado de gozo no daba crédito á las palabras de sus hijos; pero cerciorado de la verdad de su narracion, exclamó como quien despierta de un sueño: Me basta, si toda-

via vive mi hijo José: iré, le veré, y moriré contento; y se puso en camino con toda su familia. Envió delante á Judas á anunciar á José la ida de su padre; José salió á recibirle hasta la tierra de Gesen, donde le encontró. Padre é hijo se abrazaron tiernamente; José lloraba y su padre le dijo: Ya moriré contento, porque te vuelvo á ver, y me sobrevivirás. En seguida llevó José á su padre y á sus hermanos á la presencia de Faraon, que los recibió y habló con la mayor afabilidad.

No quería José que el establecimiento de su familia en Egipto causase celos á los egipcios, y así destinó á sus hermanos á la vida pastoril, porque los egipcios despreciaban á los pastores. Los colocó en la tierra de Gesen, propia para apacentar ganados, con la mira tambien de que no se mezclasen con los egipcios, y así se formase un pueblo aparte, que habia de ser con el tiempo gobernado inmediatamente por el mismo Dios.

Vivió Jacob en Egipto diez y siete años, al cabo de los cuales, conociendo que se acercaba su último fin, envió á llamar á José, y le encargó que cuando muriese, hiciese enterrar su cadáver en el sepulcro de sus padres. Por fin, murió á la edad de 147 años. José embalsamó su cuerpo, lo trasladó con mucha pompa á la tierra de Canaan, y lo sepultó con Abraham é Isaac. Jacob, antes de morir, anunció á sus hijos lo que habia de suceder á la descendencia de cada uno, designando á Judas como heredero de las promesas de Dios, y diciéndole que su posteridad obtendria la supremacía entre los descendientes de sus hermanos hasta la venida del Mesías, que habia de nacer de su familia. Todo lo cual se cumplió exactamente, pues la tribu de Judá tuvo siempre, aun durante la cautividad de Babilo-

nia, una superioridad conocida en la nacion hebrea hasta el reinado del extranjero Herodes, en que nació nuestro Señor Jesucristo, siendo su madre la Virgen María de la misma tribu de Judá, y de la familia de David, segun lo habia anunciado Isaias. José murió de edad de 110 años. Antes de morir anunció á sus hermanos que el Señor los trasladaria á la tierra de Canaan, y les rogó que llevasen sus huesos á enterrar con Abraham, Isaac y Jacob: se lo prometieron, embalsamaron su cuerpo, y lo conservaron depositado. Siguiéron los hijos de Jacob por mucho tiempo en Egipto, y se multiplicaron en gran manera, formando ya un pueblo numeroso.

### LECCION XIII.

#### Vida y costumbres de los patriarcas.

Se cuentan diez patriarcas de la primera época del mundo, que empiezan en Adan y concluyen en Noé, y otros diez de la segunda época, que empiezan en Sem y concluyen en Abraham; y se nota que los diez de la segunda época no vivieron la mitad de los años que vivieron los diez de la primera. Tambien se llama patriarcas á Isaac y á Jacob.

Adan enseñó á sus hijos la doctrina que habia recibido de Dios mismo tocante á la religion y á la moral. Los hijos de Adan dieron á los suyos estas lecciones de la revelacion primitiva. Desgraciadamente los hombres las olvidaron con el tiempo, desconocieron á Dios y corrompieron lastimosamente sus costumbres. Pero en medio de esta corrupcion general hubo siempre algunos varones justos, que conservando en la memoria las

verdades religiosas y las máximas morales, que por tradicion habian llegado hasta ellos desde nuestro primer padre; servian á Dios con fidelidad, y tenian una conducta exenta de los crímenes que manchaban la tierra. De este número eran los patriarcas de quienes hablamos. Seguramente tenian ideas muy verdaderas acerca de Dios, del culto que se le debe tributar, de la naturaleza y destino del hombre, del uso que debe hacer de su razon, y de los preceptos de la moral. Como vivian muchos años, naturalmente habian de adquirir por experiencia y reflexion un gran número de conocimientos sobre historia natural, física, astronomía, geografía, etc., y como gobernaban familias numerosas habian de aprender á conocer al hombre, sus inclinaciones y tendencias, los móviles de su conducta, y sus deseos predilectos: el tiempo y la experiencia, la observacion y la meditacion han engendrado los libros: nó creamos que sin ellos nadie puede saber nada.

#### LECCION XIV.

Siguen la vida y costumbres de los patriarcas.

Asi los patriarcas podian instruir á sus hijos y mas descendientes en muchos puntos que entre nosotros son ahora objeto de las ciencias; pero principalmente en cuanto á la religion y la moral. Vemos en la Escritura Santa que aquellos esclarecidos ancianos adoraban á un solo Dios, criador y gobernador del mundo; que le veian presente en todas partes, y disponiendo todo cuanto sucede en la naturaleza; no suponen que tenga iguales, ni que necesite de cooperadores; conocian que todo lo ha hecho con su sola palabra,

y que todo lo gobierna con un simple acto de su voluntad. Léanse, si no, los enérgicos y sublimes discursos que ponen los libros santos en boca de Job. Si nos paramos á considerar el culto que tributan á Dios, los vemos ofrecerle víctimas escogidas, le dirigen plegarias, miran el voto y el juramento como actos de religion, é invocan al Señor para que se digne presidir á sus contratos y matrimonios. Creían sin disputa en la inmortalidad del alma, y en la vida futura, como se prueba por varios pasages de la Escritura Santa. En ella se ve tambien que conocian perfectamente las obligaciones particulares y mútuas de los hombres segun el estado de cada uno, así como las generales que tienen todos los hombres entre sí. Reprobaban el homicidio y el robo, la impureza y el fraude, la perfidia y todos los vicios, y conocian y apreciaban la castidad, la beneficencia, la justicia, la moderacion y todas las virtudes. Se advierte principalmente en toda su conducta un íntimo respeto á Dios, un sentimiento siempre vivo de su presencia, y una confianza sin límites en su poder y en su bondad, que animaban todas sus acciones. No se pueden leer sin una profunda admiracion los rasgos con que se pintan la justicia, el poder, la bondad y la misericordia de Dios en los salmos de David, heredero de las ideas de aquellos santos varones, lo mismo que en otros muchos libros sagrados, escritos en conformidad y armonía con las ideas religiosas de los patriarcas.

Por todas estas razones dirigian á sus familias con acierto y utilidad: las instruian en las cosas naturales, y sobre todo en los casos y prácticas de la religion y la moral: ajustaban con rectitud é imparcialidad las diferencias que se suscitaban

entre los individuos á quienes gobernaban, y daban á todos el primer ejemplo de religiosidad y buena moral. Aunque soberanos, su género de vida era muy sencillo; no los acompañaba el fausto y la ostentacion, y en todo se conducian con la mayor moderacion y naturalidad. Asi se ve el gran respeto que les tenia toda la familia, y cómo su nombre y sus alabanzas se propagaban de boca en boca por las generaciones sucesivas.

## LECCION XV.

### Historia de Job.

Reunia el santo Job dos extremos difíciles de hermanarse, la opulencia y la virtud. Era sencillo, recto y temeroso de Dios. Estaba casado, tenia diez hijos, y poseia una gran fortuna; pues reunia 7,000 ovejas, 5,000 camellos, 500 pares de bueyes y 500 pollinas. Queriendo el Señor dar al mundo un ejemplo insigne de paciencia y resignacion en su santísima voluntad y providencia, permitió á Satanás que le afligiese, perjudicándole cuanto pudiese en sus cosas y en sus bienes, pero le prohibió tocar á su persona. Con furia verdaderamente infernal emprendió el implacable enemigo de los hombres la persecucion de Job. Estaba muy descuidado el santo varon cuando recibió á un tiempo cuatro noticias las mas infaustas. Los Sabeos habian hecho una irrupcion en aquel pais, y se habian apoderado de los bueyes y pollinas de Job, degollando á sus criados; apareció un fuego que abrasó á todas sus ovejas y á los pastores; los Caldeos se apoderaron de todos sus camellos, y mataron á los criados que los custodiaban; se hallaban todos sus hijos reunidos en un convite en casa del primogénito, se levantan-

tó un viento tan fuerte que se arruinó la casa, y todos quedaron sepultados bajo sus ruinas. Lejos de impacientarse Job con noticias tan funestas, se postró en tierra, y adorando á Dios, dijo: El Señor me habia dado todos esos bienes, el Señor me ha privado de ellos; segun plugo al Señor asi ha sucedido, sea bendito el nombre del Señor.

Para tentar mas la paciencia de Job, todavía permitió Dios que el demonio le afligiese también en su cuerpo, aunque al principio se lo habia prohibido, pero mandándole que no le quitase la vida. Al instante se llenó su cuerpo de unas úlceras en extremo malignas, desde las plantas de los pies hasta la parte superior de la cabeza; y el infeliz estaba sentado en un muladar, rayendo con un casco de vasija de barro la materia que salia de las llagas.

Aumentóse la afliccion del siervo de Dios con el insulto impio de su muger que le decia: ¿Todavía te empeñas en ser un tonto? Bendice, bendice á Dios, y muérete. Has hablado, le respondió Job, como hablan las mugeres necias. Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no hemos de recibir los males?

## LECCION XVI.

Sigue la historia de Job.

Todavía tenia que pasar el pacientísimo Job por otra prueba mas dura. Sabedores de su desgracia tres amigos suyos, vinieron á visitarle con ánimo de consolarle. Quedaron atónitos al verle en aquel estado tan lastimoso, y no atreviéndose á hablarle poseidos de asombro y llenos de dolor, guardaron un profundo y prolongado silencio. Lo rompió Job, se quejó de su desgracia, y pintó con



los colores mas vivos las miserias de esta vida. De aqui tomaron ocasion sus amigos para reconvenirle, asegurándole que sus culpas eran la causa de aquel rigor con que le trataba el Señor, y en largos y alternados discursos trataban de convencerle de que era imposible que Dios infinitamente justo le affligiese de aquella manera, si no lo mereciese: de modo que en lugar de consuelo halló Job en la visita de sus amigos, un motivo mas de afliccion, viéndose reputado por un hombre lleno de crímenes: protestaba su inocencia, y ponía á Dios por testigo, asegurándoles que no le affligia por sus delitos, sino por otras justas causas que veneraba; pero sus amigos persistian en su opinion, y aun le trataban de jactancioso y de blasfemo, aumentando mas y mas su pesadumbre.

Asi estaba dando Job un ejemplo admirable de sufrimiento, de respeto á Dios, y de conformidad con su voluntad santisima. Conseguido este objeto, y el de aumentar los merecimientos de Job, le devolvió el Señor la alegria del alma, y aumentó su antigua felicidad restituyéndole completamente la salud, dándole otros tantos hijos como se le habian muerto, y la mitad mas de los bienes que habia perdido: y murió finalmente en paz y lleno de dias.

Proverbial es la paciencia de Job: tambien la tuvieron muchos santos, y tambien la tendrá todo el que sea virtuoso. A Job le sostenia en medio de su desgracia la consideracion de la justicia de Dios, y la esperanza de otra vida; y ciertamente no merecen compararse los padecimientos de la vida presente con la gloria futura que nos espera, como dice San Pablo. Ademas, es una ofensa grave contra Dios la impaciencia por los males que

nos envia; mas respeto merecen por parte del hombre su voluntad siempre santa, su providencia sapientisima, y su justicia infinita, que no dejará sin recompensa los padecimientos del justo.

### LECCION XVII.

Los Israelitas son oprimidos en Egipto.—Para librarlos de la opresion designa el Señor á Moisés.—Empieza la historia de Moisés.

Mucho tiempo despues de la muerte de José ocupaba el trono de Egipto un rey, llamado tambien Faraon, como todos los monarcas de aquel reino. Los israelitas se habian multiplicado mucho, y el nuevo rey concibió recelos de que podrian algun dia apoderarse de todo el pais; por lo cual trató de impedir que se aumentasen mas, primero con maña y disimulo, haciéndoles trabajar duramente y sin descanso; pero como en lugar de disminuirse su número se aumentase cada vez mas, mandó Faraon á las parteras egipcias que sofocasen á todos los varones que pariesen las hebreas. Horrorizadas las parteras de una orden tan inhumana, desobedecieron al rey salvando los niños que parian las hebreas; y reconvenidas por su desobediencia, respondieron que las hebreas no necesitaban de su ministerio; que cuando ellas llegaban, ya no eran necesarias. No aprobó el Señor la mentira de las parteras, pero porque temieron á Dios, premió con bienes temporales su loable compasion.

Empeñado el rey en llevar adelante su desig-  
nio de exterminar aquellos extrangeros, mandó á sus vasallos que arrojasen al rio todos los hijos varones que diesen á luz las hebreas. Una de estas, llamada Jocabed, parió un niño muy hermo-

so: lo tuvo oculto por espacio de tres meses, y no pudiendo ocultarlo por mas tiempo, hizo una cesta de juncos, la embetunó, metió dentro al infante, y puso la cesta entre las espadañas á la orilla del Nilo, quedándose una hermana del niño en observacion. Llegó á este tiempo una hija de Faraon, con sus doncellas á bañarse en el rio: vió la cestilla, mandó á una de sus doncellas que se la trajese, la abrió y vió aquella tierna criatura, que con su llanto parecia implorar su proteccion. Se compadeció la princesa, y al instante conoció que aquel niño seria hijo de alguna hebrea. Entonces se acercó su hermana, y la dijo: ¿quieres que vaya á llamar á una hebrea para que criese ese niño? La princesa convino en ello, y la muchacha fué á llamar á su madre, la cual se encargó de criar á su hijo por orden de la hija de Faraon, á la cual lo entregó despues de la lactancia; la princesa le adoptó por hijo, y le puso por nombre Moisés, que en lengua egipcia quiere decir extraido de las aguas.

## LECCION XVIII.

Sigue la historia de Moisés.

Se crió Moisés en el palacio de los reyes de Egipto; y habiendo crecido en edad, condoliase mucho de la opresion en que gemian los de su pueblo. Vió un dia que un egipcio estaba golpeando á un israelita, é indignado se acercó á él y le mató. Lo supo Faraon, y trataba de quitarle la vida. Huyó Moisés á la tierra de Madian, y allí se casó con Sefora, hija de Raguel, por otro nombre Jethro. Muerto aquel rey de Egipto, no por eso dejaban de ser oprimidos los israelitas, que en su afliccion clamaban á Dios; y el Señor,

oyendo benignamente sus ruegos, quiso librarlos de tan dura servidumbre. Estaba un dia Moisés apacentando el ganado de su suegro, y vió una zarza que estaba ardiendo y no se quemaba: acercóse á ver aquel prodigio, cuando oyó la voz de Dios que le mandó detenerse; despues le dijo que habia oido los clamores de su pueblo tan oprimido en Egipto, y que habia determinado librarle de aquella tiranía, sacarlo de Egipto, y trasladarlo á una tierra espaciosa y fertilísima; y que le habia escogido á él para poner en ejecucion su voluntad. Yo te enviare á Faraon, le dijo, para que saques de Egipto á mi pueblo, los hijos de Israel. ¿Y quién soy yo, Señor, le respondió Moisés, para presentarme á Faraon, y sacar de Egipto á los hijos de Israel? Y si estos me preguntan quién me envia, ¿qué les he de decir? Asi manifestaba su desconfianza de poder cumplir lo que Dios le ordenaba. Pero el Señor le aseguró que le asistiria con su poder; y aun para mas animarlo, hizo en su presencia dos milagros: convirtió la vara de Moisés en serpiente, y esta otra vez en vara: metió Moisés la mano en el seno y la sacó cubierta de lepra, la volvió á meter y la sacó enteramente sana. Se decidió, pues, Moisés á obedecer al Señor, se despidió de su suegro, partió para Egipto, se presentó á Faraon acompañado de su hermano Aaron, y le intimó de órden de Dios que dejase salir libremente á su pueblo.

Respondió Faraon que él no conocia al Dios de quien le hablaban, y que no dejaria salir á los hebreos; y mandó cargarlos mucho mas de trabajo. Compadecido el Señor de su pueblo mandó á Moisés que se presentase otra vez al rey con Aaron. Se presentaron, hicieron en su presencia va-

rios milagros, para que creyese que Dios les enviaba; pero Faraon se obstinaba cada vez mas en no dejar salir al pueblo. Se presentaron tercera vez, y no habiendo podido doblar la tenacidad de Faraon, castigó Dios á todo Egipto con diez plagas ó calamidades.

## LECCION XIX.

### Plagas de Egipto.

Primeramente tocó Aaron con su vara el rio, y se convirtieron en sangre todas las aguas de Egipto, pereciendo todos los peces que en ellas se criaban.

Despues se llenó todo el Egipto de una multitud de ranas; aparecieron en seguida enjambres de mosquitos, y luego de moscas. Se siguió una peste que exterminó todas las bestias y ganados de los egipcios; y tras de ella otra hedionda y asquerosa en los hombres. Vino despues un granizo que asoló los campos, y mató á cuantos hombres y animales encontró; pero no cayó en la tierra de Gesen, donde moraban los israelitas. La octava plaga fué la langosta, que devoró lo que habia perdonado el granizo. Por último, sobrevinieron unas espesísimas tinieblas, que cubrieron todo el Egipto; pero solo alcanzaban á los egipcios, porque los hebreos gozaban de la claridad del dia. A cada una de estas plagas ofrecia Faraon que dejaria salir á los hebreos; pero luego que cesaban, persistia en su obstinacion, hasta que cansado ya el Señor de tanta resistencia, envió la décima plaga, que fué la mas terrible de todas.

Antes de descargar este último golpe sobre los egipcios, quiso el Señor que todas las familias de los hebreos le sacrificasen un cordero, y que lo co-

miesen preparados como para viajar, y rociasen con la sangre los dos postes y el umbral de las puertas de sus casas, como señal para que no entrase en ellas el terrible azote con que iba el Señor á castigar á los egipcios. Hicieron los israelitas lo que les habia ordenado el Señor, que viendo la inflexible tenacidad de Faraon, á la media noche del dia 14 al 15 de aquel mes, hizo que pereciesen todos los primogénitos de los egipcios, desde el hijo de Faraon que se sentaba con él en el sôlio, hasta el primogénito de la última esclava encarcelada, y hasta los primogénitos de las bestias. Aterrado Faraon, se levantó aquella misma noche, y con él toda su servidumbre, y aun todos los egipcios, pues se habia levantado un gran clamor en todo el Egipto, como que no habia en todo él una casa en que no yaciese algun cadáver. Llamó Faraon aquella misma noche á Moisés y Aaron, y les dijo que saliesen al instante con el pueblo, segun lo habian pedido, y los egipcios les instaban para que lo verificasen al momento, porque si no, decian, vamos á morir todos.

## LECCION XX.

Salida de los israelitas de Egipto y tránsito del mar Rojo.

Salieron, pues, los israelitas de Egipto, llevando consigo los restos mortales de José, segun este lo habia pedido á sus hermanos al tiempo de morir, y tomaron la ruta hácia el mar Rojo. Arrepentido Faraon de haberlos dejado salir, juntó un ejército numeroso, y salió á perseguirlos. Halláronse los israelitas entre el mar Rojo y el ejército de Faraon; se creyeron perdidos, y empezaron á clamar á Dios. Entonces dijo el Señor á

Moisés que extendiese su mano sobre el mar; lo hizo y se dividieron las aguas, formando un muro á derecha é izquierda, quedando en el medio un camino seco, por el cual empezó á caminar el pueblo. Entró tambien Faraon con su ejército por el mismo camino; pero el Señor descargó sobre los egipcios una furiosa tempestad de agua y fuego que los exterminaba. Acobardados y llenos de terror trataron de retroceder, diciendo: «Huyamos de Israel, porque el Señor pelea á su favor contra nosotros.» Pero el Señor mandó entonces á Moisés que extendiese otra vez su mano sobre el mar, y al instante se reunieron las aguas que permanecian suspendidas á uno y otro lado, y quedó sumergido Faraon con todo su ejército, salvos ya los hebreos á la otra parte del mar.

## LECCION XXI.

Cántico de Moisés aprendido de memoria.

Despues de este suceso tan extraordinario y milagroso, entonó Moisés y el pueblo un cántico sublime en alabanza del Señor, y en accion de gracias por el beneficio tan señalado que acababa de hacerles, y por el modo tan grandioso con que manifestó su poder contra los enemigos de su pueblo.

Cantemos, dijeron, alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, y ha precipitado en el mar el caballo y el caballero.

El Señor es la fortaleza mia, y el objeto de mis alabanzas, porque él ha sido mi Salvador. Este es mi Dios, y yo publicaré su gloria; el Dios de mis padres á quien he de ensalzar.

El Señor *se ha aparecido* como un valiente campeon: es su nombre el Omnipotente.

A los carros de Faraon y á su ejército los ha precipitado al mar: sus mejores capitanes han sido sumergidos en el mar Rojo.

Sepultados quedan en los abismos; hundiéronse como una piedra hasta lo *mas* profundo.

Tu diestra ¡oh, Señor! ha demostrado su soberana fortaleza: tu diestra ¡oh, Señor! *es la que* ha herido al enemigo *de tu pueblo*.

Y con la grandeza de tu gloria y poderío has derribado á tus adversarios. Enviaste *los instrumentos de tu cólera*, la cual los ha devorado como *el fuego* á una paja.

Al soplo de tu furor se amontonaron las aguas; paróse la ola que iba corriendo: cuajáronse en medio del mar los abismos de las aguas.

Iré tras ellos, habia dicho el enemigo, y los alcanzaré; partiré los despojos y se hartará mi alma; desenvainaré mi espada, y los matará mi mano.

Sopló tu espíritu ¡oh, Señor! y el mar los anegó: hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

¿Quién hay entre los fuertes á tí semejante, oh, Señor? ¿Quién hay semejante á tí, tan grande en santidad, terrible y digno de alabanza, y obrador de prodigios?

Extendiste tú la mano y la tierra los tragó.

Por tu misericordia te has hecho el caudillo del pueblo que redimiste; y le has conducido á fuerza de tu poder á su santa morada.

Se levantaron los pueblos, y montaron en cólera: quedaron penetrados de grande ira y dolor los habitantes de la Palestina.

Conturbáronse los príncipes de Edon: los valientes de Moab se estremecieron y quedaron yertos los moradores todos de Canaan.



Caiga de recio sobre ellos el terror y el espanta á vista del gran poder de tu brazo, queden inmóviles como una piedra, en tanto que pasa ¡oh, Señor! tu pueblo: hasta que pase este pueblo tuyo que tú has adquirido.

A *estos hijos tuyos* tú los introducirás y establecerás ¡oh, Señor! sobre el monte de tu herencia, sobre esa firmísima morada tuya que tú has fabricado *en Sion* ¡oh, Señor! santuario tuyo, que han fundado tus manos.

El Señor reinará eternamente y mas allá *de todos los siglos*.

Porque Faraon entró á caballo en el mar con sus carros y caballerías, y el Señor replegó sobre ellos las aguas del mar: mas los hijos de Israel pasaron por medio de él á pie enjuto. *Exod. cap. 15.*

La libertad que consiguió el pueblo de Dios de la esclavitud en que gemía bajo el imperio de Faraon, simboliza la libertad del pecado y del demonio, que ha conseguido el linage humano por el sacrificio del hijo de Dios, Cordero sin mancha representado por el Cordero que sacrificaron los hebreos al salir de Egipto. Y si los hebreos celebraban y han celebrado siempre todos los años su libertad de la tiranía de Faraon, ¿con cuánta mas razon, con cuánto mayor reconocimiento debe celebrar el cristiano verse libre de las cadenas en que el demonio tenia aherrojado al hombre?

## LECCION XXII.

*Promulgacion de la ley.*

Prosiguiendo los israelitas su camino por donde el Señor les habia indicado, que era una sole-

dad, empezaron á experimentar hambre, y con este motivo á quejarse y murmurar de Moisés; pero aquella misma tarde hizo el Señor que apareciese una gran multitud de codornices, y al otro día se vió el campo cubierto con el maná, que era una comida deliciosa, y la cual Dios les envió diariamente, por espacio de cuarenta años que viajaron por el desierto. Habiéndoles faltado el agua volvieron á murmurar de Moisés: este se dirigió á Dios, que le mandó tocar con la vara la roca de Horeb, y al instante brotó un raudal de agua con que apagó su sed todo el pueblo. Acometió á los israelitas en su marcha Amalec con un ejército. Moisés encargó á Josué que saliese á resistirlos con gente escogida, y mientras se daba la batalla estuvo Moisés orando á Dios, que dió á su pueblo una completa victoria.

Al tercer mes de su salida de Egipto llegó el pueblo á la falda del monte Siná, donde se acampó. Moisés por orden de Dios, recordó al pueblo los muchos y grandes beneficios con que el Señor les había favorecido, y los milagros que había hecho en su favor, anunciándoles que si le oían y guardaban sus mandamientos, serian para él un pueblo escogido, un pueblo santo. Todo el pueblo respondió que estaba pronto á oír la voz del Señor, y á observar sus mandamientos. Entonces ordenó Dios á Moisés que mandase al pueblo prepararse para oír al Señor dentro de tres días. Al tercer día empezaron á oírse muchos truenos, y á verse grandes relámpagos: el monte estaba cubierto de una espesísima nube, y se oía el sonido penetrante de una bocina; el monte humeaba por todas partes, y cada vez se oía mas fuerte y se extendia mas lejos el sonido de la bocina. Asustáronse y se llenaron de miedo los is-

raelitas. Moisés les hizo salir de sus tiendas para que oyesen los mandatos de Dios, y el Señor les intimó los diez preceptos de su divina ley. Los oyeron con sumo respeto los israelitas; pero poseídos de temor por el terrible aparato con que se presentó el Señor, suplicaron á Moisés que en adelante les hablase él, porque temian morir de miedo si el Señor les hablaba otra vez por sí mismo. Con toda esta solemnidad se promulgaron los diez mandamientos de la ley de Dios, recordando de este modo el Señor á los hombres los principios que ya tienen grabados en su conciencia, y que encierran todas las obligaciones que tiene el hombre respecto de Dios, respecto de sí mismo y de sus semejantes.

Promulgada la ley, subió Moisés al monte, donde se detuvo cuarenta dias. Allí le instruyó el Señor sobre cuanto convenia al buen régimen del pueblo, y sobre el modo con que se habia de darle culto, y le entregó dos tablas de piedra en que estaban escritos los mandamientos que habia promulgado en el monte Sinaí. El pueblo viendo que Moisés tardaba en bajar del monte, se agolpó al rededor de Aaron y le dijo: Haznos Dioses que nos guien, porque no sabemos qué ha sido de Moisés, el caudillo que nos sacó de Egipto. Aaron mandó que le entregasen los pendientes y zarcillos de oro de sus mugeres, y se vió obligado á construir con ellos un becerro de oro. Le adoraron los israelitas, y le ofrecieron sacrificios. Manifestó el Señor esta prevaricacion á Moisés, y le mandó bajar del monte, asegurándole que iba á exterminar aquel pueblo ingrato y duro de cerviz. Oró Moisés con mucho fervor por el pueblo, y atendiendo á los ruegos de su siervo le perdonó el Señor. Al bajar Moisés con las tablas

oyó una grande algazara, voces y cánticos, y acercándose mas, vió al pueblo danzando delante del ídolo que habian formado. Lleno de dolor é indignacion arrojó al suelo, é hizo pedazos las tablas de la ley, redujo á polvo el becerro, y así disuelto se lo dió á beber á los israelitas para que viesen lo que valia el Dios que se habian fabricado. Reprendió á su hermano Aaron, que se disculpó con la protervia del pueblo, y castigó de muerte á muchos de los delinquentes. Pidió á Dios que perdonase al pueblo el enorme pecado que habia cometido con su idolatría, perdon que por su intercesion les concedió el Señor, mandando á Moisés labrar dos nuevas tablas, con las cuales se presentó al pueblo.

### LECCION XXIII.

El Tabernáculo.—El arca del Testamento, y las demas obras destinadas al culto de Dios.

Habia mandado Dios á Moisés en el monte, que ejecutase diferentes obras, destinadas al culto que queria el Señor le tributase su pueblo. Para su construccion contribuyeron superabundantemente y con la mejor voluntad tanto los hombres como las mujeres, con las mejores alhajas y preseas que tenian. Provistos ya de lo necesario los encargados de la ejecucion de las obras, emprendieron primero la del Tabernáculo, que era un pequeño, pero riquísimo templo portátil de treinta codos de largo, construido de maderas de setín, adornado interiormente con cortinas de tela preciosas, y cubierto por fuera de pieles de animales. Descansaba el Tabernáculo sobre cuarenta bases de plata, y tenia varias asas de oro por donde pasaban las palancas cubiertas tambien de

oro, y que servian para trasportar el Tabernáculo. En este templo prometió el Señor asistir particularmente, oír las súplicas de su pueblo, y manifestar su voluntad cuando le consultase.

Construido el Tabernáculo segun el diseño que habia dado el Señor á Moisés, procedió este caudillo á la fabricacion del arca que debia custodiarse dentro del Tabernáculo. Era tambien de madera de setin, y estaba cubierta de láminas de oro finisimo con anillos del mismo metal, para trasportarla por medio de palancas cubiertas de oro: encima de la tapa habia dos querubines de oro macizo, que la cubrian con sus alas, y colocados uno enfrente de otro, como para servir de trono á la magestad de Dios, que desde allí oia propicio las súplicas de su pueblo y declaraba su voluntad, por lo que se la llamó *Propiciatorio* y tambien *Oráculo*. Mandó el Señor que se le consagrara esta arca, y que se guardara en ella la vara de Aaron, una porcion del maná y las tablas de la ley; y como esta era el testamento ó la alianza entre Dios y el pueblo, el arca se llamó arca del Testamento ó de la alianza.

Mandó tambien construir Moisés, por el plan que le habia dado el Señor, una mesa de madera de setin, cubierta de chapas de oro, que servia para colocar en ella doce panes, que se llamaban de *Proposicion*, y que se renovaban todas las semanas, comiendo los sacerdotes los que se separaban. Hizo tambien Moisés construir un candelero de oro con siete brazos, en cuyo extremo superior estaban colocadas siete lámparas para alumbrar al Tabernáculo: hizo igualmente construir de maderas de setin cubiertas de oro el altar llamado de los perfumes, porque en él se quemaban aromas en obsequio del Señor dos veces

al día en un braserillo de oro; y por último, el altar llamado de los Holocaustos, para quemar y consumir las víctimas que se ofrecían á Dios en sacrificio, y el cual estaba también hecho de madera de setín y cubierto con chapas de metal.

#### LECCION XXIV.

Designacion de la tribu de Leví para el servicio del Santuario.

Habia escogido el Señor á Aaron y á sus hijos para el sacerdocio, haciendo hereditaria esta dignidad en sus familias. Moisés, por orden de Dios, consagró á su hermano Aaron, derramando óleo sobre su cabeza, y vistiéndole con las vestiduras particulares que el Señor le habia indicado. Consagró igualmente á los hijos de Aaron, vistiéndolos también con los ornamentos que Dios le habia señalado. Para que el pueblo conociese que Aaron y sus hijos eran los elegidos por Dios para la dignidad sacerdotal, dispuso el Señor que un fuego del cielo consumiese las víctimas que habian colocado sobre el altar, y desde entonces tenían obligacion los sacerdotes de conservar exclusivamente para el culto aquel milagroso fuego, sin poder usar de otro para este objeto; obligacion á que faltaron los dos hijos primeros de Aaron, Nadab y Abin, echando otro fuego en sus incensarios, por cuya transgresion los castigó el Señor, haciendo que cayesen muertos al pie del altar. Murmuraban sin embargo algunos, no llevando á bien que el sacerdocio estuviese vinculado en la familia de Aaron, por cuyo motivo dispuso Moisés de orden de Dios, que cada tribu pusiese una vara seca delante del arca del Testamento, en que estuviese escrito el nombre de su

gefe, que la de Levi escribiese en la suya el nombre de Aaron, y que se dejasen allí toda la noche. «Una sola florecerá, les dijo, y de este modo se sabrá quién es el pontífice elegido.» Hecho así, vieron por la mañana que la vara de la tribu de Levi no solamente habia florecido, sino que tambien tenia fruto.

Todos los individuos de la tribu de Levi fueron destinados por Dios para servir á los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio, para cantar himnos y alabanzas en honor de Dios, para recibir los diezmos y las ofrendas, y para guardar la entrada del santuario. Coré, Dathan y Abirón no quisieron reconocer en Aaron y en la tribu de Levi la dignidad á que los habia elevado el Señor, murmurando y rebelándose contra Moisés y Aaron; pero Dios los castigó, haciendo que se abriese la tierra y quedasen sepultados, y que un fuego sobrenatural consumiese á doscientos y cincuenta parciales de los tres gefes de la insurreccion.

Solo el sumo sacerdote podia entrar en el sancta sanctorum, ó en la parte mas reservada del Tabernáculo, y una vez al año nada mas.

Se ofrecian á Dios sacrificios para pedirle algun beneficio, ó para darle gracias por los recibidos; este sacrificio se llamaba pacífico. Otros tenian por objeto aplacar la ira de Dios y expiar las culpas cometidas, los cuales por esta razon se llamaban expiatorios. Ultimamente se ofrecia á Dios el holocausto, que era un sacrificio instituido para reconocer el supremo y absoluto dominio que tiene el Señor sobre todas las criaturas. Los sacerdotes ademas ofrecian á Dios incienso por la mañana y por la tarde; encendian al anoecer las siete lámparas del candelabro, que estaban ardiendo toda la noche, para alumbrar el arca

del Testamento; ponian todas las semanas los doce panes de proposicion en la mesa destinada para ello, como un homenaje perpétuo que tributaban las doce tribus á Dios; y últimamente instruian al pueblo é interpretaban las leyes.

Con la construccion del Tabernáculo, del arca del Testamento, de la mesa de los panes de proposicion, del candelero de oro, del altar de los Perfumes y del de los Holocaustos; con la institucion de los sacrificios, con las consagraciones de Aaron y de sus hijos para el sacerdocio, destinados los individuos de la tribu de Leví para ministros inferiores del culto, y señaladas por último las obligaciones y atribuciones de los sacerdotes y de los Levitas, quedó arreglado por el Señor todo lo concerniente al culto que queria le tributase su pueblo; enseñando con estas disposiciones, que si bien quiere que le adoremos en espíritu y en verdad, tambien quiere que le demos un culto exterior y público, digno de su grandeza y magestad infinita, en cuanto lo permita nuestra pequeñez; porque es el Criador y supremo Señor de todos y de todo, á quien por lo mismo debemos dar gloria y rendir homenaje ante todas las criaturas.

## LECCION XXV.

Peregrinacion de cuarenta años por el desierto.—Últimas palabras de Moisés.—Su muerte.

Un año permanecieron los hebreos en las cercanias del monte Siná. Puestos en marcha, los conducia el Señor por medio de una nube: cuando esta se posaba sobre el Tabernáculo hacia alto todo el pueblo, y no se movia hasta que la nube se levantaba, guiándolos por el dia, y alumbrándolos por la noche.



Pero aquel pueblo, siempre inconstante y discolo, poco despues de haberle dado el Señor una insignie victoria contra Arad, rey de los cananeos, empezó á murmurar otra vez de Moisés, y á negarle la obediencia, por lo cual los castigó Dios abrasando á los culpados con fuego que bajó del cielo. No por eso se enmendaron, pues algun tiempo despues volvieron á quejarse de Moisés, diciéndole: ¿para qué nos sacaste de Egipto á morir en esta soledad? Indignado el Señor contra tanta ingratitude, les envió unas serpientes de fuego que causaron el mayor estrago en el pueblo. Asombrado este, recurrió á Moisés, confesando arrepentido su delito, y suplicándole que intercediese por ellos para que cesase aquel terrible castigo. Apiadado el Señor por los ruegos de Moisés, le mandó que fabricase una serpiente de metal y la levantase en alto á la vista de todo el pueblo: todos los que la miraban quedaban sanos. Jesucristo enclavado en una cruz, y levantado en alto, se halla bien claramente representado por aquella serpiente.

No por eso se corrigieron los Israelitas, antes bien seducidos por las mugeres Moabitas, se entregaron á los mayores excesos, llegando hasta idolatrar, adorando á los Dioses que adoraba aquella nacion; pero tambien fueron severamente castigados, pues murieron veinte y cuatro mil. A pesar de este castigo, y de los crímenes que le habian ocasionado, dió el Señor una señalada victoria á su pueblo, haciendo que solos doce mil hombres derrotasen un ejército numeroso.

Todavia no cesaron las murmuraciones, pues faltándoles el agua, empezaron á hablar mal de Moisés: acudió este caudillo á Dios, que le mandó tocar con su vara una peña, prometiéndole que sal-

dria de ella agua suficiente para todo el pueblo. Temió Moisés que cansado el Señor de las repetidas desobediencias, y de la ingratitude del pueblo, no se verificase la promesa que le habia hecho. Por esta desconfianza no quiso el Señor que saliese el agua de la peña la primera vez que la tocó, y para conseguirlo tuvo que tocarla otra vez. Por esta misma desconfianza, á pesar de los muchos y asombrosos milagros que por su medio habia obrado el Señor, le privó de entrar en la tierra de promision, y asi se lo anunció.

Estando ya para morir este célebre caudillo, encargó muy estrechamente á los Hebreos la observancia de todos los preceptos que les habia dado el Señor, y que evitasen todo trato con los Cananeos, los cuales los arrastrarian á la idolatria; dió su bendicion al pueblo, y murió de ciento veinte años.

## LECCION XXVI.

*Moisés al morir encarga á Josué el gobierno de los Israelitas.*—Victorias de Josué.—Conquista y distribucion del pais de Canaan entre las doce tribus.—Gobierno federativo de los Israelitas antes de los jueces.

Antes de morir Moisés manifestó á los Hebreos que el Señor habia elegido á Josué para ponerlos en posesion de la tierra prometida. Llamó á Josué, y delante de todo el pueblo le animó á la empresa, asegurándole que el Señor le guiaria, que le asistiria, y no le abandonaria, y que asi tuviese valor y desechase todo temor. Confortado con estas palabras, dispuso Josué la entrada del pueblo de Dios en la tierra de promision. Para verificarlo, tenia que pasar el Jordan, rio caudaloso. Josué mandó á los sacerdotes que entrasen con el arca del Testamento en el rio, y apenas lo verificaron, se repitió el prodigio del mar Rojo: se dividieron las

aguas siguiendo su curso las inferiores, y deteniéndose las superiores, que formaban una elevada montaña; pasó el pueblo á pie enjuto, y permaneciendo en el alveo del río los sacerdotes con el arca, mandó Josué sacar doce piedras del fondo del río, con las cuales erigió un altar en el sitio donde se acamparon aquella noche los Israelitas; y que en el sitio del río donde estuvo detenida el arca, se levantase otro altar con otras doce piedras. Después dispuso que se moviesen los sacerdotes con el arca, y apenas habían puesto el pie en la otra orilla, se precipitaron con impetu las aguas detenidas, que por tanto tiempo se habían mantenido represadas.

Despachó en seguida Josué algunos confidentes á reconocer la plaza de Jericó, que era la primera de que había de apoderarse. Los espías aseguraron que la ciudad estaba muy consternada por las noticias que tenía de las asombrosas maravillas que había obrado el Señor en favor de aquel pueblo que se aproximaba; si bien había tomado todas las precauciones y medidas que creyó necesarias para la defensa. Pero Josué, de órden Dios, mandó á sus gentes dar vuelta alrededor de los muros, llevando el arca los sacerdotes, por espacio de siete días, y que el último día tocasen sus trompetas los sacerdotes; las tocaron, dió el pueblo grandes voces, y al estruendo cayeron de repente las murallas, y así entraron los Israelitas sin resistencia en la ciudad, que fué enteramente destruida.

Mandó en seguida Josué dos ó tres mil hombres á ocupar la ciudad de Hai, empresa que se presentaba muy fácil; pero fueron derrotados, y volvieron en desórden al campo. Acudió Josué á Dios, y el Señor le manifestó que aquella desgracia era un castigo, por haber sido desobedecido, pues contra

sus órdenes se habia reservado una parte de los despojos de Jericó que expresamente habia mandado entregar al fuego, y que si queria que siguiese asistiéndole con su poder, castigase de muerte al prevaricador. Congregó inmediatamente Josué al pueblo, mandó echar suertes en las doce tribus, y cayó en la de Judá; se repitió el sorteo entre las familias de aquella tribu, y tocó á la familia de Zaré, y entre todos los hombres de la familia salió por suerte el nombre de Acan, que viendo tan clara y milagrosamente descubierta su culpa, confesó que en el saqueo de Jericó habia reservado una capa de grana, doscientos siclos de plata, y una barra de oro. Josué le mandó quitar la vida, y aplacado el Señor con este castigo, acometieron de nuevo los Israelitas á la ciudad y la tomaron.

Atemorizados los Gabaonitas con el poder y victorias de los Hebreos, se entregaron á Josué. Leváronlo muy á mal el rey de Jerusalem y otros reyes circunvecinos, que se habian coligado contra el pueblo de Dios, y habiendo reunido un ejército numeroso, se dirigieron contra Gabaon, que era una plaza fuerte de bastante consideracion. Viendo Josué en tanto peligro á los que se le habian entregado, voló á su socorro; acometió á los reyes coligados, y alcanzó una señalada victoria por el valor de sus tropas, y principalmente por el auxilio del cielo, que cuando se retiraban los enemigos arrojó sobre ellos una nube de piedras que les mató mucha gente: y no bastando este milagro para manifestar el Señor la proteccion que dispensaba á su pueblo, Josué, poniendo una gran confianza en Dios, y viendo que le faltaba tiempo para acabar de derrotar á los enemigos, mandó al sol que se detuviese, y el sol se detuvo por espa-

cio de algunas horas, de modo que tuvo tiempo para acabar de exterminarlos.

Por último, se apoderó Josué de toda la tierra de Canaan, y la distribuyó entre las doce tribus de Israel. Congregó despues á toda la nacion, la hizo presente los prodigios con que el Señor los habia sacado de Egipto, conducido por el desierto, y establecido en la tierra que habia prometido á sus padres: los exhortó á que nunca se apartasen de la obediencia y culto de Dios, ni recibiesen otros dioses; y siendo de edad de ciento y diez años murió en paz lleno de gloria y de trofeos.

Despues de la muerte de Josué, se gobernaban las tribus de Israel por ancianos, cada una por el suyo; pero cuando se hallaban en algun peligro recurrían á Dios, que les daba un caudillo, el cual dirigia toda la nacion y los libraba de sus enemigos, formando asi un gobierno federativo, que duró por algun tiempo.

## LECCION XXVII.

*Al gobierno federativo sucedió el de los jueces.*—Gobierno de los jueces.—Cántico de Débora, aprendido de memoria.

Se establecieron despues los jueces, que constante y sucesivamente gobernaron el pueblo hasta la institucion de la dignidad real. Entre ellos, los primeros fueron Caleb, Otoniel, Aod y Samgar, y despues una muger llamada Débora. Esta heroína juntó un ejército, y salió á campaña contra Sisara, general de las tropas de Jabin, rey de los Cananeos, á quien derrotó completamente, por cuya victoria entonó al Señor un himno magnífico, diciendo:

Oh, varones de Israel, vosotros que voluntaria-

mente habeis expuesto vuestras vidas, bendecid al Señor.

Escuchad, reyes, estadme atentos, oh, príncipes: yo soy, yo soy la que celebraré al Señor y entonaré himno al Señor, Dios de Israel.

Oh, Señor, cuando saliste de Seir, y pasaste por las regiones de Edom, se estremeció la tierra, y las nubes y la tierra se convirtieron en agua.

Los montes se liquidaron á la vista del Señor, como el monte Sinái delante del Señor Dios de Israel.

En los días de Samgar, hijo de Anath, en los días de Jael estaban desiertos los caminos; los que tenían que viajar andaban por veredas tortuosas ó *extraviadas*.

Se habian acabado en Israel los valientes, habian desaparecido hasta que Débora levantó su cabeza, y se dejó ver como una madre para Israel.

Nuevo y *maravilloso* modo de guerrear escogió el Señor, y él mismo, por medio de una muger destruyó las fuerzas de los enemigos, y no se veia lanza ni escudo entre cuarenta mil guerreros de Israel.

Mi corazon os ama, oh, príncipes de Israel: vosotros que con buena voluntad os expusisteis al peligro, bendecid al Señor.

Los que cabalgais en lucidas caballerias, los que estais sentados en los tribunales, los que andais *ya libremente* por los caminos públicos, hablad vosotros y *benedecid al Señor*.

Donde se estrellaron los carros de guerra, donde las huestes enemigas se anegaron, allí sean publicadas las venganzas del Señor, y su clemencia para con los valientes de Israel. El pueblo se congregó entonces *libremente* en las puertas de las *ciudades*, y recobró su superioridad.

Ea, vamos, Débora; vamos, ea, prepárate para entonar un cántico *al Señor*. Animo, oh, Barac; vamos, toma hijo de Abinoem, los prisioneros que has hecho.

Se han salvado las reliquias del pueblo *de Dios*: el Señor ha combatido al frente de los valientes.

Sirvióse de uno *de la tribu* de Efrain para derrotar á les Cananeos en la persona de los amalecitas: despues se sirvió de uno de la tribu de Benjamín contra tus pueblos, oh Amalec: de Machir, *primogénito de Manasés*, descendieron los príncipes, y de Zabulon los que han capitaneado hoy el ejército para combatir.

Tambien los caudillos de Issachar han ido con Débora, y seguido las pisadas de Barac, el cual se ha arrojado á los peligros, dejándose caer *sobre el enemigo* como quien se despeña á una sima. Mas dividido entonces Ruben en partidos contra sí mismo, se suscitaron discordias entre sus valientes.

¿Por qué te estás ahí quieto, oh Ruben, entre los dos términos *de Israel y de sus enemigos*, oyendo los balidos de tus rebaños? Pero dividido Ruben en partidos contra sí mismo, sus valientes solo se ocuparon en disputas entre sí *sobre lo ha-cedero*.

Los de Galaad estaban en reposo á la otra parte del Jordan, y Dan atendia á sus navios y comercio, lo mismo que Aser que habitaba en la costa del mar, y se mantenía en sus puertos.

Empero Zabulon y Neftali fueron á exponer sus vidas en el pais de Merome.

Vinieron los reyes *enemigos*, y pelearon *contra ellos*: los reyes de Canaan pelearon *contra Israel* en Thamach, junto á las aguas de Magquedo, mas no pudieron llevar presa ninguna.

Desde el cielo se hizo guerra contra ellos; las

estrellas permaneciendo en su órden y curso, pelearon contra Sisara.

El torrente de Cison arrastró sus cadáveres, el torrente de Cadumin, el torrente de Cison. Huella, oh alma mia, á los *orgullosos* campeones.

Saltáronseles á sus caballos las uñas de los pies con la impetuosidad de la huida, cayendo por los precipicios los mas valientes de los enemigos.

Maldecid á la tierra de Meroz, dijo el ángel del Señor; maldecid á sus habitantes, pues no quisieron venir al socorro *del pueblo* del Señor, á ayudar á sus mas esforzados guerreros.

Bendita entre *todas* las mugeres Jahel, esposa de Haber, Cineo, bendita sea en su pabellon.

Pidióle Sisara agua, y le dió leche, y en taza de principes le ofreció la nata.

Con la izquierda cogió un clavo, y con la diestra un martillo de obreros, y mirando donde heriria á Sisara en la cabeza, dióle el golpe, y taldróle con gran fuerza las sienes.

Cayó Sisara entre los pies de Jahel, perdió las fuerzas, y espiró despues de haberse revolcado por el suelo delante de Jahel, quedando tendido en tierra exánime y miserable.

*Mientras esto pasaba*, estaba mirando la madre de Sisara desde la ventana, y daba voces diciendo desde su cuarto: ¿Cómo tarda tanto en volver su carro? ¿Cómo son tan pesados los pies de sus cuatro caballos?

La mas discreta entre las mugeres de Sisara respondió asi á la suegra:

Quizá está ahora repartiendo los despojos, y se está escogiendo para él la mas hermosa de las cautivas; se separan entre todo el botin ropas de diversos colores para Sisara, y variedad de joyas para adorno de los cuellos.



Perezcan, Señor, *como Sisara*, todos tus enemigos, y brillen como el sol en su oriente los que te aman. *Judic. 5.*

## LECCION XXVIII.

Noticia de los principales jueces.

Muerta Débora, volvieron á caer los Israelitas en sus antiguas abominaciones, por lo cual los castigó el Señor, permitiendo que los dominasen los Madianitas por espacio de siete años. Acudieron en su afliccion á Dios, que les dió por gefe á Gedeon, el cual se puso al frente y salió con treinta y dos mil hombres contra un ejército que constaba de ciento treinta y cinco mil. El Señor, que queria ostentar su poder, le dijo que aquella era mucha gente, le mandó publicar que podian volverse á sus casas todos los que quisiesen, y solo quedaron diez mil hombres con su gefe, pero aun este número tan desproporcionado era excesivo para el designio de Dios. Mandó, pues, á Gedeon que se quedase solamente con los que en el rio apagasen la sed llevando el agua á la boca con la mano. Se quedó Gedeon solo con trescientos hombres, con los cuales confiando en la palabra y en el poder de Dios, se propuso pelear contra los ciento treinta y cinco mil enemigos que venian contra él. Dividió sus soldados en tres cuerpos, mandó á cada soldado que llevase una trompeta en una mano, y en la otra un cántaro vacío con una linterna encendida dentro, y que luego que oyesen su clarín, tocasen todos á un tiempo las trompetas, gritando: *al Señor y á Gedeon*. Llegan de noche al campo enemigo, toca Gedeon su clarín, resuenan entonces todas las trompetas de los soldados, rompen los cántaros unos contra

otros, levantan la luz en la mano izquierda, y claman en alta voz: *La espada del Señor y la de Gedeon*. Asustados los Madianitas con el estruendo, las voces y las luces, huyeron despavoridos y desordenados, y ellos mismos sin conocerse unos á otros, combatieron furiosamente entre sí, y se destrozaron; de modo que Gedeon consiguió una completa victoria.

Muerto Gedeon, usurpó la suprema autoridad Abimelec que murió desgraciadamente. Siguiéron Thola y Jair, y despues Jestsé. A este le despreciaban los Hebreos por ser hijo de una ramera. Aburrido, formó una partida de aventureros, con los cuales hizo grandes proezas. Tenian entonces guerra los Hebreos con los Amonitas, que llevaban en ella la mejor parte. El valor y las hazañas de Jestsé indujeron á los Israelitas á convidarle con el mando de la nacion. Se resistió Jestsé al principio, reconviniéndoles por el desprecio con que le habian tratado hasta entonces; pero cediendo á sus instancias aceptó por último el mando, y salió con su ejército contra los Amonitas, prometiéndole á Dios ofrecerle en holocausto, si le concedia la victoria, lo primero que saliese de su casa. Acometió á los Amonitas, los venció, y volviendo lleno de satisfaccion y de gloria, le salió á recibir su hija con grande alegría, llevando consigo un coro de doncellas. Contristóse Jestsé; pero su hija se resignó al cumplimiento de la promesa de su padre, contenta con que hubiese vuelto victorioso y triunfante de los enemigos del pueblo de Dios: solo pidió dos meses para llorar en la soledad su desgracia por no dejar descendencia.

Despues de Jestsé fué juez de los Israelitas Sanson cuya concepcion y nacimiento anunció un ángel á su madre, que hasta entonces habia sido es-

téril. Siendo ya grande tenia unas fuerzas sobrenaturales. Viéndose acometido de un leon, y hallándose sin armas de ninguna especie, se arrojó á él intrépidamente y le mató. Causó un destrozo grande á los Filisteos incendiando sus mieses, viñas y olivares. Trataron los Filisteos de hacer la guerra para vengarse de Sanson, á la tribu de Judá, que asustada y temerosa reunió tres mil hombres, le prendió y lo entregó atado á los Filisteos. Pero haciendo un esfuerzo Sanson, rompió las ligaduras, empuñó una quijada de asno que halló á mano por casualidad, y con ella dió la muerte á mil Filisteos, y viéndose acosado de la sed despues del combate, hizo el Señor que del hueco de una muela de la quijada saliese un raudal de agua, con que Sanson se refrigeró.

Supieron los Filisteos que Sanson dormia una noche en la ciudad de Gaza: cercaron la ciudad con ánimo de quitarle la vida cuando saliese por la mañana. Lo supo Sanson, se levantó á media noche, y acercándose á las puertas de la ciudad, las arrancó y las llevó á un monte, dejando burlados á sus enemigos. La fortaleza que manifestó contra sus enemigos, le abandonó para no resistirse á las mentidas caricias de una muger filistea llamada *Dalila*, á quien amaba mucho. Sobornada esta por los Filisteos, le arrancó el secreto, de que su fortaleza consistia en no haberse cortado nunca el cabello, añadiendo que si se lo cortasen se quedaria sin fuerzas. Se quedó dormido: hizo Dalila que le cortasen el pelo, y así lo entregó sin la menor resistencia á los Filisteos, que le sacaron los ojos y le destinaron á dar vueltas á la rueda de una tahona. Celebraban los Filisteos una gran fiesta para dar gracias á su ídolo Dagon porque los habia librado, segun ellos creian, de tan formidable

enemigo: llevaron á Sanson al templo, para hacerle danzar y burlarse de él. Conducido Sanson al templo, rogó á Dios con mucho fervor que le devolviese sus fuerzas, y abrazando dos columnas en que estribaba el templo, las dió tal vaiven que se desplomó todo el edificio, y quedaron sepultados entre sus ruinas Sanson y mas de tres mil Filisteos. Aterrada esta nación con las maravillas que obraba el Señor en favor de su pueblo, le dejaron en paz por espacio de treinta años, al cabo de los cuales volvieron á declararle la guerra.

### LECCION XXIX.

Samuel, último juez.

Era á la sazón juez del pueblo de Dios el sumo sacerdote Heli. Por entonces nació Samuel, cuya madre, despues de muchos años de esterilidad lo obtuvo del Señor con sus continuas y fervorosas oraciones. A los tres años lo consagró al Señor entregándoselo á Heli, con quien se crió, sirviéndole con el mayor esmero en su ministerio de sumo sacerdote. Era Heli muy estimado y venerado de todo el pueblo, así por su virtud como por reunir en su persona las dos dignidades de juez y de sumo sacerdote. Pero tenia dos hijos de muy mala conducta, llamados Ofnái y Finees, los cuales con sus depravadas costumbres escandalizaban al pueblo. Reprendíalos el buen anciano, y los exhortaba á mudar de vida, pero con mucha blandura, sin imponerles jamás ningun castigo, y sin tomar ninguna medida para que se corrigiesen. Así los hijos no se enmendaban; é irritado el Señor contra sus excesos y contra la reprehensible indolencia del padre, resolvió castigar á aquella familia. Reveló su determinacion á Samuel, que se la

declaró á Heli, y este se resignó humildemente en la voluntad de Dios, reconociendo su culpa.

Castigó en efecto el Señor severamente á Heli y á sus dos hijos; pues habiendo declarado la guerra los Filisteos á los Hebreos, quedaron estos vencidos y derrotados. Contristados con tan infausto suceso acordaron llevar consigo á la guerra el arca del Testamento, creyendo que estando presente esta prenda sagrada no los desampararía el Señor. Pero se dió la batalla, y fueron segunda vez derrotados, muriendo treinta mil hombres, entre ellos Ofnái y Finees, los dos hijos de Heli, y apoderándose del arca los Filisteos. Estaba Heli esperando nuevas del combate, cuando llegó un soldado que le refirió la desgracia que habia tenido el ejército, y cómo el arca del Testamento habia caído en poder de los enemigos. Aquel respetable anciano, que contaba entonces noventa y ocho años, apenas oyó tan aciagas noticias, cayó hácia atrás de la silla en que estaba sentado, se quebrantó la cerviz y espiró. Colocaron los Filisteos el arca del Testamento en el templo y al lado del idolo Dagon, en la ciudad de Azor. Quiso Dios manifestar á aquellos idólatras la diferencia que hay entre el Dios verdadero y los dioses mentidos é imaginarios; pues á la mañana siguiente apareció el idolo derribado en el suelo, el rostro contra la tierra. Volvieron á colocarle en su asiento, pero al dia siguiente lo hallaron tendido en el suelo como el dia anterior, y la cabeza y las manos en el umbral de la puerta. Todavía quiso el Señor manifestar su desagrado por estar el arca Santa en poder de incircuncisos é idólatras, y castigó á los Filisteos con unas úlceras hediondas, y con una plaga de ratones que inundaron todo el pais. Trasladaron, pues, el arca á otros puntos, pero viendo que no cesaba

el azote, restituyeron el arca á los Hebreos, que la colocaron en Gabaá, despues de haber perecido muchos Bethsamitas, por haber mirado con profana curiosidad y poco respeto el arca del Testamento en la ciudad de Bethsames, primer pueblo de los Hebreos, adonde llegó restituida por los Filisteos. Con este castigo manifestó bien á las claras el Señor cuánto le desagrada la falta de respeto y de temor con que se miran y tratan las cosas santas.

### LECCION XXX.

*Los Israelitas piden ser gobernados por reyes.*—Establecimiento de la autoridad real.—Reinado de Saul: este es desechado de Dios por su desobediencia.—Eleccion de David.

Muerto Heli, subió á la suprema judicatura Samuel, que á la dignidad de juez añadia tambien la prerogativa de profeta, y gobernó el pueblo de Dios con mucho celo y prudencia. Los Filisteos volvieron á encender la guerra, pero al empezar la batalla descargó sobre ellos el Señor una horrosa tempestad que los desordenó: fueron entonces acometidos por los Israelitas y perecieron muchos en el alcance.

Tenia Samuel dos hijos, Joel y Abia, asociados á su magistratura, tan codiciosos y venales, que cansados los Hebreos de aquel género de gobierno, pidieron á Samuel que les diese un rey como tenían las demas naciones. Lo consultó con Dios el santo profeta: el Señor le aseguró que el desaire y la ofensa de los Israelitas no solamente recaia sobre su lugarteniente, sino tambien sobre su Divina Magestad. Sin embargo, le autorizó para que les diese un rey como lo pedian, haciéndoles ver primero cuáles son los derechos y el poder de un rey. Con esta autorizacion eligió y ungió Samuel

por rey de todo el pueblo hebreo á Saul, indicado por el Señor. Reunió despues una junta solemne, donde echó suertes en las doce tribus, y tocó á la de Benjamin, entre las familias de esta á la de Metri, y entre los individuos de esta familia á Saul, que era de una estatura procer, pues levantaba la cabeza sobre todos los del pueblo.

Ensalzado Saul á la soberania, no se ensoberbeció con tan alta dignidad, pero mas adelante desobedeció á Dios en dos distintas ocasiones. Le habia intimado Samuel que cuando estuviese acampado en Galgala, le esperase por espacio de siete dias, para ofrecer á Dios un holocausto. Estaba Saul preparado en aquel punto para dar la batalla á los Filisteos. Esperó á Samuel hasta el dia sétimo, y antes de concluirse el dia, como no hubiese llegado el profeta, ofreció á Dios el sacrificio, en ausencia de Samuel, que llegó al tiempo de concluirse, y le dijo que habia obrado muy neciamente, y no habia cumplido con la orden de Dios.

Queriendo el Señor castigar al soberbio Amalec, que habia tratado muy malamente á su pueblo, cuando caminaba por el desierto, dió Samuel á Saul la orden de invadir aquel pais, arruinar cuanto se encontrase, y dar la muerte á todas las personas y animales. Salió Saul á campaña con mas de doscientos mil hombres, y deshizo completamente á los enemigos, pero conservó vivo á su rey Agag, y reservó de los despojos lo que le pareció de mas valor. Reconvenido por Samuel, se disculpó diciendo que el pueblo habia reservado lo mejor de las ovejas y bueyes de Amalec, para ofrecerlo á Dios en sacrificio; á lo cual le respondió el profeta que al Señor le agrada mas la obediencia que las víctimas.

Irritado el Señor con estas desobediencias de

Saul, le desechó, y mandó á Samuel que ungiese por rey á David, jóven de diez y seis años, pastorcillo, de la tribu de Judá, y el menor de los hijos de Isai, vecino de Belen. Le ungió el profeta, y desde aquel mismo momento se llenó del espíritu del Señor, que abandonó á Saul, permitiendo Dios ademas que le acometiese un accidente furioso que le atormentaba; y sabiendo sus palaciegos que David tenia habilidad de tocar bien el arpa, le envió á llamar Saul, para que le distrajese con la música, y le mandó quedarse en su palacio.

### LECCION XXXI.

Sigue el reinado de Saul.—Hechos de David hasta la muerte de Saul.

Ocurrió despues tener que salir Saul contra los Filisteos, que estuvieron acampados mucho tiempo delante de los Israelitas. Por espacio de cuarenta dias salia de entre los Filisteos un gigante llamado Goliat, que levantaba seis codos y un palmo, bien armado, y pertrechado para la defensa, el cual insultaba todos los dias á los Hebreos, retando á singular combate á cualquiera de sus guerreros que quisiera combatir con él. Habia ofrecido Saul recompensar ámpliamente al que venciese al gigante, darle su hija mayor por esposa, y eximir á su casa de tributos. Se presentó David á Saul pidiéndole permiso para pelear con el gigante; procuró disuadirle Saul, haciéndole presente su corta edad y la ninguna práctica en el manejo de las armas; pero el pastorcillo le respondió, que tambien él sabia luchar con los osos y los leones cuando acometian á su ganado, y arrancarles la presa de entre los dientes. Condescendió Saul con los deseos del jóven, y le mandó armar con sus propias armas; pe-



ro David, no pudiendo manejarse ni aun andar con ellas, las dejó, y tomando un báculo, cogió cinco piedras muy lisas, las puso en el zurrón, y con la honda en la mano salió á buscar al gigante. Apenas le vió Goliat, le despreció, y le dijo: *Pues qué, ¿soy yo algun perro, para que vengas á acometerme con un palo? Acércate, y yo daré tus carnes á las aves del cielo y á las bestias de la tierra.* David respondió: *Muy ufano estás con tus fuerzas y tus armas, pero yo vengo en nombre del Señor de los ejércitos, que te entregará en mi mano, te heriré y te cortaré la cabeza.* Le arremetió furioso el Filisteo: sacó entonces David una piedra del zurrón, la puso en la honda, y la dirigió con tanto acierto contra Goliat, que se la clavó en la frente, y le derribó en tierra; y acercándose á él le cortó la cabeza con su mismo alfange. Viendo esto huyeron al instante los Filisteos, los persiguieron los Israelitas, é hicieron en ellos una gran mortandad. Volvió David con Saul á Gabaá: los pueblos le aclamaban por todas partes, y las mugeres cantaban tañendo sus sonajas y panderos: *Saul ha muerto mil Filisteos, y David diez mil.*

Lleno de envidia Saul por estas demostraciones á favor de David, se negó á cumplir la promesa que habia hecho de dar por esposa su hija mayor al vencedor de Goliat; y solo con mala intencion consintió en dar á David la menor, que se llamaba Micol, pues exigió de él que para conseguir esta gracia diese muerte á cien Filisteos, con la esperanza de que sucumbiese en el combate; bien que David no solo mató ciento, sino doscientos, y se casó por último con Micol.

Antes de efectuarse este matrimonio, habia intentado Saul quitar la vida á David, arrojándole una

lanza; pero David hurtó el golpe y se libró. Lo mismo hizo en otra ocasion; por lo cual David, temiendo la ira de Saul tan irritado contra él, se retiró á su casa: mandó cercarla Saul de noche, con ánimo de quitarle la vida por la mañana: lo supo Micol, lo descolgó por una ventana, metió en la cama una estatua, cubierta su cabeza con una piel: entran los soldados á prenderle, les dice Micol que está enfermo, y mientras llegan segundos emisarios, que al cabo descubrieron el engaño, tuvo tiempo David para alejarse. Llegó á Ramata; envió contra él Saul algunos oficiales por primera, segunda y tercera vez; fué él mismo en persona, pero no pudo conseguir su intento.

### LECCION XXXII.

Siguen el reinado de Saul y los hechos de David, hasta la muerte de Saul.

Tenia Saul un hijo llamado Jonatás, que habia contraido una estrecha amistad con David, á quien amaba mucho, y le manifestaba cuanto se maquinaba contra él: fué á verse con David, y renovaron su mútua intimidad y alianza: se despidió Jonatás de David; y este se vió precisado á retirarse á Get, que era la córte del rey Aquis, de quien fué muy bien recibido; pero sus ministros le inspiraron recelos contra David, que por lo mismo se vió en gran peligro, del cual se libró fingiéndose loco, y volvió á tierra de Israel. Supo Saul dónde se hallaba, y salió en su persecucion; y habiendo tenido necesidad de entrar en una cueva, David que se hallaba dentro de ella, tuvo la ocasion mas oportuna de librarse de tan temible perseguidor quitándole la vida, y así se lo aconsejaban los que se hallaban con él; pero el santo rey respondió: *No seré yo el*

*que ponga las manos en el unguido del Señor:* y solo, sin que Saul lo sintiese, lo cortó una orla de su manto real, que le manifestó despues que salió de la caverna, y aun se arrepintió de haber cortado la ropa á su soberano. Se admiró Saul de tanta fidelidad, mas no por eso depuso el rencor que habia concebido contra David. Antes bien otra vez salió con tres mil hombres escogidos á perseguirle: hizo noche en el camino, y estando durmiendo en su tienda, entró en ella David, y se llevó su lanza y su copa. Subió á la cumbre del monte, desde donde empezó á increpar al ejército y á su general Abnér por su descuido en guardar al rey. Despertó Saul, oyó lo que decia David, y prendado de su fidelidad, le habló con mucho cariño, tratándole de hijo suyo. Justificó David su conducta para con Saul, protestando su inocencia, y asegurando que no merecia una persecucion tan dura. Quedó confuso Saul, y confesó públicamente que habia obrado mal; mas no dejó por eso de perseguir á David, contra quien tenia un odio inextinguible.

Diez años duró la persecucion de Saul contra David, que nunca le faltó á la fidelidad y respeto, esperando con resignacion para entrar en posesion de su reino, á que muriese su competidor, que al cabo pereció en una batalla contra los Filisteos. Antes de darla consultó á Dios sobre el éxito de la empresa, pero no recibió respuesta ninguna. Desesperado ya y desatentado, quiso por medio de un hechicera evocar de la tumba al profeta Samuel, ya que habia muerto. Permitted Dios que se le apareciese el Profeta, pero fué para anunciarle que ya era llegado el dia en que iba á perder el reino y la vida. Dió sin embargo la batalla, y en ella murió con sus tres hijos mayores, quedando su ejército derrotado. Llevó un soldado la noticia á Da-

vid, asegurando que hallándose Saul mortalmente herido, y padeciendo terribles dolores, le habia dicho que acabase de quitarle la vida, lo que habia ejecutado conociendo que ya no podia vivir. *¿Cómo te has atrevido*, exclamó David, *á poner las manos en el unguido del Señor?* Y mandó al instante quitarle la vida. David dió á todos un insigne ejemplo de respeto y lealtad para con los reyes.

### LECCION XXXIII.

Reinado de David.

Muerto Saul no subió David inmediatamente al trono: dos tribus solamente le reconocieron por rey, la de Judá y la de Leví: las otras diez se sometieron á Ishobet, hijo de Saul, que reinó siete años, al cabo de los cuales le mataron dos Benjamitas, esperando que David les premiaria por el servicio que le prestaban dando muerte á su rival; pero David siempre fiel, y dejando á la providencia de Dios disponer de la suerte de los reyes; les hizo cortar los pies y las manos, y en seguida mandó ahorcarlos por traidores y parricidas. Después de muerto Ishobet, todas las tribus prestaron obediencia y reconocieron por su rey á David, que inmediatamente trató de apoderarse de la fortaleza que habian levantado los Jebuseos en el monte Sion, adonde trasladó el arca del Testamento desde la casa de Abinadab en Gabaá de Cariatiarin. Para esta traslacion se reunió con un numeroso pueblo; pero sucedió en el camino que un levita, llamado Oza, viendo que se ladeaba el Arca, y pareciéndole que estaba á pique de caer, la sostuvo con la mano, y cayó muerto en aquel mismo momento. Asombrado David, dispuso que se depositase el Arca en casa de Obededon, que era otro levita muy vir-

tuoso, y en cuya casa estuvo el Arca tres meses, llenando el Señor de prosperidad á Obededon y á su familia. Pasado este tiempo dispuso David la traslacion del Arca, y que la llevasen en hombros los Sacerdotes y Levitas. Asistió David á la traslacion tocando el arpa y saltando y danzando. Lo vió Micol su esposa, le despreció y reprendió, como si faltase al decoro propio de la magestad real, á lo cual respondió el santo rey: *Danzaré y me humillaré delante del Señor aun mas que hasta aquí; ni por eso tendré menos gloria:* sentimiento muy propio de un monarca piadoso.

Se hallaban en paz los Israelitas con todos sus vecinos, cuando vino á romperla un ultraje de los Amonitas. Habia muerto su rey Naás, á quien sucedió su hijo Hanon. Le envió David embajadores para hacerle presente su sentimiento, y que estaba resuelto á mantener con él las mismas relaciones de amistad que con su padre; pero Hanon insultó y trató indignamente á los embajadores. Enojado David envió contra los Amonitas á Joab, general de sus tropas, que los derrotó. Juntaron los Amonitas y sus auxiliares otro ejército: salió contra ellos David en persona, les mató cuarenta mil hombres de á caballo y al general del ejército, y obtuvo otros muchos trofeos. Así se hizo temer y respetar de todos los reyes circunvecinos, haciendo tributarios á muchos, á quienes pagaban antes tributo los Israelitas.

No solo conservaba David el honor de su trono con sus armas y con su valor; gobernaba tambien á su pueblo con justicia y sabiduria, por lo cual era un monarca tan amado de sus súbditos, como temido de sus enemigos. Tenia un corazon recto y los sentimientos mas religiosos y humanos. *¿Habitaré yo,* decia, *en un palacio magnífico, y el Ar-*

ca del Señor permanecerá todavía cubierta de pieles? Pensó, pues, en edificar á Dios un templo magnífico, pero el profeta Natan le anunció de parte del Señor que esta gloria estaba reservada para su hijo. La familia del destronado Saul conservaba siempre un gran resentimiento contra David. No obstante, supo este que vivia en el estado mas miserable un nieto de aquel monarca. Le hizo venir á su presencia, y el infeliz, lleno de miedo se postró, sin atreverse á pronunciar una palabra. Le mandó levantar David, le animó, le consoló, y le volvió todos los bienes que habian sido de Saul, le dió habitacion en su palacio, y le sentaba á su mesa todos los dias.

#### LECCION XXXIV.

Concluye el reinado de David.

Pero David era hombre, y como tal pagó tambien su tributo á la flaqueza humana. Cometió un adulterio con Betsabé, muger de Urias, uno de los capitanes de su ejército, á quien para cubrir su delito preparó tambien la muerte de un modo alevoso. Pero estos mismos crímenes sirvieron para que manifestase su temor á Dios y su espíritu de penitencia. Se le presentó de parte de Dios el profeta Natan, y le reprendió severamente: David reconoció su pecado, y se humilló delante del Señor, penetrado del mas vivo arrepentimiento. El Señor le perdonó su pecado, pero sin dejar de castigarle en desagravio de su divina justicia. A pesar de sus continuas lágrimas, oraciones y ayunos, permitió el Señor que se muriese el niño, fruto de su incontinencia. En el seno de su misma familia se introdujo la inmoralidad, la disidencia y la rebelion contra su persona. Su hijo Amnon cometió incesto

con su hermana Tamar y fué asesinado por mandado de su hermano Absalon. Este se rebeló contra su padre, levantó un ejército y entró en Jerusalem; David que ya tenia sesenta años, se vió precisado á huir, y en la huida padeció muchos trabajos, y se vió maldecido y apedreado por Semei, de la familia de Saul. Amaba con extremo á su hijo Absalon, y encargó muy estrechamente á Joab, gefe de las tropas que salieron á perseguirle, y á los demas oficiales, que conservasen la vida á su hijo; pero corriendo este á caballo con mucha velocidad, quedó colgado por su cabellera de la rama de un árbol. Llegó Joab y le atravesó el corazon con tres saetas. David estuvo mucho tiempo inconsolable por la muerte de Absalon; pero llevó con un verdadero espíritu de penitencia todos estos infortunios y sentimientos, y restituido á su trono y á su antiguo poder, perdonó generosamente á Semei, acordándose de que él tambien habia ofendido á Dios gravísimamente, y el Señor le habia perdonado. Laudable documento que nos enseña el perdon de las injurias.

Y como el hombre en la prosperidad difícilmente deja de deslizarse, le vino tiempo adelante el deseo de saber cuántos hombres habia en su reino en estado de llevar las armas, y se hallaron un millon y trescientos mil. Llevadó de vanidad habia mandado David hacer este censo, como si por el número de sus tropas solamente hubiera quedado victorioso de todos sus enemigos. El Señor, á cuya proteccion debia todas sus victorias, se ofendió de esta vanidad: conoció David su culpa, y pidió perdon á Dios que por medio del profeta Gad le dió á escoger entre tres calamidades: ó una hambre por espacio de siete años en sus dominios, ó andar errante perseguido de sus enemigos por tres

meses, ó una peste por tres dias en su reino. Prefiriendo David caer en las manos de Dios antes que en las de los hombres, eligió la peste, de la cual murieron en los tres dias setenta mil Israelitas. Asombrado el rey con esta mortandad, pidió á Dios le castigase á él que era el que habia pecado, y perdonase á su pueblo: se aplacó el Señor, cesó la peste, y David levantó un altar y le ofreció sacrificios en accion de gracias.

Antes de morir David señaló para sucederle en el trono á Salomon, hijo suyo y de Betsabé, y murió á los setenta años de edad y cuarenta de su reinado. David fué uno de los personajes mas distinguidos que ha habido en el mundo; la Divina Providencia le habia escogido desde la eternidad para formar de un pastorcillo uno de los mayores monarcas de la tierra: fué valiente desde niño y por toda su vida, de un corazon recto y siempre temeroso de Dios, generoso con sus enemigos, campeon insigne, político consumado, monarca prudente en la paz, animoso é infatigable en la guerra, y sobre todo celosísimo del honor y gloria de Dios, esclarecido progenitor, segun la carne, del Mesías nuestro Redentor. Si fué pecador, fué tambien un modelo de penitencia.

### LECCION XXXV.

Reinado de Salomon.—Construccion del templo.

Muerto David le sucedió en el reino su hijo Salomon, que sentado en el trono dió á todos los hijos un memorable ejemplo del respeto y veneracion con que deben tratar á sus padres. Entró á verle su madre Betsabé, y apenas la vió se levantó de su solio, se adelantó á recibirla, la hizo una respetuosa reverencia, la sentó á su derecha y la



habló con todo el miramiento de un buen hijo. Pasado algun tiempo se le apareció el Señor en sueños, y le dijo que pidiese todo cuanto quisiese. Conociendo Salomon que lo que mas le importaba era gobernar bien á su pueblo, pidió á Dios el don de la sabiduria, peticion que fué muy del agrado del Señor; por lo mismo le declaró que le concedia lo que le pedia, y que ademas le colmaria de riquezas.

Fué en efecto Salomon un rey sapientisimo y opulento. No tardó en dar una prueba de su sabiduria con ocasion de habersele presentado dos mugeres, una de las cuales le dijo que viviendo con la otra en una misma casa, se habia acostado una noche con un niño que tenia de muy poco tiempo: que la otra se habia acostado tambien con el suyo y le habia ahogado; que en seguida estando ella dormida la habia quitado su hijo poniendo en su lugar el muerto. La otra lo negaba, asegurando que su hijo era el que estaba vivo. Conociendo Salomon lo que es el corazon de una madre, mandó que se dividiese el niño vivo, y que se diese la mitad á una y la otra mitad á la otra. Se sobresaltó al instante la verdadera madre, y le dijo: «Ay! no, Señor; os suplico que no maten al niño, dádselo á esa muger.» «Esta es la madre,» dijo entonces Salomon, y mandó que le entregasen su hijo. En punto á sus riquezas, dice la Sagrada Escritura que tenia en sus caballerizas cuarenta mil caballos de tiro y doce mil de silla, que su tesoro era inmenso, que en su tiempo era tan comun el oro y la plata en Jerusalem como las piedras, y que todos en su reino vivian felices, pues á ninguno le faltaba con que subsistir.

Habia heredado Salomon los sentimientos religiosos de su padre David, y sabedor de que el Señor le habia elegido para edificarle un templo, se

preparó para cumplir la voluntad y el mandato de Dios, tan grato á su corazón. Tenia empleados ciento cincuenta mil hombres con tres mil y seiscientos comisionados y sobrestantes para acopiar la piedra y maderas necesarias para la obra, que concluyó en pocos años, aunque era un edificio muy magnífico y suntuoso, teniendo la gloria de haber sido el primero que levantó un templo en la tierra al verdadero Dios. Trasladó al templo el Arca del Testamento con una pompa casi imaginaria, y ofreciendo á Dios sacrificios de bueyes y ovejas sin número. Luego que los sacerdotes dejaron el Arca en el templo, se vió este lleno de una niebla que anunciaba la magestad de Dios. Poseído entonces de un temor santo Salomon, conoció que el Señor miraba con agrado el templo santo, y postrado en tierra oró con mucho fervor á Dios, suplicándole que oyese benignamente en aquel santo templo así á los particulares como á la nación, cuando acudiesen á su misericordia, implorando el perdón de sus culpas, y el remedio y consuelo de sus aflicciones y desgracias.

### LECCION XXXVI.

Miserable caída de Salomon en los últimos años de su reinado.

La sabiduría de Salomon, sus riquezas, su poder y grandeza, le atrajeron la amistad y admiración de todos los reyes circunvecinos. Estaba en paz con todo el mundo, y se distinguía entre todos los monarcas por su opulencia y esplendidez, como un monarca sobresale entre las personas particulares por ricas y poderosas que sean. El Señor cumplió la palabra que le habia dado de concederle riquezas y sabiduría: ¡Dichoso él si la sabiduría

no le hubiese abandonado, ó mas bien si él no hubiera vuelto la espalda á la sabiduria! Pero por desgracia se entregó con exceso al amor de las mugeres, de las cuales tenia un número exorbitante, y entre ellas algunas idólatras, y que le arrastraron hasta el extremo de ofrecer incienso á los ídolos, y erigirles templos en varios lugares. Para ocurrir al inmenso gasto que le ocasionaba el excesivo número de mugeres que sostenia en sus palacios, ya no le bastaban las inmensas riquezas que poseía, y se vió precisado á sobrecargar de tributos á los pueblos. Indignado el Señor por tan escandalosa defeccion, le manifestó su enojo, y le anunció que su reino seria dividido, y que un vasallo suyo obtendria la mayor parte; mas que en consideracion á su padre David no se haria esta desmembracion hasta despues de su muerte, la cual acaeció á los sesenta años de su edad y cuarenta de reinado.

### LECCION XXXVII.

Reinado de Roboan. Separacion de las diez tribus.— Consideraciones provechosas á que da lugar este suceso.— *Las diez tribus de Israel se hacen cismáticas; el pequeño reino de Judá conserva la unidad nacional y las promesas divinas.*

Despues de la muerte de Salomon se sentó en el trono de Israel su hijo Roboan. Como la nacion se hallaba tan oprimida con los tributos, pidió al rey que los rebajase. Consultó Roboan sobre esta demanda á los ancianos que habian sido consejeros de su padre, varones prudentes y de experiencia, los cuales le respondieron que le convenia mucho empezar su reinado captándose la voluntad de su pueblo; y así, que accediese á su peticion.

Por el contrario, los jóvenes, coetáneos de Roboan, y que se habian criado con él, le aconsejaron que negase á los pueblos lo que pedian, y les dijese que si su padre los habia azotado con correas, él los azotaria con garfios de hierro. Siguió este mal consejo Roboan, no rebajó los impuestos, y habló al pueblo en los términos duros y ásperos que le habian dictado aquellos jóvenes atolondrados. Exasperadas diez tribus con esta repulsa, negaron la obediencia á Roboan, y eligieron por su rey á Jeroboan, que fijó su córte en Siquen; solo las dos tribus de Judá y Benjamin siguieron bajo la obediencia de Roboan. Las diez tribus separadas formaron el reino que se llamó de Israel, asi como el de las otras dos tribus se llamó el de Judá. Juntó Roboan un ejército de ciento y ochenta mil hombres con el fin de reducir á su obediencia á las diez tribus que se la habian negado; pero el Señor le hizo entender, lo mismo que á todo el pueblo, por medio del profeta Semeias, que aquella guerra no era de su agrado, porque el mismo Señor habia dispuesto la separacion de las tribus; y les intimó que se abstuviesen de llegar á las manos con los Israelitas. Roboan y el pueblo obedecieron, y así quedaron establecidos los dos reinos. Esta separacion fué funesta para las diez tribus, pues las hizo abandonar á Dios que es el mayor mal que puede suceder á las naciones: estos resultados suele tener el negar la obediencia á las autoridades legítimas, pero tambien los que mandan deben no dar ocasion con su desacuerdo á que se despechen los pueblos que gobiernan.

Formados los dos reinos, se separó el de Israel de las tradiciones antiguas en varios puntos esenciales respecto á la religion y al gobierno: el de Judá conservó la tradicion primitiva; siguió siendo el

depositario de las promesas de Dios, y constituyendo el verdadero y genuino pueblo hebreo.

## LECCION XXXVIII.

Reyes de Israel y de Judá.

### REYES DE ISRAEL.

*Jeroboan, Nadab, Baasa, Ela, Zambri, Amri, Acab, Ococias, Joran, Jehu, Joacaz, Joas, Jeroboan II; Zacarias, Selun, Manahen, Faceya, Facee y Osee.* En tiempo de este último rey tomó Salmanasar á Samaria, y llevó cautivas las diez tribus á la Siria, quedando extinguido el reino de Israel.

### REYES DE JUDA.

*Roboan, Abias, Asa, Josafat, Joran, Ococias, Atalia reina, Joas, Amasias, Ocias,* llamado tambien Azarias, *Joatan, Acáz, Ezequias.* Reinando este rey en Judá fué destruido el reino de Israel por Salmanasar. *Manasés, Amon, Josias, Selun,* por otro nombre Joacaz. Eliakin ó Joaquin, *Jeconias* ó Joaquin, Matanias ó *Sedecias,* que fué conducido cautivo con todo el pueblo por Nabucodonosor á Babilonia, y en él tuvo fin el reino de Judá.

### REINO DE ISRAEL.

Temiendo Jeroboan que si los Israelitas concurrían á Jerusalem á ofrecer á Dios sacrificios en el templo, como estaban acostumbrados, volviesen á la obediencia de Roboan, concibió y llevó á efecto el impio pensamiento de fabricar dos becerros de oro que colocó uno en Dan y otro en Betel, que eran dos puntos de su reino bastante distantes entre sí; los adoró, y mandó que los adorasen los Is-

raelitas, instituyendo tambien sacerdotes, y una solemnidad que debia celebrarse todos los años á semejanza de la que se celebraba en el templo de Jerusalem, para que nada echasen de menos los Israelitas. El mismo, haciendo de sacerdote, iba á ofrecer incienso al ídolo de *Betel*, cuando se presentó un profeta anunciando que por aquella iniquidad naceria de la estirpe de David un hijo que se llamaria Josias, el cual sacrificaria sobre el mismo altar aquellos sacerdotes que estaban quemando aromas en honor de sus ídolos, y que entonces mismo cuando estaba hablando, se destruiria el altar y se convertiria en cenizas. Extendió el rey su brazo, mandando y haciendo la señal de que le prendiesen, pero se le secó la mano de modo que no podia traerla hácia sí. Suplicó al profeta pidiese á Dios la restitucion de su mano, que obtuvo por las oraciones del varon de Dios; mas no por eso se corrigió, pues perseveró en la idolatria todo el tiempo que reinó, que fueron 22 años. Subió al trono en su lugar su hijo Nadab, que imitó á su padre en la impiedad, y á los dos años fué muerto por Baasa, que tambien quitó la vida á todos los descendientes de Jeroboan como se lo habia anunciado á la muger de este el profeta Ahias Silonita. Apoderado Baasa del reino, fué tan impio como sus predecesores, y murió á los 24 años de su reinado. Dos años reinó en seguida su hijo Ela, que fué asesinado por Zamri, general de caballeria, el cual á su vez y á los siete dias se quemó en su palacio, que incendió por no poder librarse de Amri, otro general á quien aclamaron las tropas por rey, y que le tenia sitiado. Fué tambien Amri perverso como sus antecesores; edificó á Samaria, asiento despues y córte de los reyes de Israel, reinó doce años y dejó por sucesor en el trono á su hijo Acab.

### LECCION XXXIX.

Siguen los reyes de Israel.—El profeta Elias.

Acab excedió en vicios y en impiedad á cuantos le habian precedido. Se casó con Jezabel, princesa de Sidonia, idólatra, soberbia, perversa y cruel, que mandó quitar la vida á muchos profetas del Señor. Prosiguió Acab dando culto á los becerros de oro que habia colocado Jeroboan en Dan y en Betel, adoró y mandó adorar tambien al ídolo Baal, á quien adoraba la reina, y le consagró su hijo. El profeta Elias anunció que no lloveria ni caeria rocío en todo su reino por algunos años: despues se retiró por órden de Dios hácia el Jordan, cerca del torrente de Carit, adonde un cuervo le llevaba todos los dias el alimento. Se secó el torrente, y por revelación de Dios pasó á la ciudad de Sarepta, donde hizo que no se disminuyese en mucho tiempo un poco de harina y aceite de una pobre viuda, que le socorrió á la entrada de la ciudad, á cuyo favor correspondió tambien consiguiendo de Dios que volviese la vida á un hijo que se la habia muerto. Al cabo de tres años, y por mandado de Dios, se presentó otra vez el profeta á Acab, que empezó á inculparle por la falta de agua en su reino. Tú tienes la culpa, le respondió el profeta; tú y la casa de tu padre, que habeis despreciado los pronósticos del Señor, y habeis adorado los ídolos. Le añadió que congregase á los profetas de Baal, y á todo el pueblo de Israel en el monte Carmelo, y estando todos reunidos, hizo ver con un milagro patente la falsedad de aquellos impostores, que todos perdieron la vida en prueba de su maldad. Anunció en seguida al rey que pronto lloveria, y así se verificó. Irritada Jezabel con el cas-

tigo de los sacerdotes de Baal, su idolo favorito, determinó matar á Elias, que se vió precisado á huir. En el camino le ordenó el Señor que ungiese á Hazael por rey de Siria, y á Jehu de Israel, y por profeta á Eliseo, el cual le siguió reconociendo por su maestro.

Proseguian en sus maldades Acab y Jezabel. Tenia un israelita llamado Nabot una viña que codiciaba Acab para ensanchar sus jardines, quiso comprarla, pero Nabot no consintió en ello por ser herencia de sus padres, con lo cual recibió el rey un gran sentimiento; pero la impia Jezabel buscó testigos falsos que depusieran haber oido á Nabot blasfemar de Dios y del rey, y Nabot murió apedreado, se le confiscaron sus bienes, y la viña vino á poder del rey. A vista de tan enorme delito, Elias vaticinó al rey que en el mismo sitio en que se habia derramado la sangre inocente de Nabot, lamerian los perros la suya, y anunció á Jezabel, que tambien los perros comerian su cuerpo. Murió Acab en una batalla contra Benadab, rey de Siria, habiendo reinado 22 años: trasportaron su cadáver á Samaria, y al lavar el carro en que le habian conducido, los perros lamieron su sangre. La vengativa y altanera Jezabel que le sobrevivió fué muerta por orden de Jehu que volvia victorioso: los caballos pisotearon su cadáver, y los perros se lo comieron, cumpliéndose asi los vaticinios de Elias. Reprendió este profeta al rey Ococias, hijo de Acab y de Jezabel, tan impío como sus padres, por haber consultado á Belcebub, dios de Acaron, sobre si sanaria de una caída peligrosa que habia dado desde una ventana de su palacio, anunciándole que moriria sin remedio, y murió de allí á poco á los dos años de su reinado.



## LECCION XL.

Siguen los reyes de Israel.—El profeta Eliseo.

No mucho tiempo despues, partió Elias con su discípulo Eliseo hácia el Jordan: tocó las aguas de aquel rio con su manto, se dividieron, y pasaron los dos á pie enjuto. Iban hablando uno con otro, cuando los separó un carro de fuego con caballos tambien de fuego: subió Elias al carro y desapareció por el aire. Eliseo empezó á clamar y á llamar á Elias, diciendo: *Padre mio, padre mio*; pero no le volvió á ver, y solo recogió la capa del profeta que habia caído en el suelo.

Retrocedió Eliseo, y para pasar el Jordan tocó las aguas con la capa de Elias, se dividieron y dejaron el paso libre. Llegó á Jericó, en donde convirtió en agua saludable la de una fuente que era sumamente nociva.

Reinaba por este tiempo en Israel Joran, hermano de Ococias, que tambien ofendió á Dios con su conducta, aunque no fué tan malvado é impio como sus padres Acab y Jezabel. Coligóse Joran con Josafat, rey de Judá y con el rey de Edon contra los Moabitas. Los tres monarcas, despues de siete dias de marcha, se hallaban sumamente afligidos porque faltaba el agua, y sus tropas y su caballeria se morian de sed. Acudieron á Eliseo, que indignado con las prevaricaciones de Joran, le dijo que fuera á consultar á los profetas de sus padres: mas por consideracion al piadoso Josafat, rey de Judá, les anunció que pronto hallarian agua en abundancia, y triunfarian de sus enemigos. Hallaron agua á la mañana siguiente: los acometieron los Moabitas, pero quedaron estos enteramente derrotados.

Se presentó por entonces á Eliseo una pobre viuda llena del mas amargo desconsuelo, porque un avariento é inhumano acreedor suyo queria arrebatarla dos hijos que tenia para que le sirviesen en pago de su deuda, porque no tenia absolutamente que darle sino un poco de aceite. Eliseo la mandó que pidiese á las vecinas muchas vasijas y echase en ellas el aceite; lo hizo así la muger, y llenando de aceite todas las vasijas, vendió del sobrante lo que bastó para pagar á su acreedor, y todavía la quedó aceite para su uso. A otra muger estéril, que le hospedaba caritativamente, la anunció que tendría un hijo: lo dió á luz en efecto, pero despues de algun tiempo se le murió. Acudió la buena muger á Eliseo; fué á su casa el profeta, oró á Dios, y el Señor, por su intercesion, volvió la vida al niño. Tambien curó milagrosamente al general del ejército de Siria, llamado Naaman, que era leproso: le mandó bañarse siete veces en el Jordan, se bañó, y quedó enteramente limpio de la lepra.

Reinaba á la sazón en Siria Benadab, que enfurecido por ver descubiertas todas las asechanzas que armaba contra el rey de Israel, con quien estaba en guerra, quiso averiguar quién era el que las descubria. Le dijeron sus consejeros que Eliseo, y envió una gran fuerza armada á prenderlo en Dotan, donde se hallaba: se asustó al verla el criado de Eliseo, pero el profeta consiguió que Dios le hiciese ver un monte lleno de caballos y carros de fuego que defendian á su amo. Salió al encuentro de los que le buscaban, habiendo pedido á Dios hiciese que no le conociesen; les dijo que él los conduciria adonde estaba Eliseo, y los introdujo en Samaria, córte del rey de Israel. Allí el Señor les abrió los ojos, y se llenaron de miedo al verse en poder de sus enemigos. Pero Eliseo no

consintió que se les hiciese daño alguno, antes bien á su insinuacion los regaló el rey y los despidió.

### LECCION XLI.

Destruccion del reino de Israel por Salmanasar.

No ablandó esta generosidad al rey de Siria Benadab: puso sitio á Samaria, y la redujo al último extremo de penuria y de hambre. Recurrió Joran á Eliseo, quien aseguró al rey delante de sus capitanes que al dia siguiente habria en la ciudad una abundancia excesiva de víveres. Se resistió á creerle uno de los que asistian al rey: Eliseo le dijo: *Pues tú mismo lo verás, y no llegarás á probar este socorro.* Cuatro leprosos que estaban fuera de las puertas de Samaria, se dijeron unos á otros: de todos modos nos morimos aquí de hambre, vamos al campo de los Sirios; si nos matan, al fin siempre hemos de morir aquí, y tal vez se compadecerán de nosotros y nos darán de comer: fueron al campo enemigo, y lo hallaron abandonado y desierto; pero lleno de bastimentos y de una infinidad de efectos. El Señor habia aterrado á los sitiadores, haciendo que oyesen un grande estrépito como de un ejército numeroso; y temiendo que hubiese venido á los Israelitas un auxilio poderoso, se retiraron abandonándolo todo. Volvieron los leprosos á dar la noticia á la ciudad, hizo salir el rey una descubierta por si era un ardid de los enemigos, y averiguada la verdad, salió todo el pueblo, y trasportó á la plaza todas las provisiones que habia en el campo. El capitan, que no quiso dar crédito al vaticinio de Eliseo, estaba de orden del rey á la puerta de la ciudad; y la gran multitud que entraba y salia lo sofocó, y murió.

Ungido Jehu de orden de Dios por rey de Israel,

dió la muerte á Joran, á quien iba persiguiendo, á los 12 años despues de haber subido al trono. Jehu exterminó la casa de Acab, segun le habia anunciado Dios por el profeta Elias; dió muerte á los sacerdotes de Baal, derribó este ídolo y destruyó sus altares, pero no abolió el culto que se daba á los becerros de oro en Dan y en Vetel, por cuya culpable omision le afligió el Señor, dando la victoria varias veces á sus enemigos. Reinó 28 años y le sucedió su hijo Joacaz, que reinó 17 y no abandonó los pecados de sus padres, por lo cual permitió el Señor que le afligiese en gran manera el rey de Siria; y aunque arrepentido y humillado despues le libró el Señor de la prepotencia de su adversario, no por eso se apartó de sus antiguos excesos. Reinó despues de él en Israel su hijo Joas por espacio de 16 años, y aunque tambien de una conducta reprehensible, venció á Benadab, hijo de Hazael, rey de Siria, segun se lo habia pronosticado Eliseo al tiempo de morir. Tambien tuvo guerra con Amasias, rey de Judá; llegó hasta Jerusalem, derribó una parte de sus murallas, la saqueó, y volvió á Samaria, donde murió. Entró despues á reinar su hijo Jeroboan que tampoco agradó á Dios con sus acciones, y sin embargo le favoreció el Señor, y recobró los limites de su reino. Fué rey 41 años, y despues de muerto ocupó el trono su hijo Zacarias, que reinó seis meses: tambien vivió mal y fué muerto por Selun, que reinó solamente un mes, pues le quitó la vida Manahen, el cual siguió los malos ejemplos de sus antecesores, y reinó 10 años en Israel. Despues reinó dos años su hijo Faceya, tan malo como el anterior. Le dió muerte uno de sus capitanes llamado Facee, se apoderó de la corona; siguió las huellas de sus predecesores, y reinó 20 años. En tiempo de este rey, Teglatfa-

lazar, que ocupaba el trono de Siria, se apoderó de mucha parte del reino de Israel, y trasportó sus habitantes á la Siria. Le mató Osee ú Oseas, que tambien ofendió mucho al Señor, y al noveno año de su reinado en Israel, sexto del de Ecequias en Judá, se apoderó de Samaria Salmanasar, rey de Siria é hijo de Teglatfalazar, y trasladó á su reino el resto de los Israelitas, quedando destruido para siempre el reino de Israel, en castigo de sus muchos y graves pecados, como se lo habian anunciado los profetas en nombre del Señor.

## LECCION XLII.

### Reyes de Judá.

Roboan reinó en Judá 17 años. Al tercer año de su reinado se entregó con sus súbditos al culto de los ídolos, por lo cual le castigó el Señor, lo mismo que á toda la nacion, permitiendo que Sesac tomase y saquease á Jerusalem, y se llevase los tesoros del rey y las riquezas del templo. Y aunque el Señor le impidió mover la guerra contra Jeroboan, rey de Israel, como lo intentó al principio para reducir á su obediencia á las diez tribus que habian proclamado rey á Jeroboan, estuvo siempre en guerra con este monarca. Le sucedió en el trono su hijo Abias, que reinó tres años, siempre en guerra con Jeroboan, é imitó los crímenes y malos ejemplos de su padre. Reinó despues su hijo Asa, que derribó los ídolos que habia levantado su padre, y restableció el culto del verdadero Dios. Reinó 41 años y estuvo siempre en guerra con Baasa, rey de Israel, sucesor de Nadab, hijo de Jeroboan. Despues de su muerte, subió al sólio su hijo Josafat, que fué uno de los reyes mas piadosos que tuvo el pueblo de Dios. Siguió en todo las

huellas de su ilustre primogenitor David, adoró y sirvió siempre al Señor con fervoroso celo, observó con exactitud su santa ley, y envió por todos sus estados Sacerdotes y Levitas á enseñar al pueblo la ley del Señor y á exhortarlo á su observancia. Por su religiosidad le favoreció Dios con el don de consejo, y así gobernó con acierto á sus pueblos, y aumentó extraordinariamente su poder, de modo que era temido y respetado de los reyes comarcanos. Sin embargo se coligó con Acab y con el hijo de este, Ococias, reyes de Israel, que se desviaron del camino del Señor. Unido con el primero, proyectaron los dos emprender una guerra contra el rey de Siria, pero quiso Josafat que primero se consultase á Dios. Congregó Acab hasta 400 de los que en su reino se llamaban Profetas, los cuales unánimemente le aseguraron que tendría un éxito feliz aquella guerra. Preguntó Josafat si no había en Israel ningún profeta del Señor: respondió Acab que solo había quedado Miqueas, pero que este siempre le pronosticaba desgracias, por lo cual le miraba con odio: con todo le envió á llamar. Miqueas le anunció que aquella guerra tendría el fin más desastrado: se irritó Acab contra Miqueas, y le mandó prender, encargando que le tratasen con dureza. Partieron los dos reyes á la guerra, cuyo éxito fué tan desgraciado como había anunciado Miqueas, pues el ejército fué derrotado y Acab quedó muerto en la batalla. Regresó Josafat á Jerusalen, y se ocupó en promover el culto del Señor, y la observancia de su santa ley. Acometido después por los Amonitas y Moabitas, le concedió el Señor una milagrosa y completa victoria. Se alió posteriormente con Ococias, rey de Israel, lo que le reprobó el Señor por medio del profeta Eliezer, á causa de que Ococias imitaba la maldad

de su padre Acab. Por último, murió y fué sepultado en Jerusalem. Reinó 25 años.

### LECCION XLIII.

Siguen los reyes de Judá.

Muerto Josafat se sentó en el trono de Judá su hijo Joran, que no siguió los buenos ejemplos de su padre, antes bien casado con Atalia, hija de Acab y Jezabel, y tan perversa como sus padres, restableció la idolatría en su reino, hizo quitar la vida á todos sus hermanos y á otros personajes principales, por lo cual le castigó el Señor permitiendo que los Filisteos tomasen á Jerusalem y matasen á todos sus hijos, menos uno que logró salvarse; y por último que muriese de una enfermedad cruelísima que le estuvo atormentando por espacio de dos años, despues de haber reinado ocho. Le sucedió Ococias, que acompañó á Joran, rey de Israel, en una guerra contra Siria, en que este último fué muerto por Jehu. Reinó Ococias un año, y muerto él, entró á reinar su madre Atalia, que para asegurarse en el trono mandó quitar la vida á todos sus nietos. Pero se libró de su ira Joas, que criado en secreto por el sumo pontífice Joyada, fué alcabo de seis años proclamado rey, y muerta la usurpadora. Reinó Joas 40 años. Al principio de su reinado se portó como un monarca piadoso y prudente, siguiendo los consejos del sumo sacerdote Joyada, á quien debía la corona y la vida. Pero muerto el Pontífice, olvidó las lecciones santas que la daba, tolerando que se diese culto á los ídolos, y cometiendo muchos delitos, hasta el punto de mandar apedrear á la misma entrada del templo á Zacarias, hijo del pontífice Joyada á quien tanto debía, porque reprendia con santa libertad al pueblo su ido-

latria y sus abominaciones. No dejó sin castigo el Señor tantas maldades; le acometieron y vencieron los Sirios; su rey Hazael le trató indignamente, y habiendo recobrado su libertad en el estado mas lastimoso, murió asesinado en su lecho, y aunque fué enterrado en Jerusalem, pero no en el panteon de los reyes sus predecesores.

Amasias su hijo reinó 29 años; no se condujo mal al principio de su reinado, y Dios le concedió la victoria contra sus enemigos; pero despues adoró á los ídolos de los mismos pueblos á quienes habia vencido. Tuvo tambien guerra con Joas, rey de Israel, que le hizo prisionero. Muerto Joas, siguió reinando algunos años: por último se formó contra él una conspiracion en Jerusalem; huyó, pero fué alcanzado y muerto en su fuga. Sucedióle su hijo Ocias, llamado tambien Azarias, el cual habiéndose conducido religiosamente, mereció la proteccion del Señor, que le dió la victoria contra todos sus enemigos, y un reinado próspero y feliz. Mas engreido con su prosperidad, se atrevió á usurpar las atribuciones del Sumo Pontífice, ofreciendo á Dios incienso en el Templo; pero allí mismo se vió cubierto de lepra, y despreciado del pueblo abdicó la corona en su hijo Joatan, que fué uno de los mejores reyes de Judá, y así le favoreció el Señor. Venció á los Amonitas, edificó ciudades, construyó templos, y por último murió en paz á los 16 años de su reinado.

#### LECCION XLIV.

Siguen los reyes de Judá.—El impío Acaz y el profeta Isaías.—El piadoso Ecequias.

Su hijo Acaz, que le sucedió, fué uno de los monarcas mas perversos que mandaron al pueblo



de Dios, pues empleó toda su autoridad en afirmar en su reino la idolatría. Le declaró la guerra el rey de Siria y le derrotó; y Facees, rey de Israel, le mató en un día ciento veinte mil hombres, y se llevó doscientas mil personas de todo sexo y edad, bien que en seguida las dejó libres por las exhortaciones y amenazas de un Profeta. También invadieron el reino de Judá los Idumeos y los Filisteos, causando muchos estragos en el país. No bastaron estas desgracias para que se enmendase Acáz, antes creyendo que cesarian tantos males aplacando á los falsos dioses que adoraban aquellas naciones, ofreció incienso á sus ídolos, y olvidando al verdadero Dios, extendió mas y mas la idolatría, y mandó cerrar las puertas del templo de Jerusalem. El profeta Isaias trató de reducirle con sus exhortaciones á los caminos del Señor, y aun le ofreció hacer el milagro que pidiese; pero él se obstinó en su impiedad, y en ella murió despues de haber reinado 16 años.

Conducta muy contraria observó su hijo y sucesor Ezequias. Abrió las puertas del Templo, que habia mandado cerrar su padre; restableció en todo su esplendor el culto de Dios; derribó todos los altares levantados á los ídolos, y dió á todos sus súbditos un eficaz ejemplo de la observancia de los preceptos del Señor. Acometido por Senaquerib, rey de Siria, con un poderoso ejército, y hallándose enfermo, le anunció el profeta Isaias de parte de Dios, que le quedaba muy poco tiempo de vida. Le afligió en extremo esta noticia, pidió fervorosamente á Dios que le alargase la vida, contristado al considerar el peligro en que se hallaba su reino invadido por Senaquerib. Oyó el Señor su oracion, y volvió Isaias á anunciarle de parte de Dios, que dentro de tres dias recobraría la salud,

que muy pronto se veria libre del poder de Senaquerib, y viviria todavia 13 años; y para que lo creyese, hizo retroceder diez grados la sombra de un reloj de sol. Hallóse completamente restablecido á los tres dias: se presentó en el templo, y pidió á Dios con el mayor fervor que librase á su pueblo del furor de Senaquerib, é hiciese ver á aquel soberbio monarca quién es el verdadero Dios, el Dios de los ejércitos. Oyó el Señor su súplica, segun se lo habia anunciado Isaias, y por medio de un ángel quitó la vida en una noche á 185,000 hombres del ejército de Senaquerib, que asombrado con aquella mortandad se retiró á sus estados precipitadamente. Vióse Ecequias victorioso y opulento, mostró todos sus tesoros á unos embajadores del rey de Babilonia, mas el Señor le hizo saber por boca de Isaias, que aquellos mismos tesoros que habia mostrado á los embajadores, serian trasladados á Babilonia, y que sus hijos y los descendientes de su linage, servirian al rey de Babilonia en su palacio. Reinó Ecequias 29 años.

#### LECCION XLV.

Siguen los reyes de Judá.—El impío Manasés.—El piadoso Josias.

Al religioso Ecequias, sucedió su impío hijo Manasés, cuando todavia no contaba mas que 12 años. Se decidió abierta y escandalosamente por la idolatría; demolió cuanto habia edificado su padre en honor y para culto del verdadero Dios; reedificó todos los altares de los ídolos que su padre habia destruido, y llegó á presentar un hijo suyo en ofrenda al ídolo Moloc, como habian presentado los suyos á Baal Acaz, rey de Judá, y Acab, rey de Israel. Llenó de sangre á Jerusalem; sedujo al pue-

blo, para que abandonase á su Dios, y adorase á las falsas deidades; cometió en fin mas abominaciones que habian cometido antes de él los Amorreos, enemigos de Dios y de su pueblo. Reprendióle con santa libertad el profeta Isaias, anciano ya de cien años, de la sangre real de Judá y respetabilísimo por sus virtudes, por su prudencia, por el celo de la gloria de Dios, y por el don de profecía con que el Señor le habia distinguido. Pero el vicioso y sanguinario rey, lejos de aprovecharse de sus consejos, le mandó quitar cruelmente la vida. Irritado el Señor, anunció por boca de Jeremias que castigaria terrible y ejemplarmente á Jerusalem y á Judá por sus iniquidades y las de su rey. Asi fué: á los 22 años de su reinado tomó el rey de Siria á Jerusalem, le hizo prisionero, y le condujo cargado de cadenas á Babilonia. Encerrado en un calabozo, conoció la mano de Dios que le castigaba por sus maldades, se arrepintió de corazón, detestó sinceramente todos sus delitos, y pidió perdon á Dios con el mayor fervor y la mas profunda humildad. Oyóle el Señor, siempre misericordioso y dispuesto á perdonar; le concedió la libertad, y le restituyó á su trono. Escarmentado y agradecido á la clemencia divina, consagró todo el resto de su vida á servir fielmente al Señor, y murió á los 55 años de su reinado.

Le sucedió su hijo Amon, que le imitó en la maldad, pero no en el arrepentimiento. No reinó mas que dos años y murió asesinado por los suyos. El pueblo reconoció por rey á su hijo Josias que solo tenia ocho años. Desde que llegó á la edad de la juventud observó este príncipe durante toda su vida una conducta religiosísima. Destruyó todos los ídolos, y sobre sus altares quemó los huesos de sus falsos profetas, segun el Señor se lo habia

anunciado á Jeroboan, primer rey de Israel, llamando ya entonces por su nombre á Josias, á quien escogió para la ejecucion de sus decretos. Restauró el templo que se hallaba casi derruido, y restableció el culto del verdadero Dios, no solamente en el reino de Judá, sino tambien en muchos puntos del de Israel, donde estaba establecida la idolatría. Consiguió que hasta su muerte permaneciese fiel á Dios todo el pueblo de Judá, y murió en una batalla contra el rey de Egipto, despues de haber reinado 31 años.

Muerto Josias entró á reinar su hijo menor Seun, llamado tambien Joacaz, que fué tan malo como Amon y Manasés. Neco, rey de Egipto, que tomó á Jerusalem, le hizo prisionero á los tres meses, y le condujo á Egipto, poniendo en el trono de Judá á Joaquin, hermano mayor de Joacaz; este murió en Egipto. Joaquin cometió grandes crímenes, hizo quitar la vida al profeta Urias, y persiguió á Jeremias, porque le reprendian por su depravada conducta, y le amenazaban con el castigo del cielo, que en efecto descargó sobre él al tercer año de su reinado.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, puso sitio á Jerusalem, hizo prisionero á Joaquin, lo encadenó y condujo á Babilonia; pero su sucesor, llamado tambien Nabucodonosor, le devolvió despues la libertad y el trono, imponiéndole un crecido tributo que le pagó por espacio de tres años, despues de los cuales se negó á pagárselo. Con todo, se vió hostigado por los Caldeos, Sirios, Moabitas y Amonitas, y murió por fin, habiendo reinado 11 años. Entró luego á reinar su hijo, llamado igualmente Joaquin ó Jeconias, que fué tan malo como él, y solo reinó tres meses, porque le movió guerra Nabucodonosor, y habiéndole hecho prisionero le lle-

vó á Babilonia, colocando en el trono de Judá á un tio de Joaquin, llamado Matanias, á quien mudó el nombre, llamándole Sedecias.

### LECCION XLVI.

Destruccion del reino de Judá por Nabucodonosor é incendio de la ciudad y del Templo.—Los judios son llevados cautivos á Babilonia.—Salmo 136, aprendido de memoria.

En vista de la impiedad y de las abominables costumbres de casi todos los reyes de Judá, y de la nacion que gobernaban, les habia amenazado el Señor por medio de sus Profetas, que destruiria el reino de Judá como habia destruido el de Israel. Llegó el tiempo de verificarse las amenazas de Dios, reinando en Judá Sedecias, que con su pueblo se empeñó en provocar la ira del Señor. Se entregó el rey y toda la nacion á las mayores abominaciones; el templo fué sacrílegamente profanado, y reinaba por donde quiera en Judá la mas escandalosa disolucion. Clamaban Jeremias y los demas Profetas en nombre de Dios, que los enviaba, pero eran escarnecidos. El desatentado Monarca aceleró su perdicion y la de su reino, separándose de la amistad de Nabucodonosor, que le habia dado la corona, y aliándose con el rey de Egipto, enemigo de su bienhechor. Irritado Nabucodonosor entró con un poderoso ejército por el reino de Judá, tuvo sitiada á Jerusalem por espacio de dos años, y tan estrechamente, que sus defensores y moradores se vieron reducidos á todos los extremos del hambre mas cruel, hasta que una noche acometida la ciudad por los sitiadores, trataron de salvarse abandonando la ciudad. Tambien huyó Sedecias, pero fué alcanzado por los babilonios que lo presentaron á su rey, el cual mandó matar á dos

hijos de Sedecias en presencia de este desventurado padre; hizo que le sacasen los ojos, y cargado de cadenas lo llevó cautivo á Babilonia. Envió en seguida á Nabuzardan, general de sus tropas, quien se apoderó de todos los tesoros, arrasó el templo y la ciudad, y se llevó cautivo todo el pueblo, excepto alguna gente pobre que dejó en el país para que cultivase los campos y las viñas.

Trasladado el pueblo á Babilonia, permaneció Jeremias en Judea; le dió libertad Nabuzardan, movido del respeto que inspiraba el santo profeta, y ofreciéndole consideracion y comodidades en Babilonia, pero el varon de Dios prefirió vivir pobremente en Judea con el fin de consolar á sus hermanos que habian quedado en el país. Gobernaba este, por Nabucodonosor, Godolias, á quien dieron la muerte algunos judios; y temerosos todos se empeñaron en trasladarse á Egipto, desoyendo los consejos de Jeremias; aunque les aseguraba que ningun mal les vendria por permanecer en Judea; por lo cual se vió precisado á acompañarlos.

Estaba de este modo diseminado el pueblo de Dios, en Babilonia, en Egipto y en Judea. Durante la cautividad suspiraban dia y noche por su patria, reconociendo en su castigo la mano de Dios á quien tanto habian ofendido ellos y sus padres, por lo cual hizo el Señor que los reyes de Babilonia los tratasen sin rigor, y les permitiesen vivir segun sus leyes. Setenta años duró el cautiverio, segun lo habia anunciado Jeremias, y durante este tiempo permanecieron fieles al Señor, resistiendo la seduccion y los malos ejemplos de la gente con quien vivian, y confortados con las exhortaciones del profeta Ezequiel, que moraba entre ellos, y los consolaba, trayéndoles á la memoria las misericordias del Señor, que al cabo se apiadaria de su pueblo.

Así describe David la aflicción y amargura del pueblo cuando estaba cautivo:

«En las márgenes de los ríos *del país* de Babilonia, allí nos sentábamos, y nos poníamos á llorar, acordándonos de *tí, oh Sion*.

Allí colgamos de los sauces nuestros músicos instrumentos.

Los mismos que nos habian llevado esclavos, nos pedian que les cantásemos nuestros cánticos: los que nos habian arrebatado *de nuestra patria* nos decian: Cantadnos algunos himnos de los que cantábais en Sion.

¿Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor (*les respondíamos*) en tierra extraña?

¡Ah! si me olvidare yo de tí, oh Jerusalen, entregada sea al olvido, seca quede mi mano diestra.

Pegada quede al paladar la lengua mia, si no me acordare de tí, *oh Sion santa*; si no me propusiere á Jerusalen por el primer objeto de mi alegría.

Acuérdate, oh Señor, de los hijos de Edon, los cuales en el día de la ruina de Jerusalen decian: Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos.

¡Desventurada hija, *ó ciudad*, de Babilonia! Afortunado sea aquel que te diere el pago de lo que nos has hecho tú padecer á nosotros.

Dichoso sea aquel que ha de coger *algun día* en sus manos á tus chiquitos, y estrellarlos contra una peña.» *Psalm. 136.*

## LECCION XLVII.

El profeta Daniel en la córte de Nabucodonosor.

Entre los judíos que transfirió Nabucodonosor á Babilonia, se contaban cuatro jóvenes de los primeros linages de Judea; *Daniel*, de la sangre real

de Judá, *Ananias, Misael y Azarias*, que los Caldeos llamaron *Baltasar, Sidrac, Misac, y Abdenago*. Nabucodonosor habia escogido á estos cuatro jóvenes para pages suyos, y mandó que se criasen y fuesen educados con esmero en su mismo palacio. Aprovecharon maravillosamente en sus estudios, y tanto que habiéndolos examinado el mismo rey en persona los halló diez veces mas instruidos que todos los sabios de su imperio, como que el Señor les asistia, porque á él solo reconocian y adoraban, sirviéndole con fidelidad y temor santo.

Daniel no solo habia adquirido la sabiduria humana, sino que tambien se vió enriquecido por el Señor con el don de profecia, y con el privilegio de descubrir secretos, que se ocultan naturalmente al entendimiento del hombre. Vivia en Babilonia una muger casada, llamada Susana, tan casta como hermosa. Se prendaron de su hermosura dos ancianos que eran jueces del pueblo en aquel año: la sorprendieron bañándose en su jardin: quisieron corromper su virtud, y resistiéndose ella á condescender con sus impuros deseos, la amenazaron con que declararían haberla visto cometer un adulterio, y moriria apedreada segun la ley de Moisés; pero Susana les respondió: «Mas quiero morir que ofender á Dios.» La acusaron, pues, ante el pueblo aquellos inicuos jueces, asegurando que la habian visto adulterar con un joven, á quien no habian podido detener; y el pueblo la condenó á muerte, dando crédito á las palabras de dos ancianos que ademas eran jueces del pueblo. Susana, exclamando en alta voz, puso á Dios por testigo de su inocencia, pero el pueblo no apreció su protesta. La conducian, pues, á apedrearla, cuando se presentó Daniel, que todavia contaba muy pocos



años, y empezó á decir en alta voz, que él de ninguna manera consentía en aquella muerte; que Susana estaba inocente. ¿Cómo condenais, les dijo, á una Israelita, sin saber si ha cometido el delito que se la imputa? El pueblo retrocedió, y los ancianos rogaron á Daniel que se sentase en medio de ellos, y les aconsejase lo que debían hacer, porque el Señor, le dijeron, te ha honrado con la cordura de la vejez. Dispuso entonces Daniel que se separase á los dos jueces: preguntó á cada uno de ellos aparte, debajo de qué árbol habia visto á Susana cometer el delito de que la acusaban: el uno respondió que debajo de un *lentisco*, y el otro debajo de una *encina*; con lo cual, descubierta la falsedad de su acusacion, sufrieron ellos la pena de muerte, y Susana quedó libre, é inmaculada su reputacion, con grande alegría de su marido, de sus padres y de toda su familia.

### LECCION XLVIII.

Sigue la historia de Daniel.

Mas adelante tuvo Nabucodonosor un sueño, del cual por mas que hizo, nunca pudo acordarse. Preguntó á los sabios y adivinos de su reino, los cuales le respondieron, que ellos podrian interpretar el sueño del rey, pero que no era dado á ningun mortal saber lo que habia soñado. Irritóse Nabucodonosor con esta respuesta, y mandó matar á todos los magos ó sábios de su reino, teniéndolos por embaidores. Era reputado Daniel por un eminente sábio, no solo entre los de su nacion, sino tambien entre los Babilonios; y sabedor de la orden del rey, se puso en oracion con sus compañeros Ananias, Misael y Azarias, pidiendo al Señor que le revelase aquel secreto, para no pere-

cer con los demas sábios de Babilonia. Se lo manifestó en efecto el Señor á Daniel, el cual se presentó á Nabucodonosor, y le dijo: Señor, los sábios, adivinos y magos de vuestro reino no pueden acertar el misterio que les preguntais; pero hay un Dios en el cielo, que revela los misterios, y que te ha indicado á ti ; oh rey Nabucodonosor! lo que ha de suceder en los últimos tiempos. Vos habeis visto una estatua de extraordinaria magnitud; su cabeza era de oro muy puro, el pecho y los brazos de plata, el talle y los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies, parte de hierro y parte de barro. Estabais mirándola, cuando se desprendió de la eminencia de un monte sin que ningun hombre la arrojase, una piedrezuela, que tropezando en los pies de la estatua los deshizo, y en seguida se hizo pedazos la estatua, y quedó reducida á polvo; y la piedrecilla creció, se hizo una gran montaña, y cubrió toda la tierra. La cabeza de oro significa vuestro reinado, á este sucederá otro no tan poderoso, representado por la plata, al que se seguirá el tercero, significado por el bronce, el cual no será tan fuerte, y despues el que está representado por el hierro, que semejante á este metal, todo lo destruirá, y nadie podrá resistirle, pero que al fin se dividirá y debilitará, como lo indica la mezcla de hierro y de barro, y por último se disipará como los anteriores. Despues se levantará un reino poderoso y grande que absorberá todos estos Imperios, y durará eternamente. Cumplióse con el tiempo esta profecía de Daniel, porque al imperio de Nabucodonosor se siguieron las tres grandes monarquías, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos; esta última se dividió en dos partes, el imperio de Oriente y el de Occidente. Todas estas

monarquias han desaparecido completamente, y Jesucristo, que bajó del cielo, y que á los ojos de los hombres era bien pequeño, fundó el Imperio espiritual, que se ha extendido por toda la tierra, y durará hasta la consumacion de los siglos. Atónito quedó Nabucodonosor, y dirigiéndose á Daniel le dijo: Verdaderamente vuestro Dios es el Dios de los dioses, y el Señor de los reyes: se postró delante de Daniel, y quiso adorarle. En seguida le ensalzó y enriqueció, y le nombró príncipe sobre todas las provincias de Babilonia, y presidente de todos los sábios. Daniel le pidió por sus compañeros Ananias, Misael y Azarias, y el rey los elevó á grandes puestos en las provincias de Babilonia.

### LECCION XLIX.

Los tres jóvenes en el horno de Babilonia.

Mandó en otra ocasion Nabucodonosor levantar una estatua de oro de sesenta codos de alto y seis de ancho, y que todos la adorasen. Se resistieron Ananias, Misael y Azarias; se enfureció el rey, y les amenazó con que si no la adoraban, serian arrojados en un horno encendido: y ¿cuál será el Dios, les dijo, que os libre de mis manos? Los tres religiosos mancebos le respondieron: El Dios á quien adoramos puede; oh rey! preservarnos del fuego, y librarnos de tu poder: pero si no le place hacerlo, ten entendido; oh rey! que nosotros no reverenciamos á tus dioses, ni adoramos la estatua que has erigido. Ardiendo entonces en ira Nabucodonosor, mandó que los atasen los pies y los arrojasen en el horno, el cual estaba encendido siete veces mas que lo acostumbrado. Arrojaronlos inmediatamente los ejecutores de la voluntad del rey, y no cesaban de echar en el horno ma-

nojos de leña, pez, estopa y betun, de manera que salia la llama cuarenta y nueve codos fuera del horno, y abrasó á los que estaban junto á él. Al mismo tiempo bajó un ángel, y se juntó en el horno con los tres jóvenes, que ilesos en medio de aquel fuego tan intenso, cantaban alabanzas á Dios: ni un cabello de su cabeza, ni la menor parte de sus vestidos se quemó, sino solamente las ligaduras con que les habian atado los pies. Los vió Nabucodonosor andar en medio de las llamas, y con ellos al ángel, que le pareció semejante á un hijo de Dios; y lleno de asombro llamó á los tres jóvenes, les hizo salir del horno, bendijo á su Dios delante de toda su corte, y publicó por todos sus estados el poder del Dios de los Hebreos, mandó adorarle en todos sus dominios, y que fuese condenado á muerte todo el que blasfemase de él.

Con todo, fascinado Nabucodonosor con sus conquistas, con la hermosura, magnificencia y fortaleza de Babilonia, y con sus grandes riquezas y poderío, se ensoberbeció tanto su corazon, que el Señor determinó castigarle de un modo ejemplar y extraordinario. Tuvo un sueño en que vió un árbol tan procer que llegaba hasta el cielo, y sus ramas cubrian toda la tierra, y oyó una voz que decia: Cortad este árbol, pero conservad su raíz; con otras intimaciones, cuya significacion no entendia el rey. Daniel, interpretando el sueño, le dijo que en aquel árbol estaba representado el mismo rey, que seria separado de su reino por espacio de siete años, y que en este tiempo viviria y se alimentaria en el campo como las bestias, hasta que reconociendo el poder del Rey del cielo, le restituyese el Señor á su trono. Todo se cumplió como lo habia anunciado Daniel; al cabo de un año perdió el juicio Nabucodonosor, fué

arrojado de la sociedad, y vivió siete años entre las bestias del campo, alimentándose de heno como los bueyes, de modo que su cabello se volvió como el plumage de una águila, y sus uñas como las garras de las aves de rapiña. Al cabo de los siete años recobró el juicio: levantó los ojos al cielo, reconoció la mano de Dios que castigaba su soberbia, y apiadado el Señor, le restituyó á su trono.

## LECCION L.

### Cena de Baltasar.

Un nieto de Nabucodonosor, llamado Baltasar, quiso dar una noche un espléndido banquete á los grandes de su reino, aunque se hallaba sitiado en su córte por un poderoso ejército que mandaba Ciro, sobrino de Darío, rey de la Media. Estando ya embriagado, mandó llevar á la mesa los vasos de plata y oro que Nabucodonosor habia extraido del templo de Jerusalem, y bebieron en ellos así el rey como los demas convidados, cantando alabanzas á sus dioses. Cuando mas distraidos y alegres estaban, apareció una mano que escribia algunas palabras en la pared; conturbóse el rey al verla, y empezó á temblar, y en alta voz mandó quellasen á los magos y adivinos de Babilonia. Se presentaron estos, y el rey les ofreció grandes dones y distinciones, si leian las palabras que trazaba la mano, y le manifestaban su sentido; pero ninguno de ellos acertó á leerlas, y mucho menos de consiguiente á interpretarlas. Se acordó entonces la reina de Daniel, á quien Nabucodonosor habia instituido presidente de todos los sabios, por su grande inteligencia en interpretar los sueños y descubrir los secretos. Mandó el rey llamar á Daniel y le hizo los mismos ofrecimientos que á sus

magos, si leía aquellas palabras y le declaraba su significado. Daniel le respondió: Reserva, señor, tus dones, y da á otro las distinciones con que me convidas, que yo te leeré esa escritura, y te manifestaré lo que significa. Le hizo entonces presente lo que habia hecho el Señor con Nabucodonosor por su soberbia, y que este ejemplar no habia sido suficiente para que él se corrigiese, sino que antes bien habia aumentado el número de sus delitos profanando sacrilegamente los vasos sagrados destinados para el culto del Dios verdadero, á quien no se cuidaba de glorificar, y si á las mentidas deidades que adoraba; que por esta razon habia aparecido aquella mano y habia escrito aquellas palabras, las cuales eran: *Mane, Thecel, Phares*: que la primera significaba que el Señor habia contado los dias de su reinado, y ya se habian cumplido: la segunda que el Señor le habia puesto en la balanza de su justicia, y que en ella habia sido reprobado; y últimamente, la tercera que su reino se habia dividido y habia sido dado á los Medos y á los Persas. En aquella misma noche se verificó el terrible vaticinio de Daniel: entraron lo sitiadores en Babilonia, fué muerto el rey, y Darío se apoderó del reino.

## LECCION LI.

Concluye la historia de Daniel.

Darío tuvo siempre en grande estimacion á Daniel, á quien nombró por uno de los tres superintendentes de su reino, lo cual excitó la envidia de los grandes que se propusieron perderle á toda costa; y como no hallasen por dónde acriminarle, porque servia al rey con la mayor fidelidad, se valieron de la inalterable religiosidad de Daniel para

conseguir su intento. Sugirieron al rey que diese un decreto, para que ninguno, por espacio de 30 días, dirigiese ninguna peticion ni á Dios ni á ningún hombre, sino solamente al rey, y que el que lo hiciese fuese arrojado á la cueva de los leones. Dió el rey el decreto: Daniel abrió sus ventanas y adoró á Dios tres veces de rodillas como acostumbraba. Espiábanle sus enemigos, le vieron en oracion, y le acusaron ante el rey, exigiendo el cumplimiento del decreto. Se contristó el rey sobremanera, pero aunque con mucha repugnancia, mandó que arrojasen á Daniel á la cueva de los leones. No cenó el rey ni durmió en toda la noche, por el sentimiento que le causaba la desgracia de su ministro, á quien tanto apreciaba y quería. Apenas amaneció, se dirigió á la cueva de los leones: llamó á Daniel, y le preguntó, si el Dios á quien adoraba le habia librado de las garras de aquellas fieras; respondió Daniel desde dentro que el Señor habia enviado á su ángel, el cual habia sujetado á los leones, y no le habian hecho ningún daño. Se alegró el rey en extremo, mandó sacar á Daniel de la cueva, y arrojar en ella á sus acusadores, que al momento fueron despedazados y devorados por los leones. En seguida hizo publicar por todo su Imperio el poder y las grandezas del Dios de Daniel, mandando que todos le temiesen.

En otra ocasion hizo ver al rey la superchería de los sacerdotes del ídolo Bel, que adoraban los Babilonios. Tenian los sacerdotes una puerta secreta por donde entraban de noche en el templo, y se llevaban una gran cantidad de viandas selectas, que ofrecian al ídolo los Babilonios, creyendo que las comia. Daniel, acompañando al rey, fué al templo, puso el mismo rey las viandas en el al-

tar, pero Daniel mandó á sus criados que cerniesen ceniza por el pavimento. Salieron del templo cerrando y sellando las puertas con el sello real. Volvieron al dia siguiente; no estaban allí las viandas, por lo cual creyó el rey que el ídolo se las habia comido; pero Daniel le hizo notar marcadas en la ceniza pisadas de hombres, mugeres y niños. Irritado el rey, mandó prender á los sacerdotes, que confesaron su engañifa, y fueron condenados a muerte. Entonces Daniel, con anuencia del rey, destruyó el ídolo y el templo; pero apareció allí un dragon, al cual daban tambien culto los Babilonios. Daniel, obtenido el permiso del rey, le arrojó una masa compuesta de pez, de grasa y de pelos, que devoró el animal y reventó. Irritados los Babilonios, se amotinaron y dijeron que el rey se habia vuelto judío, pidiendo á voces la muerte de Daniel. Se lo entregó el rey sin poderlo evitar, y le encerraron otra vez en la cueva de los leones, donde estuvo seis dias. Vivía entonces en Judca el profeta Habacuc: se le apareció un ángel, y le mandó que llevase á Daniel, que estaba en Babilonia, en la cueva de los leones, la comida que tenia preparada para los segadores. Excusóse Habacuc, diciendo que nunca habia estado en Babilonia, ni sabia dónde estaba la cueva de los leones. Entonces le asió el ángel por los cabellos, y le trasportó con la comida adonde estaba Daniel, que la recibió con el mas profundo reconocimiento, por la bondad y providencia del Señor. Al sétimo dia fué el rey á la cueva á lamentarse de la desgracia de Daniel; pero quedó altamente sorprendido, al verle vivo sentado en medio de los leones, y exclamó en alta voz: *Grande eres tú, Señor Dios de Daniel*; le hizo salir de la cueva, y mandó arrojar en ella á sus enemigos, que al punto



fueron devorados por aquellos hambrientos animales, ensalzando el rey el poder del Dios de Daniel, y exclamando que debian temerle todos los habitantes de la tierra.

Profetizó Daniel varios sucesos futuros, pero la mas notable de sus profecías es la que se refiere á la venida y muerte de nuestro Redentor, y destruccion de Jerusalem. Daniel vivia 600 años antes de Jesucristo, y anunció con tanta claridad la muerte de nuestro Salvador, y la destruccion de la ciudad y templo de Jerusalem, fijando hasta el tiempo en que se habia de cumplir su vaticinio, y expresando el suceso con tales circunstancias, que el filósofo Porfirio, enemigo acérrimo del cristianismo, conociendo que si esta era una verdadera profecía, era indudablemente verdadera la religion de Jesus, que él impugnaba con todo su saber, tomó el arbitrio de asegurar que la que se llamaba profecía de Daniel, se habia escrito despues de los sucesos: pero los mismos Hebreos, tan enemigos de la religion de Jesucristo como aquel filósofo, y por lo mismo tan interesados como él en que no hubiese semejante profecía, que prueba hasta la evidencia la verdad de la religion cristiana, quisieron mas bien verse oprimidos por la fuerza de un argumento á que no pueden responder, que negar la autenticidad de aquella, ni de ninguna de las profecías, de que eran tan fieles depositarios como malos intérpretes. Tambien hicieron ver á Porfirio la falsedad de su suposicion muchos de los apologistas de nuestra santa religion, que le impugnaron victoriosamente.

## LECCION LII.

Ministerio de los Profetas.—Noticia, tanto de los Profetas que escribieron, como de los que no dejaron ningun escrito.

Desde luego que Dios crió al hombre, se dignó enseñarle lo que le convenia saber para llenar el fin á que le destinaba. Despues de su pecado, le anunció la venida de un Redentor, que le libraria á él y á toda su descendencia de la esclavitud á que se habia sujetado por su culpa; y á la que habia arrastrado tambien á toda su posteridad. La misma prediccion hizo al patriarca Abrahan, prometiéndole que seria el progenitor de un gran pueblo, y que de su descendencia naceria el Salvador del mundo. Se formó este pueblo, célebre en los fastos del género humano, y el mismo Señor se dignó enseñarle por sí mismo y por el ministerio de Moisés, muchas verdades religiosas y morales.

Ademas de las lecciones que por sí mismo habia dado el Señor á los hombres; ademas de haberles anunciado su futura reparacion, inspiró tambien á muchos varones justos para que predicasen y exhortasen á los hombres á la observancia de los preceptos que nos ha impuesto el Señor, y anunciasen al mundo la venida del Redentor á la tierra, las circunstancias relativas al Mesías prometido, y diferentes sucesos que habian de ocurrir entre las naciones. Estos personajes son los profetas. Pero antes de hablar particularmente de los que llevan este nombre, conviene saber que, inspirados por Dios algunos varones justos, vaticinaron tambien muchas cosas que habian de suceder, especialmente respecto de nuestro Salvador y del pueblo de Dios. El patriarca Jacob, nie-

to de Abraham, anunció al tiempo de morir á sus doce hijos, la suerte que habia de caber á la descendencia de cada uno de ellos, y llegando á Judá le dijo que su posteridad obtendria la supremacia entre las demas tribus, hasta que viniese el que habia de ser enviado, y á quien habian de esperar todas las naciones. Así se cumplió: Jesucristo descendia de la tribu de Judá, que fué siempre la principal entre las demas, hasta la venida de Jesucristo, en cuyo tiempo estaban todas confundidas, reinando sobre ellas el idumeo Herodes, y desde entonces hasta ahora no ha podido ni puede obtener ninguna preferencia la tribu de Judá entre las otras, hallándose todas dispersas por la superficie de la tierra, en cumplimiento de las profecías.

Moisés, que vivió mil y quinientos años antes de la venida de Jesucristo, predijo las desgracias que habian de afligir al pueblo, y el estado actual de los judios, con una claridad y energia que llena de admiracion. Esto dice el Señor, les dijo: «Si no me escucháreis, os castigaré con tanto rigor, que llegareis á comer las carnes de vuestros hijos y de vuestras hijas.» Cumplióse este vaticinio en Samaria, estando sitiada por Benadab, rey de Siria, y despues de muerto nuestro Señor Jesucristo, en Jerusalem cercada por los Romanos. «Reduciré á soledad vuestras ciudades...y á vosotros os dispersaré por entre las naciones, y desenvainaré mi espada en pos de vosotros; y á los que de vosotros quedaren, infundiré espanto en sus corazones en medio de los paises enemigos: se estremecerán al ruido de una hoja que se mueva: perecereis entre las naciones, y la tierra enemiga os consumirá (Levit. 26).» Si no quisieres escuchar la voz de tu Señor Dios, serás maldito en la

ciudad y maldito en el campo... Y andarás perdido, siendo el juguete y la fábula de todos los pueblos adonde te llevará el Señor... Y así en tí, como en tu descendencia, estarán viéndose siempre señales y prodigios *de la cólera de Dios*... Servirás á tus enemigos, que pondrán un yugo de hierro sobre tu cerviz... Y llegarás al extremo de comer la carne de tus hijos y de tus hijas (Thren. 4, 10 Baruch, 2, 2, 3.)... El Señor te desparramará por todos los pueblos del uno al otro cabo del mundo, y aun allí entre aquellas gentes, no lograrás descanso, ni podrás asentar el pié, porque el Señor te dará allí un corazon espantadizo y ojos desfallecidos, y una alma consumida de tristeza, y estará tu vida como pendiente delante de tí; temerás de noche y de dia, y desconfiarás de tu vida (Deuteron. 28).» No se puede dar una pintura mas fiel de los males que estan aquejando á la nacion judáica, desde que cometió el horrendo crimen de dar muerte al hombre Dios.

### LECCION LIII.

Siguen los Profetas.

David anunció la divinidad del Mesias, su gloria y su poder, y muchas circunstancias de su pasion y muerte, como tambien su resurreccion y gloriosa ascencion á los cielos. La Escritura Santa menciona tambien algunos profetas que vivieron en tiempo de los reyes de Judá y de Israel, y les anunciaban lo que les habia de suceder, tales como Samuel, Mathan Gad, y Ado. Entre estos profetas se distinguieron particularmente Elias y Eliseo, de quienes hemos hablado describiendo la vida de los reyes en cuyo tiempo florecieron.

Pero hubo tambien otros profetas, que nos de-

jaron sus escritos por separado. De estos se cuentan cuatro mayores, y son Isaias, á quien se agrega Baruc, Jeremias, Ezequiel y Daniel, y doce que se llaman menores porque sus escritos son cortos, los cuales son: Oseas, Joel, Amos, Abdias, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonias, Ageo, Zacarias y Malaquias.

Eran éstos profetas unos hombres animados de celo por el servicio y gloria de Dios, de trato sencillo, y de costumbres austeras; vivían apartados de los negocios y bullicio del mundo, y se ocupaban principalmente en exhortar á todos á la observancia de la ley, reprendiendo con santa libertad así al pueblo como á los reyes por sus crímenes y depravada conducta, y amenazándoles con el castigo del cielo; por lo cual, si bien algunas veces eran estimados y respetados, en otras ocasiones tuvieron que sufrir persecuciones y malos tratamientos por parte del pueblo y de los reyes. Anunciaban los males que habían de venir al pueblo de Dios por sus pecados, muchos sucesos concernientes á las demás naciones, la venida del Mesias, su divinidad, su concepcion milagrosa, el pueblo donde había de nacer, con mil circunstancias relativas á su vida, pasión y muerte, la destrucción de Jerusalem y del templo, la dispersion de los Judios por toda la tierra, su abyección y envilecimiento, y la propagacion y establecimiento de la religion de Jesucristo por todo el mundo. Todas estas profecías se han cumplido exactamente, y el cumplimiento de algunas de ellas es sucesivo y constante. Son muchas las que dicen relacion con nuestro Redentor. Isaias que vivía 750 años antes de Jesucristo, anunció como un prodigio extraordinario, y lo es realmente, que una virgen había de concebir y parir un hijo que se había de llamar Ma-

nuel. (Isaias, 7, 14.) Nombre que significa Dios con nosotros. Miqueas señaló el pueblo en que habia de nacer nuestro Salvador 650 años antes que viniese al mundo, diciendo que de Belen habia de salir el caudillo que habia de dominar en Israel, y que su generacion es desde la eternidad (cap. 4, v. 2): así lo creian los judios fundados en esta profecía, pues cuando llegaron los magos á Jerusalem, preguntando dónde habia nacido el rey de los Judios, dijeron á Herodes los doctores de la ley que en Belen, pues así estaba anunciado por el profeta Miqueas. Quinientos años antes que naciese Jesucristo, anunció el profeta Zacarias que habia de entrar en Jerusalem cabalgando en un asno; y para que no se dudára de quién hablaba, dice á Sion y á Jerusalem que así entraria su rey en la ciudad, y que su poder se extenderia de mar á mar, y hasta los últimos confines de la tierra (cap. 9, v. 9, 10). ¿Qué rey de los Judios ha entrado de este modo en Jerusalem, y ha extendido tanto su dominacion? Solamente Jesucristo, cuyo reino espiritual se dilata por todo el ámbito de la tierra. Tambien anunció el mismo profeta que el Señor habia de ser vendido por treinta monedas de plata, y que este dinero habia de llegar á manos de un alfarero (cap. 11, v. 12, 15). Judas entregó al Señor por treinta monedas de plata; arrepentido de su traicion arrojó aquel dinero en el templo, y se ahorcó, y los príncipes de los sacerdotes compraron con aquella cantidad el campo de un alfarero para cementerio de los forasteros.

#### LECCION LIV.

Concluyen los Profetas.

Isaias describió la pasion y muerte de nuestro

Redentor con tanta expresion (cap. 55, v. 10 y sig.), que como dice San Gerónimo, su profecía parece mas bien una historia. Tambien anunció con la mayor claridad la predicacion del Evangelio á los gentiles y su conversion á la religion de Jesucristo (cap. 49, v. 6, cap. 66, v. 1.º). Seiscientos años antes de que fuese arruinada Jerusalem, anunció el profeta Daniel su destruccion, señalando el tiempo en que habia de suceder aquella catástrofe y las circunstancias que la habian de acompañar tan expresamente y con tanta exactitud (cap 9, v. 20), que el filósofo Porfirio que impugnaba con todo el saber de la filosofia la religion cristiana, afirmaba, que si aquella profecía era auténtica, la religion de Jesucristo era necesariamente verdadera, por lo cual negaba su autenticidad; mas la autenticidad de las profecías y de todos los libros santos ya la hemos probado en otra parte.

Estaba igualmente anunciada la obstinacion de los Judios en no reconocer por Mesias á N. S. Jesucristo, á pesar de tantas y tan claras profecías, y de su manifiesto y puntual cumplimiento. Isaias (cap 29, v. 10, 15, 14) la anunció terminantemente, asegurando que los Judios, sus sábios y doctores, se verian privados de la inteligencia de las profecías, las cuales serian para ellos como un libro que no se puede abrir: vaticiniocu yo cumplimiento han consignado ellos mismos en el Talmud, declarando que á pesar de estar señalado por los Profetas el tiempo de la venida del Mesias, este tiempo ha pasado ya y no se sabe cuándo vendrá. La Providencia Divina quiso anunciar tan anticipadamente su obcecacion, que seria inconcebible si no fuera el cumplimiento de una profecía.

Los Judios componian una nacion poderosay fuerte. No pocas naciones grandes y poderosas han

desaparecido, porque se han mezclado y confundido con otras; pero los Hebreos se hallan como señalados por el dedo de Dios, dispersos por todos los ángulos de la tierra, sin hermanarse, ni aunarse con ningun pueblo del mundo, despreciados, abatidos, envilecidos, y horriblemente perseguidos por espacio de 1800 años. Este fenómeno, único en la historia del género humano, estaba anunciado con toda precision por Jeremias (cap. 9, v. 16, cap. 24, v. 9). «Y los dispersaré, dice el Señor, entre unas gentes á quienes no conocieron ni ellos ni sus padres, y los entregaré á la vejecion y á la afliccion en todos los reinos de la tierra, para oprobio y ejemplo, y proverbio y maldicion en todos los sitios donde los arroje.»

Ultimamente, la conversion del mundo entero y el establecimiento del cristianismo en todos los pueblos de la tierra, es el objeto de una profecia insigne de Malaquias (cap. 1.º, v. 11). «Grande es mi nombre entre todas las naciones: de Oriente á Poniente, y en todas partes se hace al nombre mio una ofrenda pura, porque mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos.» Antes de la venida del Redentor solo se daba culto al verdadero Dios en la nacion Judaica: ahora se lo dan los cristianos en todas las islas y continentes, en la tierra y en la mar.

#### LECCION LV.

*A pesar de la destruccion del reino de Israel y de la cautividad del de Judá, no se olvidó el Señor de sus promesas.—Fin del cautiverio de los Judios por Ciro.—Restablecimiento del Templo y de la Ciudad santa.—El linage de David se continúa en Zorobabel.*

Habia anunciado el profeta Jeremias que la cautividad de los judios en Babilonia duraria setenta



años, despues de cuyo tiempo volverian los Hebreos á su pais, y sería restablecida la Ciudad y el Templo. Cumplidos los setenta años, reinaba en Babilonia **Ciro**, rey de los Persas, de los Medos y Caldeos. Antes que naciese este monarca, el profeta **Isaias**, llamándole por su nombre, le anunció su exaltacion, y el poderio que recibiria de mano de Dios del cielo sobre muchos y muy poderosos reyes de la tierra. Leyó **Ciro** esta profecía, y al oírse llamar por su nombre, y viendo cumplido exactamente quanto en ella se anunciaba en orden á su exaltacion, se llenó de admiracion; y no ignorando sin duda la profecía de **Jeremias** sobre el tiempo en que se habia de verificar la libertad de los cautivos Judios, se determinó á concedérsela reconociendo el poder y la providencia del Dios de Israel. Lo publicó así en un edicto, dandolicencia á todos los Judios para volver á su tierra y reedificar á costa de su erario la ciudad y el templo de Jerusalem. Se trasladaron desde luego á Judea cuarenta y dos mil Judios al mando de **Zorobabel**, hijo de **Salatiel**, descendiente de **David**, y empezaron la obra con el mayor fervor y alegría, unidos con muchos de los cautivos del reino de Israel que habia conducido á Siria el rey **Salmanasar**. Continuaba la reedificacion con bastante lentitud, por la oposicion de los Samaritanos, hasta que en tiempo de **Artajerjes**, dió este monarca permiso, instrucciones y facultades á **Nehemias**, judio de nacion, á quien apreciaba en alto grado, para que fuese á Judea, y tomase á su cargo la reedificacion hasta que se concluyera del todo. Lo consiguió **Nehemias**, auxiliado poderosamente por el rey, y cooperando sus compatriotas, los cuales se veían obligados á trabajar, teniendo á su lado las armas para defenderse de los ataques

de los Samaritanos, que trataban de impedir la reedificación de Jerusalem á toda costa.

Concluida la restauracion de la Ciudad y del Templo, leyóse ante todo el pueblo, compuesto de Judios é Israelitas, por un sacerdote llamado Esdras, el Libro de la ley, prometiendo todos guardarla en adelante con la mayor fidelidad, acordándose de sus antiguas prevaricaciones, y de las penalidades y trabajos con que por ellas los habia castigado el Señor. Constituyeron desde entonces un solo pueblo los Judios é Israelitas, reuniéndose como en otros tiempos todas las doce tribus en el templo de Jerusalem, para adorar á Dios y ofrecerle sacrificios. Solo permaneció la division con los Samaritanos, que aunque convenian en algunos puntos con los Hebreos, profesaban tambien al mismo tiempo la religion de los idólatras que habian enviado á tierra de Israel los reyes de Asiria, Teglathfalazar y Salmanasar.

## LECCION LVI.

Historia de los Judios hasta las primeras persecuciones de los reyes de Siria.

Seguian los Judios bajo la dependencia de los reyes de Persia; pero se gobernaban por sus antiguas leyes, y por un consejo llamada *Sanedrin* ó *Sinedrio*, compuesto de setenta Consejeros, acreditados y respetables, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote. Así continuaron por espacio de trescientos años, aun despues que el imperio de los Persas pasó á los reyes de Macedonia, y posteriormente á los de Siria.

En este periodo de tiempo sucedió la invasion, en el Asia, de Alejandro Magno. Intimó este Conquistador á los Judios que le reconociesen por su

Soberano, como lo hacian todos los pueblos por donde llevaba sus armas victoriosas. Respondieron los Judios que habiendo prometido fidelidad á los reyes de Persia, no podian reconocer á otro por su rey. Se irritó Alejandro con esta respuesta, y se dirigió con su ejército contra Jerusalem. Angustiadose los Judios, salieron á recibirle en procesion, precedidos de los Sacerdotes, y llevando al frente de todos al Sumo Sacerdote. Aquel espectáculo infundió un desconocido temor en el corazon de Alejandro: se adelantó hácia el sumo sacerdote, postróse delante de él y adoró al verdadero Dios: entró en Jerusalem, ofreció en el Templo sacrificios al Señor y concedió grandes privilegios á los Judios, prometiendo protegerlos siempre.

El Señor habia preparado muy de antemano el ánimo de Alejandro para esta respetuosa conducta que admiraban sus Capitanes, haciendo que cuando todavia estaba meditando en Macedonia la conquista de la Persia, se le apareciese en sueños un personaje muy parecido al Sumo Sacerdote de los Judios, y vestido del mismo modo, el cual le animó á la ejecucion de su proyecto, porque el Dios de los ejércitos destinaba para él aquel poderoso Imperio.

Muerto Alejandro Magno, se formaron de su Imperio diferentes reinos. Reinó en Siria Seleuco, y bajo su imperio y el de sus sucesores gozaron los Judios de bastante tranquilidad, hasta el reinado de Seleuco, IV de este nombre, llamado tambien Filopator. Era entonces Sumo Pontífice Onías, altamente respetable por su piedad, y muy honrado de los reyes, que por consideracion á su virtud hacian grandes presentes al Templo, y costeaban cuanto se necesitaba para los sacrificios. Estaba encargado del Templo, Simon, de la tribu de Ben-

jamin, que meditaba planes de trastornos en la ciudad; y como se opusiese Onías decididamente á sus designios, resentido de la resistencia del Sumo Sacerdote, se presentó á uno de los generales de Seleuco, llamado Apolonio, y le dijo que en el templo de Jerusalem habia riquezas inmensas que no estaban destinadas para los sacrificios, y de las cuales podia apoderarse el rey sin ningun inconveniente. Comunicó este aviso Apolonio al rey, que envió á Jerusalem á su superintendente Heliodoro con encargo de trasportar aquellos caudales á la córte. Llegó Heliodoro á Jerusalem, y se presentó al Sumo Sacerdote, á quien dió parte de su comision. Onías le respondió que no podia entregarle aquellos caudales, de los cuales no era mas que un mero administrador, por ser en parte un depósito de particulares, y estar en parte destinados á socorrer á huérfanas y á viudas. Insistió Heliodoro, diciendo que era necesario de todos modos cumplir con las órdenes del rey. Se puso en oracion el Sumo Sacerdote con todo el pueblo: entró Heliodoro en el Templo; pero los soldados que le acompañaban quedaron sobrecogidos de espanto: apareció un personaje á caballo que derribó en tierra á Heliodoro; se llegaron á éldos jóvenes llenos de gloria y magníficamente vestidos, que le castigaron rigorosamente. Imploró entonces la piedad del Sumo Sacerdote: oró este á Dios, y por su intercesion le libró el Señor del peligro de muerte en que se hallaba: le sacaron del Templo, y al dar cuenta al rey del desempeño de su comision, le dijo: «Si tenéis algun enemigo ó algun conspirador en vuestro reino, enviadle á Jerusalem con el mismo encargo que me habeis dado, porque el que habita en los cielos protege aquella ciudad, y hiere y pierde á cuantos entran en el Templo para profanarlo.»

## LECCION LVII.

Persecucion de Antioco.—Martirio de los Macabeos.

El sucesor de Seleuco, Antioco Epifanes, que quiere decir ilustre, depuso á Onías del sumo sacerdocio, cuya dignidad trasformaron algunos envidiosos en objeto de codicia, dando con esto ocasion á que se formasen diferentes facciones en Jerusalem, lo que fué causa de que Antioco, enemigo declarado de la religion y del pueblo de Dios, entrase en la ciudad y saquease y profanase el Templo, atreviéndose el impío á insultar en él al mismo Dios. Cometió al mismo tiempo las mayores crueldades con sus habitantes, degollando hasta ochenta mil. Se empeñó ademas en obligar á todos los Judios á renunciar la leysanta de Dios, á abandonar sus prácticas y sus ritos, y dar culto á los Idolos. Perseguia con el mayor furor á cuantos se oponian á su voluntad: perecian muchos al golpe de la cuchilla, y el Templo se veia profanado con las mas detestables abominaciones. Pero no faltaron algunos Israelitas animosos y fieles á la ley santa de Dios, que se opusieron con valentia y serenidad á las sacrílegas disposiciones de Antioco. Entre ellos es memorable el anciano Eleazaro, de noventa años de edad, el cual antes que comer carnes prohibidas por su ley, quiso mas bien morir, como murió por mandato del tirano. Son tambien célebres en la historia del pueblo de Dios, siete hermanos jóvenes, á quienes prometió Antioco grandes recompensas, si comian de los manjares prohibidos. Se opusieron con denuedo y santa libertad aquellos jóvenes á la invitacion é injusto precepto del rey. Antioco los hizo atormentar del modo mas cruel y prolongado delante de su mis-

ma madre, que los animaba á la perseverancia en su santo propósito con muy sentidas exhortaciones. Despechado Antioco al ver aquella firmeza en tan corta edad, añadió suplicios á suplicios, hasta que por último quitó la vida á los siete hermanos y á su piadosa madre.

### LECCION LVIII.

Levantamiento de Matatias y de sus hijos.—Victorias de Judas Macabeo y de sus hermanos.

Proseguia Antioco regando con sangre inocente el campo y los pueblos de Judea. Al ver aquella persecucion, y los sacrilegios que se cometian en Jerusalem, un sacerdote llamado Matatias se retiró con cinco hijos que tenia al monte Modin, por no presenciartan dolorosa desolacion. Llegaron unos comisarios del rey al paraje donde estaba retirado, con órden de forzar á los habitantes á ofrecer sacrificios á los idolos. Le hicieron los comisarios las mayores instancias para que cumpliese los decretos del rey, presentándole como un ejemplo á varios Judios que así lo habian ejecutado, y haciéndole al mismo tiempo grandes promesas si se plegaba á dargusto al monarca; pero Matatias respondió con santa resolucion, que aunque todos los Judios obedeciesen á Antioco, él, sus hijos y hermanos solo obedecerian á la ley de sus mayores. Al dar esta respuesta generosa, vió á un Hebreo que iba á ofrecer un sacrificio á los idolos, y arrebatado de su celo religioso, traspasó con la espada al apóstata y al comisionado del rey; derribó el altar, y proclamó en alta voz que le siguieran al desierto todos los Judios celosos de la ley y de la gloria de Dios. Se retiró en seguida con sus hijos, Juan, Simon, Judas, Eleazaro y Jonatás á los montes,

en donde se reunieron muchos Judios amantes de su religion, y formó un ejército, con el cual rechazó en varias ocasiones las tropas de Antioco, y destruyó los altares que este habia mandado erigir á los idolos. Estando ya próximo á morir, encargó con la mayor eficacia á sus hijos que siguiesen defendiendo la ley de sus padres, acordándose de las hazañas que habian hecho en otros tiempos por conservarla. Nombró en seguida á su hijo Simon, como prudente y hombre de buen consejo, para el gobierno, y á Judas, que era robusto y excelente militar, para mandar las tropas. Les bendijo, y murió en paz con gran sentimiento de todos los Israelitas; y sepultaron su cadáver en Modin.

Muerto Matatias, aumentó Judas su ejército cuanto pudo, salió á campaña, confiado en el auxilio de Dios, contra Apolonio, general de Antioco, derrotó su ejército, le quitó él mismo la vida y la espada, de que se sirvió despues en todos sus combates. Salió contra él otro general llamado Seron, á quien tambien derrotó. Irritado Antioco con estos reveses, volvió á enviar contra él otros varios Generales con grandes fuerzas; pero fueron igualmente deshechos por el victorioso Judas. Desesperado Lisias, á quien el rey habia encomendado la direccion de esta guerra, determinó mandar en persona el ejército, prometiéndose desbaratar á Judas. Conducia sesenta mil infantes y cinco mil caballos: Judas solo mandaba diez mil hombres escasos, y sin embargo, con el auxilio del Dios de los ejércitos, consiguió una completa victoria. Exacerbado Antioco con la derrota de todos sus ejércitos, resolvió marchar contra Jerusalem con todas las fuerzas de su reino, jurando hacer de aquella ciudad un sepulcro de sus habitantes. Pero

riéndose el Señor de aquel temerario, y enojado contra él por sus maldades, hizo que experimentase un dolor interior agudísimo: cayó también de su carro por la precipitación con que caminaba, ansioso de vengarse de los Judios; dió un gran golpe, de cuyas resultas se corrompió todo su cuerpo y se llenó de gusanos, cayéndosele á pedazos la carne, y exhalando un olor tan pestífero que nadie podia sufrirlo. Añadiéronse á los dolores del cuerpo los crueles remordimientos de la conciencia por las atrocidades que habia cometido; reconoció sus excesos y propuso corregirse, tratar con justicia á los Hebreos, y abrazar su religion, mandando escribirles una carta en que les manifestaba su estimacion y afecto. Pero el Señor, que penetra hasta lo mas hondo de los corazones, no le concedió la vida, y murió padeciendo horrorosamente.

Su hijo y sucesor Antioco Eupator, insensible al castigo del cielo que tan evidentemente habia caido sobre su padre, continuó la guerra contra los Hebreos. Envió contra Judas á su general Timoteo, que fué derrotado por aquel candillo con pérdida de veinte mil hombres, entre ellos el mismo Timoteo. Enfurecido Antioco Eupator, se puso al frente de ciento veinte mil infantes y veinte mil caballos con treinta y dos elefantes enseñados á la guerra, cada uno de los cuales llevaba sobre sí una torre con treinta y dos hombres. No se intimidó Judas, acometió como un leon á los enemigos, y en lo mas recio del combate, viendo su hermano Eleazaro un elefante, en el cual, por mas bien adornado, creyó que vendria el mismo rey se abalanzó hácia el monstruoso animal, derribando á cuantos se le oponian al paso, le hundió la espada en el vientre, de cuya herida cayó muerto el animal, y bajo su peso quedó también



muerto el mismo Eleazaro. Conocieron los enemigos la gran fuerza y el indomable valor de Judas y de sus soldados, y ajustaron la paz con los Hebreos.

### LECCION LIX.

Continúan las victorias de Judas Macabeo.—Muere.— Su hermano Simón asegura la independencia de su patria.—Reinado de los Asmoneos.—Los Romanos á título de alianza y proteccion, se apoderan del mando de Judea.—Herodes Ascalonita, primer rey extranjero de Judea,

La rompió Demetrio Soter, sucesor de Antioco, que envió contra Judas á Baquides y Alcimo, los cuales nada consiguieron con su fuerza y sus artificios. Salió despues contra Judas Nicanor con un poderoso ejército, que igualmente derrotó el campeón Israelita, quedando muerto en la batalla el general, á cuyo cadáver mandó Judas cortar la mano derecha, que antes de la batalla habia levantado sacrilegamente contra el Templo, jurando su ruina y la de la ciudad, si los Hebreos no le entregaban al Macabeo. Ennoblecido Judas con tantas victorias, pactó una alianza muy estrecha con los Romanos, cuya fama de políticos y valientes volaba por aquellas partes. No cedió por aquella desgracia Demetrio, y al año siguiente envió otro ejército contra Judas, al mando otra vez de Baquides y Alcimo: intimidados muchos de los soldados de Judas, se retiraron, y se halló solamente con ochocientos hombres contra una gran multitud de enemigos: sin embargo, los acometió con la mayor intrepidez; derrotó su ala izquierda, que era la mas fuerte; pero acometido por su retaguardia, perdió gloriosamente la vida en el combate, no sin hacer un gran destrozo en los enemi-

gos. Judas inmortalizó su nombre por su valor y sus hazañas, y principalmente por su celo religioso.

Le sucedió en el mando su hermano Jonatás, que señaló su gobierno con esclarecidas victorias, y se hizo célebre por su poder y su prudencia, por lo cual le apreciaban mucho y buscaban su alianza los reyes circunvecinos, hasta que por último perdió su libertad por una traicion.

De los cinco hijos de Matatias solo quedaba Simon, que se encargó del gobierno del pueblo y del mando de las tropas. El traidor Trifon, que retenia prisionero á Jonatás, dió á este y á sus dos hijos la muerte, y Simon siguió gobernando el pueblo de Dios, siendo pontífice al mismo tiempo, hasta que le asesinó en un festin su yerno Ptolomeo. Recayó entonces el gobierno en su hijo Hircano, llamado así por la victoria que ganó á los de Hircania, y siguió en sus descendientes la autoridad suprema; libre enteramente la nacion Judaica de la dependencia de los reyes de Siria, y fundada por la resolucion de Matatias y el valor de Judas y sus hermanos una nueva monarquia llamada de los *Asmoneos* ó *Asamoneos*, de un pueblo llamado *Asamon*, de donde eran oriundos los Macabeos. Eran aliados de esta monarquia desde el tiempo de Judas, los Romanos, que segun su política conquistadora, se enseñorearon con el tiempo de toda la Judea, á título de proteccion y buenos oficios entre los dos hermanos Hircano y Aristóbulo, que se disputaban el mando supremo de la nacion; y nombraron por rey á Herodes Ascalonia, en cuyo tiempo vino al mundo nuestro Redentor, cumpliéndose el vaticinio de Jacob, porque habiendo tenido siempre la preeminencia la tribu de Judá entre las demás tribus, se halló confundida con ellas, sin ninguna prerogativa que la distinguiese,

con el advenimiento al trono del extranjero Herodes, idumeo de nacion.

### LECCION LX.

En el reinado de Herodes se cumplen los tiempos de la preparacion evangélica.—Fines y curso de la Provi-dencia Divina, que se descubren en la historia del género humano, desde Adan hasta el advenimiento del extranjero Herodes al trono de Judea.—Estado del mundo á la venida de nuestro Redentor.

La religion no es una novedad que ha sobreve-nido á la sociedad de los hombres y que está en ella de mas y accidentalmente: al contrario, la religion está identificada con la naturaleza humana. Ni podia menos de ser así: una raza de racionales que hubiese de existir y perpetuarse en la tierra sin rendir homenaje á su Criador, seria una contradiccion, y una creacion contraria al supremo dominio de Dios. Por eso el Señor reveló al primer hombre las verdades que necesitaba saber para corresponder á esta cualidad inherente á su naturaleza. Los hijos de Adan, aun antes de constituir familia aparte, cumplieron tambien con este destino, dando culto y ofreciendo sacrificios al Dios verdadero y único. Reunidos despues los hombres en familias separadas, ejercieron una religion doméstica, adorando tambien á un solo Dios. Formáronse con el tiempo sociedades mas numerosas, y desgraciadamente la incuria de los padres, la indocilidad de los hijos, la distraccion á objetos terrestres, y otras muchas causas hicieron olvidar la tradicion doméstica, que hasta entonces habia conservado las verdades religiosas manifestadas por Dios á los primeros hombres. Olvidaron estos al verdadero Dios, y fingieron un sinnúmero de divinidades; pero siempre las tributaban un culto

religioso. Mas adelante se formaron las sociedades civiles, y las leyes sancionaron y con su efecto sostuvieron los extravíos de la razon. Pero la razon, aun así extraviada, las leyes y las costumbres de todos los pueblos y naciones de la tierra jamás abandonaron la religion, bien que adulterada y desfigurada, y siempre se conservó la verdadera por algunos varones justos. La vida entera de la especie humana atestigua, pues, que con el hombre ha coexistido siempre la religion.

Mas como Dios no podia querer que el hombre torciese así la direccion natural de su espíritu á objetos impropios, formó en los eternos consejos de su sabiduria increada el plan de religion que debia establecerse y reinar en la tierra. Esta religion no es mas que una: la religion de Jesucristo. «Jesucristo, dice San Pablo, hoy, ayer, y en todos los siglos (1 Heb. c. 13, v. 8).» «Jesucristo, dice San Pedro, estaba en los decretos eternos antes del nacimiento del mundo (S. Petr. c. 1, v. 20).» «Este es el cordero inmolado desde el principio del mundo,» dice el Evangelista S. Juan (Apoc. c. 13, v. 8). «La obra que él ha consumado, dice S. Pablo, desenvuelve en fin un misterio que estaba oculto en el seno de Dios desde el principio de los siglos, y nos hace comprender la sabiduria de su providencia y de sus eternos designios (Eph. c. 5, vv. 9 y 10.)» La religion, pues, es una cadena que asida al trono eterno de Dios, recorre todos los siglos, y vuelve á tocar con la eternidad.

Este plan de religion, formado desde la eternidad por la sabiduria infinita empezó con el primer hombre, á quien despues de su caída se lo anunció el Señor, prometiéndole un Redentor. En los tiempos próximos á la creacion, se hallaba como en la infancia el género humano; no habia mas

sociedad que la de las familias; no habia mas leyes que las de la naturaleza, ni otro gobierno sino el de los padres y los ancianos. Dios reveló á los patriarcas una religion doméstica, pocos dogmas, un culto sencillo, y una moral cuyos principios habia grabado en el fondo de sus corazones. Pero les habia dado á conocer de antemano al futuro Redentor, que habia de venir á dar á la religion todo su complemento. Prometi6 á Abrahan que naceria de su descendencia, é inspir6 á Jacob el anuncio de que vendria cuando ya no obtuviese la tribu de Judá la supremacia sobre las demas Tribus.

### LECCION LXI.

Sigue el mismo asunto de la leccion 60.—San Juan Bautista.

Dividiéronse con el tiempo las familias, y se formaron las sociedades civiles. Olvidaron los hombres la religion doméstica, y hallábanse todas las naciones sumidas en un error profundo acerca de Dios y de su culto. Mas el Señor formó para sí un pueblo, en que se perpetuase y ampliase la religion de los primeros hombres y de los patriarcas. Puesto que ya habia naciones por eso dió el Señor á los Hebreos una religion nacional con un culto mas magestuoso, con mayor número de ritos y ceremonias sagradas, con sacerdotes y ministros del santuario. Asentada y establecida esta nacion en la tierra que el Señor la habia prometido, se erigió á la magestad de Dios un templo suntuoso; y el templo y los sacerdotes y los sacrificios, todo simbolizaba, todo presagiaba los templos, los sacrificios, los sacerdotes, el sistema en fin de religion que estableceria el que era la espectacion de las naciones, el Mesias anunciado de nuevo á aquel pueblo tan repetidas veces, y tan circunstanciada-

mente por los profetas. Las naciones circunvecinas tenian noticia de la religion de los Hebreos, y del Dios que adoraban, que no pocas veces las hizo conocer y experimentar los efectos de su poder, como á los Egipcios, á los Cananeos, á los Asirios y á otros diferentes pueblos. Tenian tambien noticia estas naciones del Gran Rey prometido á los Hebreos, y esta noticia se conservó y perpetuó igualmente fuera del pueblo Hebreo.

Con el trascurso del tiempo un grande Imperio habia absorbido á todos los demas. Las artes, las ciencias, el comercio, las conquistas habian abierto una comunicacion fácil y general entre los hombres, que por lo mismo se hallaban en la disposicion mas adecuada para fraternizar entre sí y unirse todos con un vínculo comun. El Señor, acomodándose á las diferentes edades del género humano, fué desenvolviendo gradualmente el plan de religion, de la religion única que ha habido en el mundo, porque no puede haber mas que una; y cuando ya estaba convenientemente preparada la especie humana para no constituir mas que un solo rebaño, bajo un solo pastor, entonces fué cuando descendió del cielo el Supremo Pastor y formó este gran rebaño que constituye su Iglesia Santa, extendida y establecida por todo el ámbito de la tierra. Este es el curso que ha seguido la divina sabiduria en el establecimiento de la religion, consumando su plan con la venida á la tierra de su Unigénito Hijo N. S. Jesucristo, y con la fundacion y propagacion del cristianismo.

El entendimiento humano no podia conocer de antemano por sí solo un acontecimiento tan superior á sus fuerzas y facultades naturales; pero la ilustracion habia llegado ya á tal punto, que se habian desterrado completamente muchas creen-

cias absurdas del paganismo. Los filósofos no se satisfacian con los dogmas religiosos de los paganos, y con un culto que la razon repugnaba. Conocián la necesidad de una religion racional, y fundada en pruebas irrecusables; la deseaban y aun la esperaban, interpretando á su modo los oráculos de las Sibilas, y otros que todavia respetaban. Estaba, pues, ya suficientemente desarrollada la razon del hombre, y todo el género humano en el estado conveniente para que el divino Autor de la religion completase el plan que habia formado desde la eternidad, que habia incoado cuando crió al hombre, y que fué sucesivamente desenvolviendo, acomodándose á los diferentes estados en que se iba progresivamente colocando la naturaleza humana.

Llegado ya el tiempo señalado desde la eternidad por la Divina sabiduria para venir al mundo el Salvador tantas veces anunciado, determinó el Señor enviar delante de su prometido un precursor que preparase al mundo para recibirle. Estando, pues, ofreciendo incienso el sacerdote Zacarias, casado con Isabel, anciana y estéril, se le apareció el ángel S. Gabriel, y le anunció que su esposa pariria un hijo á quien habia de llamar Juan, y que quedaria lleno del Espíritu Santo en el vientre de su madre, y precederia al Señor convirtiendo muchos hácia su Dios, para prepararle un pueblo perfecto. Y como dudase lleno de admiracion Zacarias acerca de esta promesa, por ser él anciano y tambien su muger, y ademas estéril, le dijo el ángel que quedaria mudo hasta que viese cumplido lo que le habia anunciado. Concibió Santa Isabel, y parió á su tiempo un hijo á quien pusieron por nombre Juan, segun lo habia dicho el Angel. Recobró entonces Zacarias el habla y ben-

dijo á Dios, y dirigiéndose al recién nacido le dijo que iria delante de Dios para prepararle los caminos. Se crió San Juan al lado de sus padres, retirándose posteriormente al desierto, donde permaneció hasta el tiempo oportuno de presentarse al pueblo, y exhortarle á penitencia para recibir dignamente al Mesias.



## Nuevo Testamento.

### LECCION LXII.

#### *Nacimiento de Jesucristo.*

Estando en cinta Santa Isabel, se apareció también el ángel Gabriel á la Virgen Maria, de la tribu de Judá y de la estirpe de David. Habia elegido el Señor á esta Virgen purísima para Madre de su Hijo. Se hallaba casada con un varon también santo, llamado José, y uno y otro habian ofrecido á Dios conservar su virginidad aun estando casados. Enviado por Dios se apareció el ángel Gabriel á la Virgen Maria, y la saludó llamándola bendita entre todas las mugeres: turbóse Maria con esta salutacion; pero el Angel la tranquilizó, anunciándola que era muy acepta á los ojos de Dios, que concebiria y pariria un hijo á quien habia de llamar Jesus, el cual seria grande, se llamaria Hijo del Altísimo, y el Señor le daria el trono de su padre David; que reinaria eternamente en la casa de Jacob, y que su reino no tendria fin. Preguntó Maria cómo podria verificarse lo que le anunciaba permaneciendo virgen como habia ofrecido á Dios. El Angel la respondió que se obraria este misterio por obra del Altísimo, y que por lo mismo el Hijo que de ella naciese seria santo y se llamaria Hijo de Dios. Dió la Virgen su consentimiento llamándose esclava del Señor, y diciendo que se cumpliese en ella su santísima voluntad, segun se lo habia expresado el Angel, el cual desapareció luego de su vista. El Señor formó de la sangre purísima de Maria un cuerpo humano perfectísimo, crió una alma, la unió á este cuerpo, y á este cuerpo y á esta alma se unió el Hijo del Eterno Padre y segunda persona de la Santísima Trinidad, re-

sultando de este modo un hombre Dios en el seno purísimo de Maria.

Fué despues la Virgen á visitar á su prima Santa Isabel, que por inspiracion divina conoció que tenia delante á la Madre de Dios, y llena de gozo porque la Madre de su Señor se habia dignado visitarla, llamó á su prima bendita entre todas las mugeres, y bendijo tambien al fruto que llevaba en su seno, asegurando que desde el momento que habia oido la voz de Maria, habia saltado de alegria el infante que llevaba en el suyo. La Virgen la respondió que su alma no podia menos de alabar y ensalzar al Señor por haber mirado de tal modo su humildad, que todas las naciones la tendrian por bienaventurada.

Aunque reinaba Herodes en Judea, estaba sin embargo bajo la dominacion de Roma, cuyo emperador, César Augusto, publicó un edicto mandando que todos los súbditos de su imperio se empadronasen en los pueblos de su origen. Partió, pues, San José con su castísima esposa desde Nazaret, donde vivian, á la ciudad de Belen, cerca de Jerusalem; y no habiendo hallado donde hospedarse, se vieron precisados á recogerse en un establo, donde la Virgen Santísima dió á luz al niño Dios que llevaba en sus entrañas, sin la menor lesion de su virginal pureza. De este modo se cumplieron dos notabilísimas profecías, una de Isaias que anunció como un prodigio extraordinario que una Virgen concebiria y pariria un hijo, y otra de Miqueas, que profetizó que de Belen habia de salir el caudillo que habia de reinar en Israel, y cuya generacion es desde la eternidad. El Hijo de Dios quiso nacer en un establo, para darnos desde el principio de su vida mortal un altísimo ejemplo de humildad.

## LECCION LXIII.

*Adoracion de los pastores.*—Capítulo 2.º de San Lucas, estudiado hasta el versículo 21.

Apenas nació el Salvador anunció un ángel tan importante nueva á unos pastores que guardaban su ganado en aquellas inmediaciones. Fueron al instante los pastores á Belen, hallaron al Niño recostado en el pesebre, le adoraron y se volvieron con alegría á sus apriscos contando lo que habían visto: segun todo lo refiere el evangelista S. Lucas. «Por aquellos dias, dice, se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cirino, *que despues fué* gobernador de la Siria: y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su stirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en Judea, para empadronarse con Maria, su esposa, la cual estaba en cinta, y sucedió que hallándose allí, llegó la hora del parto. Y parió á su Hijo primogénito y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre: porque no hubo lugar para ellos en el meson. Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey. Cuando de improviso un Angel del Señor apareció junto á ellos, cercóles con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor. Dijoles entonces el Angel: no teneis que temer, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo: y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo ó *Mesias*, el Señor *Nuestro*. Y sirvaos de seña, que hallareis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al punto mismo se dejó ver con el Angel un ejército

numeroso de la milicia celestial alabando á Dios y diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Luego que los Angeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decian unos á otros: Vamos hasta Belen, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, á toda prisa, y hallaron á Maria, á José y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, se certificaron de cuanto se les habia dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso se maravillaron: igualmente de lo que los pastores les habian contado. Maria, empero, conservaba todas estas cosas dentro de si, ponderándolas en su corazon. En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar á Dios por todas las cosas que habian oido y visto, segun se les habian anunciado *por el Angel.*»

#### LECCION LXIV.

Sobresalto de Herodes.—Adoracion de los Magos.—  
Degollacion de los Inocentes; huida á Egipto y vuelta á Galilea.

No solo quiso el Señor manifestar á los judios su venida á la tierra, sino que tambien quiso darla á conocer á los gentiles. Se apareció al oriente de Judea una estrella no vista hasta entonces: la observaron tres personajes instruidos en la astronomia, y en los escritos de los Hebreos, y conociendo que anunciaba al Rey poderoso prometido al pueblo judio, se pusieron en camino con intencion de adorarle. Llegaron á Jerusalem, y preguntaron dónde habia nacido el rey de los judios, demostrado por la estrella que habian visto: se conmovió con esto toda la ciudad: se sobresaltó Herodes, que creia ver en el Salvador del mundo un rival de su

corona: preguntó á los doctores de la Ley dónde habia de nacer el Mesias, y habiéndole respondido que en Belen, porque así estaba profetizado, llamó á solas á los Magos, se informó de ellos con mucho cuidado del tiempo en que se les habia aparecido la estrella, y enviándoles á Belen, les dijo que luego que hallasen al Niño, volviesen á decirselo para ir él tambien á adorarle; pero realmente con el intento de quitarle la vida. Salieron los Magos de Jerusalem, se les apareció otra vez la estrella que los guió hasta ponerse y pararse encima del punto donde estaba el Niño; entraron en la casa y le hallaron con su Madre, se postraron y le adoraron, y le hicieron diversos presentes de oro, incienso y mirra: y habiendo recibido en sueños un aviso del cielo para que no volviesen á Herodes, regresaron á su tierra por otro camino. A los ocho dias de haber nacido el Niño, fué circuncidado, y se le puso el nombre de Jesus, que le puso el Angel antes de que fuese concebido. Al tiempo prevenido por la ley de Moisés llevaron al Niño á Jerusalem para presentarlo al Señor. Habia en Jerusalem un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, y el Espíritu Santo le habia revelado que veria antes de morir al Ungido del Señor. Así, inspirado por el mismo Espíritu Santo fué al templo, tomó al Niño en sus manos, y bendijo á Dios, diciendo: Ahora, Señor, ahora sí que sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa, porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado. El ángel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo que se levantase, que tomase el Niño, y con él y su Madre huyese á Egipto, y permaneciese allí hasta que le avisase, porque Herodes buscaria al Niño para quitarle la vida. Se levantó San José y con el Niño y la Madre

salió de noche para Egipto, donde estuvo hasta que murió Herodes, quien viendo que no volvian los Magos, se encolerizó en gran manera, y mandó matar á todos los niños que habia en Belen y sus cercanias de dos años abajo, segun el tiempo en que le habian dicho los Magos que se habia aparecido la estrella.

Muerto Herodes, se apareció segunda vez el Angel á S. José, y le dijo que se restituyese á tierra de Israel con el Niño y con la Madre. Despues de la muerte de Herodes, se habia dividido su reino por disposicion de César Augusto; y reinando en Judea Arquelao, hijo de Herodes, temió S. José ir á aquel pais, y de vuelta de Egipto fué otra vez á Nazaret, donde el Niño Jesus vivió en compañía de su Madre Santísima y de San José, hasta que salió á darse á conocer al mundo. En este intermedio, y cuando solo contaba doce años, le llevaron sus Padres á Jerusalem á la fiesta de la Pascua. Al tiempo de volver se quedó el Niño Jesus en Jerusalem; la Virgen y S. José habian andado ya un dia de camino, creyendo que el Niño vendria con algunos parientes ó conocidos; pero no habiéndole encontrado volvieron á la ciudad, y al cabo de tres dias le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles con tanta sabiduria, que se quedaban pasmados los que le oian.

### LECCION LXV.

*Mision de Jesucristo.*—No viene á rehabilitar completamente al hombre de su caída.—Predicacion de Jesucristo.—Objeto de su doctrina, la mayor gloria de Dios y la felicidad de todos los hombres; vocacion de los Apóstoles; mision que les encargó.

Vivió el Señor en compañía de su Madre San-

tísima y de S. José como unos treinta años, pasados los cuales, y hallándose S. Juan predicando al pueblo y bautizando en el Jordan, se presentó Jesus á recibir el bautismo; y apenas le vió S. Juan, exclamó: *Ved ahí el cordero de Dios. Ved ahí el que quita los pecados del mundo.* Se resistia S. Juan á bautizarle, pero el Señor quiso que le bautizase; le bautizó, y entonces se abrieron los cielos, y bajó sobre el Señor el Espíritu Santo en figura de paloma, y se oyó una voz del cielo que decía: *Tú eres mi hijo, en tí tengo yo todas mis delicias.* El bautismo de S. Juan no perdonaba los pecados, como el sacramento del bautismo instituido despues por Jesucristo; pero como el agua limpia la suciedad del cuerpo, lavaba S. Juan á los Israelitas en el Jordan, para recordarles la limpieza del alma, exhortándolos á que la procurásen por medio de la penitencia é inocencia de vida. Se retiró despues el Señor al desierto, donde permaneció ayunando cuarenta dias con sus noches. Receloso el demonio de tanta virtud como descubria en el divino Salvador, se propuso tentarle, para ver si era un puro hombre, ó si era hijo de Dios. Se acercó al Señor, y le dijo: *Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.* Escrito está, le respondió el Señor, que el hombre vive no solo con pan, sino tambien con la divina palabra. Le condujo entonces el diablo á lo alto del templo, y le dijo, que si era hijo de Dios, se arrojase al suelo, porque el Señor, segun la Escritura, habia encargado á los ángeles que le conservasen, y así le recibirian en sus manos, y no se haria daño; á lo que respondió el Señor, que tambien la Escritura mandaba no tentar á Dios. Por último, le trasladó á un monte muy elevado, le mostró todos los rei-

nos del mundo con sus riquezas y gloria, y le dijo: *Todo esto te daré, si te postras y me adoras.* Le repelió entonces el Señor, diciéndole: *Retírate, Satanás, porque escrito está que solo se debe servir y adorar á Dios.* Entonces le dejó el diablo, y llegaron los ángeles y le sirvieron.

El Señor, para propagar despues de morir su divina religion por todas las naciones, escogió doce hombres, á quienes pensaba dar esta mision, enviándoles á predicar por toda la tierra el Evangelio, ó la feliz nueva de su venida: estos fueron los Apóstoles, es decir: *enviados* por el Señor á extender su religion por todo el mundo. Casi todos eran pescadores, y ninguno de ellos poseia riquezas, ni se señalaba por su sabiduria, ni gozaba en el mundo de condecoraciones y distinciones. Acompañaban al Señor, que les instruia familiarmente, explicándoles muchas veces lo mismo que habian oido en la doctrina que enseñaba al pueblo.

No vino el Señor al mundo á restablecer al hombre en su primitiva inocencia é integridad; vino á satisfacer á su Eterno Padre por los pecados de los hombres, á abrirnos las puertas del cielo, y á proporcionarnos abundantes medios, para que auxiliados de su divina gracia, podamos vencer las malas inclinaciones de nuestra naturaleza, viciada por el pecado del primer hombre, y conseguir el reino de los cielos; vino á restablecer los derechos de la humanidad, conculcados por la prepotencia, apoyada y lisonjeada por una extraviada y errónea filosofia, haciendo conocer á los hombres su dignidad, como hijos todos de Dios, y de consiguiente hermanos, aunque con la necesaria dependencia en que debe estar el súbdito del superior: vino por último, á revelar al hombre altísimas verdades religiosas, y una moral purísima: la gloria de



Dios y la felicidad de todos los hombres, era el objeto de su doctrina.

### LECCION LXVI.

#### Sermon de la montaña.

Esta doctrina era la mas pura y elevada: contiene máximas sublimes á par que verdaderas; máximas que no alcanzaron aun los filósofos mas eminentes, como que procedian de la sabiduria increada, que se dignaba enseñarlas á los hombres. Empezó el Señor su predicacion manifestando á los Apóstoles y á la mucha gente que le seguia, que para ser feliz es necesario no apegarse á los bienes de la tierra, con otras verdades contenidas en las bienaventuranzas. Prohibia no solamente hacer mal al prójimo ni de obra ni de palabra, sino tambien el deseo de hacerle daño. Inculcaba mucho el perdon de las injurias, y aun exigia del hombre no presentar á Dios ninguna ofrenda, sin reconciliarse primero con su hermano ofendido. Reprobaba no solamente el adulterio, sino tambien las miradas y los deseos impuros. Encargaba mucho evitar toda ocasion de pecar, aunque para ello tengamos que violentarnos. No queria que se tomase el sacrosanto nombre de Dios en vano, sino que nos acostubrâsemos á decir sencillamente si ó no, para no jurar sin necesidad. Nos enseña á ceder de nuestro derecho, antes que suscitar pleitos y contiendas con nuestros hermanos. Nos manda amar y hacer bien, no solamente á nuestros amigos, sino tambien á los que nos quieren mal, si queremos ser hijos de nuestro Padre celestial, que hace salir el sol y caer la lluvia saludable, lo mismo para los buenos que para los malos. Nos dice que demos limosna, pero no por vanidad, y solo porque

lo vean los hombres. Nos hace presente la obligación de orar á Dios, pero nos advierte que no es necesario hablar mucho, como hacian los paganos, que creian ser mejor oídos cuanto mas hablasen; y asi, él mismo nos dió la norma para dirigir nuestras súplicas á Dios, en la admirable oracion del *Padre nuestro*. Nos manda tambien evitar la hipocresia, y no aparentar un exterior penitente para que los hombres nos tengan por virtuosos. No quiere que atesoremos riquezas terrenales, sino méritos para la otra vida, mandándonos tener una ilimitada confianza en la providencia de Dios, que cuida hasta de los mas pequeños animalitos, y que de consiguiente no dejará de darnos lo necesario. Nos hace ver la necesidad de no ser rigurosos é inflexibles con nuestros hermanos, acordándonos de nuestros defectos, y de que tambien nosotros hemos de ser juzgados por el Supremo Juez de todos los hombres. Ultimamente, nos encarga que hagamos con los demas hombres lo que quisiéramos que hicieran con nosotros, advirtiéndonos que solo nuestras obras han de dar á conocer lo que somos, y que no basta decir Señor, Señor, para entrar en el reino de los cielos, sino que es necesario hacer en todo su divina voluntad. Predicó igualmente el Señor otras muchas verdades morales que se habian ocultado á toda la sabiduria de los filósofos, y que han desterrado de entre los hombres aquellas iniquidades que manchaban toda la tierra, estrechando los vínculos de fraternidad y amor, sin los cuales será siempre desgraciada la especie humana.

### LECCION LXVII.

Parábolas de Jesucristo.

Enseñaba el Señor muchas veces al pueblo, por

medio de parábolas, según la costumbre de los orientales. Parábola es la narración de algún suceso que se supone, con el objeto de sacar de él alguna moralidad por comparación ó semejanza.

*Hijo pródigo.* Tenía un hombre dos hijos, decía el Señor; el menor de ellos pidió al padre la legítima que le pertenecía, salió de la casa de su padre, y consumió en vicios y torpezas cuanto había sacado de la casa paterna, por lo cual se vió en la necesidad de ponerse á servir, y el amo le ocupó en guardar una manada de puercos. Estaba pereciendo de miseria y de hambre. Arrepentido, determinó volverse á la casa de su padre y pedirle perdón. Le vió su padre desde lejos, corrió hácia él todo conmovido, y le abrazó tiernamente. *Padre,* le dijo el jóven, *pequé contra el cielo y contra ti. No soy digno de llamarme tu hijo.* El bondadoso padre, no solamente le perdonó, sino que al instante le vistió y le adornó, y preparó un convite para celebrar la vuelta de su hijo. La significación de esta parábola es tan clara como consoladora. Si nosotros nos arrepentimos sinceramente de nuestras culpas, y nos volvemos á Dios, él mismo nos dice que nos recibirá con los brazos abiertos; y no contento con esto, nos enseña en otra parábola, que como hacen los buenos pastores, deja paciendo noventa y nueve ovejas, y va en busca de una que se ha extraviado, y si la encuentra (si el pecador no se hace sordo á sus llamamientos), la pone sobre sus hombros, y la conduce al aprisco.

*El rico avariento.* Reprobaba altamente el Señor en sus predicaciones el mal uso de las riquezas, y para inculcar mejor las funestas consecuencias de la avaricia, había, dijo, un hombre

que vestia con magnificencia, y se regalaba opíparamente. A la puerta de su casa yacia un pobre llamado Lázaro, lleno de úlceras, y sin tener un pedazo de pan que llevar á la boca. No le socorria el opulento epulon, pero Lázaro sobrellevaba su desgracia con resignacion y sin murmurar. Quiso Dios premiar su virtud, lo sacó de este mundo, y los ángeles llevaron su alma al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué condenado por sus pecados á los tormentos del infierno. Desde allí levantó los ojos y vió á Abraham y al mendigo Lázaro en su compañía. Suplicó al santo patriarca que le enviase á Lázaro, para que siquiera con una gota de agua le refrescase la boca, porque se abrasaba en aquellas llamas. Acuérdate, le respondió Abraham, que tú gozaste de muchos bienes, y Lázaro padeció muchos males: así, está ahora descansando mientras tú te ves atormentado. En esta parábola puede conocer lo que le espera, el hombre rico, duro é insensible á la miseria del pobre, y este halla un consuelo que templá todas sus desgracias con la esperanza del galardón, si lleva su desgracia con paciencia y resignacion en la voluntad de Dios.

En otra parábola ó simil, dice el Señor que el reino de los cielos se asemeja á un amo que quiso tomar cuentas á sus criados: llegó uno que le debía una gran cantidad de dinero, y no teniendo con que pagar, mandó el amo que le vendiesen á él, á su muger y á sus hijos, y todo cuanto tenia, para hacerse pago. Postróse entonces el criado á sus pies, y le pedia que le esperase por algun tiempo, y le pagaria todo lo que debía. Compadecido el amo, le dejó libre, y le perdonó toda la deuda. Encontró despues aquel criado á otro criado compañero suyo, que le debía una cortísima cantidad, y teniénd-

dole agarrado le sofocaba diciendo: págame lo que me debes. Puesto de rodillas su compañero, le suplicaba que le esperase por algun tiempo, y le pagaria, pero él no quiso, sino que fué é hizo que le encerrasen en una cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo esto los demas criados, se contristaron sobremanera, y refirieron al amo todo lo que pasaba. Entonces el amo llamó á aquel criado, y le dijo: Siervo inícuo, yo te perdoné lo mucho que me debias, porque así me lo rogaste; ¿y no debias tú compadecerte de tu compañero, así como yo me compadecí de tí? y airado el amo, le entregó á los ejecutores de la justicia, para que le atormentasen hasta que pagase la deuda. Al acabar nuestro Redentor de decir esta pábola, se dignó manifestarnos su significado, diciéndonos: Del mismo modo os tratará mi Padre celestial, si no perdonais de todo corazon á vuestros hermanos.

### LECCION LXVIII.

Santidad de la doctrina de Jesucristo.

Tal era la santidad de la doctrina de Jesucristo, santidad tan distante de las aberraciones de la razon humana, cuando ha racionado por sí sola. Si se consultan los escritos de los filósofos, así antiguos como modernos, de aquellos filósofos, que carecieron de la revelacion, ó que la desprecian, se leerán en ellos errores morales de la mayor trascendencia. Por lo pronto, ninguno de estos filósofos funda la moralidad de las acciones humanas y las obligaciones del hombre en la base de una ley divina, armada de castigos y recompensas; generalmente no establecen otra regla sino la utilidad: los mas sensatos solo admiten la razon, la justicia y la buena fé, por regla de las costumbres;

mas si la buena fé, la razon y la justicia no se fundan en una ley invariable, dada por un Legislador universal, infinitamente sábio y justo, omnipotente, remunerador y castigador, no sabemos cuáles son los motivos que puedan determinar al hombre á obrar de buena fé, ni qué significa en este caso la razon y la justicia.

Un gran número de filósofos enseñaban la indiferencia absoluta en cuanto á la moral: para ellos ninguna accion era moralmente mala ni buena: la obligacion no era mas que la imposibilidad de hacer ú omitir alguna accion sin ser castigado por las leyes humanas: otros que dudaban de todo, establecian tambien por consecuencia la incertidumbre y la duda acerca de la moral. Epicuro colocaba el máximo bien en el deleite, y solo establecia por pauta de nuestras acciones las leyes civiles y la decencia. Ni aun esta admitian los cínicos: mas bien erigian en virtud á la impudencia. Ultimamente, los filósofos mas racionales, Sócrates, Platon, Aristóteles, Plutarco, Ciceron, Séneca y otros muchos de los antiguos, á los cuales pudieran agregarse no pocos modernos, asientan máximas conocidamente falsas, y en extremo perjudiciales. Platon no conocia el derecho de gentes, pues facultaba á los Griegos para esclavizar á los bárbaros, para talar sus campos é incendiar sus casas: dispensa á las mugeres de todo pudor, quiere que sean comunes, y que su complacencia criminal sirva de recompensa á la virtud: la razon humana, y el honor mismo de la filosofía, se sublevan contra un pensamiento tan inmoral, y que sin embargo ha sido elogiado por algunos modernos, que se precian de filósofos: solo condena aquel filósofo el incesto entre el padre y sus hijas, y la madre y sus hijos, y establece otras máximas brutales y escandalosas,

acompañadas de crueldades. Se le acusa, lo mismo que á Sócrates y á Solon, del vicio mas repugnante á la naturaleza, que se atreve á proponer como premio de los servicios hechos á la República. Aristóteles cuenta el oficio de salteador entre las diferentes especies de caza. Solon mira el latrocinio como una profesion cualquiera: solamente observa que no se debe robar á los conciudadanos y á los aliados de la República. Aristóteles considera la mansedumbre como una debilidad, y autoriza la esclavitud. Ciceron aprueba la venganza, y algunos filósofos modernos de gran celebridad dicen que el precepto de perdonar las injurias es contra la ley natural. No acabariamos si hubiéramos de copiar todos los defectos, todos los errores que contiene la doctrina moral de los filósofos, defectos y errores de que adolecia tambien la legislacion de las naciones mas ilustradas.

¡Cuán diferente es la moral que enseñó Jesucristo! «Moral pura y elevada, de la cual solo él ha dado lecciones y el ejemplo», dice un filósofo moderno, filiado en la falange de los incrédulos. «¡Qué elevacion en sus máximas, añade, qué profunda sabiduria en sus discursos! La santidad del Evangelio habla á mi corazon.» Efectivamente, todo es amor, todo es caridad en la doctrina de Jesucristo: el amor de Dios y del prógimo es la regla que no puede menos de dirigir al hombre por la senda de la rectitud y de la felicidad. De este principio nacen todas aquellas máximas, todos aquellos preceptos y consejos, que si se observáran formarían de la tierra un paraíso.

Y despues de todo, una eternidad ó feliz ó desgraciada sanciona una moral tan conforme con la naturaleza racional del hombre, y tan propia para promover la felicidad del género humano.

## LECCION LXIX.

Santidad de la vida de Jesucristo.

El Divino Maestro que enseñó á los hombres una doctrina tan sublime, y tan pura, les enseñó tambien con su ejemplo á practicarla. «¡Qué pureza en sus costumbres! El solo nos dió el ejemplo de una moral tan pura y elevada,» dice el mismo filósofo. Verdaderamente el Señor fué un dechado perfectísimo de todas las virtudes. Completa fué la resignacion de su voluntad en la de su eterno Padre; por obedecerle se entregó á la muerte, y muerte de cruz. Amó la pobreza, y siendo el dueño de todo lo criado, fué tan pobre que no tenia donde reclinar la cabeza. Fué tan humilde que se bajó hasta lavar los pies á sus discípulos. Admirable era su mansedumbre, solo respondia con beneficios y palabras de paz á las injurias de sus enemigos. Su caridad era inagotable. Empleaba continuamente su omnipotencia en hacer milagros para aliviar á los afligidos. No solo perdonaba las injurias, sino que amaba á sus enemigos, y pedia á su eterno Padre por los mismos que le estaban crucificando, y aun los disculpaba. Era tal la pureza de sus costumbres, que cuando estaba hablando con la Samaritana, se admiraron los Apóstoles de verle hablar á una muger. Con razon preguntaba á los fariseos: ¿quién de vosotros podrá echarme en cara el mas leve pecado? Efectivamente, nada tuvieron que imputarle, sino que curaba los enfermos en sábadó. ¡Extraña obcecacion! ¡Reputar por infraccion de la observancia de la fiesta el ejercicio de la caridad con que se santifica! Le argüian de blasfemo, porque decia que era Hijo de Dios, cuando estaba confirmando con milagros esta verdad. Le atribuian que conmovia al pueblo



con su predicacion: mas el Señor predicaba una doctrina verdadera y santísima, y el pueblo no se conmovia sino para admirarle. De ninguna otra cosa le acusaron ante Poncio Pilato. Tal era la vida de nuestro Redentor, vida santísima, modelo perfecto que debieran imitar todos los cristianos. Jesus enseñó una moral elevada, y la practicó en un grado perfectísimo. No lo hacian así los filósofos. El moralista Séneca nos dejó en sus escritos excelentes discursos sobre la pobreza, que todo el mundo admira: y sin embargo, en cuatro años que disfrutó de favor en el palacio del César, reunió mas de siete millones de oro por medio de usuras, injusticias y raterias.

Se pondera la obra del Emilio, y se recomienda para la educacion de los niños. Pues bien, el autor del Emilio se encargó de la educacion del jóven D'Épinay, y fué forzoso encerrar á este á los quince años porque quiso envenenar á su padre. Una madre insensata educó á su hijo á la moda de Juan Jacobo, que era la expresion del dia, y creyendo que iba á formar una obra maestra, sacó un mónstruo. Escribió á Rousseau, quejándose amargamente, y el filósofo la respondió: «Y bien, señora, ¿quién os obligó á seguir mi método? Cuando publiqué mi libro, tenia esperanzas de que se leeria, pero nunca me imaginé que pudiera haber en Francia quien se gobernase por él.»

Este mismo filósofo, que en libros de novelas que andan en manos de los jóvenes, le vemos representado como un ejemplar de buenas costumbres, «hizo traicion al mas sagrado, así como al mas dulce de los deberes impuestos por la naturaleza, cuando su almirada filosofia no vió en sus hijos mas que extraños. No se dice ni se repite bastante; Rousseau echó lejos de sí á sus hijos lue-

go que nacieron, sin tomar precaucion alguna para reconocerlos algun dia. No vaciló, no se le vió fluctuar entre los tiernos sentimientos dictados por la naturaleza y la dureza filosófica. Se negó á reconocer sus tiernas é inocentes caricias, y les privó de los socorros que le pedian con lágrimas y gritos. Los dos primeros fueron arrojados de la casa paterna á consecuencia de las máximas horribles que su padre oia repetir continuamente á sus amigos, filósofos sin principios y sin costumbres. Despues tuvo otros tres hijos que siguieron á los dos primeros, y esto sucedió cuando estaba componiendo el Emilio, en que recuerda á las madres los dulces sentimientos de la naturaleza, y cuando la moral de su libro prometia de su parte la ejecucion de lo que enseñaba. Fué, pues, en él una dureza meditada, y justificó filosóficamente el cruel abandono de sus cinco hijos. ¿Qué padre no se estremecerá con este espectáculo de horror? Pues el apostol de las leyes de la naturaleza lo miró á sangre fria. ¡Horrible filosofia!»

### LECCION LXX.

Milagros de Jesucristo.—Carácter de naturalidad y bondad que se descubre en todos ellos.

Declaró el Señor muchas veces que era Hijo de Dios, y una misma cosa con el Padre Eterno. Para confirmar esta verdad hizo muchos y asombrosos milagros; convirtió de repente el agua en vino en las bodas de Caná; con cinco panes y dos peces dió de comer á cinco mil personas y todavía sobró; anduvo á pié firme sobre las aguas del mar é hizo que tambien anduviese San Pedro; curó repentinamente enfermedades graves é inveteradas; en cierta ocasion se le presentó un leproso diciéndo-

le: *Señor, si quieres, puedes limpiarme*: el Señor le dijo: *quiero, queda limpio*, y al instante se vió libre de la lepra. Hacia treinta y ocho años que un hombre estaba enfermo é impedido: el Señor le dijo: *levántate y anda*, y al instante se levantó y echó á andar. Dió vista á varios ciegos solo con su palabra: se le presentó uno diciéndole que se compadeciese de él: *¿qué quieres que te haga?* le dijo el Señor: *haced que vea*, le respondió el ciego: *pues vé*, dijo el Señor, y al instante vió. Resucitó muertos, entre ellos al hijo de una viuda de Nain, á quien conducian á enterrar. Compadecido el Señor de la desconsolada madre, se acercó á los que llevaban el féretro, les mandó parar, dijo al difunto que se levantase, se levantó y se le entregó vivo á su madre. Llegó en otra ocasion á casa de Marta y Maria Magdalena, cuyo hermano Lázaro habia muerto, y hacia ya cuatro dias que estaba enterrado, mandó levantar la lápida del sepulcro, y dijo á Lázaro que saliese fuera, salió y vivió despues muchos años. Hizo igualmente Jesucristo otros muchos prodigios sobrenaturales, ninguno terrible ú ostentoso, sino en beneficio todos de los enfermos y afligidos, empleando su omnipotencia únicamente en el bien y consuelo de los hombres: y por último resucitó él mismo al tercero dia despues de haber muerto, segun lo habia anunciado, y en presencia de un gran número de personas subió por su propia virtud á los cielos.

### LECCION LXXI.

*Jesucristo no fué profeta en su patria.*—Oposicion violenta de los Judios á Jesucristo y á su doctrina.— Judios que entendian torcidamente las profecías y otros que las entendian en su verdadero sentido.

«No hay profeta sin honra sino en su patria,»

son palabras del Señor. Habia muchos Judios que entendiendo las escrituras en su verdadero sentido, esperaban la venida de un Reparador, que librase al género humano de la opresion del pecado y del demonio: tales fueron la Virgen Maria, su castisimo esposo San José, el sacerdote Zacarias y su muger Sta. Isabel, S. Juan Bautista, el justo Simeon, los Apóstoles y otros varios así Judios como Samaritanos, que creyeron en él, aunque le veian pobre y desvalido: pero la mayor parte de los Judios, entendiendo las profecías segun sus ideas y deseos terrenos, se figuraban que el Mesias prometido, y tan repetidas veces anunciado, habia de ser un monarca temporal, un rey poderoso, que habia de subyugar á todas las naciones, y hacer á Jerusalem capital de todo el mundo. Preocupados con esta esperanza, no podian resolverse á ver en el que reputaban por hijo de un artesano, al Mesias libertador que estaban esperando, por mas que presenciaban diariamente los asombrosos milagros, con que confirmaba Jesus su divina mission. Y como por otra parte reprendia el Señor la corrupcion de sus costumbres, sus vicios, su soberbia, su vanidad é hipocresía, concibieron contra él los sacerdotes y magnates un odio mortal, y resolvieron quitarle la vida á toda costa. Lo hubieran verificado muchas veces, si no hubieran temido al pueblo que veneraba á Jesus por sus virtudes, por su celestial doctrina, y por sus milagros. Por fin, habiendo de tener su cumplimiento los decretos eternos, se les proporcionó la ocasion que tanto deseaban de prender á Jesus. Entró el demonio en el corazon de Judas, uno de sus apóstoles: se presentó aquel traidor á los sacerdotes y pactó con ellos entregarles al Señor por la cantidad de treinta dineros.

## LECCION LXXII.

Entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, segun estaba profetizado.

Queriendo el Señor manifestar de algun modo su gloria en la tierra, llevó consigo á San Pedro, San Juan y Santiago al monte Tabor, donde puesto en oracion, apareció su rostro tan resplandeciente como el sol, y sus vestidos tan blancos como la nieve; y al mismo tiempo se dejaron ver Moisés y Elias conversando con el Señor. Se habian quedado dormidos los tres discípulos que le acompañaban: despertaron, y al ver aquella gloriosa transformacion del Salvador, se llenaron de admiracion y de alegría; mucho mas habiendo oido una voz que decia: *Este es mi hijo amado, en quien he tenido mis delicias, oidle*. Cayeron entonces en tierra desmayados los apóstoles; pero el Señor se acercó á ellos, les tocó, y les dijo que se levantaran y no temiesen; lo hicieron así y ya no vieron mas que á su Maestro, el cual bajando del monte, les mandó que á nadie manifestasen lo que habian visto y oido, hasta despues de su resurreccion.

Acercándose ya el tiempo en que el Hijo de Dios hecho hombre habia de padecer y morir para redimirnos, se lo anunció á sus discípulos, manifestándoles los tormentos y la muerte que habia de padecer, pero antes quiso que tuviese su cumplimiento la profecía de Zacarias, que vivió 500 años antes de Jesucristo, y anunció con la mayor claridad la entrada del Mesias en Jerusalem, cabalgando sobre un asno, y le llamó rey, para que nadie dudase de quién hablaba, añadiendo que dominaria de mar á mar, y hasta los últimos términos de la tierra. Mandó, pues, el Señor á dos de

sus discipulos que fuesen á una granja inmediata, y le trajesen una pollina con su cria que hallarian allí: se la trajeron los discípulos; con sus vestiduras aparejaron el pollino, sobre el cual cabalgó el Señor, y de esta manera entró en Jerusalem en medio de una gran multitud, pues apenas se divulgó su entrada en la ciudad, cuando corrió á presentarla un sinnúmero de personas, llevando palmas y ramos de olivas en las manos, alfombrando algunas el suelo con ramas de árboles, y otras con sus vestidos y clamando en alta voz: *Salud y gloria al hijo de David. Bendito sea el que viene en nombre del Señor.*

Despues que entró triunfante el Señor en Jerusalem, se dirigió al templo, y arrojó del átrio á los que estaban comprando y vendiendo, aunque solo vendian cosas necesarias para los sacrificios, dándonos con esto un importante documento del respeto y modestia con que debemos conducirnos en los templos del Dios vivo. Predijo el Señor al mismo tiempo la ruina del Templo y de Jerusalem, diciendo que no quedaria en ella piedra sobre piedra, y serian exterminados sus habitantes en castigo de su obstinacion, como así se verificó algunos años despues de la muerte de nuestro Salvador, habiéndose sido tomada por los Romanos la ciudad, despues de haber padecido sus habitantes los mayores horrores durante el sitio, saqueada y arruinada la poblacion, incendiado el templo, y pasados á cuchillo los habitantes. Predijo al mismo tiempo el Señor y describió el dia del juicio final, y las señales espantosas que le habian de preceder, y que entonces se dejaria ver el mismo Señor en toda su magestad y acompañado de todos sus ángeles, para juzgar á todas las naciones de la tierra, reunidas en su presencia, dando á cada uno

su merecido, segun sus obras: á los buenos, el reino que les está preparado desde el principio del mundo, y á los malos una eternidad de tormentos.

### LECCION LXXIII.

Cena de Jesucristo.

Jesucristo, que como era Dios todo lo sabia, quiso antes de ser entregado celebrar con sus discípulos la última cena. Mandó, pues, preparar en la ciudad un aposento, en el cual se sentó á la mesa con los Apóstoles, y les dijo que aquella noche habia de ser entregado por uno de los que estaban comiendo con él. Y como sabia que iba á salir de este mundo, quiso dejar á los hombres un testimonio, la prenda mas infalible de su amor. Tomó el pan, lo hendijo, lo partió y dió de él á sus discípulos, diciéndoles: *Tomad, este es mi cuerpo*. Cogió el cáliz, dió gracias á su Eterno Padre, lo alargó á sus discípulos, diciéndoles: *Bebed todos, porque esta es mi sangre*. Así instituyó el inefable sacramento del altar, en el cual está el Señor vivo, en cuerpo, alma y divinidad, el mismo que nació de la Virgen Maria, y que ahora está en los cielos. No contento con esta prueba y manifestacion de su amor á los hombres, se levantó de la mesa, se ciñó una tohalla, echó agua en un lebrillo, y empezó á lavar los pies á sus discípulos, y á enjuagarlos con la tohalla. Llegó á San Pedro, que lleno de admiracion le dijo: *Señor, ¿tú me lavas á mí los pies? No, jamás me los lavarás. Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo*, le respondió el Señor: asustado San Pedro con esta amenaza, se dejó lavar los pies, y concluido este insigne ejemplo de humildad, se lo propuso el Señor á

sus discípulos para que lo imitasen; y ciertamente es indigno del nombre de cristiano, el que á vista de este y otros muchos ejemplos de humildad, que nos dió el Señor, todavia quiere ser soberbio y altivo con sus semejantes.

### LECCION LXXIV.

Prision de Jesucristo la noche de la cena.—Negacion de San Pedro.

Despues de la cena, dió gracias Jesucristo á su Eterno Padre, y se dirigió con sus discípulos al monte Olivete. Porel camino les dijo que aquella noche todos ellos se escandalizarian por su causa. Pero San Pedro, como le amaba tanto, le respondió: Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me escandalizaré. Pues yo te digo, le replicó el Señor, que en esta misma noche, antes que cante el gallo, me has de negar tres veces. Entró el Señor en el huerto de Getsemani, y llevando consigo á S. Pedro, S. Juan y Santiago, y representándosele todos los tormentos que iba á padecer, se entristeció profundamente, penetrado de un dolor tan fuerte, que empezó á sudar sangre. Angustiado por tan acerba pena, suplicaba á su Eterno Padre que si era posible le librase de los padecimientos y de la muerte próxima que esperaba; pero no obstante, decia, hágase tu voluntad, y no la mia: enseñándonos de este modo á conformarnos con la voluntad de Dios, aun en medio de las mayores penas, aflicciones y trabajos.

Poco despues llegó el perverso Judas, acompañado de soldados, de ministros y de mucha gente con armas, palos y luces. La señal que les habia dado el traidor para que conociesen á Jesus, era saludarle y besarle: acercóse, pues, al Señor y le



besó. Entonces los Judios le prendieron, le ataron y le condujeron á casa de Anás, donde un sacrilego ministro le dió una terrible bofetada, porque habiéndole preguntado Anás por su doctrina, le respondió el Señor que preguntase á todos por ella, porque no se habia ocultado para enseñarla, sino que la habia enseñado públicamente.

No se irritó el Señor contra aquel inícuo ministro; ¡y nosotros nos encolerizamos contra nuestros hermanos por una sola palabrilla que nos incomoda! Anás le envió atado al pontífice Caifás, en cuya casa, preguntando los criados á San Pedro si era discípulo de Jesus, le negó tres veces, y en seguida cantó el gallo, segun lo habia anunciado el Señor: se presentaron delante de Caifás muchos testigos falsos, y como no alegaron ningun hecho, ni dieron ninguna prueba contra la inocencia del Señor, se levantó el sumo sacerdote y le dijo: *Te conjuro en nombre de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo Hijo de Dios. Si lo soy,* respondió el Señor. Entonces Caifás rasgó sus vestiduras, diciendo: Blasfemado ha: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos habeis oido la blasfemia: ¿qué os parece? Y todos respondieron: es reo de muerte. Padeció el Señor en aquella noche las mayores afrentas y malos tratamientos, pues le escupian en la cara, y habiéndole vendado los ojos, le daban de bofetadas, diciéndole: Profetiza, Cristo, ¿quién es el que te ha herido? El Señor no abria su boca para quejarse, segun lo tenia profetizado Isaias. Por la mañana llevaron los Judios al Señor, siempre atado, al presidente de la Judea, Poncio Pilato. Al salir el Señor de la casa de Caifás, dirigió una mirada á S. Pedro, que le habia negado aquella noche, y penetrado de dolor el santo Apóstol, lloró amargamen-

te su culpa. Entonces Judas, conociendo la maldad que habia cometido entregando al Señor, se presentó á los príncipes de los sacerdotes y les dijo: he obrado mal entregando la sangre de un Justo; arrojó las treinta monedas en el Templo, y desesperado se ahorcó. Entonces los Judios compraron con aquel dinero el campo de un alfarero para sepultura de los peregrinos. De este modo se cumplió en todas sus partes la profecía de Zacarías, el cual habia anunciado que el Señor habia de ser vendido por treinta monedas de plata, y que esta cantidad habia de llegar á manos de un alfarero.

### LECCION LXXV.

Jesus ante Poncio Pilato, quien le condena á muerte.  
—Pasion y muerte del Señor.

Presentado el Señor ante Poncio Pilato le acusaban los príncipes de los sacerdotes, y nada respondia. Nada probaban contra la conducta y doctrina del Señor, por lo cual les dijo Pilato, que no hallaba causa alguna para condenarle; y proponiéndose librarlo del furor de sus enemigos, y siendo costumbre perdonar á un reo por la festividad de la Pascua, les propuso si querian dar la libertad á Jesus; pero ellos respondieron que diera la libertad, no al Señor, sino á Barrabás, el cual era un ladron y un homicida. Entonces Pilato, queriendo aplacar la ira de los Judios, mandó azotar al Señor, y los soldados le pusieron en la cabeza una corona de espinas, le vistieron con un manto viejo de púrpura, le pusieron en la mano una caña, y arrodillándose delante del Señor, burlándose de él, le decian: Dios te salve, rey de los Judios; y le daban de bofetadas. Presentó Pilato al Señor en este estado lastimoso á los pontífices y al

pueblo, diciéndoles: *Ecce homo*. Clamaban los pontifices y ministros: Crucificalo, crucificalo. Insistió Pilato en que no hallaba causa ninguna para condenarle á muerte; pero ellos volvian á pedir á voces que le crucificase. Por último, viendo Pilato que no podia vencer su obstinacion, se lavó las manos, diciendo que él estaba inocente de la muerte de aquel hombre, á lo que respondieron los Judios, que su sangre recayese sobre ellos y sobre sus descendientes. Y en verdad que ha recaído de lleno sobre toda esa obcecada nacion la maldicion de sus padres. (Véase la leccion 77.)

Salió el Señor cargado con su cruz al monte Calvario, donde le crucificaron en medio de dos ladrones, segun habia profetizado Isaias, sin que el Señor abriese su boca para quejarse como lo habia dicho el mismo profeta, y si solo para disculpar á los que le estaban crucificando, y para pedir á su Eterno Padre que los perdonase. Los soldados repartieron entre sí sus vestidos y echaron suertes sobre su túnica, segun la profecia de David; y habiendo dicho el Señor que tenia sed, le dieron á gustar hiel y vinagre, como lo habia anunciado el mismo profeta rey. Uno de los ladrones insultaba al Señor, pero el otro le reprendia reconociendo y confesando su delito, así como la inocencia de nuestro Redentor, á quien suplicaba que se acordase de él cuando llegase á su reino, á lo cual le respondió el Señor: hoy estarás conmigo en el paraiso. Se cubrió entonces de tinieblas toda la tierra por espacio de tres ó cuatro horas: el Señor exclamó: todo se ha cumplido; y habiendo inclinado la cabeza, espiró: entonces se rasgó el velo del Templo en dos partes de arriba abajo, se abrieron los sepulcros, y resucitaron muchos de los que habian muerto.

## LECCION LXXVI.

Resurreccion del Señor.—Su ascencion.—Venida del Espíritu Santo.—Predicacion del Evangelio á los gentiles.

Enterraron en seguida al Señor, y al tercer dia fueron unas santas mugeres á visitar el sepulcro que vieron abierto, pero no hallaron en él su cadáver, porque el Señor habia resucitado, y así se lo hizo saber un ángel, mandándolas que fuesen á dar la noticia á sus discípulos, á quienes despues por espacio de cuarenta dias, se apareció el Señor en diferentes ocasiones, conversando y comiendo con ellos, y encargándoles que fuesen por todas partes á predicar el Evangelio, enseñando á los hombres su doctrina, y bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; asegurando que el que creyese y se bautizase se salvaria, y el que no, se condenaria. Por último, llevándolos á todos consigo á Betania, levantando las manos, les bendijo, y se elevó á los cielos en su presencia. Los Apóstoles le adoraron y volvieron á Jerusalem llenos de alegria, y estando reunidos al cumplirse los dias de Pentecostés ó los cincuenta dias despues de la Pascua, cuando celebraban los Judios la promulgacion de la Ley en el monte Sinaí, oyeron de repente un gran ruido, como el de un viento muy fuerte en toda la casa donde se hallaban, y luego aparecieron sobre la cabeza de cada uno de ellos unas lenguas como de fuego, y quedaron todos llenos del Espíritu Santo, empezaron á hablar en varias lenguas, segun el mismo Espíritu Santo les inspiraba, y salieron por toda la ciudad á predicar la divinidad de Jesucristo, haciendo milagros en confirmacion de lo que publicaban, despreciando con valor las amenazas,

intimaciones y castigos de los Judios, y convirtiendo muchos de ellos á la fé de Cristo.

El Señor habia fundado su religion y su Iglesia no solo para el pueblo hebreo, sino tambien para todo el género humano. Vivía en Cesarea un gentil, llamado Cornelio, que era capitan de una cohorte, varon religioso y temeroso de Dios con toda su casa, y que pedia á Dios que le iluminase para conocer la verdad. El Señor, por medio de un ángel, le mandó que enviase á la ciudad de Jope á buscar á San Pedro, á quien al mismo tiempo habia advertido en una vision misteriosa lo que debia hacer. Envió Cornelio á buscar á San Pedro, que le instruyó en las verdades de la religion cristiana, y le bautizó. De este modo empezaron tambien á componer el rebaño de Jesucristo los gentiles, si bien los magos del Oriente que adoraron á Jesus en el pesebre, habian sido los primeros gentiles que reconocieron la nueva Iglesia, abierta para todos los hombres. Se dirigieron despues los apóstoles, San Pedro á Roma y á otros pueblos, San Andrés á la India, Santiago á España, y los demas á diferentes regiones á predicar la religion de Jesucristo, que sucesivamente fueron abrazando monarcas, pueblos, naciones y continentes enteros. Estos predicadores estaban anunciados por el profeta Isaias como que habian de convertir á la Italia y á la Grecia, á las islas distantes y á todas las naciones, llegando á ser grande de Oriente á Poniente entre todas las naciones el nombre del Señor, al que se haria en todo lugar una ofrenda pura; pues grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos, segun que todo lo habia vaticinado el profeta Malaquias, que anunció indudablemente á Jesus en esta profecía: porque siendo así que antes de la venida de nuestro

Salvador y la predicacion de su Santo Evangelio, solo en un rincon de la tierra se adoraba el nombre del verdadero Dios, vemos ahora que en todo lugar por todo el ámbito de la tierra, se reconoce la divinidad de Jesucristo, y como Dios, se le tributan honores divinos: ¡tan grande ha llegado á ser en todas las naciones el nombre de Jesus! Luego Jesus es *el Señor* anunciado por este profeta.

### LECCION LXXVII.

Dios es justo, y la muerte dada al Redentor de los hombres exigia un castigo severo.—Estado miserable del pueblo judio despues de la muerte de Jesucristo.—Reparticion de la Judea entre los hijos de Herodes.—Sublevacion de los Judios.—Toma y destruccion de Jerusalem por Vespasiano y Tito.—Dispersion y esclavitud de los Judios anunciada por los Profetas.—Oracion de Jeremias aprendida de memoria.

«Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» ¡Infeliz nacion! Ella misma, en su frenesí, exigia el cumplimiento de las profecias en castigo de su maldad. Ciertamente la sangre del Señor cayó de lleno sobre aquella misma generacion que llena de furor pedia á voces su muerte, y sobre las demas generaciones que la han sucedido hasta el dia. Privada del cetro la tribu de Judá, se habia ceñido la corona de Judea el extranjero Herodes, escalonita, siempre bajo la dependencia de Roma. Muerto Herodes, asignaron los Romanos una parte del reino á Arquelao; y otra á Filipo, hijos de aquel monarca; otra parte se gobernaba por medio de procónsules, pero conservando siempre Roma su dominio en todo el pais, donde muerto Herodes elevaron al sólio á otros individuos de la misma familia; todos bajo la autoridad de la capital del mundo.

Los Judios llevaban con la mayor impaciencia el yugo de los Romanos, y se levantaron contra aquel poder que odiaban, al mismo tiempo que estaban divididos en opiniones y miras, y de consiguiente en parcialidades y bandos enconados. El resultado de aquella insurreccion fué haber muerto doscientos sesenta mil Judios, quedando prisioneros cerca de cien mil, de los cuales tambien murieron muchos miles.

Jerusalen cerró despues sus puertas á los Romanos. Mucho antes de sublevarse la dió el cielo un aviso que despreció: su suerte era irrevocable, porque su obstinacion era invencible. Se presentó un hombre que recorriendo dia y noche las calles y plazas de la ciudad, gritaba sin cesar: *¡Ay de tí, Jerusalen! ¡Desgraciado templo! Una voz se oye de los cuatro vientos, una voz que clama contra Jerusalen, una voz que clama contra todo el pueblo.* Le intimaron que no vocease, le azotaron cruelmente para que callase; pero insensible el castigo, prosiguió sin cansarse con su siniestro pronóstico: siete años estuvo vaticinando el desastre de Jerusalen, y por último murió al golpe de una gruesa piedra, disparada por los Romanos cuando posteriormente tenian sitiada la ciudad.

Mandaba las armas romanas en Judea, Vespasiano, que electo emperador, partió para Roma, dejando la prosecucion de la guerra al cargo de su hijo Tito. Era el tiempo de la Pascua, y se reunió de todas partes en Jerusalen á celebrar la fiesta una gran multitud de gentes. Esta ocasión eligió Tito para sitiar la ciudad. Sitiada ya Jerusalen, era la imágen del infierno: sus moradores estaban divididos en facciones y bandas implacables, y se degollaban á centenares unos á otros todos los dias: se

desarrolló una epidemia mortífera: sobrevino una hambre tan espantosa que comían las cosas mas inmundas y repugnantes; y madre hubo que tenía un hijo de pecho, lo mató, lo asó y se lo comió, cumpliéndose así el vaticinio de Moisés. (Leccion LII.)

Invitó muchas veces Tito á los sitiados á un acomodamiento: pero la sangre del Justo derramada en aquella insana ciudad, clamaba justicia al cielo desde la tierra, mucho mas que la de Abel; y la justicia habia de seguirse á la voluntaria obcecación y terquedad de aquel pueblo deicida. Replieron los sitiados la invitacion, y el general romano tomó la plaza por asalto, y pasó á cuchillo á sus habitantes. Murieron un millon y cien mil Judios; el Templo fué presa de las llamas, y la ciudad quedó destruida. El Señor, siempre bondadoso, habia llorado al contemplar la suerte que habia de tener aquella ingrata ciudad, anunciando los grandes males que habia de padecer, y asegurando que no quedaria en ella piedra sobre piedra, antes que desapareciese aquella generacion á quien hablaba: aquella misma generacion presenció y experimentó la realizacion del vaticinio del Señor.

Murieron en esta guerra y en las sediciones anteriores, millon y medio de Judios. Posteriormente, en tiempo del emperador Adriano, se volvieron á levantar proclamando por Mesias á un tal *Barcoquebas*: cometieron mil atrocidades, pero fueron deshechos por los Romanos, y murieron quinientos sesenta mil hombres; los demas unos fueron muertos despues y otros vendidos por esclavos. Los Romanos demoliéron todas sus plazas fuertes, y arruinaron cerca de mil poblaciones. Desde entonces aquel pueblo, célebre en los anales del



mundo, fué borrado de la lista de las naciones: desde entonces y en la actualidad se halla disperso por toda la tierra, ha sido siempre odiado en todas partes, perseguido y cruelmente maltratado; siempre se ha visto, y ahora mismo se vé humillado y envilecido: es un baldon el llamarle á uno Judío: «Han sido tratados como perros, porque eran Judíos; y su religion los ha expuesto á las mas sangrientas crueldades. La ferocidad, la conducta infernal para con ellos de sus enemigos, no ha sido una efervescencia momentánea, ha durado muchos años; no se ha limitado á un solo pais, sino que se ha extendido por todas las regiones: en todas partes han sido ultrajados é insultados: los ultrajes é insultos han sido en cierto modo su pan cotidiano. Han sido despojados, saqueados, destruidos y han sufrido de güellos de dias enteros.»

Con palabras terribles y bien sentidas se lo habia anunciado Moisés. (Leccion 32.) San Pablo les pronosticó lo mismo (Rom. 11), y bien claro se lo dijo nuestro Redentor: «Morirán al filo de la espada, dijo el Señor; serán llevados cautivos á todas las naciones, y todas las gentes conculcarán á Jerusalem, hasta que acaben de cumplirse los tiempos de las naciones (Luc. 21, v. 24).»

El estado actual de la nacion judia puede ser tambien con mucha razon objeto de la plegaria del profeta Jeremias, cuando al ver la afliccion de aquel pueblo durante la cautividad de Babilonia, dirigió á Dios la siguiente oracion:

Acuérdate ¡oh Señor! de lo que nos ha sucedido: mira y considera nuestra ignominia.

Nuestra heredad ha pasado á manos de extranjerros, en poder de extraños se hallan nuestras casas.

Nos hemos quedado *como* huérfanos privados de su padre, estan como viudas nuestras madres.

A precio de dinero bebemos nuestra agua, y con dinero compramos nuestra leña.

Atados del cuello, nos conducen *como á bestias*, no se da descanso á los fatigados.

Alargamos nuestras manos á los Egipcios y á los Asirios, para saciarnos de pan.

Pecaron nuestros padres, y ya no existen; y el castigo de sus iniquidades lo llevamos nosotros.

Nuestros esclavos se han enseñoreado de nosotros; no hubo quien nos libertase de sus manos.

Con peligro de nuestras vidas vamos á lugares desiertos en busca de pan, temiendo siempre la espada.

Quemada y *denegrida* como un horno, ha puesto nuestra piel la hambre atroz.

Deshonraban á las mugeres en Sion, *violaban* á las vírgenes en las ciudades de Judá.

Colgados de la mano *en un madero* (1) han sido los principes; no han tenido respeto alguno á las personas de los ancianos.

Abusaron deshonestamente de los jóvenes, y los muchachos caían al peso de la leña.

Faltan *ya* en las puertas los ancianos, ni se ven los jóvenes en el coró de músicos que tañen.

Extinguióse la alegría en nuestro corazon; convertido se han en luto nuestras danzas.

Han caido de nuestras cabezas las coronas ó *guirnaldas*; ¡Ay de nosotros, que hemos pecado!

Por esto ha quedado melancólico nuestro corazon; por eso perdieron la luz nuestros ojos.

Porque desolado está el monte *Santo* de Sion; las raposas y *demas fieras* se pasean por él.

Empero tú ¡oh Señor! permanecerás eterna-

(1) Solian cortar la cabeza á los reos de muerte, y colgarlos despues de una mano en un madero.

mente: tu sólio subsistirá en todas las generaciones venideras.

¿Por qué para siempre te has de olvidar tú de nosotros? ¿Nos has de tener abandonados por largos años?

Conviértenos ¡oh Señor! á tí, y nos convertiremos; renueva tú nuestros días *felices*, como desde el principio.

Mas tú, *Señor*, nos has desechado como para siempre: te has irritado terriblemente contra nosotros. (*Thren. Jerem. Orat. cap. V.*)

### LECCION LXXVIII.

Consideraciones religiosas sobre el castigo de los judios.

Muchas veces habia castigado el Señor á su pueblo por los muchos y grandes delitos que cometiera; su disolucion, su rebeldia, el olvido de aquel Dios que tanto le favorecia, y el culto de dioses extraños, dioses falsos y vanos, atrajeron sobre aquel pueblo la ira de Dios; pero esta se aplacaba, y el Señor los perdonaba, y les favorecia de nuevo. Ultimamente, con setenta años de cautiverio, castigó el Señor sus delitos é idolatría. Si los hebreos hubieran olvidado de nuevo á su Dios y se hubieran entregado al culto de los ídolos, pudiera decirse que cansado el Señor, los habia maldecido y abandonado para siempre, permitiendo que se viesen en el lastimoso estado en que se hallan. Pero los hebreos, despues de la cautividad de Babilonia no han vuelto á idolatrar: en el templo de Jerusalem, reedificado despues de la vuelta de Babilonia, se tributaba al verdadero Dios un culto sumptuoso. Muchos Judios quisieron ser atormentados y morir antes que abandonar á su Dios; y por úl-

timo, con su valor, con su sangre y con sus vidas, desterraron de su pais la idolatria, y restablecieron el culto del verdadero Dios, proscrito por los poderosos reyes de Siria. ¿Qué delito, pues, han cometido mayor todavía que la idolatria para que el Señor los haya borrado del número de las naciones, y les esté castigando con tanto rigor por espacio de diez y ocho siglos? El delito máximo y horrendo de haber dado muerte al Hombre Dios.

Los rabinos convienen en que su nacion, para ser castigada de un modo tan terrible, cometió sin duda un crimen enorme; tal era, dicen ellos, el haberse atrevido un Judio (Jesucristo) á usurpar la divinidad, y hacerse adorar como Dios de Israel. Pero la ley mandaba á los Judios quitar la vida á los falsos profetas que intentasen separarlos de Dios (1), y si lo hubiera intentado Jesus ¿hubiera castigado el Señor tan rigurosamente por el delito de un hombre solo á toda la nacion, que no solamente no consintió este delito, sino que lo castigó con la muerte, en cumplimiento de la ley? ¡Oh ceguedad!

Creemos se leerá con interés la siguiente relacion que se halla en las *Memorias filosóficas del baron D...*

«Hacia mucho tiempo, dice, que yo estaba en Lisboa, cuando un Judio con un hijo suyo entró en mi habitacion, y me mostró las mas ricas telas de las Indias y de Persia. Me llevó la atencion la fisonomia del jóven Judio; me pareció noble y franco, y sus miradas eran confiadas y modestas. Su padre alabó mucho su perspicacia, y me dijo que estaba muy versado en el conocimiento de la Ley, y que hacia un estudio continuo sobre las

(1) Deuter. 13. 4—5—9: 17. 4—5.

Santas Escrituras. Despues de una ligera conversacion, me enseñó una de las mas bellas telas del Oriente. Mientras yo la miraba, el hijo presentó á mi compañero de viaje varias clases de esencias de rosas de Surat. Concluido el trato se le dijo al Judio que pusiese los frascos comprados sobre una mesa grande, y al colocarlos le llevó la atencion un manuscrito abierto que yo llevaba en mi viaje. Su gusto á los libros le obligó á tomarle en las manos, y puntualmente fijó los ojos en unas fuertes reflexiones sobre el estado presente de los Judios. Eché de ver su atencion, y me agradó mucho; y tomando por pretexto la hermosura de las telas, procuré con esto llamar la atencion del padre para dar mas tiempo á la del hijo. Examinado todo, convinimos en los precios; pero concluido nuestro trato, echó de ver el Judio que su hijo estaba embebidido en la lectura, y acercándose á él, conocí su asombro, y en este asombro que habia herido á sus ojos el nombre de Jesucristo. Cerró el libro violentamente; yo hice como que no lo veia; pero con la firme resolucion de no perder de vista un jóven que tanto me interesaba desde luego. Habiendo formado las mejores esperanzas, me informé del nombre de estos Judios; pretexté comisiones y compras, y sobre todo manifesté un gran deseo de ver una sinagoga, y de conocer un rabino que tuviera fama entre ellos. Debia esto verificarse por la tarde, y habiéndose avisado al gefe de los rabinos de la visita, el comerciante encargó á su hijo que me condujese. Os será fácil conocer cuál era el objeto de mis votos, y que en mi corazon los dirigia al cielo. Entramos en la sinagoga, y desde luego me concilié la benevolencia del rabino, hablando de la antigüedad de su pueblo, y de las maravillas que Dios habia hecho en su favor. Ha-

blé de la sublimidad de las profecías, y me contenté con suspirar y con exclamar: ¡Qué cautividad! ¡Qué duracion! ¡Qué crimen cometió vuestra nacion!—Sí, sin duda, respondió el rabino. El crimen es enorme; vuestro Cristo es la causa de nuestras crueles calamidades. Ved aquí el crimen de nuestra nacion. Ese Cristo era Judío, y quiso hacerse adorar como rey de Israel. Para fijar sobre sí el objeto de nuestras mas importantes profecías, que nos anuncian que el Mesías debía ser hijo de Dios, se atrevió á tomar este nombre, y pervirtió una gran parte de la nacion. Hemos tenido muchos falsos Cristos; pero antes que él, ninguno se habia atrevido á usurpar el nombre de Dios; mas hallando modo de introducirse furtivamente en el *Sancta Sanctorum*, robó la marca del nombre de Dios que estaba depositada allí; y dueño de este monumento sagrado, al que ningun mortal se habia atrevido á tocar, dominó la naturaleza, y sorprendió á la Judea con sus milagros.

Me quedé asombrado cuando oí al jóven Judío exclamar: ¡Ah! ¿y pensais, rabino, atribuir á semejante causa los desastres de la nacion? Si el Mesías de los cristianos era culpable en usurpar el nombre de Dios, nosotros le quitamos la vida: ¿y podriamos no obedecer á la ley que nos manda quitársela á los falsos profetas? No hay oprobio de que no le cargasen nuestros padres. Pudieron hacerle sufrir, mas este celo religioso debía atraer sobre ellos todos los favores del cielo. Sin embargo, este instante fatal es la época de nuestras desgracias y calamidades, y ya es tiempo de que se acabe nuestra ceguedad. El rabino, indignado, le miró con ojos terribles, y vomitó mil blasfemias. El jóven Judío se echó en mis brazos, y pidió con lágrimas el bautismo.»

## LECCION LXXIX.

### **Doctrina cristiana.**

La primera necesidad del cristiano es la fé divina.

Solamente los cristianos pueden entrar en el reino de los cielos, así el ser cristiano es el mayor bien para el hombre. Cristiano es el hombre bautizado que profesa la religion de Jesucristo. La religion cristiana es el conjunto de los dogmas y de las verdades que nos reveló y enseñó Nuestro Señor Jesucristo, y de los preceptos que nos impuso. Yo soy cristiano, no por mis merecimientos, porque no tenia ninguno para este inestimable beneficio, sino por la misericordia y pura gracia de Dios.

La divisa del cristiano es la santa Cruz, porque en ella murió nuestro Señor Jesucristo, y con su muerte nos redimió de la esclavitud del pecado y del demonio. El cristiano no debe avergonzarse de usar de esta señal santa, antes al contrario, debe gloriarse en ella, como se glorian los reyes de llevarla sobre sus coronas, y como se gloriaban los emperadores romanos de ostentarla en los estandartes de sus ejércitos. El que se avergüence de hacer la señal de la cruz, cuando es conveniente y oportuno, no quiere confesar á Jesucristo ante los hombres, y se hace indigno de que Jesucristo le confiese á él adelante de su Eterno Padre.

Un buen cristiano hace la señal de la cruz signándose y santiguándose en muchas ocasiones: al empezar el dia, al recogerse por la noche, cuando hace algun acto religioso, siempre que se ve acosado de alguna tentacion de pecar, ó le sobreviene algun peligro, pidiendo á Dios su gracia y auxilio por los grandes misterios que representa la señal de la cruz.

Tan grande como es la dignidad del cristiano.

tan importantes son sus obligaciones, que estan comprendidas en saber y entender la doctrina que nos enseñó, Nuestro Señor Jesucristo, en creer las verdades que nos reveló y enseñó, en hacer lo que nos mandó el mismo Señor, y omitir lo que nos ha prohibido. El Señor nos enseñó lo que debemos creer, lo que debemos pedir á su Divina Majestad, lo que debemos esperar de su infinita misericordia, lo que debemos hacer y omitir, y lo que debemos recibir. Lo que debemos creer se contiene en el Credo y en los Artículos de la fé; lo que debemos pedir á Dios y esperar de su infinita bondad, se contiene principalmente en el Padre nuestro, que es la oracion que nos dictó N. S. Jesucristo, y asimismo en las demas oraciones que tiene aprobadas la santa Iglesia, y en las que nos dicta nuestra piedad y devocion. Lo que debemos hacer y omitir se contiene en los Mandamientos de la ley de Dios, y en los de la santa madre Iglesia. Lo que hemos de recibir se contiene en los santos Sacramentos.

El cristiano tiene una obligacion estrechísima de instruirse en todos estos puntos de la doctrina cristiana, porque si los ignora no podrá cumplir con las obligaciones que le impone su profesion que tanto le honra, y de cuyo exacto cumplimiento depende su salvacion. Debe creer lo que Jesucristo ha enseñado á los hombres: «El que no cree, ya está juzgado,» dijo el Señor: así la primera necesidad del cristiano, y aun de todo hombre es la fé divina, ó creer lo que Dios nos ha revelado.

### LECCION LXXX.

Definicion de la fé divina.

Nosotros estamos convencidos de la verdad de muchas cosas que no vemos, por razones que nos inducen invenciblemente á este convencimiento:



entonces las creemos, y asentimos completamente á que son verdaderas. Esta creencia se llama tambien fé, la cual puede ser divina y humana: esta última consiste en creer lo que no vemos, fundándonos en el testimonio de los hombres: la fé divina consiste en creer lo que no vemos porque Dios lo ha revelado, segun nos lo declara y propone la Iglesia. Lo que dicen los hombres, absolutamente hablando, puede no ser verdad, pues los hombres pueden engañarse y engañarnos en lo que nos dicen; pero lo que nos enseña la fé divina es absolutamente imposible que no sea verdad, porque Dios que nos lo dice, es infalible é infinitamente veráz, y la santa madre Iglesia que nos declara y propone lo que Dios ha dicho, tampoco puede engañarse ni engañarnos, porque está asistida por el Espíritu Santo, segun se lo prometió Nuestro Señor Jesucristo. La fé que la religion exige de nosotros es la fé divina.

El que no tiene fé divina, ó lo que es lo mismo, el que no cree firmemente lo que Dios ha dicho, segun nos lo propone la Iglesia, no puede salvarse; mas para obtener la salvacion no basta la fé *muerta*, ó la fé sin las buenas obras, es indispensable la fé *viva*, es decir, la que va acompañada de la caridad ó del amor de Dios y del prójimo, en cuyo caso el que así cree obrará siempre bien, cumplirá con todas las obligaciones que Dios le impone, y se salvará.

### LECCION LXXXI.

Explicacion del Credo y de los Artículos de la fé.—

Tanto estos como aquel contienen las mismas verdades.—Explicacion de los siete Artículos de la fé que pertenecen á la Divinidad.

Lo que debe creer el cristiano se contiene en el Credo, símbolo ó recapitulacion de las verdades que

nos enseñó y reveló nuestro Señor Jesucristo. Compusieron el Credo los Apóstoles para dar á las naciones una enseñanza uniforme, la misma que recibieron de Jesucristo. También se contiene lo que debemos creer en los Artículos de la fe, que nos enseñan lo mismo que nos enseña el Credo.

Lo primero que debemos creer, es que hay un Dios. Entendemos por Dios, un Ser infinitamente perfecto, y que por lo mismo reúne todas las perfecciones en un grado infinito. Así, es un espíritu purísimo, es eterno, no empezó á existir, siempre ha existido, nunca dejará de existir, es omnipotente, inmenso, inmutable, independiente, es infinitamente bueno, misericordioso y benéfico, sabio, justo y veráz, es el Criador y Conservador de todo lo que existe, gobierna todo el universo, y provee á las criaturas de cuanto necesitan.

No hay ni puede haber mas que un Dios, porque no puede haber mas que un Ser infinitamente perfecto. La superioridad en todo y sobre todo, es una perfeccion y muy grande, y no puede haber dos ó mas seres superiores en todo unos á otros, porque si uno es superior en todo á otro, ya este otro no puede ser superior á aquel en todo ni en nada.

Hay en Dios una sola naturaleza y tres personas, que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero estas tres personas distintas entre sí, no son mas que un Dios, porque no tienen mas que una sola naturaleza: las tres divinas personas con una sola esencia son la Santísima Trinidad.

Creemos que Dios es Todopoderoso, porque la omnipotencia es una perfeccion, y ya hemos dicho que Dios es un Ser infinitamente perfecto. El mundo no ha podido hacerse á sí mismo, de consiguiente algun ser le dió la existencia: el dar la existencia á una cosa que no existia es una perfeccion, y por

eso reconocemos, creemos y confesamos, que Dios crió el cielo y la tierra, es decir, todo el universo: no habia nada, quiso Dios que hubiese mundo, y como es Todopoderoso y su voluntad es eficaz, hubo mundo.

La primera persona de la Santísima Trinidad es el Padre, porque tiene un Hijo, que es la segunda persona de la Santísima Trinidad. La tercera persona es el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Todas tres personas son igualmente eternas, no es primero en duracion el Padre que el Hijo y que el Espíritu Santo, ni el Padre y el Hijo existian antes que el Espíritu Santo: decimos que el Padre es la primera persona de la Santísima Trinidad, el Hijo la segunda, y el Espíritu Santo la tercera, porque el Hijo procede del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pero no proceden con posterioridad.

Creemos que Dios es Salvador y Glorificador: que nos perdona nuestros pecados, si nos arrepen- timos debidamente de ellos, y nos admite en su divina gracia ó amistad, adoptándonos por hijos, y dándonos la gloria eterna, si salimos de este mundo en su gracia. Todas estas verdades pertencen á la divinidad.

## LECCION LXXXII.

Explicacion de los Artículos que pertenecen á la Santa Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo.—Artículos 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º

Hay tambien otras verdades que pertenecen á la Santa Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. En cuanto hombre, fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen, que estaba casada con San José. No se hizo hombre el Padre ni el Espíritu Santo, sino solamente el Hijo de Dios

Padre, segunda persona de la Santísima Trinidad; y no se hizo hombre por obra de varón sino milagrosamente por obra del Espíritu Santo, formando Dios de la sangre purísima de la Virgen María un cuerpo humano, criando una alma que unió á este cuerpo, y uniéndose á este cuerpo y á esta alma el Hijo de Dios, de lo que resultó un hombre Dios, el cual es Jesucristo. Como Jesucristo es verdaderamente Dios y hombre, hay en él realmente dos naturalezas, una divina y otra humana; pero no hay mas que una persona, y esta divina, que es el Hijo, ó la segunda persona de la Santísima Trinidad, pues así como el alma y el cuerpo es el hombre, así Dios y hombre es Cristo. Estuvo el Señor nueve meses en el seno de la Santísima Virgen, y despues nació, sin que padeciese la mas mínima lesión la virginal entereza de su Madre purísima. Nació Jesucristo en la mayor pobreza, y hasta que se manifestó al mundo vivió en compañía de su Santísima Madre y de San José. Llegado el tiempo de darse á conocer al mundo empezó á predicar su celestial doctrina: los judíos le prendieron, le hicieron padecer muchos tormentos, y le dieron muerte enclavándole en una cruz, sujetándose voluntariamente el Señor á los padecimientos y á la muerte por salvar á nosotros pecadores. Jesucristo padeció y murió solamente en cuanto hombre, y no en cuanto Dios, porque en cuanto Dios no puede padecer y es inmortal; se separó su alma de su cuerpo, pero la divinidad quedó unida con su alma y con su cuerpo, aunque estaban separados. Despues de muerto el Señor fué sepultado su cuerpo. Su alma unida á la divinidad bajó á los infiernos, y sacó del lugar en que allí se hallaban las almas de los justos que habían muerto antes que el Señor, y estaban esperando su santa llegada, porque estaban cerradas

las puertas del cielo hasta que las abrió Nuestro Redentor, padeciendo y muriendo por el hombre.

El Señor había anunciado con la mayor claridad que había de resucitar al tercero día después de su muerte. Efectivamente resucitó, ó volvió á vivir en cuanto hombre, uniéndose otra vez su alma con su cuerpo, quedando unida la divinidad con su alma y con su cuerpo, como siempre estuvo; pero no resucitó en cuanto Dios, porque en cuanto Dios no murió, ni pudo ni puede morir.

### LECCION LXXXIII.

Sexto y séptimo Artículo de los que pertenecen á la santa Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo.—La Santa Iglesia Católica: la Comunión de los Santos: el perdón de los pecados.

Después de haber resucitado el Señor, permaneció en la tierra cuarenta días, al cabo de los cuales, y delante de sus discípulos, subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre. Lo que significa su gloria y su poder así en cuanto Dios, como en cuanto hombre.

Debemos también creer que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, para dar á cada uno su merecido, según sus obras, llevando á los buenos á la gloria, donde serán eternamente felices, y destinando á los malos al infierno, donde serán castigados por toda la eternidad. Este juicio será el acto más solemne, el espectáculo más grandioso que puede presenciar el género humano, porque reunidas todas las naciones del universo, aparecerá Nuestro Señor Jesucristo en toda su gloria y majestad, acompañado de todos los coros y jerarquías de los ángeles, y pronunciará la sentencia que ha de decidir la suerte eterna de todos los hombres. Nadie sabe cuando será este día terrible; pe-

ro antes de este juicio final, y al morir cada uno de los hombres, le juzga inmediatamente el Señor: las almas de los que mueren en gracia de Dios, y han satisfecho cumplidamente por sus pecados á la divina justicia, suben inmediatamente al cielo, donde residirán eternamente, viendo á Dios, cara á cara, y disfrutando de una inefable felicidad: las almas de los que mueren en gracia de Dios, pero que no han acabado de satisfacer por sus pecados, á la divina justicia, son destinadas al purgatorio, á padecer las penas debidas por sus pecados, hasta que cumplido el tiempo de su satisfaccion, las traslada el Señor á la gloria, y su felicidad será tambien eterna: las almas de los que mueren en pecado mortal son inmediatamente condenadas al infierno, donde serán castigadas por toda la eternidad.

Aunque todas las almas de los que mueren estan ya juzgadas, y el Señor las da el destino que merecen, con todo, quiere el Señor juzgar y sentenciar á todos los hombres reunidos en aquel dia grande del juicio universal, para manifestar su poder, su justicia y su misericordia, de la cual no han querido aprovecharse los malos. Para celebrarse este juicio universal, han de resucitar todos los hombres, volviendo á unirse todas las almas con sus respectivos cuerpos, tanto las de los justos que estan en los cielos, como las de los condenados que estan en el infierno.

Despues de esta vida mortal empieza otra vida perdurable, es decir, una vida que siempre ha de durar, tanto para los que esten en el cielo, como para los que esten en el infierno.

Tambien debemos creer en la Santa Iglesia Católica, la cual es la congregacion de todos los fieles bautizados, y se compone de los obispos, sacerdotes y ministros del culto, y de los simples fie-

les, regidos y mandados todos por Jesucristo, que es la cabeza invisible de la Iglesia, y por el sumo pontífice, instituido por el mismo Jesucristo, sucesor de San Pedro en el gobierno de la Iglesia, y como tal, vicario de Cristo en la tierra. Así, el sumo pontífice es la cabeza visible de toda la Iglesia, y á quien todos, obispos, sacerdotes y ministros, y simples fieles, estamos obligados á respetar y obedecer. Del mismo modo los sacerdotes, los ministros y los demas fieles estan obligados á respetar y obedecer á sus obispos respectivos, que son los sucesores de los Apóstoles en el gobierno de las iglesias que les estan encomendadas.

Otro artículo de fé es la comunión de los santos. Debemos, pues, creer que todos los fieles de la Iglesia Católica son miembros de un mismo cuerpo, y que participan mutuamente de sus oraciones y buenas obras. Ultimamente, estamos obligados á creer que Jesucristo dió á los sacerdotes de su Iglesia la facultad de perdonar todos los pecados, cuando el pecador está debidamente dispuesto para recibir su absolucion.

#### LECCION LXXXIV.

*Las miserias del hombre hacen tambien necesaria la oracion á la que el hombre está obligado además.*—Explicacion de la oracion Dominical.

Dios es infinitamente poderoso, misericordioso y benéfico: nosotros tenemos muchas y muy grandes necesidades, y seria una soberbia impia, un desden y un sacrilego desprecio del poder y liberalidad sin límites de nuestro Dios, no acudir á pedirle que nos socorriese. Así, estamos obligados á orar levantando nuestros corazones á Dios y pidiéndole primeramente y sin ninguna condicion, su divina gracia y nuestra salvacion eterna, y des-

pues todo cuanto necesitamos, si conviene que el Señor nos lo conceda. Buscad primero, dice el Señor, el reino de Dios y su justicia, y despues se os dará lo demás. Nuestro Señor Jesucristo nos manda tener la mayor confianza en la divina Providencia, que dá el alimento diariamente á los pajarillos y á todos los animales, y que de consiguiente tambien nos lo dará á nosotros que valemos mucho mas que todos ellos: Pedid y recibireis, dice el Señor; pero es una temeridad, es esperar de Dios un milagro, el querer que nos dé los bienes temporales que necesitamos, si nosotros no ponemos los medios que estan en nuestra mano para conseguirlos: Buscad y hallareis, nos dice el Señor. Dios dá con abundancia el alimento á los pajarillos; pero los pajarillos tienen que buscarlo. Estemos, pues, seguros de que haciendo las diligencias que estan de nuestra parte, jamás nos faltará lo necesario, el Señor nos lo dará. De todos modos debemos pedir á Dios con humildad, confianza y perseverancia, y resignándonos en su santísima voluntad, y en las disposiciones de su infinita sabiduria. Es un desacato impío impacientarse, es una blasfemia murmurar contra la divina Providencia, cuando el Señor no nos concede los bienes naturales y terrenos que le pedimos: Dios siempre sabe y hace lo que conviene; el hombre lo ignora, y debe sujetarse con la mejor voluntad á las disposiciones del Altísimo.

El Señor tuvo la bondad de enseñarnos el modo con que hemos de pedir á Dios, dictándonos la oracion del Padre nuestro. Llamamos á Dios *Padre nuestro*, Padre de todos nosotros, porque á todos nos ha criado, nos conserva y provee de cuanto necesitamos; y tambien, y principalmente, porque nos destina á participar de su gloria y felicidad



mediante su divina gracia. Añadimos *que estás en los cielos*, para significar su majestad y su gloria y el infinito poder con que está dominando á todo lo criado. Lo primero que pedimos á nuestro Padre celestial, es que su santo nombre sea conocido, reverenciado y adorado por todas las criaturas. Le pedimos en seguida que reine en nuestros corazones, y que despues de esta vida mortal nos conceda entrar en su reino celestial: que se haga su voluntad santísima en la tierra por todos los hombres, como la hacen en el cielo todos los ángeles y todas las almas de los justos. También le pedimos que nos dé diariamente el alimento, primero el del alma, es decir, la gracia de Dios, y una digna y constante preparacion para recibir el manjar espiritual de la Sagrada Eucaristia; y además el alimento y cuanto necesitamos para la vida del cuerpo, convencidos de que cada dia, cada hora y cada momento estamos dependientes de su voluntad y de su providencia. *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, nos manda decir el Señor, que continuamente estaba inculcando en su santísima doctrina el perdon de las injurias, ofensas y agravios que recibamos de los demas, advirtiéndonos, como nos lo hace entender en esta peticion, que si no perdonamos á los que nos ofenden, tampoco el Señor nos perdonará á nosotros las ofensas que cometemos contra su divina Majestad; y ni aun quiere que nos acerquemos á pedirle mercedes, sin reconciliarnos antes con quien estemos enemistados. Pedimos también al Señor en esta oracion que nos tenga de su mano, y no permita que sigamos las instigaciones de los enemigos de nuestra alma, y sucumbamos á la tentacion de ofenderle; y por último, que nos libre de

:

todo mal: primero del pecado, que es el mayor mal de todos, y despues, si conviene, de las enfermedades y tribulaciones de esta vida. Usamos tambien de otras oraciones admitidas por la Iglesia, o tomadas de la Sagrada Escritura, como salmos, cánticos, etc., y debemos acostumbrarnos á orar con frecuencia, porque así nos lo encarga el Señor; y además nos es muy conveniente, porque á todas horas necesitamos la gracia de Dios y los socorros de su providencia.

### LECCION LXXXV.

Explicacion de la Salutacion angélica y de la Salve.—  
Explicacion del *Angelus*.—Oraciones á la Virgen y á los santos.

Dirigimos igualmente nuestras oraciones á María Santísima, á los ángeles y á los bienaventurados que están gozando de Dios en el cielo. Pero á Dios suplicamos nos conceda lo que le pedimos, porque él solo es el que tiene poder para distribuir los bienes; á los ángeles y á los santos les rogamos que intercedan con el Señor para que nos conceda lo que le pedimos. De los ángeles y los santos debemos dirigirnos con especialidad al santo Angel de nuestra Guarda, agradeciendo de corazon que nos acompañe, y las santas inspiraciones con que procura apartarnos de las ocasiones de pecar, y tambien al santo de nuestro nombre, suplicándole pida al Señor que nos parezcamos á él en el ejercicio de las virtudes como nos parecemos en el nombre.

La intercesion mas poderosa para con nuestro Señor Jesucristo, es la de su Santísima Madre la Virgen María, á cuya clemencia es por lo mismo muy provechoso acógnos. La oracion que mas agrada á la Santísima Virgen es la salutacion angélica ó el *Ave Maria*, porque la Señora oye de

nuestros labios las mismas palabras, que la dijo el ángel cuando la anunció el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas, palabras que llenaron su corazón de un gozo inexplicable. El ángel la dijo, y nosotros repetimos, que estaba llena de gracia, porque la Santísima Virgen es más cara y acepta á Dios, como Madre suya, que todas las criaturas juntas. El ángel la llamó, y nosotros también la llamamos, bendita entre todas las mugeres, porque la bendijo el Señor de un modo altísimo y especialísimo, llenando su alma de gracia, concediéndola mayores favores que á todas las mugeres juntas, el inestimable y único privilegio de ser su Madre y Madre Virgen. Su prima Santa Isabel dijo las palabras que nosotros también decimos; bendito es el fruto de tu vientre, congratulándonos con la Madre por haber llevado en su seno al fruto de bendición, Jesús, nuestro Salvador. Después de saludar á la Santísima Virgen con unas palabras tan gratas á sus castísimos oídos, la suplicamos que pida á su divino Hijo por nosotros que somos unos pecadores, y que pida constantemente y con especialidad á la hora de nuestra muerte, porque en aquella hora es cuando con más fuerza nos acomete el demonio para perdersos. Es muy conveniente rezar el *Ave María* con frecuencia, y repetirla muchas veces como se hace en el Santo Rosario, pues pronunciándola con devoción, como agrada tanto á la Madre de Dios, debemos esperar que pedirá por nosotros al Señor, siendo, como es Madre de Misericordia. Es una costumbre devota y laudable rezar al anochecer tres veces el *Ave María*, recordando que el Ángel del Señor anunció á la Virgen que concebiría en su seno y pariría un hijo que sería Hijo de Dios; las humildes palabras que respondió

la Virgen, y el hecho de haberse obrado el misterio de la Encarnacion.

Tambien rezamos á Maria Santísima la *Salve*, en la cual suplicamos á la Madre de Dios que nos mire con ojos de misericordia, viéndonos en tantos trabajos y peligros, en este valle de lágrimas, y que interceda por nosotros con su Divino Hijo para que tengamos la dicha de verle y poseerle eternamente despues de este destierro.

Es igualmente muy provechoso rezar la letanía y otras devociones á la Virgen, porque en ellas recordamos sus virtudes y excelencia, é imploramos su proteccion, que tan poderosa es para con su Hijo.

Cuando oramos ante las imágenes de Maria Santísima y de los santos, dirigimos nuestras súplicas á Dios, poniendo por intercesores á Nuestra Señora y á los santos ante cuyas imágenes oramos; nada pedimos á las imágenes que son cosas inanimadas, ni á ellas nos dirigimos, solo sirven para que nos acordemos de los santos á quienes representan, bajo cuyo concepto merecen honor y respeto.

### LECCION LXXXVI.

*El cristiano no solo está obligado á creer y á orar, sino tambien á cumplir con ciertas obligaciones establecidas.*

—De los mandamientos de la ley de Dios en general.

—Razones en que se diferencian estos de los de la Iglesia. — *Primer mandamiento.* — La caridad. — Veneracion é invocacion de los santos. — Vicios opuestos á estos mandamientos. — Idolatria y supersticion.

Todo cristiano está obligado á guardar los diez mandamientos de la ley de Dios y los cinco de la Santa Madre Iglesia; en los primeros se contiene lo que debemos hacer y omitir respecto de Dios, de nosotros mismos y de los demas hombres. Los mandamientos de la ley de Dios son eternos, uni-

versales é invariables; el Señor los grabó en nuestra alma, ningun hombre puede ignorarlos si tiene expedito el uso de la razon, así obligan á todos los hombres, cualquiera que sea su estado y condicion. Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia obligan á los cristianos, conducen mucho para mejor guardar los divinos, y para cumplir con las obligaciones que nos impone la ley de Jesucristo.

MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

. *Primer mandamiento.*

Todo lo bueno es amable; conque Dios, que es infinitamente bueno, es infinitamente digno de ser amado; por esta razon debemós amarle sobre todas las cosas, como nos lo manda en el primer mandamiento de su santa ley; y no le amaremos sobre todas las cosas, si no estamos resueltos á perderlas todas, aun nuestra propia vida, antes que ofenderle. A la verdad, Dios es infinitamente bueno y benéfico, nos ha criado á su imágen y semejanza, dándonos una naturaleza noble, muy superior á la de todos los animales que pueblan la tierra; nos conserva y nos provee de todo lo necesario para vivir, nos ha honrado revistiéndose de nuestra naturaleza y haciéndose hombre; como tal murió por nosotros, y nos redimió del pecado y de la esclavitud del demonio, y con su pasion y muerte nos abrió las puertas del cielo que teníamos cerradas por el pecado de nuestros primeros padres. Todos estos son títulos que exigen imperiosamente un amor sincero y acendrado hácia nuestro buen Dios, un amor que nos haga posponer todas las cosas á su divina voluntad; la cual, como es el Señor infinitamente bueno, no puede menos de sernos favorable. El que no le ama es un ingrato, y además obra en oposicion á lo que exige la esencia de

Dios y la esencia del hombre. El que aborrece á Dios, es un impío abominable, es un monstruo. El que blasfema de su santo nombre, hace á su Criador una injuria enorme que merece ser castigada con el último rigor.

Tambien ofende gravemente á Dios contra este mandamiento el descuidado é indiferente que se olvida de Dios y de sus beneficios, y no se acuerda de tributarle culto con la frecuencia que debe, y darle gracias por los inmensos y continuos favores de que nos está colmando. Le ofende tambien el que no procura hacer con devocion actos de caridad para que no se amortigüe ó tal vez se extinga del todo en su corazon el amor de Dios. Falta igualmente á este mandamiento el idólatra y el supersticioso; aquel, adorando á dioses falsos, y este, dando á Dios un culto supérfluo, ó un culto impropio de la majestad y dignidad de Dios. Si amamos á Dios debemos venerar á sus santos, por ser tan aceptos á su Divina Majestad: debemos pedirles que rueguen á Dios por nosotros, porque esto agrada mucho al Señor.

### LECCION LXXXVII.

*Segundo mandamiento.*—Idea en general de este mandamiento.—Voto.—Juramento.—Blasfemia.

#### *Segundo mandamiento.*

Por este mandamiento se nos prohíbe justamente pronunciar el sagrado nombre de Dios en vano, es decir, sin una causa razonable. Quebrantan este mandamiento los que por costumbre toman en boca el respetable nombre de Dios sin venir al caso; le ofenden gravemente los que hablan de Dios burlándose y como por chiste, y enormemente los que asocian al sacrosanto nombre de Dios palabras obs-

cenas, lo cual es una blasfemia, como lo son todas las palabras injuriosas á Dios ó á sus santos.

Dios es un ser que reclama de nosotros todo respeto y reverencia, así solo debe pronunciarse su excelso nombre, cuando se trata de cosas sagradas, cuando es necesario en una explicacion científica, cuando de pronunciarlo se siga una justa utilidad al que lo pronuncia ó al prójimo, y en otras ocasiones semejantes. Siempre debe oírse con respeto el sagrado nombre de Dios: el insigne filósofo Newton se descubria si estaba cubierto, y se levantaba si estaba sentado, siempre que nombraba u oía nombrar á Dios.

Tambien se prohíbe severamente por este mandamiento el jurar sin las condiciones que se requieren.

Jurar es poner á Dios por testigo de que sentimos lo que decimos, ó de que cumpliremos lo que prometemos. Cuando juramos tambien invocamos á Dios para que nos castigue si faltamos á la verdad, ó no cumplimos lo que prometemos en el juramento.

Las condiciones para que el juramento sea lícito, son verdad, justicia y necesidad ó grande utilidad.

Falta á la verdad el que jura, si no siente lo que dice con juramento, ó si duda si es verdad, y en ambos casos ofende á Dios gravemente, aunque la mentira sea leve y la duda muy fundada, porque hace un agravio á la infinita veracidad de Dios.

Falta á la justicia del juramento el que pone á Dios por testigo de que hará una cosa ilícita, y tambien el que falta á la verdad, si de ello se sigue algun daño al prójimo: en el primer caso ofende á Dios ó grave ó levemente, segun la malicia de la acción que jura cometer, y en el segundo siempre ofende á Dios gravemente por jurar sin

verdad, y ademas ó grave ó levemente, segun sea el daño que causa al prójimo, ó la intencion de causárselo.

Hay necesidad de jurar cuando lo manda la ley; hay utilidad grande cuando de jurar se ha de librar á un hombre, por ejemplo, de la muerte. Jurar sin necesidad ó sin utilidad, siempre es una ofensa á Dios, si bien es una ofensa de suyo leve.

El juramento hecho con verdad, con justicia y necesidad es un acto de religion, y por consiguiente lícito. Es un acto de religion, porque lo son todos aquellos actos con los cuales manifestamos que reconocemos las infinitas perfecciones de Dios, y así se verifica con el juramento, por el cual confesamos la infinita sabiduría y veracidad de Dios. Tambien confesamos su infinito poder y su infinita justicia, cuando le invocamos como vengador ó castigador si faltamos á la verdad en el juramento.

Por este mandamiento se nos manda cumplir tambien los votos que hacemos á Dios.

El voto es una promesa hecha á Dios, deliberada y espontáneamente de cosa buena y posible.

Ha de ser espontánea, porque no es acepto á los ojos de Dios lo que le ofrecemos con repugnancia. Ha de ser de cosa buena, porque es una impiedad ofrecer á Dios lo malo, y una falta de respeto ofrecerle una cosa indiferente. Ha de ser cosa posible, porque es una temeridad y acaso una burla ofrecer á Dios lo que sabemos que no podemos cumplir. Ultimamente, el voto se ha de hacer con deliberacion, esto es, sabiendo suficientemente lo que ofrecemos, y los medios con que contamos para cumplirlo.

Hay obligacion de cumplir el voto; y el no cumplirlo es pecado, mortal si la materia es grave, y venial si la materia es leve.



### LECCION LXXXVIII.

*Tercer mandamiento.*—Lo que Dios instituyó en este mandamiento.—Lo que despues añadió la Iglesia para el modo de cumplirle.

#### *Tercer mandamiento.*

Para santificar las fiestas, que es lo que se manda en el tercer mandamiento de la ley de Dios, no basta oír misa entera y con devocion; de este modo cumplimos con el primer mandamiento de la Santa Madre Iglesia, que nos lo impuso como uno de los medios de cumplir con este tercer mandamiento de la ley de Dios; sino que ademas, debemos santificar el dia ocupándonos en actos de religion y obras de caridad y misericordia, sin que por esto se prohiba una honesta recreacion.

Se prohiben, sí, los trabajos serviles, como arar, cavar, etc., pero no los liberales, como estudiar, escribir y otros semejantes. Cuando hay una verdadera necesidad se puede trabajar en dia de fiesta, aun en trabajos serviles, como segar, vendimiar y otros, con licencia del obispo ó del párroco, pero se peca trabajando sin necesidad y sin licencia; venialmente si se trabaja por poco tiempo, v. g. una hora, y mortalmente si se trabaja mucho tiempo.

La misa es un sacrificio en que el mismo Jesucristo que murió en la cruz se ofrece de un modo incruento á su Eterno Padre, y es al mismo tiempo una representacion de su pasion y muerte. Por lo mismo se debe oír con atencion y compostura, considerando la pasion y muerte de nuestro Redentor, y uniéndonos al sacerdote en la intencion de ofrecer á Dios el santo sacrificio, y no hablando, ni riéndonos, ni estando entretenidos con ninguna cosa, ni mirando á uno y otro lado; sino asistiendo á tan sagrado misterio con el mas profundo

respeto, y un santo temor, como que estamos delante de Jesucristo, que está realmente presente y vivo en tan augusto sacramento.

Se debe oír la misa toda entera, y peca gravemente el que deja de asistir á una parte considerable de ella, y no oye otra. Y aunque no se determinan los demás actos religiosos, no cumple con el tercer mandamiento de la ley de Dios el que no se ejercita en ellos, ya frecuentando los santos sacramentos, ya encomendándose á Dios en los templos, ya haciendo sus oraciones domésticas. Lo mismo decimos respecto de los actos de caridad y beneficencia, como son dar limosna á los pobres, visitar á los enfermos, consolar á los afligidos. Es un error, ó una falta de instruccion, creer que el día de fiesta solo está destinado al descanso y diversion. No nos está prohibido descansar y divertirnos honestamente, pero todo se puede hacer, y queda á la conciencia de cada uno, segun sus circunstancias, el distribuir las horas del día entre la obligacion de santificarle, y nuestro descanso y recreacion.

### LECCION LXXXIX.

*Cuarto mandamiento.*—Obligaciones de los inferiores, sean criados, hijos ó súbditos, respecto de sus superiores.

#### *Cuarto mandamiento.*

Los padres están en la tierra respecto de sus hijos, en lugar de Dios; por eso el Señor nos manda honrarles.

Para cumplir con este mandamiento, deben los hijos obedecer á sus padres, mientras están bajo la patria potestad; si están todavía en la infancia, pero ya tienen uso de razon, en todo cuanto les manden, menos en lo que conozcan claramente que

es contra la ley de Dios, como por ejemplo, robar; si son adultos, están obligados á obedecer á los padres en todo lo que no sea contra la ley de Dios y las leyes civiles, ó no sea conocidamente contra su felicidad, porque los hijos solo están obligados á obedecer á los padres en aquello que los padres tienen autoridad para mandarles, y no la tienen para mandar á sus hijos lo que sea contra la verdadera felicidad de estos, en razon de que los padres tienen, por el contrario, obligacion de procurar por la felicidad de los hijos, obligacion incompatible con la autoridad para mandarles lo que les perjudique. Cuando el hijo está ya emancipado, no está obligado á obedecer á sus padres; si le mandan hacer alguna cosa que ya esté obligado á hacer independientemente del mandato del padre, debe hacerla, pero esta obligacion no procede del mandato del padre. Las obligaciones de los hijos ya emancipados, que son comunes respectivamente á todos los hijos, aun cuando todavia están bajo la patria potestad, son las siguientes: deben hacer todo lo posible por no darles sentimientos, antes bien, deben procurarles satisfacciones con su buena conducta y su aplicacion al estudio ó al trabajo; deben socorrerles, si pueden, y los padres lo necesitan, defender sus personas, sus bienes y su honor; hacerles compañía cuando son ancianos ó están enfermos, asistiéndoles con mucho agrado y amor en sus dolencias; deben hablarles siempre con todo respeto, y sin contradecirles sino cuando es necesario, y entonces con mucha razon y con mucho modo. Un buen hijo jamás debe mirar á su padre con ojos airados, ni manifestar violencia por estar á su lado; jamás debe reirse ni burlarse de sus padres, antes bien, debe llevar con paciencia las impertinencias y debilidades de los que nos han

dadó el ser, encubriendo sus defectos y no avergonzándoles ni directa ni indirectamente.

El buen hijo atrae sobre sí las bendiciones del Padre universal de todos los hombres; sus hijos le amarán y reverenciarán, serán el báculo de su vejez, le ayudarán á soportar las miserias de este mundo, y contribuirán á que tenga una vida pacífica y feliz.

El hijo discolo que dá pesadumbres á sus padres y llena sus dias de amargura, concita contra sí la justicia divina, sus hijos le harán pasar una vida llena de cuidados graves, y profundos sentimientos; la maldicion del cielo caerá sobre su cabeza.

Por este mandamiento debemos tambien honrar á nuestros superiores, como son los magistrados, los prelados, los párrocos y los maestros, y los amos respecto de sus criados. Debemos hacer lo que tienen autoridad para mandarnos, como tambien manifestarles respeto y una sumision racional.

## LECCION XC.

Capítulo tercero del Eclesiástico.—Advertencias á los hijos.

Los hijos ó *discípulos* de la sabiduría forman la congregacion de los justos: y la *estirpe* ó *índole* de ellos no es otra cosa que obediencia y amor.

Escuchad, hijos, los preceptos de vuestro padre, y hacedlo así, si quereis salvaros.

Porque Dios quiso que el padre sea honrado de los hijos, y vindica y confirma la autoridad de la madre sobre ellos.

Quien ama á Dios, alcanzará el perdon de los pecados, y se abstendrá de ellos y será oido siempre que le ruege.

Como quien acumula tesoros; así es el que tributa amor á su madre.

Quien honra á su padre, tendrá consuelo en sus hijos, y al tiempo de su oracion será oido.

El que honra á su padre, vivirá larga vida; y da consuelo á la madre, quien al padre obedece.

Quien teme al Señor, honra á los padres; y sirve como á sus señores á los que le dieron el ser.

Honra á tu padre con obras y con palabras y con toda paciencia, para que venga sobre tí tu bendicion, la cual te acompañe hasta el fin.

La bendicion del padre afirma las casas de los hijos; pero la maldicion de la madre las arruina hasta los cimientos.

No te alabes de aquello que es la afrenta de tu padre, porque no es gloria tuya su ignominia, puesto que de la buena reputacion del padre resulta gloria al hombre, y es desdoro del hijo un padre sin honra.

Hijo, alivia la vejez de tu padre, y no le des pesadumbre en su vida.

Y si llegare á volverse como un niño, compadécete y jamás le desprecies por tener tú mas vigor que él; porque la beneficencia ó *caridad* con el padre no quedará en olvido.

Por *sobrellevar* los defectos de la madre en su *decrepitud*, recibirás tu recompensa.

Así, la justicia será el fundamento de tu casa ó edificio; y en el dia de la tribulacion habrá quien se acuerde de tí; y como en un dia sereno se deshace el hielo, así se disolverán todos tus pecados.

¡Oh, cuán infame es el que á su padre desampara! ¡Y cómo es maldito de Dios aquel que exaspera á su madre!

Hijo, haz tus cosas con mansedumbre, y sobre ser alabado, serás amado de los hombres (*Ecc. capítulo III.*)

LECCION XCI.

*Quinto mandamiento.*—Explicacion de las obras de misericordia.

*Quinto mandamiento.*

No solamente se nos prohíbe en este mandamiento quitar la vida injustamente al prójimo, sino tambien hacerle daño sin razon, porque debemos amar á todos los hombres como a nosotros mismos, aunque sean nuestros enemigos: así lo hizo y nos lo mandó N. S. Jesucristo; pero no se opone á esta obligacion exigir del prójimo la reparacion justa de un agravio ó perjuicio que nos haya hecho (Véase la explicacion del octavo mandamiento en la leccion XCV). Quebranta este mandamiento el que hace daño al prójimo sin causa justa, por obra ó de palabra, y tambien el que desea causarle algun perjuicio; y está obligado á reparar el perjuicio que le haya causado, y á no llevar á efecto el deseo que tenga de perjudicarlo.

Tambien quebrantan este mandamiento los que maldicen á los demas, los que murmuran del prójimo, y los que dan mal ejemplo; los primeros, por el mal deseo que manifiestan; los segundos, porque perjudican al prójimo publicando sus defectos, y los últimos porque tambien le perjudican con su mal ejemplo, dándole ocasion para pecar.

Para cumplir bien con este mandamiento, son muy á propósito las obras de misericordia.

La misericordia de Dios es eterna, y brilla en todas las obras de la majestad divina; en el hombre es uno de los afectos que mas contribuyen á minorar los males y á suavizar las penas que aquejan á la humanidad. Por eso N. S. Jesucristo nos encarga que seamos misericordiosos como lo es nuestro Padre celestial, y como lo fué el mismo Señor, que hizo casi todos sus milagros en beneficio

de los que padecian, y lloró mas de una vez por las desgracias de los hombres: en varias de sus parábolas y en mucha parte de su doctrina, nos recomienda la piedad y compasion hácia nuestros semejantes. No contento con esto el piadosísimo Señor, nos conmina con su severidad como Juez Supremo de todos los mortales; cuando compareciendo ante su divina presencia nos haga cargo de nuestra dureza para con nuestros hermanos pobres y alligidos, maldecirá entonces y arrojará al fuego eterno á los insensibles con los desgraciados; y bendecirá y llevará consigo al reino de los cielos á los compasivos y misericordiosos con los pobres y desvalidos, asegurando á unos y á otros que lo que hicieron ó dejaron de hacer con los menesterosos é infelices, lo hicieron ó dejaron de hacer con el mismo Señor.

No creamos, pues, que no estamos obligados á practicar las obras de misericordia. Es cierto que los hombres no pueden compelerarnos al ejercicio de la misericordia, porque no es dado al hombre internarse en la situacion personal de cada uno, para saber si unos están en el caso de prestar auxilios y socorros á la desgracia, y otros tienen una verdadera necesidad que no pueden superar, de recibirlos. Pero Dios, para cuya infinita inteligencia nada hay oculto, sino que todo está presente á sus divinos ojos, conoce muy bien cuando podemos aliviar la miseria ó la afliccion de nuestro prójimo, y cuando no lo hacemos porque no queremos. En este caso faltamos á una de las obligaciones mas trascendentales que nos impone la ley de Dios; obligacion que nos está dictando nuestra conciencia, y aun la inclinacion misma de nuestro corazon.

El hombre es naturalmente compasivo; y todos tienen por una fiera al que no se conmueve á la vista del infortunio y de los padecimientos de sus seme-

jantes: y no solamente contraría la voluntad de Dios el que prefiere su conveniencia y su regalo, y tal vez sus vicios, á enjugar las lágrimas del desgraciado, sino que es indigno de la racionalidad y nobleza con que enriqueció el Criador á la naturaleza humana. Aun contra sí mismo obra el que se endurece á los trabajos y penas del pobre; porque un hombre despiadado se priva del placer mas profundo y mas puro que puede recibir el corazón humano, y que experimenta siempre el que abre su mano á la pobreza, y destierra la tristeza del corazón de los afligidos.

## LECCION XCII.

### Noticia de Tobías.

En Tobías nos presenta la Escritura Santa un notable ejemplo de un varon verdaderamente misericordioso. Destruida Samaria por Salmanasar, fué llevado cautivo con todo el pueblo de Israel. Mientras vivió aquel monarca respetó la virtud de Tobías, le favoreció y enriqueció, y Tobías se aprovechó de la gracia del rey y de sus dones, para socorrer con la mayor liberalidad á sus hermanos los israelitas necesitados. Muerto Salmanasar, le sucedió su hijo Senaquerib, que aborrecia de muerte á los israelitas, y los perseguia con saña. Tobías se ocupaba constantemente en socorrer á los mas necesitados, distribuyendo entre ellos cuanto tenia; les daba consejos saludables, los vestia y consolaba, y enterraba los muertos. Aumentóse la persecucion de Senaquerib con motivo de su desgraciada expedicion contra Ezequías, rey de Judá, y mandó quitar la vida á muchos israelitas. Nueva ocasion para ejercer Tobías su ardiente caridad; dia y noche se desvelaba en favorecer y socorrer á sus oprimidos hermanos, y sepultar á los



que morían por mandato del rey, y cuyos cadáveres yacían insepultos en las calles y plazas. Noticioso Senaquerib, le mandó matar y confiscarle todos sus bienes. Se ocultó Tobías, y asesinado el rey por sus propios hijos, cuarenta y cinco días después, le restituyeron sus bienes y volvió á ejercer su beneficencia y á enterrar los muertos. Levantóse un día de la mesa, sin empezar siquiera á comer, por ir á recoger el cadáver de un israelita que habia sido degollado y estaba tendido en medio de la calle. Su muger y sus hijos le reprendían acusando de temeraria su conducta, pues habiéndose librado de la muerte á que estuvo tan expuesto, se empeñaba en volver á ponerse en el mismo peligro. No importa, respondió el caritativo varón: yo temo más á Dios que al rey. Habiendo vuelto un día á su casa fatigado de enterrar muertos, se quedó dormido y perdió la vista por un accidente. Su muger y sus parientes le argüían de simple y demasiado confiado en las limosnas y buenas obras que hacia, pero él permanecía inmóvil en el temor de Dios, y le daba gracias sin cesar. Tanta virtud no podia menos de ser accepta á los ojos de Dios, que le envió á su ángel Rafael, por cuyo medio le restituyó la vista y los bienes de que se habia despojado voluntariamente por socorrer á sus hermanos. Vivió muchos años lleno de satisfacciones; y además le premió el Señor dándole una descendencia virtuosa, muy agradable á Dios, y muy estimada y apreciada de cuantos la conocían.

### LECCION XCIII.

El capítulo 4.º de Tobías aprendido de memoria.

Véase como refiere la Sagrada Escritura, la vida caritativa de Tobías.

Tobías, dice la Escritura, de la tribu y de la ciudad de Neftalí (situada en la Galilea superior,

sobre Naasson, detrás del camino que va hacia poniente, y tiene á la izquierda la ciudad de Sefet), habiendo sido cautivado en tiempo de Salmanasar, rey de los asirios, sin embargo de hallarse en cautiverio, no abandonó la senda de la verdad, de suerte que de todo lo que podia haber daba cada dia parte á los hermanos concautivos de su linage ó nacion:

y siendo de los mas jóvenes entre todos los de la tribu de Neftalí, nada mostró de pueril en sus acciones.

En fin, cuando todos iban á adorar los becerros de oro que habia hecho Jeroboan, rey de Israel, solo él huia la compañía de los demas,

y se iba á Jerusalem al templo del Señor, donde adoraba al Señor Dios, de Israel, ofreciendo fielmente todas sus primicias y diezmos,

de suerte que cada tercer año daba á los prosélitos y á los forasteros toda la décima á ellos destinada:

Estas y otras semejantes cosas al tenor de la ley de Dios observaba este jovencito.

Cuando fué ya hombre hecho, se casó con una muger de su tribu, llamada Anna, de la cual tuvo un hijo á quien puso su mismo nombre,

y le enseñó desde la niñez á temer á Dios, y á guardarse de todo pecado.

Cuando fué despues llevado cautivo con su muger é hijo y toda su tribu á la ciudad de Ninive, aunque todos los demas comian de las viandas de los gentiles, Tobías guardó pura su alma, sin contaminarse jamás con los manjares prohibidos.

Y porque tuvo presente al Señor y le amó con todo su corazon, hizole Dios grato á los ojos del rey Salmanasar,

el cual le dió periniso para ir donde quisiese, y hacer cuanto gustase.

Con eso salia á visitar á todos los cautivos, y dábales consejos saludables.

Como pues hubiese llegado á Rages, ciudad de la Média, y se hallase con diez talentos de plata, procedentes de los gajes y dádivas que habia recibido del rey,

viendo entre la mucha gente de su nacion á Gabelo, de su misma tribu, el cual padecia necesidad, le dejó prestada, mediante un recibo de su mano, la susodicha cantidad de dinero.

Al cabo de mucho tiempo, muerto el rey Salmanasar, habiéndole sucedido en el reino su hijo Senaquerib, que aborrecia de muerte á los israelitas,

visitaba Tobías cada dia á los de su parentela, y los consolaba, y repartia á cada uno, segun alcanzaban sus fuerzas, una porcion de sus bienes:

daba de comer á los hambrientos, vestia á los desnudos, y tenia mucho cuidado de dar sepultura á los que habian fallecido ó habian sido muertos.

Finalmente, al volver fugitivo de Judea el rey Senaquerib, por causa del azote que habia Dios descargado sobre él por sus blasfemias, como enfurecido matase á muchos de los israelitas, Tobías sepultaba sus cadáveres.

Lo que habiendo llegado á noticia del rey, mandó quitarle la vida y confiscarle todos sus bienes.

Tobías empero, despojado de todo, huyendo con su muger é hijo, se estuvo oculto, porque habia muchos que le querian bien.

Pasados cuarenta y cinco dias, asesinaron al rey sus propios hijos.

con lo que Tobías volvió á su casa. (*Tob. cap. 1.*)

LECCION XCIV.

*Sexto y séptimo mandamientos.*—Del hurto y de los diferentes modos de tomar los bienes ajenos.—De la restitucion.—De la usura.

*Sexto y séptimo mandamientos.*

En el sexto mandamiento se nos manda ser puros y castos en pensamientos, deseos, palabras y obras, y de consiguiente se nos prohíbe toda accion y deseo deshonesto; detenernos deliberadamente en contemplar algun objeto torpe, y hablar, cantar, leer, ver y oír con complacencia cosas lascivas.

No hay pecado leve en esta materia, todos son graves si hay advertencia completa y total consentimiento.

El Señor ha castigado de un modo ejemplar el vicio de la lujuria. Funestísimas son las consecuencias de este vicio, sus estragos son horrorosos tanto para los individuos como para las sociedades.

El séptimo mandamiento de la ley de Dios es no hurtar. El hurto ó el robo consiste en tomar ó retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Si lo que se toma ó se retiene contra la voluntad de su dueño es alguna cosa considerable, entonces el pecado es grave, y será leve si la cosa es de poco valor; pero tambien algunas veces aunque valga poco en sí la misma cosa que se roba, puede causarse un perjuicio grave al robado, y entonces el pecado será tambien grave; como cuando se roba un pan á un pobre, que no tiene quien le dé otro y no ha comido en todo el día.

El que toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño, está obligado á restituir si puede, y en caso que no pueda, debe formar un propósito firme y sincero de restituir cuanto antes le sea posible; si pudiendo no restituye ó no propone sinceramente restituir, no le perdonará Dios el pecado del ro-

bo. También está obligado á resarcir, si puede, todos los daños y perjuicios que del robo se hayan seguido al que robó, ú en otro caso á formar un propósito firme de resarcirlos luego que pueda; si no lo hace así, no le perdonará Dios.

Retienen lo ajeno contra la voluntad de su dueño, los que teniendo en su poder una cosa que no es suya, no se la dan á su dueño sabiendo quien es, ó pudiendo no hacen las diligencias suficientes para saberlo. También retienen lo ajeno contra la voluntad de su dueño los que dejan de pagar las deudas, el salario, el jornal, ó el valor de su trabajo al que les ha servido ó ha hecho para ellos alguna cosa, si estos no consienten la retencion. Todos estan obligados á entregar lo ajeno que retienen de este modo en su poder, y á resarcir al dueño los perjuicios que se le hayan seguido de no haberlo entregado al tiempo debido.

Quebranta tambien este mandamiento el que comete usura. La usura consiste en llevar mas de lo que se presta, solamente porque se presta, lo cual es un robo, ó es tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, pues ninguno por prestar hace suyo lo que no lo es.

### LECCION XCV.

*Octavo, noveno y décimo mandamientos.*—Respeto debido á la fama y á los bienes del prójimo.

*Octavo, noveno y décimo mandamientos.*

En el octavo mandamiento se prohíbe mentir y levantar falsos testimonios. El mentir consiste en decir una cosa diferente de la que se siente, cuando el que la dice sabe que los que le oyen entienden sus palabras en el sentido natural, obvio y directo que tienen, aunque no engañe á nadie porque sepan todos que lo que dice no es verdad. Así, mien-

te por ejemplo, el que dice no sintiéndolo así, que ha visto volar á un monte, aunque todos los que lo oyen conozcan que no es verdad.

Pero no miente el que dice una fábula ó una parábola, aunque no siente lo que dice, por ejemplo, que habló el lobo con el cordero, porque sabe muy bien que los demas no entienden estas palabras segun su significacion directa, sino en el sentido en que las dice el fabulista, y en cuyo sentido saben los que le oyen ó leen sus fábulas, que dice realmente lo que siente.

Se puede mentir no solamente con palabras, sino tambien con acciones y omisiones. El que mantiene cerradas por algunos dias todas las puertas y ventanas de su casa, para que se crea que está fuera del pueblo no estándolo en realidad, este miente con semejante accion. Miente por omision el hijo que oyendo denigrar ó infamar á su padre, sabiendo que no hay razon para ello, calla y no sale á su defensa, porque supuesta la obligacion y tendencia natural de un hijo á defender á su padre, dá á entender con su silencio que su padre merece la infamia, y que no tiene razones con que defenderle.

La mentira es un pecado grave, si de ella se sigue á otro algun perjuicio considerable; pero siempre es pecado, aunque leve, si el perjuicio es corto, ó aunque no se siga ninguno; y lo que es mas, aunque de ella se siga algun bien por grande que sea, como supongamos librar á un hombre de la muerte; porque la mentira, solo por ser mentira, es ofensa de Dios, y no es lícito ofender á Dios por mas bienes que de ofenderle se sigan á los hombres.

Por este mandamiento se prohíbe tambien levantar falsos testimonios, lo que se verifica afirmando que alguno ha hecho una accion mala, sabiendo el

que lo afirma que no la ha hecho, ó dudando si la ha hecho.

El que calumnia ó levanta un falso testimonio obra contra la virtud de la veracidad, y tambien contra la justicia, porque hace daño al prójimo. El faltar á la verdad es un pecado de su género leve, el faltar en este caso á la justicia será pecado grave, si hay intencion de causar al prójimo un daño grave, si no la hay, el pecado será leve. Si se levanta un falso testimonio con juramento, este pecado siempre es grave y mortal, porque hace á Dios injuria muy grave el que le pone por testigo de una falsedad, y mucho mas con la circunstancia de que de ella se sigue perjuicio al prójimo.

Tambien se quebranta este mandamiento murmurando del prójimo, esto es, diciendo de otro cuando no lo oye cosas que le perjudican en la honra. Peca mortalmente el murmurador si su intencion es causar un daño grave al prójimo, aunque no se le cause, y será pecado venial, si no tiene intencion de perjudicar gravemente al prójimo en su honra.

Tambien se prohíbe en este mandamiento formar juicios temerarios sobre la malicia de las acciones de otro; y es juicio temerario el que se funda en razones que no son suficientes para juzgar.

En el noveno mandamiento de la ley de Dios se prohíbe todo deseo impuro; y en el décimo no codiciar los bienes ajenos, ó no desear tener por medios injustos lo que otro tiene. En uno y otro mandamiento se prohíben los deseos que ya estan prohibidos en el sexto y séptimo mandamientos, para que no se crea que solo se prohíben las acciones deshonestas, y el robar, la usura, la estafa, etc.

## LECCION XCVI.

*Consejos evangélicos.*—Contribuyen á la mayor perfeccion cristiana.

Preguntó un hombre rico á nuestro Salvador, que haria para conseguir la vida eterna, y el Señor le respondió: si quieres salvarte, guarda los mandamientos; pero si quieres ser perfecto, vé y vende todos tus bienes, y ven y sigueme. Si cumplimos, pues, con las obligaciones de cristianos, de seguro nos salvaremos; pero si ademas seguimos y practicamos los consejos que nos dió nuestro Señor Jesucristo, reuniremos en esta vida un tesoro de merecimientos que nos dará un grande aumento de gloria en la otra.

Muchos son los consejos que nos dió y nos enseñó á practicar con su ejemplo Nuestro Señor Jesucristo. Seguir á Jesucristo es imitarle en sus virtudes y vida santísima, en la cual practicó con la perfeccion mas completa, no solamente todos los mandamientos del Padre, sino tambien todas aquellas máximas sublimes de que abunda su divina doctrina. Es imposible que un puro hombre llegue á la perfecta santidad de costumbres que resplandecia en la vida del Hombre Dios: pero el cristiano que hace profesion de seguir á Jesucristo, seguirá dignamente á su Maestro si procura en todas sus acciones imitar un modelo tan perfecto de santidad. Si no podemos ser perfectos, aspiremos á lo menos á serlo, cuanto quepa en nuestra fragilidad, lo cual conseguiremos poniendo en práctica los consejos que nos dió.

Los consejos del Señor eran conformes á la Santidad de su vida. A cada paso, y bajo mil formas recomienda el amor del prójimo, haciéndolo extensivo



á nuestros enemigos, é inculca de mil maneras el perdón de la injurias, aunque para todo esto tengamos que violentarnos y ceder de nuestro derecho; ensalza la pobreza haciendo ver las malas consecuencias del deseo desarreglado y del mal uso de las riquezas: no solo prohíbe las acciones, las palabras y los deseos impuros, sino que dá la preferencia al estado de una omnimoda castidad, aunque no vitupera el matrimonio, antes bien lo elevó á la dignidad de Sacramento: recomienda la abnegacion de la voluntad propia, predica la mansedumbre y la humildad, la paciencia en las adversidades, y la misericordia con los pobres, quiere que nos acordemos que todos somos hermanos, hijos de un mismo padre celestial, y que nos portemos conforme á este conocimiento, y nos dá otros muchísimos consejos que si los siguieran los hombres, la tierra seria un remedo del cielo, como lo era la primera iglesia cristiana de Jerusalem, en la cual no habia mas que una alma y un corazón.

No nos prohíbe el Señor todo uso de nuestra libertad: muchas cosas nos son permitidas; pero agradaremos á Dios mas y mas á proporción que nos abstengamos de los placeres lícitos, haciendo este sacrificio por imitar al que los hizo tan grandes por nosotros; y con el fin de prepararnos mejor para cumplir sus preceptos. No exige de nosotros como una obligacion que renunciemos á nuestros legítimos derechos; pero nos dice que si alguno nos arrebatara la capa, le demos tambien la túnica, y que si alguno nos hiere en una mejilla, le presentemos la otra, manifestándonos con esto cuán acepta es á los ojos de Dios la santa violencia que nos hagamos por conservar el espíritu de fraternidad que debe unir á todos sus hijos, evitando aunque sea á expensas de nuestros intereses y de nuestro amor pro-

pio, cuanto pueda oponerse á la paz y buena armonia entre los hombres.

Poniendo, pues, en práctica los consejos que nos dá nuestro Salvador, nos alejamos del peligro de quebrantar sus santos mandamientos: muy distante está de apoderarse de los bienes ajenos el que acostumbra á distribuir los suyos entre los necesitados: no está muy dispuesto á vengarse de sus enemigos el que sufre con resignacion sus injusticias, ni está tan dispuesto á ser vencido por el ímpetu de las pasiones el que mortifica sus sentidos, como el que se entrega al regalo y á la moficie: no hará seguramente ninguna injusticia á los demas el que cede habitualmente de su derecho en gracia de la paz, y por no perjudicar ni aun con razon al prójimo.

A la gran ventaja que nos proporciona la práctica de los consejos evangélicos, de disponernos para cumplir con mas facilidad los mandamientos de la ley de Dios, se agrega el grado de perfeccion á que nos eleva acercándonos á la naturaleza angélica, el gran bien que nos prepara en este mundo miserable como un medio para vivir todos en paz y contento; y sobre todo el mayor agrado de Dios de quien, cuanto mas propicio le tengamos, mayor felicidad debemos esperar en la vida futura, que es el objeto importante, mas bien el único á que debemos dirigir todos nuestros deseos. Y si el incrédulo y el ateo prescinden, y aun se mofan de esta elevada consideracion, deben convenir á lo menos en que la práctica de los consejos evangélicos contribuye poderosamente, y mucho mas que todas sus máximas filosóficas, á la felicidad temporal de todos los hombres y sociedades.

## LECCION XCVII.

*Para mejor guardar los mandamientos divinos ha establecido otros la Iglesia, que obligan tambien en conciencia á todos los cristianos. —Primer mandamiento de la Iglesia.—Institucion del domingo.—De la santificacion de las fiestas en general.*

Jesucristo dió autoridad á su Iglesia para mandar, y á nosotros nos impuso la obligacion de obedecerla; así, el que desobedece á la Iglesia desobedece á Dios. La Iglesia, en virtud de la facultad que recibió del Señor, ha impuesto varios preceptos que conducen á guardar mejor los mandamientos de la ley de Dios. Los preceptos de la Iglesia, que hablan con todos los fieles en general, son cinco.

El Señor habia santificado el dia séptimo de la semana, porque en él habia cesado de crear. Mandó al pueblo hebreo que emplease ese dia séptimo en el culto y obsequio del mismo Señor. Ciertamente es muy puesto en razon, y aun muy debido, que el hombre consagre con frecuencia un dia á lo menos á dar gracias á Dios, adorarle, alabarle y contemplar su grandeza y sus maravillas, así como á ejercitar todos aquellos actos de virtud que agradan al Señor. Los apóstoles, doctrinados por su divino Maestro, ó inspirados por el Espíritu Santo, señalaron el dia primero de la semana para el cumplimiento de esta obligacion, por haber resucitado en este dia Nuestro Señor Jesucristo, y haber dado por esta razon fin y complemento á nuestra redencion, y á la religion santa que quiso observasen todos los hombres desde el primero que crió y formó. Por cuya razon se llama este dia Domingo, *Dies dominica*, dia del Señor. Ademas de este dia, la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, ha señalado tambien otros con el mismo objeto de emplearlos en el culto y gloria de Dios, celebrando en ellos

algun misterio de nuestra santa religion, ó consagrándolos á dar honor y culto á la Santísima Virgen y á los santos.

No se cumple con el precepto de santificar el dia de fiesta solo con oír misa: es necesario emplear mucha parte del dia en actos de religion, de caridad y beneficencia, sin que por esto se prohíba en tales dias una honesta recreacion, que sin embargo y de todos modos, debe tomarse y dirigirse á mayor honra y gloria de Dios. Pero la Iglesia nos manda expresamente oír misa en los dias festivos como un medio el mas propio para santificarlos; como que la misa contiene tantos y tan sublimes misterios, y no puede menos de elevar nuestro corazon á las altísimas verdades de nuestra religion, y á la obediencia y amor que debemos á nuestro Dios. La Iglesia, pues, nos manda oír la misa entera y con suma atencion y devocion, y el que deja de oír una parte considerable de ella, ó la oye distraido y sin atender á lo que representa, significa y contiene este sagrado misterio, no solamente no cumple con el precepto de la Iglesia, sino que ademas comete un desacato contra el mismo Señor que está presente y vivo en el ara del altar.

No se puede trabajar el dia de fiesta en las obras que se llaman serviles, como arar, cavar, coser, tejer, etc; pero no se prohíbe ocuparse en las obras que se llaman liberales, como leer, escribir, etc. Sin embargo, habiendo necesidad y precediendo la licencia del párroco ó del obispo, se puede trabajar aun en obras serviles; mas trabajando sin esta necesidad, se quebranta el precepto y se peca grave ó levemente, segun sea el tiempo que se emplee en el trabajo, porque la intencion y voluntad de la Iglesia es que no habiendo una verdadera necesidad se dedique el dia completamente á Dios.

### LECCION XCVIII.

Fiestas que celebra la Iglesia en particular.—Fiesta de la Santísima Trinidad.—Tiempo de adviento.—Fiesta de Navidad.—De la Epifanía; llamada comunemente de los Reyes.—Presentacion de Jesucristo en el Templo.—Fiesta de la Encarnacion.—Explicacion de la grandeza de este misterio.—Del tiempo santo de Cuaresma.—Semana Santa.—Domingo de Ramos, jueves, viernes y sábado santos.

La Iglesia ha destinado un domingo á celebrar la fiesta de la Santísima Trinidad, misterio en que está fundada la religion cristiana; porque Jesucristo, al mismo tiempo que es hombre, es tambien Dios, y la segunda persona de esta Santísima Trinidad.

Tambien ha consagrado cuatro semanas para prepararse á celebrar dignamente el nacimiento del Señor, estas cuatro semanas constituyen el tiempo de adviento. Antiguamente ayunaban todos los fieles tres dias á la semana, ó todos los dias, en este santo tiempo; y bueno es que el cristiano á lo menos se esmere en disponerse con buenas obras, para celebrar santamente el nacimiento de nuestro Redentor.

Celebra este la Iglesia con solemnidad y júbilo. Ciertamente el nacimiento del Hombre Dios que vino á regenerar á los hombres, y hacerlos herederos de la gloria, merece celebrarse con la mayor pompa y alegría.

*Epifanía*, quiere decir aparicion ó manifestacion. En este dia celebra la Iglesia el haberse dado á conocer el Señor con la adoracion de los magos, con su bautismo en el Jordan, y con el primer milagro que hizo convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná.

La Virgen Santísima presentó á su divino Hijo en el templo para cumplir con la ley de Moisés, y el santo Simeon lo tomó en sus manos, y lo reco-

noció por el Mesías prometido por Dios á los hombres. Celebra la Iglesia este recuerdo religioso el dia 2 de Febrero, á los cuarenta dias despues de haber dado á luz la Santísima Virgen á su divino Hijo.

— El dia 25 de Marzo, nueve meses antes del nacimiento del Señor, celebra la Iglesia su milagrosa concepcion en el seno purísimo de la Virgen Maria, segun se lo anunció de parte de Dios el arcángel San Gabriel. Este misterio supone el de la Santísima Trinidad. Su grandeza se conoce en su causa, en su naturaleza y en sus efectos. Su causa fué la infinita misericordia de Dios, su ocasion la desobediencia de nuestros primeros padres. La naturaleza de este misterio le hace el mas asombroso de todos los misterios: un Dios unido á la naturaleza humana, sujeta á tantas miserias, para ser por último escarnecido, escupido, abofeteado, azotado y muerto en una cruz, es un hecho que sorprende y pasma al entendimiento: solo los patentes é innumerables milagros, con que lo comprobáron el mismo Señor, sus apóstoles y muchos de sus santos han podido convencer de su verdad á la razon humana. Los efectos de este sublime misterio son admirables y grandiosos. Una muralla insuperable separaba el cielo de la tierra, cayó este muro y se deshizo: el cielo se unió con la tierra, y la infeliz descendencia de Adán, condenada al ostracismo, tiene abiertas las puertas de la patria celestial para que fué criada lo mismo que su primer progenitor. Se ha unido lo mas alto con lo mas bajo, lo divino con lo humano; é incorporados con los coros de los ángeles innumerables justos, asisten ante el trono del Altísimo, alabándole, bendiciéndole y gozando de una felicidad inesfable por toda la eternidad.

Para prepararnos á celebrar en la Semana Santa

o mayor con un corazón contrito y lleno de agradecimiento, el beneficio de nuestra redención, instituyeron los Apóstoles la cuaresma, tiempo santo y de salvación si los cristianos no solamente ayunan como lo manda nuestra Santa Madre la Iglesia, sino también procuran con especialidad la santidad de la vida, el amor de Dios y del prójimo, y la mortificación y represión de las malas inclinaciones y deseos desarreglados.

Semana Santa. En el primer día de esta semana, el domingo de Ramos, celebra la Iglesia la entrada de nuestro Salvador en Jerusalén, en una humilde cabalgadura, según lo había anunciado el profeta. En los días jueves y viernes la institución del sacramento de la Eucaristía, y la pasión y muerte del Redentor. ¡Con cuánto recogimiento, con qué espíritu de compunción y gratitud no debe celebrar el cristiano estos días santos! El sábado de esta semana empieza ya á celebrar la Iglesia la resurrección del Señor; porque en estos memorables días se agolpan los misterios de nuestra santa religión.

#### LECCION XCIX.

El capítulo primero de las lamentaciones de Jeremías, de memoria.

En la lamentación que sigue, llora Jeremías la ruina de Jerusalén por los caldeos. El estado á que entonces quedaron reducidos los hebreos en castigo de sus anteriores idolatrías, es una débil imagen del estado lamentable en que se hallan hace más de 48 siglos, por el delito máximo y horrendo que cometieron dando muerte al Hombre Dios.

«¿Cómo ha quedado solitaria la ciudad *antes* tan populosa! La señora de las naciones ha quedado como viuda *desamparada*; la soberana de las provincias es ahora tributaria.

Inconsolable llora ella *toda* la noche, é *hilo á hilo* corren las lágrimas por sus mejillas; entre todos sus amantes no hay quien la consuele; todos sus amigos la han despreciado, y se han vuelto enemigos suyos.

Emigró y *dispersóse* Judá, por verse oprimida con muchas maneras de esclavitud: fijó su habitación entre las naciones; mas no halló reposo: estrecháronla por todas partes sus perseguidores.

Enlutados están los caminos de Sion, porque ya no hay quien vaya á sus solemnidades; destruidas están todas sus puertas, gimiendo sus sacerdotes, llenas de tristeza las vírgenes, y ella oprimida de tristeza.

Sus enemigos se han enseñoreado de ella; los que la odiaban se han enriquecido *con sus despojos*; porque el Señor falló contra ella á causa de la muchedumbre de sus maldades: sus pequenuelos, llevados han sido al cautiverio, arreándolos el opresor.

Perdido há la hija de Sion toda su hermosura: sus príncipes han venido á ser como carneros *descarriados* que no hallan pastos, y han marchado deslallecidos delante del *perseguidor* que los conduce.

Jerusalén trae á su memoria aquellos días de su aflicción y sus prevaricaciones, y todos aquellos bienes de que gozó desde los antiguos tiempos: *acordóse de todo esto* al tiempo que caía ó *perecía* su pueblo por mano enemiga, sin que acudiese nadie á socorrerle: viéronla sus enemigos, y *mofáronse* de sus solemnidades.

Enorme pecado fué el de Jerusalén, por eso ha quedado ella *divagando* sin estabilidad: todos aquellos que la elogiaban, la han despreciado por haber visto sus inmundicias: y ella misma, sollozando, volvió su rostro hácia atrás *llena de vergüenza*.



Hasta sus piés llegan sus inmundicias: ella no se acordó de su fin: está profundamente abatida, sin haber quien la consuele. Mira, Señor, *mira* mi aflicción: porque el enemigo se ha engraido.

El enemigo echó su mano á todas las cosas que *Jerusalén* tenia mas apreciables; y ella ha visto entrar en su santuario los gentiles, de los cuales habias tú mandado que no entrasen en tu Iglesia.

Todo su pueblo está gimiendo, y anda en busca de pan: todo cuanto tenían de precioso, lo han dado para adquirir un bocado con que conservar su vida. Miralo, Señor, y considera como estoy envilecida.

¡Oh! vosotros, cuantos pasais por este camino, atended y considerad si hay dolor como el dolor mio; porque el Señor, según él lo predijo, me ha vendimiado ó *despojado de todo* en el día de su furibunda ira.

Desde lo alto metió fuego dentro de mis huesos, y me ha escarmentado: tendió una red á mis piés, me volcó hácia atrás. Me ha dejado desolada, todo el día consumida de tristeza.

El yugo ó *castigo* de mis maldades se dió priesa á venir sobre mí: él mismo, Señor, con sus manos las arrolló *como un fardo*, y las puso sobre mi cuello: faltáronme las fuerzas: el Señor me ha entregado en manos de que no podré librarme.

Arrebatado há el Señor de en medio de mí todos mis príncipes *y campeones*: ha aplazado contra mí el tiempo *de la ruina*, en el cual destruyese á mis jóvenes escogidos. El Señor mismo los ha pisado como en un lugar, para *castigar* á la Virgen, hija de Judá.

Por eso estoy yo llorando, y son mis ojos fuentes de agua, porque está lejos de mí el consolador que haga revivir el alma mia. Perecido han mis hijos: pues el enemigo ha triunfado.

Sion extiende sus manos: pero no hay quien la consuele. El Señor ha convocado los enemigos de Jacob para que le circunvalasen, cual muger manchada en sus períodos ó *impureza legal*, así es Jerusalem en medio de ellos.

Justo es el Señor; pues que yo, rebelde contra sus órdenes, le irrité. Pueblos todos, oid os ruego, y considerad mi dolor: mis doncellas y mis jóvenes han sido llevados al cautiverio.

Recurrí á los amigos míos y me engañaron. Mis sacerdotes y mis ancianos han perecido dentro de la ciudad; habiendo buscado en vano alimento para sustentar su vida.

Mira, oh Señor, como estoy atribulada: conmovidas están mis entrañas, se ha trastornado todo mi corazón: llena estoy de amargura. Por afuera da la muerte la espada, y dentro de casa está el *hambre*, que es otro género de muerte.

Han oído mis gemidos, y no hay nadie que me consuele. todos mis enemigos han sabido mis desastres; y se han regocijado de que tú los hayas causado.»

### LECCION C.

Pascua de Resurrección.—Fiesta de la Ascensión.

Pascua: resurrección del Señor. Celebraban los judíos todos los años con mucha solemnidad la fiesta de la Pascua. Pascua significa tránsito: en este día celebraban los judíos el paso ó tránsito del ángel que dió muerte á todos los primogénitos de los egipcios, y pasó por las casas de los hebreos sin hacerles ningun daño; inmolaban el cordero segun que se lo habia mandado el Señor cuando salieron de Egipto, y por último, celebraban el milagroso tránsito del mar rojo. La Pascua de los cristianos es Jesucristo, inmolado como el cordero que era figura suya, porque Jesucristo es el cor-

dero de Dios que quita los pecados del mundo: es la resurreccion de Jesucristo al tercero dia de haber muerto en la cruz para nunca mas morir. La resurreccion es el dia grande del Señor, es la solemnidad de las solemnidades. Si Jesucristo no hubiera resucitado, de nada serviria nuestra predicacion, dice San Pablo. La resurreccion del Señor completó el majestuoso cuadro de la redencion del hombre, que Dios habia diseñado desde la eternidad. La resurreccion del Señor es una prueba segura de nuestra resurreccion de la muerte de la culpa á la vida de la gracia; tambien lo es de nuestra futura resurreccion y de la gloria y felicidad eterna que nos tiene preparada, beneficio inestimable, porque si solo en esta vida se cifrara, dice el Apóstol, la esperanza que tenemos en Cristo, seriamos los mas infelices de todos los hombres. ¡Cuántos motivos para que el cristiano celebre esta fiesta con júbilo espiritual y pureza de corazon!

Despues de haber resucitado el Señor, permaneció todavía cuarenta dias en la tierra conversando con sus discipulos, y animándolos á predicar con valor su santa doctrina. A los cuarenta dias los reunió, los condujo á Betania y en presencia de ellos se elevó y ascendió á los cielos. Su gloriosa ascension á los cielos es una fiesta que debe consolar y animar á los cristianos, porque sentado el Señor á la diestra de Dios Padre, vive eternamente para interceder por nosotros.

### LECCION CI.

Pascua del Espíritu Santo.—Fiesta del Sacramento.--  
Fiesta de la Concepcion.--Natividad y Asuncion de la  
Virgen.—Fiesta de todos los Santos.

A los cincuenta dias despues de la Pascua celebraban los judíos la fiesta de Pentecostés en me-

moria de la promulgacion de la ley en el monte Sinai. En este dia se hallaban reunidos los Apóstoles con María Santísima en una habitacion de una casa de Jerusalem, llenos de miedo por la persecucion de los judíos: se oyó de repente en toda la casa un gran ruido como de un viento impetuoso, y Aparecieron sobre la cabeza de cada uno de ellos lenguas como de fuego, se llenaron del Espiritu Santo, y llenos ya de valor salieron por toda la ciudad predicando la divinidad de Jesucristo, y entendiendo todos lo que decian, aunque se hallaban congregados en Jerusalem muchísimos habitantes de diferentes regiones y diversos idiomas.

Aunque la Iglesia celebra en el dia de Jueves Santo la institucion de la Sagrada Eucaristía, ha establecido tambien una solemnísimá festividad para celebrar tan augusto Sacramento. El dia de *SSmum. Corpus Christi* que con tanta pompa se celebra en todo el orbe católico, exige del cristiano una adoracion profunda y una devocion afectuosa para con nuestro Redentor.

La Concepcion de Nuestra Señora sin la menor mancha del pecado original era consiguiente á la dignidad de Madre de Dios á que estaba destinada por el Altísimo desde la eternidad: ni un momento siquiera estuvo sujeta á la esclavitud del demonio la que habia de llevar en su seno al Santo de los santos. Su nacimiento fué un dia de regocijo para el cielo y la tierra; el hombre vé ya próxima su redencion, y los ángeles esperan bien pronto millares de partícipes de la gloria y eterna felicidad que estan disfrutando. El Señor se llevó para sí en cuerpo y alma á esta criatura privilegiada, tan enriquecida con los dones de su munificencia, y el dia de su gloriosa asuncion á los cielos es un faustísimo dia para el cristiano, que tiene al lado del

rey de los reyes una poderosa intercesora.

Tambien son nuestros abogados todos los justos que están en el cielo; sus virtudes son un motivo para bendecir y alabar á Dios que es verdaderamente admirable en sus santos; y bajo de uno y otro concepto la festividad de todos los santos debe excitar la devocion de todo cristiano. Con el tiempo los acompañarán en el cielo las almas que están satisfaciendo á Dios en el purgatorio: entre tanto están padeciendo dolorosas penas; nosotros con nuestras plegarias podemos conseguir, mediante la comunion de los santos, que el Señor alivie y abrevie sus padecimientos: es bien poco caritativo, es un insensible el que mira con indiferencia el dolor y la afliccion de aquellas benditas almas.

### LECCION CH.

Día de los finados. (Aprendidos de memoria el capítulo VII de Job desde el versículo XVI hasta el fin, y todo el capítulo XIV.)

La Iglesia en la conmemoracion de todos los fieles difuntos nos llama á la compasion hácia ellos, nos recuerda el fin de nuestra vida mortal, y el deseo que tendremos de que nos auxilien con sus oraciones en el purgatorio los que nos sobrevivan. Estos sentimientos se hallan enérgicamente expresados en la siguiente plegaria del Santo Job.

Perdí las esperanzas de poder vivir mas: ten lástima de mí, *Señor*, ya que mis días son nada.

¿Qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso, ó para que se ocupe de él tu corazón?

Visítasle al rayar el alba y de repente le atribulas.

¿Hasta cuándo me has de negar tu compasion, sin permitirme el *respirar*, ó tragar siquiera mi saliva?

Pequé, *Señor*, mas ¿qué haré yo para aplacar-

te, oh Observador de los hombres? ¿Por qué me has puesto por blanco de tus enojos, tanto que yo me he hecho intolerable á mi mismo?

¿Por qué no perdonas todavía mi pecado, y por qué no borras mi iniquidad? Mira que ya voy á dormir en el polvo del sepulcro, y cuando mañana me busques, ya no existirá en el mundo. (Job, cap. VII, v. XVI y sig.)

El hombre, nacido de muger, vive corto tiempo y está atestado de miserias.

El sale como una flor y luego es cortado y se marchita, huye y desaparece como sombra, y jamás permanece en un mismo estado.

¿Y tú te dignas de abrir tus ojos sobre un ser semejante, y citarle á juicio contigo?

¿Quién podrá volver puro al que de impura siemiente fué concebido? ¿Quién si no tú solo?

Breves son los días del hombre: tú tienes contado el número de sus meses: señalaste los términos de su vida, mas allá de los cuales no podrá pasar.

Retírate, pues, un poquito de él para que repose mientras llega su día deseado, como el día de descanso al jornalero.

El árbol tiene esperanzas de reverdecer aunque sea cortado, y en efecto brota y echa sus renuevos.

Aun cuando sus raíces estuvieren envejecidas en la tierra, y su polvo amortecido en el polvo de la sequedad,

al olor del agua retoñará y echará frondosas ramas como la primera vez que fué plantado.

Peró el hombre una vez muerto y descarnado y consumido, dime, ¿qué se hizo de él?

A la manera que si se retirasen ó enjugasen las aguas del mar y se agotasen, los rios quedarian en seco;

así el hombre cuando durmiere el sueño de la

muerte, no resucitará. Hasta tanto que el cielo sea consumido *y renovado*, no despertará ni volverá en sí de su sueño.

¡Oh quién me diera que me guarecieses y escondieses en el sepulcro hasta que pase tu furor, y me señalases el plazo en que te has de acordar de mí!

Mas, ¿acaso ha de volver á vivir un hombre ya muerto? *Sí, y por eso* en la guerra continua en que me hallo, estoy esperando siempre aquel día *feliz en que vendrá mi mudanza ó gloriosa renovacion.*

*Entonces* me llamarás y yo te responderé: alargarás la diestra á la obra de tus manos.

Es verdad que tú tienes contados todos mis pasos, mas perdóname, *Señor*, mis pecados.

Tú tienes sellados *y guardados* como en una arquilla mis delitos; pero has curado ya mi iniquidad:

Los montes *van* cayendo á pedazos y deshaciéndose, y cambian de sitio los peñascos:

Las aguas cavan las peñas, y la tierra, *batida* con las inundaciones, poco á poco se va consumiendo: del mismo modo vas tú acabando con el hombre.

Le diste vigor por un poco de tiempo, para que pasase para siempre *á la eternidad*; demudarás su semblante *antes de morir*, y le harás salir *de este mundo.*

Que sus hijos sean esclarecidos ó viles, él no lo sabrá:

Pero mientras *viviere*, en el cuerpo sufrirá dolores y su alma deplorará su *triste estado.* (Job, cap. XIV.)

### LECCION CIII.

*Además de las leyes y fiestas establecidas por la Iglesia, la piedad de los fieles ha discurrido y la Iglesia ha autorizado otras practicas de pura devocion. — Su utilidad. — Fines y razones que ha tenido la Iglesia para autorizarlas. — Por el ejercicio de estas prácticas voluntarias no debe el hombre abandonar sus obligaciones como cristiano.*

El cristiano obtendrá un grande provecho espiritual, si celebra con verdadero espíritu de devocion todas las fiestas que ha instituido la Iglesia, se mantendrá siempre vivo en su corazon el espíritu religioso, el amor y el temor de Dios; de este modo evitará los pecados, y su alma se mantendrá pura y agradable á los ojos de Dios, que es el fin que se propone la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo.

Además de estas fiestas ha instituido otras la Iglesia; algunas de ellas en honor tambien de los santos, como la Natividad de San Juan Bautista, el martirio de San Pedro y San Pablo, etc. La piedad de los fieles ha introducido asimismo otras prácticas de devocion, como el Rosario y las Novenas á la Santísima Virgen, la novena de San José y demas santos, y otras varias. Estos ejercicios piadosos fomentan la verdadera devocion, y mejoran de consiguiente las costumbres de los fieles, manteniendo siempre viva en sus almas la idea de Dios y de su culto, el horror de la culpa, y el desprecio de los placeres del mundo que nos apartan de Dios. Por esta razon las autoriza la Iglesia, solicita siempre de la perfeccion moral y religiosa de todos sus hijos: porque las devociones particulares nos preparan para cumplir mas fácilmente con nuestras obligaciones religiosas: el que está acostumbrado á ejercitarse en actos voluntarios de religion, mucho



mejor practicar los obligatorios. La buena moral tambien gana mucho con estas obras religiosas de supererogacion: no puede menos de amar y hacer bien á sus semejantes el que se haya familiarizado con la idea de Dios, con la idea de su bondad y de su justicia: es muy difícil que se entregue á los vicios el que tiene siempre ante los ojos de su alma al Juez Supremo, cuya sentencia ha de decidir de su eterna suerte. Pero estas devociones voluntarias no deben anteponerse á los preceptos que nos impone la Iglesia, ni impedir el cumplimiento de las demas obligaciones que tenga cada uno: primero es el mandato de Dios que nuestra propia voluntad, por buena que sea.

#### LECCION CIV.

Segundo y tercer mandamiento de la Iglesia.

En el segundo mandamiento nos manda la Santa Madre Iglesia, confesar á lo menos una vez en el año, ó antes si se espera peligro de muerte, ó si se ha de comulgar. El que hace una mala confesion es claro que no cumple con este precepto, porque la Iglesia nos manda confesarnos como es debido, y además comete un sacrilegio contra el sagrado sacramento de la penitencia.

Cuando se teme racionalmente que puede sobrevenir la muerte, por ejemplo en una enfermedad grave, cuando amenaza un naufragio, al entrar en una batalla, y en otras ocasiones semejantes, hay tambien obligacion de confesarse, y lo mismo si se ha de comulgar, aunque alguna vez se puede omitir la confesion y comulgar, si así lo estima el confesor.

Aunque la Iglesia no nos impone la obligacion de confesarnos mas que una vez al año, es muy conducente confesarnos con alguna frecuencia, porque

la confesion es un medio muy á propósito para corregir nuestras costumbres y evitarnos el caer en el pecado.

Tambien nos manda la Santa Madre Iglesia comulgar por Pascua florida, ó por el tiempo de la Pascua de Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo, que se entiende ser el que se señala en las parroquias para este fin. Cada uno debe comulgar en su parroquia propia; y de ningun modo se cumple con este mandamiento de la Iglesia, comulgando en pecado mortal, antes bien el que así comulga peca contra el mandamiento de la Iglesia que nos manda comulgar como es debido, y comete un enorme sacrilegio recibiendo indignamente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

El precepto de confesarse una vez al año obliga desde que el cristiano tiene uso de razon, mas el tiempo en que debe empezarse á comulgar debe determinarlo el párroco, que tiene el cargo de preparar á sus feligreses para empezar á recibir santamente el augusto sacramento de la Eucaristia.

#### LECCION CV.

Cuarto y quinto mandamiento de la Iglesia.

El cuarto mandamiento es ayunar en los dias que la misma Iglesia señala. Se lee en el Santo Evangelio que Nuestro Señor Jesucristo ayunó cuarenta dias y cuarenta noches, y despues tuvo hambre: justo es, pues, que el cristiano imite al Señor; y además, el ayuno es muy conveniente para moderar nuestros apetitos desordenados: por esta razon, sabia y santamente nos ha impuesto la Iglesia este precepto en varios dias del año; mandándonos tambien ayunar cuarenta dias antes de la fiesta de la resurreccion del Señor, para prepararnos de este modo á celebrarla santamente, y tambien para

ofrecer al Señor algun sacrificio por los muchos y muy grandes que hizo por nosotros en los dias de su pasion y muerte que precedieron á su gloriosa resurreccion.

◊ No obliga el precepto del ayuno hasta que se han cumplido 21 años: así lo dispuso la Iglesia, como Madre piadosa, no queriendo mortificar á los fieles hasta que el cuerpo del hombre esté ya formado y robustecido. En los dias de ayuno no se puede comer mas que una vez al dia, y á la hora establecida, permitida ó tolerada por la Iglesia. Tolerá la Iglesia un corto desayuno y una ligera colacion, pero ni uno ni otro refrigerio debe exceder de la cantidad que acostumbran á tomar las personas timoratas. Es pecado venial tomar además de la comida, desayuno y colacion, cualquiera cantidad, aunque sea pequeña, y será pecado grave, si es una cantidad mayor, ya se tome de una vez, ya resulte de pequeñas porciones tomadas separadamente. La iglesia ha prohibido comer carne en los dias de ayuno, y en la cuaresma tambien lactici-nios, pero todo esto se puede comer teniendo la bula en que se permite: esta prohibicion rige desde que el cristiano ha cumplido siete años de edad.

◊ Estan exentos del ayuno los que no pueden ayunar sin grave detrimento en su salud, como los que por necesidad se ocupan en trabajos duros y pesados, los enfermos, los muy debilitados y los ancianos; bien que para mayor seguridad deben consultar con los médicos, y obrar conforme á su dictámen.

◊ Ultimamente, nos manda la Santa Madre Iglesia en su quinto mandamiento, pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios. Justo es, como dice San Pablo, que el que sirve al altar viva del altar. Y además, nuestra Santa Madre la Iglesia quiere

con razon que los ministros de la religion tengan siquiera una cóngrua sustentacion que los releve de la necesidad de ocuparse, para subsistir, en negocios y tráficos humanos, con el fin de que se hallen desembarazados y expeditos para cumplir con las importantísimas funciones de su sagrado ministerio. Por otra parte, el culto de Dios y sus solemnidades, la construccion y reparacion de los templos, requieren gastos que piden de parte de los fieles algun sacrificio de sus intereses, los cuales no pueden emplearse en objeto mas digno. El cristiano, pues, está estrechamente obligado á dar con fidelidad lo que se señala á la Iglesia, para sostener el culto del Señor y mantener á sus ministros haciéndose cargo de que todo cuanto tiene lo ha recibido de Dios, y que el Señor le dá los bienes de que disfruta, sujetos á las cargas que reclama la religion y la humanidad.

#### LECCION XVI.

Idea de los sacramentos en general: su necesidad, fin y efectos.

El sacramento es un signo perceptible, sagrado y permanente de la gracia que causa, instituido por N. S. Jesucristo para santificarnos.

El signo es una cosa por medio de la cual venimos en conocimiento de otra; los hay naturales y arbitrarios: signo natural es una cosa por la cual, segun las leyes físicas, venimos en conocimiento de otra; de este modo el humo es signo natural del fuego. Signo arbitrario es una cosa por medio de la cual venimos en conocimiento de otra, no por las leyes de la naturaleza, sino porque se ha instituido por alguno ó algunos, para que vengamos en conocimiento de otra.

El sacramento, pues, es un signo, porque por su medio venimos en conocimiento de la gracia que

recibe el alma, y es un signo arbitrario, es decir, instituido por el Señor, que pudo, si hubiera querido escoger otros signos: es perceptible, porque se percibe por los sentidos: por ejemplo, en el sacramento del Bautismo se percibe por el sentido de la vista, la acción del que bautiza cuando derrama el agua sobre la cabeza de la persona á quien bautiza; y por el sentido del oído se oyen las palabras que pronuncia al mismo tiempo. Es sagrado, porque está destinado á un uso religioso: es permanente, porque N. S. Jesucristo instituyó estos signos para siempre, de modo que no se pueden variar ó alterar.

Los sacramentos no solo son signos de la gracia, sino que por medio de ellos la reciben tambien verdaderamente los que estan bien dispuestos para recibirla: unos reciben la que no tienen, y á otros se les aumenta la que ya tienen. Por el sacramento del bautismo se dá al que lo recibe la gracia que no tenia, y lo mismo algunas veces por el de la penitencia, á saber, cuando el que le recibe no está en gracia de Dios. Asi, estos dos sacramentos se llaman sacramentos de *muertos*, porque el que los recibe pasa de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Los sacramentos que la aumentan, son la Confirmacion, la Eucaristia, la Extremauncion, el Orden y el Matrimonio. Estos cinco sacramentos se llaman de *vivos*, porque para recibirlos con fruto, es necesario estar ya en gracia.

Cada uno de los sacramentos tiene tambien sus efectos particulares. El Bautismo, la Confirmacion y el Orden, imprimen carácter. El carácter es como una señal que se imprime indeleblemente en el alma, y así estos sacramentos, ni es necesario que se reciban, ni se pueden recibir lícitamente mas de una vez, porque el carácter que imprimen ja-

mas puede borrarse del alma por ningun pecado por grande que sea, ni aun por la apostasia, ni por ningun motivo.

Tiene ademas cada uno de los sacramentos sus efectos peculiares, que se llaman gracias sacramentales, las cuales consisten en un derecho fundado en la gracia santificante que se confiere ó se aumenta por el sacramento, para recibir en tiempo oportuno ciertos auxilios, es decir, gracias actuales, con que pueda el hombre conseguir el fin de aquel sacramento. Asi, por ejemplo, el que recibe debidamente el sacramento de la confirmacion, y recibe de consiguiente un aumento en la gracia santificante, esta gracia que recibe, es un titulo para que el confirmado reciba de Dios gracias actuales, con las cuales, dada la ocasion, pueda confesar intrépidamente la fé, pues para esto instituyó nuestro Señor Jesucristo el sacramento de la Confirmacion.

Por lo que llevamos dicho se conoce la necesidad de los sacramentos, de cuya eficacia depende la salud de nuestra alma, y de consiguiente nuestra salvacion, como tambien la unidad y el buen gobierno de la Iglesia.

#### LECCION CIVIL.

*Del bautismo.*—Diferentes clases de bautismo.—Del ministerio de este sacramento, y de su intencion.—Efectos del Bautismo.

El Bautismo es un sacramento instituido por N. S. Jesucristo para la regeneracion espiritual. Este sacramento es el primero, porque el que no lo ha recibido no puede recibir otro. Se confiere echando agua natural sobre la cabeza del que se bautiza, y profiriendo al mismo tiempo las palabras: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.* El agua ha de ser natural, y no sirve por lo tanto el liquido destilado de

las flores ó las yerbas, ni tampoco el líquido que resulta del agua mezclada con otra cosa, de modo que ya no pueda llamarse agua.

*Ministro de este Sacramento.* Aunque es válido el bautismo conferido por cualquier hombre ó muger, ninguno debe administrarlo fuera del caso de necesidad, sino el sacerdote. Habiendo necesidad, cualquiera persona, hombre ó muger, que tenga uso de razon, aunque sea un infiel que no esté bautizado, puede administrar válidamente este sacramento, si tiene intencion de hacer lo que hace la Iglesia.

*Disposiciones para recibir el sacramento del Bautismo.* En los párvulos no se necesita ninguna: basta la fé de la Iglesia: los adultos deben tener intencion y voluntad de recibir el sacramento: deben tener dolor de sus pecados, y estar suficientemente instruidos en los dogmas de nuestra santa fé.

*Efectos que causa el Bautismo.* El bautismo imprime carácter, perdona el pecado original en los párvulos, y el original y los personales en los adultos, confiere la gracia, constituye al que se ha bautizado cristiano é hijo de Dios, y perdona la pena temporal debida por los pecados.

*Necesidad de recibir el Bautismo.* El que no está bautizado, no puede salvarse; pero pueden salvarse los niños aunque no reciban el Bautismo de agua, si reciben la muerte por la religion de Jesucristo. Por esta misma causa pueden salvarse los adultos, aunque no sean bautizados con agua, é igualmente por medio de una contricion perfecta con verdadero deseo y resolucion de recibir el Bautismo de agua, si mueren antes de recibirlo.

*Obligaciones que impone el Bautismo.* El que ha sido bautizado, debe como hijo de Dios, amarle,

obedecerle, y tener una vida propia de los hijos de Dios, renunciando á las pompas y vanidades del mundo, y á las obras de Satanás, que son los pecados; como cristiano ó miembro de la Iglesia, está obligado á estar unido y sumiso á ella, obedeciéndola como á Madre suya.

### LECCION CVIII.

*Confirmacion.*—Efectos que causa.—Explicacion de los dones del Espíritu Santo.

*Confirmacion.* La Confirmacion es un sacramento por el cual se dá á los bautizados la fortaleza del Espíritu Santo, ya para creer firmemente las verdades de la fé, ya para confesar la misma fé con valor en los peligros.

Los señores obispos son los que confieren este sacramento con la imposicion de las manos, ungiendo en la frente al que se confirma con el crisma santo, y pronunciando unas palabras que expresan el efecto de este sacramento.

El sacramento de la Confirmacion imprime carácter y nos dá derecho fundado en los méritos de N. S. Jesucristo, para confesar sin temor su santa fé, aunque sea con peligro de nuestra vida, y tambien para vencer las tentaciones, y superar todos los obstáculos que se opongan á nuestra salvacion. Los Apóstoles, antes que bajase sobre ellos el Espíritu Santo, estaban escondidos y llenos de miedo, pero así que recibieron el Espíritu Santo, salieron con valentía á predicar en Jerusalem y por toda la tierra, la fé de Jesucristo, sin temer las persecuciones, los calabozos, los tormentos ni la muerte: el verdadero cristiano, debe esperar con fé este mismo efecto del sacramento de la Confirmacion; es decir: el valor necesario para profesar la religion de Jesucristo, sin arredrarse á la vista de los mayores peligros que se le presenten por profesarla.



El Espíritu Santo dispensa á las almas bien dispuestas *dones* ó dádivas que las enriquecen, y les sirven de gran provecho espiritual. Por medio de la *sabiduría* y del *entendimiento*, conocemos y entendemos las verdades de nuestra santa Religión, conocemos nuestras obligaciones y la importancia de su cumplimiento. Obra siempre con consejo, dice el Espíritu Santo, y no te arrepentirás de lo que hayas hecho. Así, el don de *consejo* es apreciableísimo, porque nos hace considerar bien lo que vamos á hacer, y consultar en nuestras dudas á personas experimentadas, doctas y virtuosas; así nos libramos de caer en muchos pecados y faltas á que están expuestos los que obran inconsideradamente. No es menos útil la *fortaleza* que necesitamos en muchas ocasiones para contrarrestar la fuerza que tiene en nuestro corazón el incitativo del vicio, y la que hace á nuestro ánimo el peligro que hay á veces en cumplir con nuestras obligaciones. La *ciencia* nos sirve para descubrir cuando una acción es buena y cuando es realmente mala, aunque se nos presente con la apariencia de buena, ó indiferente: conocimiento sumamente importante, porque muchas veces obramos mal por ignorancia vencible, ó la cual podemos evitar poniendo los medios que están á nuestro alcance. El sentimiento de *piEDAD* es otro don del Espíritu Santo, que nos mueve á ligarnos con Dios por la virtud de la religión; la cual nos conduce á cumplir con todas las obligaciones que nos ha impuesto el Señor. El *temor de Dios* es el fundamento de la verdadera sabiduría, porque esta no entrará en el alma de un malvado ni en un corazón corrompido: por eso es un precioso don del Espíritu Santo. Debemos *temer* ofender á Dios como buenos hijos. Temer que nos castigue, aunque no le ofendamos, sería un enorme sacrile-

gio contra su bondad y justicia infinitas: pero debemos temer su justicia cuando le ofendemos, y este temor nos retraerá del pecado, aunque le ofendamos una y mil veces; nunca el temor de su justicia debe hacernos desconfiar de su misericordia, porque esta es infinita, y seguramente nos perdonará como nos lo ha repelido varias veces en las Santas Escrituras, si nos arrepentimos de veras de haberle ofendido.

### LECCION CIX.

Explicacion de los frutos del Espíritu Santo.

Cuando una planta se riega oportunamente, dá fruto á su tiempo. La divina gracia es como un riego que hace al alma dar *frutos* espirituales, debidos al Espíritu Santo. El primero es la *caridad* ó el amor de Dios y del prójimo, en el cual se cifra toda la ley de Dios, y contiene en si todas las virtudes. El hombre virtuoso, el que cumple exactamente con la ley de Dios, está lleno de satisfaccion y de alegría, porque sabe que de ese modo agrada al Señor; este es el *gozo espiritual* ó del alma. Está tambien tranquilo en su interior, disfruta de una *paz* santa, no le aquejan los remordimientos de la conciencia, ni le persigue el temor del castigo: el malo está siempre inquieto y sobresaltado, lleno de zozobra y de temor por su suerte futura. El mérito de los justos se aumenta con la *paciencia* en los trabajos y penalidades de esta vida, virtud que al mismo tiempo les libra de la violencia que engendra en el corazon la falta de conformidad en los trabajos, de que nadie está exento en la tierra. Con la *paciencia* nos hacemos cada vez mas fuertes contra la afliccion que causan las adversidades, y sufrimos con entereza los males físicos que Dios nos envia, ó que nos causan

los hombres: esta firmeza de padecer sin decaer de ánimo, se llama *longanimidad*. La *bondad* es una cualidad del alma que nos conduce á obrar con rectitud, y en complacernos en hacer bien al prójimo. De la bondad nace naturalmente la *benignidad*, que consiste en tratar á todos, y especialmente á los inferiores, con agrado y afabilidad. La *mansedumbre* es una moderacion habitual, que nos conduce á contener la ira, y no maltratar de obra ni de palabra á los que nos agravian. La *fé* ó la fidelidad, consiste en cumplir puntualmente lo que prometemos cuando nos obligan las promesas que hacemos. La *modestia* consiste en no arrogarnos ni propalar un mérito que no tenemos, ni blasonar del que tengamos realmente: consiste tambien en abstenernos de todas aquellas acciones con que afectemos superioridad sobre los demas. Esta moderacion que debemos tener respecto de los demas, la debemos emplear tambien con nosotros mismos, absteniéndonos de los placeres de los sentidos, que nos están prohibidos, y conteniéndonos en los permitidos para cumplir con mas facilidad la ley de Dios: esta moderacion es la *continencia* que si tiene por objeto la pureza del alma y cuerpo, se llama castidad.

### LECCION CX.

*Del sacramento de la penitencia.*—De la penitencia como virtud.—Institucion y necesidad de este sacramento.—Cosas que le constituyen.—Exámen de conciencia.—De los pecados en general.—Explicacion de los siete pecados capitales.

La penitencia puede considerarse como virtud y como sacramento. Como virtud es un hábito sobrenatural, moral, é infundido por Dios en el alma, que inclina al hombre á detestar y arrepentirse de los pecados que ha cometido, en cuanto son ofensas

de Dios, y con propósito eficaz de enmendarse y satisfacer á Dios. La virtud de la penitencia es necesaria para salvarse. El Señor *empezó á predicar y decir: haced penitencia*; asegurando que si no hacemos penitencia, todos pereceremos. Sin una verdadera penitencia, ó un sincero dolor y arrepentimiento de los pecados, tampoco se perdonan estos en el sacramento de la penitencia. Considerada esta como sacramento, consiste en decir los pecados al confesor y recibir de él su absolución. Lo instituyó N. S. Jesucristo, y es la tabla en que podemos salvarnos del naufragio universal. Es necesario, á lo menos en el deseo, para que se nos perdonen nuestros pecados: Si no haceis penitencia, todos perecereis, dijo el Señor.

Para hacer una buena confesion y recibir en consecuencia dignamente este sacramento, es necesario examinar escrupulosa y detenidamente la conciencia, recorriendo los mandamientos de la ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia, y todas nuestras obligaciones, para ver si hemos delinquido en alguna cosa.

Hay varias clases de pecados. El pecado original es el que todos contraemos por ser descendientes de Adán, que pecó desobedeciendo á Dios en el paraíso. El pecado personal consiste en quebrantar la ley de Dios por obra ó de palabra, y tambien en desear quebrantarla. Hay siete pecados personales, que se llaman capitales, porque de ellos nacen otros muchos. El soberbio que quiere sobreponerse y mandar á los demas, comete por conseguirlo mil injusticias de que está exento el humilde, que conoce su pequenez y no emplea medios reprobados para engrandecerse; y así la *humildad* es el extremo opuesto de la *soberbia*. La *avaricia* hace al avaro faltar á todas las obligaciones de caridad á que se

presta la *largueza*. La indiferencia y el olvido de las obligaciones religiosas, el robo muchas veces y el asesinato, con otros muchos delitos, son los efectos de la *lujuria*: la *castidad* libra al hombre de caer en los excesos á que arrastra la *lujuria*, y le hace semejante á los ángeles. Mil desafueros comete un hombre dominado de la *ira*, á que se sigue muchas veces la *venganza*, tan opuesta á la ley de Dios y á la doctrina de N. S. Jesucristo: al contrario, la *paciencia* es una virtud de que se sigue la tranquilidad del espíritu y la paz con nuestros hermanos. La intemperancia en el comer es indigna de un racional, imposibilita muchas veces al hombre de cumplir sus obligaciones; es contraria á la salud que el hombre está obligado á conservar, y gasta superfluamente y aun en perjuicio suyo lo que debiera emplear en socorrer las necesidades del pobre. La embriaguez todavía es peor. Es un vicio que degrada al hombre y le hace inferior á los brutos: expone al hombre á los efectos de una cólera descompuesta, y le induce á la incontinencia, le expone á peligros y compromisos graves, le ocasiona gastos que muchas veces le hacen inclinarse á la ratería y al robo. El que quiera librarse de todas estas funestas consecuencias de la *gula* debe procurar habituarse á la *templanza*, con cuya virtud se evitan todas ellas.

El envidioso falta al amor del prójimo, y está muy dispuesto á perjudicarle: la caridad le conduce á amarle y hacerle bien: así la *envidia* es un vicio opuesto á la *caridad*: es un vicio ruin y detestable: el envidioso es su propio verdugo; la envidia es un veneno que le corroe el corazón: el envidioso es un objeto repugnante, todo el mundo huye de él. Debemos usar de gran *diligencia* en cumplir con nuestras obligaciones; si nos dejamos dominar de la *pe-*

reza cometeremos muchos pecados de omision faltando á lo que debemos á Dios, á nosotros mismos y á nuestros semejantes.

### LECCION CXI.

Del dolor de los pecados.— De aquello en que se diferencia la contricion perfecta de la imperfecta.— Propósito de la enmienda.— Confesion y sus condiciones.

Tambien debemos tener un verdadero dolor ó pesar de haber ofendido á Dios. Este dolor puede ser de contricion ó de atricion. El dolor de contricion es un pesar y sentimiento grande de haber ofendido á Dios solo por ser quien es, infinitamente bueno, é infinitamente digno de ser amado. Dolor de atricion es un pesar de haber ofendido á Dios, ya por la fealdad del pecado, y ya porque el Señor puede castigarnos en la otra vida con las penas eternas del infierno. Por la contricion se le perdonan al hombre aun sin confesarse, los pecados que haya cometido, con tal que haga un propósito verdadero de confesarlos en el santo tribunal de la penitencia.

Por el dolor de la atricion ó contricion imperfecta, no se le perdonan al hombre los pecados fuera del sacramento de la penitencia; pero por este sacramento se le perdonan, si la atricion excluye la voluntad de pecar, y el que se confiesa tiene esperanzas de alcanzar el perdon de sus pecados por la infinita bondad y misericordia de Dios y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

Es tambien indispensable para hacer una buena confesion, el propósito de la enmienda, que es una resolucion firme y universal de no volver á pecar.

Los pecados se deben decir al confesor, segun esten en nuestra conciencia, los ciertos como ciertos y los dudosos como dudosos. El penitente debe manifestar, si lo sabe, cuantas veces ha pecado; si no lo sabe exactamente, confesará su número por

aproximacion, y si ni aun esto le es posible, manifestará la costumbre que ha tenido de pecar, y cuanto tiempo la ha tenido. Tambien debe confesar las circunstancias de los pecados, si son un nuevo pecado, ó si los agravan considerablemente.

Estamos obligados á confesar todos los pecados mortales, y aunque no estamos obligados á confesar tambien los veniales, siempre es bueno confesarlos, como tambien lo es el arrepentirnos de haberlos cometido porque son ofensas de Dios.

## LECCION CXII.

Satisfaccion.—Purgatorio.—Indulgencia.

Por último, debemos á Dios una satisfaccion por las ofensas que le hemos hecho, y algunas veces al prójimo por las injurias ó daños que le hayamos causado. Satisfacemos al prójimo desdiciéndonos de lo que hayamos dicho en su mal, ó pidiéndole perdon si le hemos agraviado. Nosotros no somos capaces de satisfacer por nosotros mismos á Dios plenamente por nuestros pecados: satisface por nosotros Nuestro Señor Jesucristo; pero con la condicion de que tambien satisfagamos por nosotros mismos, porque no es justo que habiendo padecido por nosotros el Hijo de Dios, siendo inocente, rehusemos padecer nosotros que somos pecadores.

Debemos, pues, cumplir la penitencia que nos imponga el confesor, en debida satisfaccion de nuestros pecados, y comete una culpa grave el que deja de cumplir voluntariamente una parte considerable de ella; pero será pecado venial si es muy poco lo que se omite. Por la penitencia se perdona la pena debida por los pecados, no la eterna que ya se ha perdonado por el sacramento, sino la temporal, que se ha de pagar en esta vida ó en la otra en el purgatorio. Ademas de esta penitencia, que

se llama satisfactoria, hay otra que se llama medicinal, la cual imponen los confesores para evitar que el penitente recaiga en el pecado, y se peca mortalmente por lo regular, si no se cumple, porque siempre se impone por causa grave.

Tambien se perdona la pena temporal debida por los pecados en virtud de las indulgencias que concede Jesucristo á los hombres por medio de la Iglesia. Hay indulgencia parcial é indulgencia plenaria: por la indulgencia parcial se perdona una parte del tiempo que debia durar la penitencia, segun los antiguos cánones, v. g. cien dias, un año, dos años, etc. Por la indulgencia plenaria se condona todo lo que resta cumplir de la penitencia ordenada por los santos cánones. Estas indulgencias las dá por valederas Nuestro Señor Jesucristo, que dió á su Iglesia la facultad de concederlas, y las aplica aun en la otra vida á los penitentes, segun las circunstancias y disposiciones de cada uno, así como tambien se pueden ganar para las almas del purgatorio, en cuyo favor es opinion piadosa, que puede ganarlas tambien el que está en pecado mortal. El jubileo es una indulgencia plenaria, teniendo ademas por su concesion facultad los confesores, para conmutar votos, absolver de pecados reservados, y para otras gracias. Para ganar las indulgencias es necesario estar en gracia de Dios y hacer todo lo que para ganarlas prescribe el que las concede. Tambien es necesario practicar estas diligencias con verdadero espíritu de compuncion y penitencia; no basta practicarlas á la letra y exteriormente nada mas; de este modo solo, no se obra conforme á la voluntad del Señor y de la Iglesia.



## LECCION CXIII.

De la Bula y de las diferentes clases que hay de bulas.

La Bula de la santa Cruzada es una concesion ó privilegio otorgado por Su Santidad á los Reyes Católicos de España en beneficio de todos los fieles estantes y habitantes en estos reinos y señorios. Su fin principal es la propagacion y defensa de la fé: las gracias que en ella se contienen estan concedidas á los que conducidos por su celo religioso se incorporan voluntariamente y á su costa en los ejércitos españoles, que pelean contra los infieles en defensa de nuestra santa fé, ó prestan en ellos otro cualquiera servicio, como tambien á los que contribuyan con la limosna señalada por el Comisario apostólico general de Cruzada. Tambien tiene la Bula por objeto el bien espiritual de los fieles; pues al mismo tiempo que les concede gracias muy apreciables, les señala como medios para conseguirlas la limosna, la oracion y el ayuno que tanto conducen al bien de las almas.

La Bula de la santa Cruzada no es mas que una; pero se divide en cuatro partes, en cada una de las cuales concede Su Santidad diferentes gracias de distinta especie. Se llama la primera *Bula comun de vivos*, que se conoce con el nombre general de *Bula de la santa Cruzada*: la segunda de *Difuntos*: la tercera de *Lacticinios*, y la cuarta de *Composicion*: hay tambien otro indulto apostólico que se llama *Bula de carne*.

## BULA COMUN DE VIVOS.

Las gracias que concede el Santo Padre por la Bula comun de vivos son: la absolucion de censuras y pecados reservados: varios privilegios en tiem-

po de entredicho, conmutacion de votos, y por último muchas indulgencias.

Las censura es una pena eclesiástica exterior, que priva al cristiano de algunos bienes espirituales, como sacramentos, beneficios eclesiásticos, jurisdiccion espiritual, etc. La Iglesia por justas causas y para mayor bien de las almas, impone esta censura á los contumaces, es decir, á los que teniendo noticia de la censura hacen sin embargo lo que la Iglesia prohíbe bajo censura. Por iguales causas, reserva al Ordinario ó al Sumo Pontífice la absolucion de algunos pecados, que por esta razon se llaman reservados. Pues bien, el penitente que se halle ligado con alguna censura, de la cual solo puede absolverle el que la impuso, ó con algun pecado cuya absolucion esté reservada al Ordinario ó al Sumo Pontífice, no necesita, si tiene la Bula de la santa Cruzada, recurrir al Superior para la absolucion de la censura ó del pecado reservado, porque dentro del año de la publicacion de la Bula puede ser absuelto por cualquiera confesor aprobado por el Ordinario, cuantas veces se confiese, si no están reservados á Su Santidad; si lo están, solo puede absolver de ellos el confesor, en virtud de la Bula, una vez dentro del año de su publicacion, y otra hallándose el penitente en el artículo de la muerte, ó en tal peligro de ella que esté obligado á confesarse. Pero esta gracia no alcanza al pecado de herejía mista, es decir, cuando el error ó duda positiva contra la fé se manifiesta suficientemente con palabras ó de cualquier otro modo: la absolucion de este pecado queda siempre reservada á Su Santidad, si bien cualquier confesor puede absolver de este pecado y censura, y de cualesquiera otros pecados y censuras, á los penitentes en el artículo de la muerte, aun á los que no tienen bula.

El *entredicho* es una pena eclesiástica con que castiga la Iglesia algunos delitos cometidos por los fieles, con privacion de recibir algunos sacramentos, asistir al santo sacrificio de la misa y á los divinos oficios, como tambien de sepultura eclesiástica. El entredicho puede recaer sobre una ó mas personas, y en este caso se llama personal, y puede ponerse á un reino ó estado, provincia, pueblo, iglesia ó iglesias determinadas; este entredicho se llama local. El que haya tomado la Bula, si no ha dado motivo para el entredicho, ni consiste en él que no se levante, puede celebrar si es sacerdote, y si no lo es, oír misas y hacerlas celebrar, lo mismo que otros divinos oficios, en su presencia, en la de su familia y parientes, y recibir la Sagrada Comunión y los demas Sacramentos en oratorios particulares señalados y visitados por el Ordinario, exceptuando el dia de Pascua. Pero está obligado cuantas veces se aproveche de este privilegio, á orar por la union de los principes cristianos y victoria contra los infieles. Si muere durante el entredicho, y no muere excomulgado, puede darse sepultura eclesiástica á su cadáver con moderada pompa funeral.

Otro privilegio que concede la Bula es la conmutacion de cualesquiera votos, aunque esten hechos con juramento, excepto los de castidad perpétua, entrar en alguna religion, peregrinacion á la tierra santa, y los que induzcan obligacion en beneficio de otra persona. Cualquiera confesor aprobado por el Ordinario puede conmutar los demas votos al penitente que tenga la Bula, en alguna limosna para el objeto de la Santa Cruzada y otras obras espirituales, á juicio prudente del mismo confesor.

Por último, concede la Bula á los que la tengan, una indulgencia, plenaria durante el año, y otra en

el artículo de la muerte; que puedan ganar todas las indulgencias de las *estaciones* de Roma, que son noventa y cuatro plenarias al cabo del año, pudiendo aprovecharlas para sí ó aplicarlas á las almas del purgatorio, visitando los altares con el fin de que el Señor conserve la unión de los príncipes cristianos contra los infieles, y de que se propague y exalte nuestra santa fé. Tambien concede la Bula otras indulgencias parciales, con la condicion de ayunar algun dia, ó no pudiendo ayunar, hacer otra obra piadosa pidiendo á Dios por la union y victoria de los príncipes cristianos contra los infieles. En cuanto á lo que hay que saber acerca de las indulgencias, véase la leccion anterior.

#### BULA DE DIFUNTOS.

El que toma esta bula, debe escribir en ella el nombre del difunto ó difunta, en cuyo sufragio quiere ganar la indulgencia plenaria que en ella se concede. Solo puede tomarse á favor de una persona difunta, no de muchas, y solamente se pueden tomar dos en el año á favor de una misma alma. Escrito en ella el nombre del difunto, ya no se puede variar. Para ganar esta indulgencia plenaria se debe pedir á Dios por la union y concordia de los príncipes cristianos, porque Dios les conceda la victoria contra los infieles; por la exaltacion de nuestra Santa Madre Iglesia, y por la propagacion y aumento de nuestra santa fé, rogando al Señor que reciba nuestras oraciones en beneficio del alma, para la cual deseamos ganar la indulgencia.

## LECCION CXIV.

Segue la explicacion de la Bula.

### BULA DE LACTICINIOS.

Por la Bula de la santa Cruzada se concede á los Reales seculares comer en la cuaresma lacticinios; es decir, huevos, leche y cosas de leche, como nata, queso, etc. Tambien pueden comer carne en todos los dias de ayuno y abstinencia, inclusa la cuaresma, aunque no tengan la Bula de carne, si el médico y el confesor juzgan que es necesario para su salud, y solo con que estos duden si lo será. Los sacerdotes necesitan tener tambien la Bula llamada de lacticinios para usar de esta gracia, si no tienen sesenta años de edad: si los han cumplido ya, les basta la comun de vivos.

### BULA DE COMPOSICION.

Todo el mundo está obligado á restituir á su dueño lo robado, ó lo injustamente adquirido ó retenido, y este pecado no se perdona, si pudiendo no se restituye, ó si no hay á lo menos un propósito sincero de restituir. Pero algunas veces no se sabe quién es el dueño de lo mal habido, ni se puede averiguar por mas diligencias que se hayan hecho para ello.

En este caso, al que en él se halle, le concede Su Santidad por la Bula de composicion que pueda satisfacer toda la deuda, tomando una ó mas Bulas de composicion, hasta el número de cincuenta: por cada una de ellas se libra el que las toma de la obligacion de pagar dos mil maravedis, de modo que puede eximirse de satisfacer hasta cien mil maravedis; pero si es mayor la cantidad que se debia restituir, es necesario recurrir al comisario de Cru-

zada. Para aprovecharse de esta concesion, es necesario tener la bula comun de vivos. En el mismo caso de los que deben restituir están los que disfrutando renta eclesiástica omiten rezar las horas canónicas. Estos tambien pueden componerse por medio de la Bula; pero tienen que dar á las iglesias ó lugares á que correspondan, una cantidad igual á la limosna de la Bula. De todos modos esta Bula no sufraga, si en la confianza de obtenerla se ha adquirido malamente alguna cosa.

#### BULA DE CARNE.

Para usar del privilegio que concede este indulto apostólico, es necesario tener la Bula de la santa Cruzada. Por él se dá facultad para comer carne, huevos y lacticinios en los dias en que está prohibido su uso por la Iglesia, á los que residan en España y sus dominios, aunque sean extranjeros; en las casas de las legaciones españolas en otros estados, y en los buques españoles donde quiera que se encuentren. Esceptúanse de esta concesion el miércoles de ceniza, jueves, viernes y sábado de la semana santa, y de toda ella fuera del domingo, para los sacerdotes que no tengan sesenta años: las vigili-  
lias de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, de Pentecostés, de la Asuncion de Nuestra Señora, y de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Para gozar de este indulto es necesario tener la Bula de la santa Cruzada, y los sacerdotes seculares tambien la de lacticinios. No se puede mezclar carne y pescado en una misma comida; pero en esto cabe parvidad de materia.

Pueden usar de este indulto, sin contribuir con la limosna señalada y solo rezando un Padre Nuestro y un Ave María cada dia que usen de él, todos los que no pueden dar la limosna sin gran perjuicio

suyo ó de sus familias; pero está declarado no comprenderse en este número los sirvientes á quienes sus amos dan la comida, ó perciben todo su salario ó racion en especie de dinero.

### LECCION CXV.

*Comunion.*—Institucion de la Eucaristia.—Explicacion de la promesa de la Eucaristia referida en el capitulo sexto de San Juan.—De la Eucaristia como sacramento.—Presencia real de Jesucristo en el Sacramento.—Transustanciacion.—Disposiciones para comulgar.—Comunion bajo una sola especie.—De la primera comunion.

La sagrada Eucaristia, es la conversion de pan y de vino, quedando las especies de uno y otro, en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo; y tambien el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies de pan y de vino, para alimento espiritual de los fieles. Despues de consagrados el pan y el vino, está bajo sus especies, realmente y vivo en cuerpo, alma y divinidad Nuestro Señor Jesucristo, el mismo que nació de la Virgen Maria, el mismo que murió en la cruz y que ahora está en los cielos; está todo entero bajo cada una de las dos especies, y todo entero bajo cualquiera parte de las mismas especies. Si estas se dividen, no por eso se divide el cuerpo de Jesucristo, sino que Jesucristo queda todo entero bajo cada una de las partes divididas. Los ministros de este sacramento son solamente los sacerdotes, que son los únicos que reciben de Jesucristo la potestad de convertir el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre.

El Señor habia prometido darnos á comer su carne y á beber su sangre, asegurando que el que dignamente comiese su carne y bebiese su sangre viviria eternamente. Instituyó en efecto este divino sacramento en la última cena que tuvo con los

Apóstoles, convirtiendo el pan en su sacratísimo cuerpo, y el vino en su sacratísima sangre, dándosele á comer y beber á los Apóstoles, mandándoles que hiciesen ellos lo mismo, y dándoles de consiguiente la facultad de convertir el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre; facultad que se extiende á todos los sacerdotes.

Debemos recibir este sacramento en gracia de Dios; el que lo recibe en pecado mortal comete un enorme sacrilegio, y recibe su propia condenacion. Tambien debemos recibirlo guardando un ayuno natural desde las doce de la noche anterior, sin comer ni beber cosa alguna, por pequeña que sea, aunque no sea mas que un piñon ó una gota de agua, si se toma como bebida; porque si lavándose ó enjuagándose la boca queda incorporada con la saliva alguna gota de agua, aunque se trague la saliva no se quebrantará el ayuno. Los enfermos pueden recibir la comunión como Viático aunque no esten en ayunas.

La Iglesia por justísimas causas ha determinado que no siendo el sacerdote cuando celebra el santo sacrificio de la misa, se reciba la comunión solo bajo la especie de pan.

Debemos prepararnos para recibir dignamente este sacramento, considerando la infinita majestad y dignidad del que vamos á recibir, que es el mismo Dios hecho hombre: de este modo excitaremos en nuestra alma el amor, la veneracion y agradecimiento hácia Nuestro Señor Jesucristo que se digna venir á nosotros, y que le recibamos en nuestro pecho.

Después de comulgar debemos dar gracias á Dios con el mayor recogimiento y con alguna detencion, agradecidos á tan inestimable beneficio. Tambien debemos abstenernos de escupir y de co-



mer hasta que haya pasado algun tiempo.

Los efectos de este sacramento son muchos. Los principales son cuatro. El primero unirnos con Jesucristo sacramentalmente, por cuanto depositamos en nuestro interior su sacratisimo cuerpo y sangre; y espiritualmente porque con este sacramento quedamos animados del espíritu de Jesucristo, y dispuestos por consiguiente á todo lo bueno.

El segundo es conservar, aumentar y fortalecer en nosotros la vida espiritual, pues así como el alimento corporal nos conserva y fortalece, y aumenta la vida y la salud, del mismo modo la Sagrada Eucaristía causa estos mismos efectos en el alma respecto de la vida espiritual; es decir, que nos conserva y aumenta la gracia de Dios, nos dá fuerzas para reprimir los movimientos desarreglados de la concupiscencia; y templa la violencia de nuestras pasiones, debilitando así los medios de que se vale el demonio para hacernos caer en el pecado.

El tercero, perdonarnos los pecados veniales, y el cuarto una delectacion espiritual que llena al alma de dulzura. Pero debe tenerse presente que esta delectacion y esta dulzura no se percibe sensitivamente, se conoce por los efectos, porque como dice San Agustin, «siempre obramos segun lo que mas deleita:» *Quod..... magis delectat secundum illud operemur necesse est.* Así el agradar á Dios es una prueba de esta dulzura espiritual que causa en nosotros la sagrada Eucaristía.

Ultimamente, nos dá una prueba de la vida eterna, y de que hemos de resucitar para la gloria; pues el mismo Señor dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.» Por la sagrada Eucaristía recibimos el principio de la vida eterna, la cual

conseguiremos sino nos hacemos indignos de ella con nuestras malas obras.

Este augusto sacramento nos recuerda el agradecimiento y el amor que debemos á nuestro Señor Jesucristo; que no solo nos redimió con su sangre, y con su muerte, sino que tambien quiso quedarse para siempre con nosotros, y que le recibiésemos dentro de nuestro mismo cuerpo. Tambien nos recuerda el profundo respeto y el santo temor con que debemos asistir á los templos y conducirnos en su presencia. En el palacio y delante de un rey, que al cabo no es mas que un hombre, guardamos la mayor compostura; y ¿no la guardaremos en la morada y en la presencia del rey de los reyes, Dios altísimo y omnipotente?

El acto mas solemne, mas augusto del cristiano despues que ha empezado á usar de su razon, es recibir por primera vez el sagrado cuerpo y sangre del Señor. Los párrocos y los padres de los niños que han de acercarse á la sagrada mesa la primera vez, deben instruirles cumplidamente sobre la sublimidad del sacramento de la Eucaristia, sobre la limpieza de corazon y mas requisitos con que se debe recibir. No está demas ninguna diligencia, ningun esmero en procurar inspirarles el respeto mas profundo, y los mas íntimos sentimientos de amor para con Jesucristo sacramentado. De este esmero depende tal vez cerrar la puerta para siempre en sus corazones á la indiferencia, á la frialdad y á los sacrilegios.

### LECCION CXVI.

De la Eucaristia como sacrificio.—Definicion del sacrificio de la misa; obligacion de ofrecer sacrificios á Dios.

—Para qué fines se ofrece el sacrificio de la misa.

El sacrificio es una ofrenda hecha á Dios de una cosa que se destruye en su honor, para reconocer

el supremo dominio que tiene sobre todas las cosas. Así el sacrificio es el acto esencial de la religion: es la expresion del culto supremo, la adoracion propiamente dicha. Solo puede hacerse á Dios; dirigirlo á una criatura seria tributarla honores divinos. Jamás ha habido religion sin alguna especie de sacrificio. Los ha habido entre los patriarcas, entre los judíos, entre los cristianos y entre los paganos. Entre estos, varios sacrificios solo eran reprehensibles por ofrecerse á mentidas deidades, por ejemplo, las viandas y los animales; otros eran tambien criminosos y abominables en sí mismos, como las víctimas humanas y la violacion de la honestidad y del pudor.

Mas los sacrificios de la verdadera religion todos son buenos y santos, como que tienen al mismo Dios por autor. Dios quiere ser adorado de los hombres, quiere que el hombre le reconozca por su Criador y Señor, y que manifieste este reconocimiento: así vemos que ya los primeros hijos de Adán ofrecieron á Dios sacrificios, y que despues siguieron esta misma práctica los patriarcas, práctica por otra parte enteramente conforme con la razon, la cual nos dicta cuán justo es manifestar á la faz del mundo que reconocemos haber recibido de Dios todos los bienes que disfrutamos, como lo hacemos en el hecho de presentarlos como una prueba de que así lo reconocemos. Sabemos muy bien que el autor de todos los bienes no tiene necesidad de nuestros presentes, pero tambien sabemos que nosotros tenemos una necesidad moral, una obligacion de reconocer nuestra dependencia, y manifestar nuestra gratitud por sus bondades. Nadie extraña ni tiene por irracional que un pobre ofrezca un pequeño regalo á un poderoso que le ha sacado de la miseria, antes bien todo el mundo

aprobará que le reconozca por su bienhechor y le manifieste su reconocimiento.

Abel y Cain, y los patriarcas antes de Noé, ofrecían á Dios en sacrificio los frutos de la tierra y la sustancia de los ganados: en todos tiempos han ofrecido los hombres á Dios los alimentos que usaban, segun su género de vida, ó las materias preciosas que ofrecia el pais donde habitaban: los agricultores, los frutos de la tierra; los pastores, la leche de sus rebaños; los cazadores, la carne de los animales; los habitantes de la Arabia, el humo del incienso. El primer ejemplo incontestable de un sacrificio sangriento que se lee en la Escritura, es el que Noé ofreció al salir del arca, sin duda, porque entonces Dios le permitió á él y á sus hijos alimentarse con la carne de los animales. Después de la victoria que consiguió Abrahán contra los cuatro reyes coligados, Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino en calidad de sacerdote del Dios Altísimo. Para confirmar el Señor la alianza que habia hecho con Abrahán, le mandó inmolar una víctima. También la inmolaron Jacob y Labán, al hacer entre sí un convenio. Job ofrecia todos los dias un sacrificio por los pecados de sus hijos. Miraban los antiguos estos sacrificios como actos sagrados muy respetables; para celebrarlos, se preparaban purificándose y mudando de vestidos; y así, preparados, asistia toda la familia al sacrificio.

Antes de Moisés no habia ninguna ley escrita que determinarse los ritos y formalidades con que debian hacerse los sacrificios: los patriarcas se guiaban por la tradicion, y por lo que les dictaba la razon auxiliada con las luces de la revelacion primitiva. El pueblo hebreo estaba bien informado de lo esencial de los sacrificios; pero Moisés le dió el ce-

remonial para que los sacrificios se hicieran con uniforme regularidad. Los sacrificios unos eran sangrientos, otros no: los primeros eran tres: El *holocausto*, es decir, en reconocimiento del supremo dominio de Dios. El *pacífico*, para dar gracias á Dios por sus beneficios y pedirle su continuacion; y el *expiatorio* ó *propiciatorio* pidiendo el perdón de los pecados. En el primero se quemaba totalmente la víctima sin que á nadie fuese permitido reservar la mas pequeña parte. En el segundo se quemaba una parte de la victima, otra parte se destinaba para los sacerdotes, y otra para el dueño de la víctima. En el sacrificio expiatorio ó propiciatorio, mojaba el sacerdote un dedo en la sangre de la víctima antes de derramarla, y tocaba con el dedo mojado los cuatro lados del altar. Se quemaba la parte crasa del animal, y la carne era para los sacerdotes, sin participar de ella el que habia suministrado la víctima, castigándose con esta privacion.

### LECCION CXVII.

Sigue la leccion anterior sobre el sacrificio de la misa.

Sacrificio de la ley de gracia. Una vez que el sacrificio es el acto mas esencial de la religion, y el testimonio mas enérgico del culto supremo no era posible que Jesueristo, que vino á enseñarnos á adorar á Dios en espíritu y en verdad, dejase á su Iglesia sin ningun sacrificio. Esta adoracion en espíritu y en verdad no excluye el sacrificio que es un acto exterior y perceptible por los sentidos, si lo excluyera, por la misma razón excluiria tambien todos los demas actos del culto externo; y no deberíamos arrodillarnos delante del Señor, cantar sus alabanzas, orar con la boca, ni dar ninguna señal exterior de respeto y adoracion á nuestro Dios, lo cual es un error manifiesto. Pero es claro que el

sacrificio aunque es un acto exterior, se debe ofrecer á Dios en espíritu y en verdad. El cristiano, pues, que asiste al gran sacrificio de la ley nueva, debe ofrecerlo al Eterno Padre con la mayor devoción y recogimiento de su espíritu. Jesucristo nuestro Redentor fué sacrificado de un modo cruento en el ara de la cruz. Este mismo sacrificio quiso que se repitiese continuamente en su Iglesia de un modo incruento, instituyendo el adorable sacramento del altar. Los cristianos ofrecen diariamente al Eterno Padre el sacrificio de su Unigénito Hijo en remision de los pecados de los hombres, para darle gracias por el beneficio de la redencion y por todos los demas que hemos recibido y recibimos de su infinita liberalidad; y últimamente en reconocimiento de su supremo dominio, el cual recoroció el Hombre Dios, sujetándose á su voluntad, hasta para morir. Así el sacrificio de los cristianos es á la vez expiatorio ó propiciatorio, pacifico y holocausto. En él hay un sacerdote principal, que es Jesucristo, que se ofrece él mismo á su Padre por las manos de un hombre, que hace sus veces, y que ofrece en su nombre; hay una víctima, que tambien es Jesucristo; la víctima es inmolada, porque Jesucristo está en el sacrificio como muerto, y su cuerpo representado como separado de su sangre; y por último, á la celebracion del sacrificio se sigue la participacion ó comunión en que los asistentes se alimentan con la carne de la víctima. Los sacrificios que ofrecian á Dios los patriarcas y los judíos eran una figura del gran sacrificio de la cruz, y de la ara santa: pero este augusto sacrificio ya estaba en los designios de Dios, porque en el Apocalipsis se llama á Jesucristo *Cordero inmolado desde el principio del mundo*: el decreto divino de la redencion y santificacion de todos los hombres envolvia

en sí un sacrificio digno de la majestad de Dios, y que debia ofrecerse perpétuamente al Eterno Padre por el mismo Jesucristo, sacerdote eterno, y pontífice de los bienes futuros.

### LECCION CXVIII.

Del sacramento de la Extremauncion y del Orden.

Extremauncion es una uncion sagrada acompañada de algunas oraciones, que dá un sacerdote á algun enfermo: se llama extrema, porque regularmente es la última que recibe el cristiano. El sacerdote unge al enfermo en los ojos, en los oídos, en la nariz, en los labios, en las manos y en los pies, diciendo: «Por esta santa uncion, y por su grandísima misericordia, te perdone Dios todo lo que has pecado por la vista, por el oído, etc.»

Estamos obligados á recibir este sacramento, cuando nos hallamos en peligro de muerte, pero hace muy mal el que aguarda al último extremo de la vida para recibirle, porque se expone á peligro de morir sin él, y quedar privado de los efectos que produce y son los siguientes:

Primero: Dá fuerzas al enfermo para vencer las tentaciones del demonio, que en aquellos momentos decisivos son fuertes y terribles.

Segundo: Borra las reliquias de los pecados.

Tercero: Dá salud á los enfermos, si así conviene; pero no se ha de creer que el sacramento de la extremauncion dá la salud milagrosamente, aunque Dios puede dárla si quiere de este modo en aquel trance. Dá Dios salud al enfermo por medio de este sacramento, si conviene, disponiendo que los remedios obren progresiva y eficazmente sobre la enfermedad. Los que aguardan á recibir la extremauncion en los últimos momentos de la vida cuando ya no se puede evitar la muerte sino por

un milagro, no se hacen cargo que es tentar á Dios esperar que le haga para darles la salud, porque no es eso lo que prometió el Señor cuando instituyó este sacramento.

*Orden.* El orden es un sacramento por el cual se dá potestad espiritual para convertir el pan y el vino en el sacrosanto cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, para absolver de los pecados, y para ejercer otros ministerios y oficios eclesiásticos.

Los obispos son los únicos que pueden conferir órdenes mayores, y lo hacen imponiendo las manos y diciendo una oracion propia á cada orden.

Los que se ordenan deben tener una verdadera vocacion, porque los sacerdotes son ministros de Dios, y ninguno debe introducirse á ejercer las funciones de tal, si no es llamado por el mismo Dios. «Ninguno debe arrogarse, dice San Pablo, el honor del sacerdocio, sino que es necesario ser llamado á él por Dios, como Aaron.» Además, para desempeñar dignamente las funciones del ministerio eclesiástico, se necesita una gracia particular de Dios; y no es de esperar que la dé el Señor á los que él no ha llamado al ministerio.

Este sacramento imprime carácter, aumenta la gracia á los que le reciben dignamente, les dá facultad y los auxilios necesarios para ejercer las funciones sagradas propias del orden que reciben,

## LECCION CXIX.

Del sacramento del Matrimonio.

El matrimonio, como contrato natural, fué instituido por Dios, cuando crió y unió al primer hombre con la primera muger. En la actualidad se puede considerar como contrato civil, y como sacramento de la Iglesia.

Como contrato civil es la union legítima de un



hombre y de una muger, con el objeto de tener hijos, y será legítima esta union cuando se contraiga con arreglo á la ley de Dios y á las leyes civiles, si estas no se oponen á lo que Dios manda.

Considerado el matrimonio como sacramento, es la union legítima y santificada por N. S. Jesucristo entre un solo hombre y una sola muger, con el objeto de tener y criar hijos para el cielo.

Este sacramento es sacramento de vivos, es decir, que debe recibirse en gracia de Dios; pero aunque cometen una ofensa grave contra Dios los que le reciben en pecado mortal, no por eso deja de ser válido el matrimonio. Aumenta la gracia en los contrayentes, como todos los sacramentos de vivos, y les dá un derecho á recibir las gracias y auxilios necesarios para cumplir con las obligaciones de casados.

Estas obligaciones son vivir juntos perpétuamente, amarse, tolerarse mutuamente uno á otro los defectos tanto físicos como morales, guardarse una estrecha y perpétua fidelidad, evitando todo motivo de disension y mala inteligencia entre los dos. Deben tambien alimentar, vestir y educar bien á sus hijos; enseñándoles la doctrina cristiana, y excitándoles á la virtud y al temor de Dios, con palabras y buenos ejemplos. Tambien deben procurar, si pueden, antes de morir dejarles un patrimonio con que puedan subsistir, ó bien proporcionarles un modo honesto de vivir.

El matrimonio, despues de consumado, no se puede disolver por ninguna causa: antes de consumarse puede disolverse por causas muy graves que estima la Iglesia.

El matrimonio no solo es lícito y honesto, sino tambien laudable, porque si no lo fuera, no lo hubiese santificado Jesucristo, y porque tiene por fin

dar hijos á la Iglesia y pobladores al cielo.

Se celebra este sacramento preguntando el sacerdote á cada uno de los contrayentes, si recibe al otro por esposo ó esposa; y despues que así lo aseguran, les dá la bendicion, diciéndoles: «Yo os uno en matrimonio en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espiritu Santo. Amen.» En seguida hace que el esposo ponga un anillo bendito en el dedo de su esposa, en señal de la union conyugal que han contraido.

### LECCION CXX.

Explicacion de los Enemigos del alma y de las Virtudes morales.

Ni el hombre mas justo está exento en esta vida de trabajos y tribulaciones temporales y espirituales: el cuerpo y el alma padecen mil males continuamente; el cuerpo enfermedades y miseria, el alma tristeza y afliccion.

El mayor mal de nuestra alma es el pecado. Todo lo que nos induce á pecar es enemigo de nuestra alma. Estos enemigos son tres: el demonio, el mundo, y la carne. El demonio, lleno de envidia porque podemos llegar á ser felices por toda una eternidad, cuando él por su rebelion contra Dios está condenado para siempre á padecer, se esfuerza por inclinarnos á ofender á Dios y perder su gracia, tentándonos de mil maneras. El mundo con sus pompas y vanidades, con las instigaciones y malos ejemplos de los hombres viciosos, y con el atractivo de los bienes de la tierra, es un obstáculo para entrar y seguir por el camino del cielo. Ultimamente, la corrupcion de nuestra naturaleza, viciada por el pecado original, nos acosa con la inclinacion hácia el mal, que perturba nuestra razon y nos hace muchas veces abandonar la senda de la

virtud, por entregarnos á la satisfaccion de nuestras pasiones y apetitos desordenados, y contrarios á la ley de Dios. La gracia de Dios nos librárá de tan terribles y funestos enemigos. Debemos, pues, pedir-sela humilde y continuamente, considerando al mismo tiempo las resultas en la vida venidera de la conducta que observemos en la vida presente, evitando las ocasiones de pecar, desechando al instante los malos pensamientos que nos asalten, ejercitándonos con frecuencia en actos de religion, acostumbrándonos á estar siempre en la presencia de Dios, que vé todo lo que pasa en lo mas íntimo de nuestra alma, proponiéndonos por modelo las virtudes de los santos, meditando en la pasion y muerte de N. S. Jesucristo, y recordando nuestra última hora y la estrechísima cuenta que tenemos que dar á Dios de nuestras acciones.

*Virtudes morales.* El vicio es el hábito de pecar; la virtud es el hábito de obrar bien. Así, la virtud es lo opuesto del vicio, y si en todo fuéramos virtuosos, nunca pecaríamos. Hay virtudes teologales y morales. Todas las virtudes se dirigen en último término á Dios, pues el fin de todas ellas es hacer lo que el Señor nos manda, ó quiere que hagamos. Pero hay algunas que tienen por objeto inmediato á Dios, y se llaman teologales; tales son la fé, la esperanza y la caridad, mediante las cuales creemos en Dios, esperamos en Dios, y amamos á Dios.

Las virtudes morales tienen por objeto á nosotros mismos y á nuestros semejantes, porque tenemos que ejercerlas ó con nosotros ó con los demas hombres: respecto de nosotros la castidad, la moderacion en comer y beber, el trabajo ó la ocupacion honesta, y otras; respecto de los demas, la justicia, la benevolencia, la beneficencia; el perdon de las

injurias y otras que ceden en beneficio del prójimo. Muy largo y difícil sería numerar todas las virtudes morales; pero se señalan cuatro como *cardinales* ó principales, porque contienen en sí otras muchas, y son la *prudencia*, la *justicia*, la *fortaleza* y la *templanza*. La prudencia consiste en discernir lo bueno de lo malo, lo que conviene y lo que no conviene, para acomodar en cada caso nuestras acciones con la ley de Dios, con nuestro propio bien, y con el respeto debido á nuestros semejantes. La justicia nos dicta no privar á nadie de lo que es suyo, ó de aquellas cosas á que tiene derecho; ya sean materiales como el dinero y los bienes, ya sean inmateriales como el honor, la fama y las consideraciones debidas á cada uno. El valor para vencer la resistencia que podamos experimentar por nuestra parte, ó los obstáculos que se nos presenten de fuera, para cumplir con nuestras obligaciones, es propiamente la fortaleza. Y ciertamente necesitamos tener mucho valor á veces, si hemos de conducirnos como es debido. Ningun esfuerzo tiene que hacer una madre para cumplir con la obligación que tiene de amar á su hijo, pero necesitamos un esfuerzo muy grande para amar á nuestros enemigos, y á los que nos causan daños graves; sin embargo, los amaremos, si tenemos el valor necesario para vencer la repugnancia que sentimos en amar á los que nos aborrecen y perjudican sin razón. La moderación en todo, ó sea la templanza, es origen de muchos bienes para nosotros, y para los demás: todo exceso es perjudicial. El que se entrega sin medida á la satisfacción de los placeres de los sentidos, aunque sean permitidos, ó á las pasiones de ánimo, como la tristeza, la ira, el temor, etc., se perjudica grandemente á sí mismo. El que se deja arrebatarse del resentimiento y de la cólera, el que no se con-

tiene en los límites del derecho y de la decencia en sus disputas y pleitos, el que no refrena su lengua; todos estos causan perjuicios á veces muy graves á los demas.

### LECCION CXXI.

Explicacion de las ocho Bienaventuranzas.

Felices serán en esta vida y en la otra los cristianos que observen lo que se contiene en las ocho bienaventuranzas: bienaventurados ó felices los llamó N. S. Jesucristo.

Los *pobres de espíritu* son los que careciendo de riquezas no las desean, ó los que teniéndolas no tienen apego á ellas, ni recibirán un gran sentimiento aunque las pierdan, resignándose siempre en las disposiciones de la divina Providencia. Esta resignacion y este desprendimiento, se hermana con el amor de Dios y del prójimo, y al que ama á Dios y al prójimo, le promete el Señor la salvacion.

El hábito de vencerse á sí mismo produce la masedumbre; y los *mansos*, cediendo en todo, nunca tienen altercados ni disensiones con sus hermanos, así poseen en paz y en tranquilidad los bienes de la tierra, y gozan completamente de las ventajas del trato mútuo de los hombres.

Por *los que lloran* se entienden los que se privan de las diversiones y placeres de esta vida, aunque sean permitidos, haciendo este sacrificio para alejarse mas y mas de ofender á Dios, que les recompensa con consuelos interiores y con la esperanza de la felicidad eterna.

Los que con grande anhelo ajustan todas sus acciones á la ley de Dios, dice el Señor que *tienen hambre y sed de justicia*, pero que verán en la vida presente satisfecha esta hambre y esta sed con

la esperanza, y en la otra con la fruición del premio reservado á su rectitud.

El Señor ofrece á cada paso su misericordia á los *misericordiosos* que se conducen de las penas que ven padecer á otros, aunque sean desconocidos ó enemigos, y les socorren de buena voluntad.

Los *limpios de corazón* sin duda verán á Dios, y disfrutarán en su reino celestial una felicidad eterna, porque no están manchados con los vicios, y el Señor ama y premia á las almas puras.

Dios es un Dios de paz y no de aflicción, por eso llama hijos suyos á los *pacíficos* que no se alteran, ni promueven diferencias ni querellas con otros, antes bien, procuran además la paz y buena armonía entre sus hermanos.

Es muy frecuente en este mundo tener que padecer los hombres persecuciones y malos tratamientos por cumplir con su obligación: á los que *padece persecución* por esta causa ó por ser justos, no puede menos de recompensar un Dios tan bueno y tan justo, y así, les promete el reino de los cielos.

Cuando el Señor llama bienaventurados á los que hacen todas estas buenas obras, nos presenta un estímulo poderoso para obrar bien. El hombre no hace nada de más cuando cumple con lo que Dios le manda, ni por esta obediencia y buen cumplimiento merece de suyo ninguna recompensa; pero el Señor; infinitamente bueno y benéfico, quiere premiarle si obra bien, y le pone á la vista el premio para moverle á obrar bien y conseguir su felicidad.

# PROGRAMA DE RELIGION Y MORAL.

## SEGUNDO AÑO.

### UNA LECCION POR SEMANA.

CONFERENCIAS SOBRE LAS OBLIGACIONES DEL HOMBRE, Y  
SOBRE LAS REGLAS DE MORAL PRÁCTICA.

#### LECCION PRIMERA.

*Reseña general de las obligaciones del hombre respecto de Dios, de sí mismo, y de sus semejantes.*—Definiese la obligacion.

No puede el hombre hacer ú omitir algunas acciones sin oponerse á la voluntad del Señor: esta imposibilidad es la obligacion que tiene de hacerlas ú omitirlas. Por donde se conoce que todas las obligaciones que tiene el hombre, son obligaciones para con Dios; pero el objeto inmediato del cumplimiento de algunas de estas obligaciones, es unas veces el mismo Dios, otras veces somos nosotros mismos, y otras son los demas hombres. Todas las obligaciones, de cuyo cumplimiento es Dios el objeto inmediato, se reducen á conformar en cuanto podamos todas nuestras acciones con lo que exige su divina esencia, sus atributos y perfecciones, y obrar siempre conforme á su santísima voluntad: pues es nuestro Criador y Señor, debemos adorarle, obedecerle y servirle; porque es infinitamente bueno, misericordioso y veráz, debemos amarle, esperar en él, y creer en él.

Aquellas obligaciones, cuyo cumplimiento tiene por objeto á nosotros mismos, se comprenden en la obligacion de procurar á nuestra noble naturaleza la perfeccion de que es susceptible. Así, debemos adquirir la mayor copia de conocimientos que podamos, debemos conservar nuestra vida y nuestra salud, moderando para conseguirlo todos nuestros apetitos sensitivos; y sobre todo debemos procurar con el mayor esmero no contraer hábitos moralmente malos, y desarraigat los contraidos, para conservar siempre puro y limpio nuestro corazon. Solo de este modo podemos elevarnos al grado de dignidad de que somos capaces, y al que nos destinó conocidamente el Criador, puesto que nos dió los medios para llegar á él.

Todas las obligaciones que tenemos que cumplir con los demas hombres, se reducen á hacer ó no hacer con ellos lo que racionalmente quisiéramos que hicieran ó no hicieran con nosotros, segun lo dicta la razon, y nos lo manda Jesucristo. Así, respetaremos sus personas, sus bienes, su reputacion, porque de este modo queremos que se porten con nosotros; y nunca les haremos daño sin razon; por el contrario, les haremos bien si podemos, porque esto es lo que queremos para nosotros mismos.

## LECCION II.

Todas las obligaciones del hombre se hallan contenidas en la doctrina de Jesucristo, segun nos la propone la Iglesia.

El hombre, por las luces de su razon, conoce muchas de sus obligaciones, pero dominado por las pasiones, su razon se ofusca y se extravía y se ha extraviado siempre, como lo atestigua la historia del género humano. Condolido de tanta miseria nuestro divino Redentor, nos enseñó con la mayor



claridad todas nuestras obligaciones. Auxiliados ahora con su celestial doctrina, conocemos muchas verdades que sin ella hubiéramos ignorado siempre: despues que las conocemos y estamos convencidos de que son verdades, por la irrecusable autoridad de Dios que nos la enseña, las conocemos tambien por nuestra razon; porque podemos no alcanzar á descubrir una verdad, y convencernos de ella cuando nos la manifiestan. Un cristiano sin estudios y de escaso entendimiento, sabe cuales son sus obligaciones mejor que Sócrates, Ciceron, y Séneca; su razon está iluminada por las luces de la revelacion, de que carecian aquellos grandes filósofos.

Esta revelacion, esta doctrina del cielo, salió de los lábios del Hombre Dios, y se nos ha trasmitido por la Santa Escritura y por la Tradicion. Jesucristo instituyó á su Iglesia depositaria de esta doctrina, prometiendo asistirle hasta la consumacion de los siglos, para que conserve en toda su integridad este divino depósito. La doctrina, pues, de nuestras obligaciones, que nos presenta la Iglesia, es la misma doctrina de Jesucristo. Esta doctrina es completa: abraza cuanto tenemos que saber acerca de lo que debemos hacer y omitir, porque es la doctrina de un Dios completamente Santo, y que quiere verdaderamente nuestra felicidad, y nosotros nunca seremos felices si no obramos bien; y no obrariamos bien muchas veces, si ignorásemos algunas de nuestras obligaciones.

### LECCION III.

Idea del culto.—En qué consisten el culto interno y el externo.

Todas las obligaciones que tiene el hombre para con Dios, se reducen á darle culto, es decir, á dar-

le honor, en testimonio de su infinita grandeza, y en prueba de que le estamos sumisos. Este honor abraza el amor, el respeto, la reverencia, la obediencia, el obsequio, el homenaje, la veneracion y adoracion. Así, el culto se compone de todos aquellos actos que son una consecuencia necesaria del conocimiento que tenemos de las perfecciones de Dios. Conocemos que Dios es infinitamente veráz, é infinitamente sábio, que es imposible que se engañe ó nos engañe: la consecuencia necesaria de este conocimiento, es creer en su divina palabra: sabemos que Dios es infinitamente misericordioso y fidelísimo en el cumplimiento de sus promesas; la consecuencia necesaria de esta persuasion es esperar que si nos arrepentimos debidamente de nuestras culpas, nos las perdonará y nos dará la eterna felicidad, como nos lo ha prometido: estamos íntimamente convencidos de que Dios es infinitamente bueno; la consecuencia necesaria de este convencimiento es amarle, porque todo lo bueno es digno de ser amado; sabemos que Dios es infinitamente justo; la consecuencia necesaria de este conocimiento, es temerle si le ofendemos: sabemos que Dios es señor nuestro, que nos ha criado, nos conserva y nos está colmando continuamente de beneficios; la consecuencia necesaria de este conocimiento, es estarle siempre agradecidos, acatarle, rendirle vasallaje y adorarle: iguales consecuencias se deducen del conocimiento que tenemos de los demas atributos de Dios. Pues bien; daremos á Dios culto, si obramos en consecuencia del conocimiento que tenemos de lo que es Dios.

El culto puede ser interno y externo. El culto interno se compone de todos aquellos actos interiores, propios solamente del alma, los cuales son una consecuencia necesaria del conocimiento que tenemos

de las perfecciones de Dios. Cuando creemos en su divina palabra, cuando confiamos en su bondad y en sus promesas, cuando le amamos sobre todas las cosas, cuando somos agradecidos á sus beneficios, cuando nos sometemos á sus disposiciones y á su voluntad, cuando le alabamos y glorificamos por su grandeza infinita, todos estos actos de nuestra alma y otros semejantes, constituyen el culto interno.

El culto externo se compone de todos aquellos actos exteriores que son una consecuencia necesaria del conocimiento que tenemos de las perfecciones de Dios, tales como la oracion vocal, la accion de gracias con palabras, las ofrendas hechas á Dios, el arrodillarnos ó postrarnos en su divina presencia, darnos golpes de pecho, etc. Pero es necesario que estas acciones, para que sean un verdadero culto, vayan acompañadas de la atencion interior y de los sentimientos del corazon, en otro caso serán una hipocresía ó una apariencia de culto.

El culto puede ser absoluto y relativo. Culto absoluto es el que damos á Dios solo, en cualidad de único Señor y Soberano de todo y de todos.

Culto relativo es el que damos á los santos: este culto, lejos de desconocer en Dios su título de único Señor y Soberano, mas bien lo supone y le confirma, porque reverenciamos en los santos el poder, la bondad y la santidad de Dios. «Yo enviaré mi ángel, que irá delante de vosotros, dijo el Señor á los judíos, respetadle, no le desprecieis, porque mi nombre está en él.» Cuando los hebreos se postraban delante del arca de la alianza, delante del templo, ó del monte Sion, no era su intencion dar culto al monte, al templo ni á la arca, sino á Dios, á quien consideraban allí presente. Del mismo modo, cuando nosotros hacemos iguales demostraciones delante de una imágen del Salvador, ó delante de una cruz, no ter-

mina nuestra oracion en este símbolo, sino en Jesucristo mismo. El honor y la reverencia que damos á los santos y á sus imágenes, tampoco terminan ni en las imágenes ni en los santos, sino en Dios á quien damos honor, honrando á los que él llama y son sus amigos y escogidos.

#### LECCION IV.

Culto privado y público: ventajas del culto público.

El culto se divide tambien en privado, doméstico y público. El hombre, en el retiro de su habitacion, y á sus solas en cualquiera otra parte, puede dar á Dios culto tanto interno como externo. Lo mismo puede hacer acompañado de los individuos de su familia, practicando con ellos lo que pudiera practicar á solas. Ultimamente, se puede dar culto á Dios por muchos individuos ó familias reunidas, cuando asisten á los templos ú otros puntos en que los ministros del Señor celebran los misterios de la religion y los divinos oficios, acompañándoles interior y exteriormente á orar y á dar á Dios gloria y honor, como tambien practicando á otras horas ejercicios de piedad y religion.

El culto privado reanima y conserva en el alma las impresiones religiosas. La soledad contribuye mucho á este efecto. Cuando un hombre se halla solo en la presencia de su Criador, se llena su imaginacion de mil ideas respetuosas, acerca de la grandeza, justicia y poder de Dios, acerca del destino último del hombre, y sobre la importancia de proveer á su felicidad eterna, procurando tener propicio al que es árbitro de su suerte.

El culto doméstico es muy recomendable por la influencia que tiene en el ánimo de los criados y de las personas jóvenes de la familia. El ejemplo y la autoridad de un padre, de un amo, de un maestro,

suelen tener mucha fuerza en este caso; pero es necesario no sobrecargar indiscretamente á los jóvenes con continuos y repetidos ejercicios de devoción, lo que tal vez puede producir efectos contrarios á los que deben esperarse: el tedio y la aversion á los actos religiosos.

Una vez que el culto de Dios es una obligacion religiosa, como probaremos luego, el culto público es una institucion necesaria, no solamente porque estamos obligados á dar gloria á Dios ante todas las criaturas, y á manifestar á la faz del universo que reconocemos su infinita grandeza, y el supremo dominio que tiene sobre nosotros, sino tambien porque sin el culto público la mayor parte de los hombres no darian culto ninguno á Dios. El culto público es un estímulo muy poderoso para que se mantenga siempre viva en el alma del hombre la idea de Dios, la idea de su grandeza y de su poder, y de consiguiente del respeto, sumision y obediencia que le deben todas las criaturas. Reunidos en el templo el sábio con el ignorante, el pobre con el rico, el pordiosero con el monarca, todo lo iguala, todo lo llena la Majestad de Dios. Los himnos y cánticos religiosos, lo augusto de las ceremonias sagradas, el silencio y respeto de todos los concurrentes, infunden en el ánimo del hombre un temor santo, y elevan su entendimiento hasta la contemplacion de las cosas del Cielo. Sin la frecuente repeticion de un espectáculo tan grandioso, con dificultad el hombre, distraido frecuentemente por las cosas de la tierra, se acordaria de amar, temer y reverenciar á su Dios. Sin estos sentimientos, sostenidos por el culto público, es muy temible que se amortigüe ó extinga del todo en el corazon del hombre el culto interno por falta de estímulo.

El culto público tiene tambien una tendencia ma-

nifiesta á unir á los hombres entre sí, y á producir y desenvolver afecciones generosas; pues hace nacer tantas reflexiones patéticas, que la mayor parte de los hombres salen de los templos con mejores disposiciones que las que tenían cuando entraron en ellos. Procedentes todos de un mismo origen, preparándose juntos para el término de todas las distinciones terrenas, recordando sus mútuas debilidades y su comun dependencia, no teniendo todos ellos mas que un solo Señor á quien servir, ni que aguardar mas que un solo juicio, objeto de sus esperanzas y temores, es casi imposible en esta posicion mirar á los hombres como á estraños, competidores ó enemigos, y no ver mas bien en ellos hijos de una misma familia delante de su padre comun. En el templo es donde el pobre conoce la dignidad de hijo de Dios; en el templo es donde el rico mira al pobre con respeto, como hechura de Dios lo mismo que él, y con afecto como á hermano suyo; de donde nace en el pobre el sentimiento de su dignidad, y en el rico su afabilidad y moderacion, disposiciones utilísimas para la sociedad.

### LECCION V.

Obligacion de dar culto á Dios.

Estamos obligados á dar culto á Dios, pues Dios no es un Ser sumido, como suponen algunos, en su felicidad, indiferente por lo mismo á todos los obsequios y homenajes que le puede presentar el hombre, como que para nada necesita de ellos. Es verdad que Dios no tiene necesidad de los obsequios y homenajes de los hombres, pero el hombre tiene obligacion de tributar á Dios todo obsequio y reverencia; es imposible que el hombre deje de tributar á Dios obediencia y vasallaje sin faltar á lo que exige su divina esencia, y á su santísima voluntad, porque es la

voluntad de Dios que el hombre conforme sus acciones con lo que exige su divina esencia.

No niegan algunos la obligacion de dar á Dios culto interno, pero dicen que Dios penetra los corazones, y que por lo mismo no tiene necesidad de manifestaciones exteriores, para estar seguro de la obediencia, rectitud y sumision de los que le sirven. Pero se debe tener presente que quien debe dar á Dios culto es el hombre, y el hombre es un compuesto de alma y cuerpo; así, debe dar á Dios culto con el alma y con el cuerpo: los actos religiosos exteriores del hombre no son una mera manifestacion de los actos interiores del alma, constituyen juntamente con estos el culto, que en este caso se llama exterior, para distinguirle del culto interno, que no va acompañado de estos actos exteriores.

Cuando dijo N. S. Jesucristo, que los verdaderos adoradores de Dios le daban culto en espíritu y en verdad, de ninguna manera excluyó el culto exterior, pues él mismo le observó cuando instituyó por sí mismo el Bautismo y la Eucaristía. Exigia mas que el culto puramente exterior, en que no toma parte el corazon, pero alabó las señales de compuncion que daba el publicano y la ofrenda de la viuda. No se puede decir que solamente mandó la oracion mental, cuando el mismo Señor dictó las palabras que habiamos de pronunciar para pedir á Dios, en la oracion del Padre Nuestro.

Es, pues, obligatorio el culto, tanto interno como externo, y no nos exime de esta obligacion la consideracion de que Dios para nada necesita nuestros obsequios. Un poderoso no necesita ciertamente una corta cantidad de dinero que le deben, pero no por eso el que se la debe está exento de pagársela.

## LECCION VI.

Necesidad y eficacia de la oracion.

La oracion, tanto la mental como la oral, es un acto de culto: así las razones que prueban la obligacion de dar á Dios culto, prueban tambien la obligacion de orar á Dios, ó de pedirle mercedes y beneficios; pero ademas hay razones especiales por las cuales estamos obligados á recurrir á Dios en nuestras necesidades espirituales y corporales. Dios es infinitamente poderoso, infinitamente benéfico: él mismo nos invita á pedirle gracias y favores, y seria un desden impío, ó una desconfianza sumamente injuriosa á su divina bondad, no querer aprovecharnos de su generosidad y de sus ofrecimientos, ó desconfiar de que quiera socorrernos.

Así, pues, la oracion es conforme á lo que exige la esencia de Dios, y á su divina voluntad: mas si á la oracion no acompañara la esperanza de conseguir lo que pedimos, no parece que el orar seria conforme á la esencia de Dios, la cual no exige que pidamos á Dios, solo por pedirle, y aunque no esperemos conseguir lo que le pedimos. De consiguiente la obligacion de orar supone que es posible conseguir de Dios lo que le pedimos.

«Pero si lo que le pedimos no es malo, si conviene que lo consigamos, lo conseguiremos sin pedirlo; al contrario, si es malo, ó si no conviene que lo consigamos, no lo conseguiremos aunque lo pidamos. Dios tiene determinado *ab æterno* las gracias que nos ha de conceder ó negar, y sus determinaciones son invariables: con que es inútil toda súplica que le hagamos.» Esta es una objecion que puede oponerse contra la eficacia de la oracion; pero que no tiene fuerza ninguna.

Es cierto que los decretos de Dios son invaria-



bles; pero Dios puede haber determinado *ab æterno* concedernos una gracia si se la pedimos, y no concedérsola si no se la pedimos, por razones presentes á su infinita sabiduría, aunque nosotros no sepamos cuales son, y de las cuales sin embargo podemos conjeturar algunas. Dios quiere que seamos agradecidos á sus beneficios, hay muchos que se olvidan de esta gratitud por el beneficio de la vida, de la salud y de las riquezas que poseen, porque Dios les ha dado todos estos bienes sin pedirselos; pero supongamos que un hombre se halla en peligro de muerte, que pide á Dios con instancias le conserve la vida, y que el Señor se la conserva; veremos que este hombre en la creencia de que el Señor ha accedido á sus ruegos, se manifiesta agradecido y mas obligado á Dios por el nuevo beneficio que ha recibido de su bondad, trata de servirle por lo mismo con mas puntualidad, y se hace un objeto digno de las divinas bondades; y como Dios quiere el bien de los hombres, este sentimiento de gratitud que experimentamos en nuestro corazon cuando el Señor nos concede una gracia que le pedimos, puede ser un motivo para que oiga benignamente nuestras oraciones.

Igualmente puede retener el Señor sus favores para que se los pidamos, como un medio de estimular nuestra devocion, y de conservar el sentimiento de la dependencia en que estamos de nuestro Criador, lo que contribuye poderosamente á contenernos en nuestras voluntariedades y extravíos; y esto siempre es conforme con la bondad de nuestro Criador, que no quiere verse en la necesidad de castigarnos.

Ademas, la oracion es muy propia para hacer mejor al que se acostumbra á orar, como que está habitualmente en la presencia del Señor, con la in-

tima convicción de que el Señor quiere que el hombre mejore cuanto pueda el estado de su alma; pero no se daría este buen efecto, ni tendría su cumplimiento en esta parte la voluntad de Dios, si el hombre no orase, convencido de la inutilidad é ineficacia de la oracion.

Estas consideraciones ú otras semejantes bastan para hacernos conocer que por ellas ó por otros motivos que Dios tenga, aunque nosotros no los alcancemos, nos puede conceder la divina bondad alguna gracia cuando se la pedimos, que tal vez no nos concedería si no se la pidiésemos. El mismo Dios anunció al rey Ezequías, por boca de Isaías, que iba á morir en breve: oró Ezequías suplicando á Dios que le alargase la vida, y el Señor condescendió con sus ruegos, dándole quince años mas de vida, como se lo anunció por medio del mismo profeta.

Debemos, pues, recurrir á Dios en todas nuestras necesidades. Debemos pedirle absolutamente y sin ninguna condicion, nuestra salvacion eterna, y los auxilios de su gracia para conseguirla: los demas bienes, la conservacion de la vida y de la salud, el buen éxito de nuestros negocios, y todas las cosas terrenas, debemos pedir las sometiéndonos siempre y resignándonos en su divina voluntad é infinita sabiduría, que conoce si conviene ó no conviene concedernos lo que le pidamos.

De todos modos debemos pedir á Dios con perseverancia, humildad y paciencia, sin desazonarnos porque el Señor no nos concede lo que le pedimos, ó no nos lo concede tan pronto como se lo pedimos.

La oracion puede ser privada, doméstica y pública, lo mismo que los demas actos del culto; y así es aplicable á la oracion lo que decimos del culto en general.

## LECCION VII.

Respeto que se debe á las cosas santas.

En el verdadero amor de Dios se cifra el cumplimiento de todas las obligaciones que tenemos porque no ama á Dios el que no le obedece, y no le obedece el que no cumple los mandamientos que nos ha dado, y que contienen todas las obligaciones que nos ha impuesto respecto de sí mismo, y con relacion á nosotros y á nuestros semejantes. Entonces, pues, conoceremos que amamos á Dios, si guardamos en todo, y de buena voluntad, sus santísimos preceptos; de modo que estemos dispuestos á perder todas las cosas, aunque sea nuestra propia vida, antes que quebrantar ninguno de ellos.

Algunos espíritus débiles temen no amar á Dios debidamente, si no experimentan aquella sensibilidad y ternura que experimenta la madre, por ejemplo, que ama mucho á su hijo. Mas así como la madre que quiere entrañablemente á sus hijos, jamás les hará mal con intencion, así el que ama sinceramente á Dios, jamás le ofenderá, sin que sea necesario que se conmuevan materialmente sus entrañas. Los efectos del amor de Dios son mas elevados: se sienten en el alma, la cual experimenta un placer inefable, embebida en Dios y en su perfeccion y bondad infinitas.

El respeto á Dios nace necesariamente del amor que le tenemos. Hay un respeto general, que consiste en un sentimiento de asombro, que ocupa toda el alma del hombre cuando se presenta en su mente la idea de Dios. Pero este sentimiento se debilita ó se sofoca del todo, por no detenerse el hombre á contemplar lo que es Dios, y por aquella ligera familiaridad con que se habla frecuentemente de Dios, de

sus atributos, de su providencia, y de las verdades que nos ha revelado.

El Señor ha prohibido formalmente pronunciar su santo nombre en vano, prohibicion que ya el hombre conocia por la luz de la razon. Se toma el nombre de Dios en vano cuando se pronuncia sin motivo justo y suficiente, esto es, cuando de pronunciarlo no se ha de seguir ningun buen efecto, ni para nosotros ni para el prójimo; como cuando se le nombra fuera de los actos de religion ó de un discurso sério, filosófico, teológico, ó de otro modo instructivo, cuando nada significa en la conversacion, cuando le nombramos para espresar nuestra alegria ó nuestro enojo, ó simplemente para afirmar y negar. En todos estos casos faltamos al respeto que debemos á su divina Majestad.

Mucho mas falta al respeto debido á Dios el que toma en boca su sacrosanto nombre por juego y diversion; todavia mas el que se mofa de tan santo nombre, y enormemente mas el que lo asocia con palabras obscenas.

Faltaremos tambien al respeto debido á Dios si le alabamos y le dirigimos nuestras oraciones con frialdad, ó distraidos en pensamientos mundanos. El que jura con falsedad, sin justicia y aun sin necesidad, el que murmura de su providencia, el que blasfema de su santo nombre y de los de sus santos, falta igualmente al respeto debido á Dios.

Tambien es faltar al respeto que se debe á Dios burlarse y ridiculizar las cosas que tienen relacion con él, como la Sagrada Escritura, los lugares, personas y ceremonias destinadas para su culto.

Igualmente no respeta á Dios el que profana sus templos, el que se conduce en ellos con liviandad y sin modestia, y el que no manifiesta el acatamiento debido á su Divina Majestad en las ocasiones nece-

sarias, lo mismo que el que menosprecia á sus ministros. Así el amor de Dios nos conducirá á respetar su Majestad infinita, su sagrado nombre, sus templos y sus ministros, y cuanto tiene relacion con su grandeza y santidad.

### EECCION VIII.

Respeto que se debe á los ministros de la religion.

Los incrédulos, que tanto se afanan por aglomerar argumentos contra la religion cristiana, pintan á los sacerdotes en general como hombres viciosos é ignorantes, para insinuar indirectamente que la religion misma no es mas que una fábula interesada, y compuesta para aprovecharse de los temores y de la credulidad de la multitud, y que se conserva por la influencia y por el fraude de un sacerdote astuto y avaro.

Motejar á todos los sacerdotes de ignorantes y viciosos, es una calumnia manifiesta. Bien largo seria el catálogo, si se quisiera formar, de los sacerdotes eminentes en ciencia y en virtud que ha producido el cristianismo. Puede haber, no lo negamos, algunos sacerdotes que no correspondan á la dignidad de su ministerio con su saber y con el arreglo de su vida. Pero el carácter, el genio, la capacidad y la conducta de este y de aquel sacerdote es independiente de la verdad y santidad de la religion cristiana. Aquellas tristes páginas de la Historia Eclesiástica que llenan de sentimiento á los que profesan la religion de Jesucristo, solo prueban que muchos hombres ceden mas bien á la fuerza impetuosa de sus pasiones, que al conocimiento de sus obligaciones; pero de ningun modo prueban que la religion autorice, ni aun disculpe, antes bien reprueba y con energia, sus excesos. Si pues en ellos se ven envueltos algunos ministros de la re-

ligion, entre tantos otros que la dan honor con su conducta, no por eso son menos verdaderas y puras las verdades que nos enseña. Una de ellas es, como decimos en la leccion anterior, que es faltar al respeto que debemos á Dios, despreciar cualquiera cosa ó persona que tenga relacion con él. Los ministros de la religion, aun los indignos, se hallan revestidos de un carácter que el cristiano no puede despreciar. No es el vicio, ni aun el hombre, á quien respeta en un sacerdote de malas costumbres; es el ministro de Dios, que en este concepto merece toda la consideracion debida á cuanto tiene relacion con la divinidad; y la tiene muy inmediata el que por la misma disposicion de Dios ejerce las funciones sagradas, que no es dado ejercer á ningun profano. Un príncipe vicioso será despreciable por sus vicios; pero siempre deberá respetarse en él la autoridad de que se halla revestido. Un buen hijo sentirá seguramente los defectos de su padre; pero reverenciará al que representa á Dios, y hace sus veces para con él. Un templo ruinoso, mezquino y pobre, no merecerá la atencion como edificio, pero será un objeto de veneracion para el que considere que en él habita la Majestad de Dios. Así un sacerdote de malas costumbres, no será digno de estimacion por su conducta; pero es un ministro de Dios y esta cualidad reclama nuestro respeto y nuestra veneracion.

### LECCION IX.

*Obligaciones del hombre respecto de su alma, de su cuerpo y de su persona.*—Obligaciones respecto del entendimiento: obligaciones respecto de la voluntad.

El hombre tiene obligaciones respecto del alma y respecto del cuerpo. De las que tiene respecto del alma, unas miran al entendimiento y otras á la voluntad. Estas últimas estan comprendidas to-

das en la obligacion de dirigir siempre rectamente hácia lo bueno los actos de nuestra voluntad; evitando con cuidado todos aquellos hábitos que la inclinan á extraviarse del sendero de la virtud. Para cumplir debidamente con esta obligacion, es necesaria la sabiduría ó el conocimiento, á lo menos suficiente, de las ciencias morales, cuyo conocimiento, si ha de ofrecer al hombre toda la utilidad que de él puede esperar, debe estar ligado con los principios religiosos; entonces sabremos con un grande y verdadero provecho para nosotros, y aun para nuestros semejantes, en qué consiste la bondad ó malicia de las acciones humanas, cuál es la verdadera idea de la obligacion, cuántas y cuáles son las obligaciones que tiene el hombre, y cuáles y de cuánta gravedad son las consecuencias de cumplir con ellas, ó desatenderlas, todo lo cual es objeto de la ciencia moral, íntima y esencialísimamente enlazada con nuestra verdadera felicidad, y con la de todo el linage humano.

Pero no son solamente las verdades morales el objeto de la sabiduría, aunque sí es indudablemente el mas importante de todos. El objeto de la sabiduría humana son todas las verdades de cualquier orden que sean, que estan al alcance de nuestra razon. Estas verdades se pueden dividir segun el concepto de cada uno. A la consideracion del filósofo se presentan verdades que inquirir acerca de la naturaleza y propiedades del espíritu, y acerca de la naturaleza sensible ó de todos los seres materiales que componen el universo, sus propiedades y las leyes por donde se gobiernan. Abraza tambien la sabiduría las ciencias exactas, tan útiles en su aplicacion para el adelantamiento en las demas ciencias. La política, la economía, la ciencia de gobierno, en fin, cuantas verdades puede alcanzar el

entendimiento humano, caen bajo la jurisdicción de la sabiduría.

Es obligación del hombre procurar adquirirla según el talento, medios, facultades y mas circunstancias de cada uno. El Señor no nos ha dado el entendimiento que tanto nos distingue de los demas animales, y que tanto nos ennoblece, para que lo tengamos ocioso, sino para que lo empleemos en gloria suya, y en utilidad nuestra y de nuestros semejantes, utilidad que entró sin duda en el plan de la creación formado por la eterna sabiduría. El que no adquiere la suma de conocimientos á que puede aspirar, se opone por su parte á la consecución de los designios del Altísimo, manifestados claramente en haber dado al hombre las facultades intelectuales de que carece el bruto, y por lo mismo quebranta una obligación inherente á su naturaleza.

El hombre sábio y que obra conforme á los consejos de la sabiduría, tiene naturalmente buena fama, es respetado en la opinion comun de los hombres, es alabado y buscado, y su dictámen ó su fallo es de gran peso en el ánimo de los demas. El hombre debe adquirir esta prerogativa en cuanto le sea posible, porque cede en honra y gloria de Dios, en beneficio suyo y de sus semejantes. El Espíritu Santo nos manda cuidar de nuestro buen nombre, el sábio lo ensalza sobre las riquezas. *Bonum nomen super divitias multas*; y el poeta nos aconseja que aunque lo perdamos todo, procuremos conservar nuestra reputacion: y no la tendremos buena, no hablarán bien de nosotros los demas hombres, si nosotros nos conducimos mal; y nos conduciremos mal, si ignoramos el modo de conducirnos bien.



## LECCION X.

*Sobre la necesidad de la educacion y de la instruccion.*

La educacion, en toda su latitud, se puede decir que es la preparacion conveniente del hombre, desde sus primeros años, para el resto de la vida.

Todos los hombres de cualquiera clase y condicion que sean, necesitan esta preparacion, porque sin ella no cumplirán con las obligaciones que todos tenemos respecto de Dios, de nosotros mismos, y de nuestros semejantes; y serán probablemente con el tiempo miserables y viciosos, ora por la falta de medios con que subsistir, ora por falta de una ocupacion honesta y racional, como asimismo serán mal vistos y despreciados por su tosquedad y malos modales. Un hombre sin educacion en medio del mundo, es un objeto no solamente inútil, sino tambien ofensivo y por lo comun temible.

La educacion abraza tres puntos principales: virtud, instruccion y buenos modales. Si el hombre ha de prepararse con tiempo para vivir convenientemente, necesita acostumbrarse desde los primeros años á agradar á Dios, á dirigir con santidad y prudencia todas las acciones que tienen relacion consigo mismo, y arreglar su conducta con los demas, de modo que se capte la estimacion y benevolencia de todos.

Dios y su culto, la resignacion en su voluntad y la obediencia á sus mandatos es el primer objeto de nuestra buena educacion: no hay que esperar que se porte el hombre consigo mismo como corresponde, ni que dé á los demas lo que les debe, sino dá á Dios lo que es de Dios, si desprecia sus santos mandamientos. No suplen este defecto toda la delicadeza y finura de la conducta exterior, o ropel que deslumbra, pero que no puede dar al hombre el mérito.

intrínseco que no tiene. La religion, pues, y el ejercicio de las virtudes morales son una parte esencialísima de la buena educacion.

Lo son igualmente todos los conocimientos que el hombre pueda adquirir segun sus circunstancias. El hombre instruido tiene mucho adelantado para juzgar con rectitud, y de consiguiente para una eleccion acertada en la direccion de su conducta. El que tenga medios para ello debe instruirse en las ciencias hasta donde alcance su entendimiento; cuanto mas sepa, mas medios tendrá de vivir decorosamente, loado y apreciado en la sociedad. No todos tienen proporcion para dedicarse á grandes estudios, pero todos pueden aplicarse á aprender alguna cosa útil. Aun los mas pobres pueden adquirir alguna habilidad ó aprender un oficio proporcionado á su situacion. De este modo evitarán la ociosidad y la vagancia, tan próximas á la caída en los vicios.

No menos es objeto de una buena educacion el acostumbrarse desde niños á tratar á los demas con agrado y con respeto, segun la calidad y condicion de cada uno. El hombre bien educado sabe como se ha de conducir con los superiores, con los iguales y los inferiores, de modo que no ofenda ni dé á nadie motivos justos de resentimiento y quejas. Entra tambien en la buena educacion el abstenerse de todas aquellas acciones que pueden perjudicar y aun desagradar á los demas, aunque no sean moralmente malas. La excesiva curiosidad, la presuncion y la jactancia, la irreflexion é indiscrecion en hablar, la falta de limpieza y aseo, la demasiada familiaridad y libertad, la fastidiosa verbosidad, ó por el contrario una quijotesca taciturnidad, la terquedad en las disputas y otros defectos por este estilo, disgustan á los que estan en nuestra compañía, aunque

sean nuestros amigos. En las reuniones, en la mesa, en el juego, en cualquiera diversion, en todas partes y ocasiones, debemos procurar con el mayor esmero no faltar á las consideraciones que se deben los hombres unos á otros, ni hacernos objeto de aversion ó de desprecio: el habituarse desde niño á evitar todas estas faltas, es absolutamente necesario para adquirir una buena educacion: el hábito contrario, una vez adquirido, se desarraiga con dificultad, ó por mejor decir, nunca se corrige del todo, de lo cual nos presenta la historia ejemplos que deplorar hasta en los tronos. Pedro I, Czar de Moscovia, uno de los monarcas mas ilustres de que hace mencion la historia de los reyes, habia nacido en medio de un pueblo bárbaro, y así recibió una educacion nada correspondiente á su elevado nacimiento. Civilizó á su nacion, fundó un imperio poderoso; pero se quejaba muchas veces de la mala educacion que le habian dado, y lamentaba los resultados de este defecto tan sustancial.

## LECCION XI.

Ventajas de una buena educacion.

Por lo que acabamos de decir en la leccion anterior, se echa de ver desde luego que una buena educacion es la que mas contribuye para que cumplamos con las obligaciones que tenemos con nosotros mismos, y no menos con las que tenemos respecto de Dios y de nuestros semejantes. Muy poderosa es la fuerza de la educacion: puede llamarse muy bien una segunda naturaleza. Abandonado el hombre á sí mismo desde la infancia, sin una guia que le dirija, se extravía indefectiblemente, y un ser tan susceptible de perfeccion presenta un objeto deforme y repugnante, como puede verse en todos aquellos desgraciados que han carecido de padres

zelosos ó mentores instruidos. Miran con indiferencia las obligaciones religiosas, no se cuidan del aprecio de los demas; la ignorancia y el abandono perjudican en sumo grado á su entendimiento, á sus sentimientos, á su salud, á sus comodidades y á su decoro personal.

El efecto contrario son las ventajas de una buena educacion. El hombre bien educado cumple exactamente con las obligaciones religiosas; de este modo es acepto á Dios, y esta persuasion tiene un valor inestimable. Tambien cumple con las obligaciones que tiene para consigo mismo, y de este cumplimiento resulta la ilustracion de su entendimiento, la decencia y dignidad de su persona, la conservacion de su salud, y las conveniencias temporales que son un resultado del estudio y de la aplicacion al trabajo. Cumple igualmente con las obligaciones que tiene para con sus semejantes, no solamente con las obligaciones morales sino tambien con las puramente sociales, de donde nace el buen concepto y la distincion que goza entre los demas, y la seguridad de hallar en ellos aquellas deferencias que á todo el mundo placen; como asimismo aquellos oficios de benevolencia que todos prestan con gusto á la persona que les agrada: deferencias y oficios que no puede prometerse el que ofende y rechaza á los demas con su grosería y rusticidad. Hay injusticias en el mundo; se vé muchas veces desatendido el mérito en la distribucion de las gracias y de los destinos, pero el hombre educado con esmero tiene á lo menos la satisfaccion de merecerlos, y mucho adelantado para obtenerlos, porque no siempre prevalecen los manejos y la adulacion, y otros motivos bastardos, sobre el verdadero mérito. Por último, las personas bien educadas corresponden dignamente á la nobleza de la naturaleza humana, y son el

ornamento y la porcion mas distinguida de la sociedad á que pertenecen.

Los capítulos 1.º y 4.º de los proverbios que copiamos en seguida, contienen excelentes lecciones de buena educacion.

## LECCION XII.

Capítulos 1.º y 4.º de los proverbios.

Parábolas de Salomon, hijo de David, rey de Israel,

para aprender la sabiduría y la disciplina, entender los consejos prudentes, y recibir la instruccion de la *buena* doctrina, la justicia, la rectitud y la equidad;

á fin de que los pequeñuelos adquieran sagacidad ó *discrecion*, y los mozos saber y entendimiento.

El sábio que escuchare *estas parábolas*, se hará mas sábio; y al que las entendiere le servirán de timon.

Atinará su significacion, y la interpretacion de ellas; comprenderá los dichos de los sábios y sus enigmas.

El temor del Señor es el principio de la sabiduría. Los insensatos desprecian la sabiduría y la doctrina.

Tú, oh hijo mio, escucha las correcciones de tu padre; y no deseches las advertencias de tu madre: ellas serán para tí como una corona para tu cabeza, y como un collar precioso para tu cuello.

Hijo mio, por mas que te halaguen los pecadores, no condesciendas con ellos.

Si te dijeren: Ven con nosotros, pongámonos en acecho para matar al prójimo, armemos por mero antojo ocultos lazos al inocente,

atraguémosle vivo, como traga el sepulcro *los ca-*

*dáveres*, y todo entero como si cayese en una sima; y encontraremos *con su ruina* toda suerte de riquezas, y henchiremos de despojos nuestras casas: une tu suerte con la nuestra, sea una sola la bolsa de todos nosotros.

No sigas, oh hijo mio, sus pasos, guárdate de andar por sus sendas;

porque sus pies corren hácia la maldad, y van apresurados á derramar la sangre *inocente*.

Mas en vano se tiende la red ante los ojos de los pájaros voladores,

las asechanzas que arman los impíos, se convierten tambien á veces contra su propia vida, y sus *maquinaciones*, y engaños sirven para perderse á sí mismos.

Así es que el camino ó *la conducta* que siguen todos los avarientos, lleva arrebatadamente sus almas á *la perdición*.

La sabiduría enseña en público, levanta su voz en medio de las plazas:

hácese oír en los concursos de gente: expone sus *útiles* documentos en las puertas de la ciudad, y dice á todos los hombres:

¿Hasta cuándo, á *manera de párvulos*, habéis de amar las niñerías? ¿hasta cuándo, necios, apetecereis las cosas que os son nocivas: é imprudentes aborrecereis la sabiduría?

Convertíos á *la fuerza de mis* reprensiones: mirad que os comunicaré mi espíritu y os enseñaré mi doctrina.

Mas ya que estuve yo llamando; y vosotros no respondisteis: os alargué mi mano y ninguno se dió por entendido;

menospreciásteis todos mis consejos, y ningun caso hicísteis de mis reprensiones:

yo tambien miraré con risa vuestra perdicion, y

me mostraré de vosotros cuando sobrevenga lo que temiais.

Cuando de improviso os asalte la calamidad, y la muerte se os arroje encima como un torbellino: cuando os acometa la tribulacion y la angustia:

entonces me invocarán *los impíos* y no los oiré: madrugarán á buscarme y no me hallarán:

en pena de haber aborrecido la instruccion y abandonado el temor de Dios,

desatendiendo mis consejos y burlándose de todas mis correcciones.

Comerán, pues, los frutos de su *mala* conducta, y se saciarán de los productos de sus *perversos* consejos.

La indocilidad causará á los ignorantes su perdicion, y aquella que neciamente creen ser su felicidad, será su ruina.

Mas el que me escuchare reposará exento de todo temor, y nadará en la abundancia libre de todo mal. *Proverb. 1.º*

Oid, hijos *mios*, las instrucciones de un padre, y estad atentos para aprender la prudencia;

yo quiero daros un rico don, no abandoneis mis preceptos.

Porque tambien yo fui un hijo *querido* de mi padre, y amado tiernamente como único de mi madre,

y él, instruyéndome, me decia: Reciba tu corazon mis palabras, observa mis preceptos y vivirás *feliz*:

Procura adquirir la sabiduría, veas de alcanzar la prudencia, y no te olvides ni apartes de las palabras de mi boca.

No abandones la sabiduría, porque ella será tu protectora, ámala y ella será tu salvacion.

El principio de la sabiduría es *trabajar por ad-*

quirirla. *Y así* á costa de cuanto poseas procura adquirir la prudencia;

aplica todos tus esfuerzos para alcanzarla, y ella te ensalzará: te llenará de gloria cuando la estreches en tus brazos:

añadirás adornos graciosos á tu cabeza, y ceñirá tus sienes con esclarecida diadema.

Oh hijo mio, escucha y recibe mis documentos, para que logres muchos años de vida:

yo te mostraré el camino de la sabiduría, te guiaré por la senda de la justicia,

y entrado que hayas en ella, no se verán tus pies en estrechuras, ni hallarán tropiezo alguno en su carrera.

Mantente adicto á la instruccion; nunca la abandones; guárdala *bien*, pues ella es tu vida.

No te aficiones á los caminos de los impíos; ni te agrade la senda de los malvados,

húyela, no pongas el pie en ella, desvíate y abandónala.

Porque los impíos no duermen si antes no han hecho *algun* mal; y si primero no han causado la ruina de alguno, no pueden conciliar el sueño.

Como de pan se alimentan de la impiedad y beben como vino la injusticia.

La senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el mediodia.

*Al contrario*, el camino de los impíos está lleno de tinieblas: no advierten el precipicio en que van á caer.

Escucha, hijo mio, mis razones y atiende á mis palabras:

jamás las pierdas de vista, deposítalas en lo íntimo de tu corazon,

porque son vida para los que las reciben, y salud ó *medicina* para todo hombre.



Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida.

Arroja de tu lengua la malignidad: y lejos esté de tus labios la detraccion.

Dirige *siempre* tus ojos rectamente, y adelántese tu vista á los pasos que des.

Examina la senda en que pones tus pies, y serán firmes todos tus pasos.

No fuerzas ni á la diestra ni á la siniestra, retira tu pie de todo mal paso: porque ama el Señor los caminos que estan á la derecha, pero los que caen á la siniestra son caminos de perdicion. Mas él hará que sea recto tu camino, y que avances felizmente en tu viaje. *Proverb. 4.<sup>o</sup>*

### LECCION XIII.

Obligaciones del hombre respecto de su cuerpo y de su persona.—Defensa propia.

Respecto de nuestro cuerpo y de nuestra persona, así como es ageno de la gravedad de un hombre el esmero afeminado, así son muy propios de su dignidad la limpieza y el aseo. Otras obligaciones y derechos de mas importancia envuelven las cuestiones de la defensa propia, del suicidio y del duelo.

*Defensa propia.* Pues que nosotros vivimos en sociedad, no tratamos aquí del derecho que puede tener un hombre fuera de ella para defender su propiedad contra un agresor injusto, ni hasta qué estremo puede llevarse la defensa en aquel estado: hablamos de la defensa propia en el estado social, donde se halla modificado y arreglado este derecho, cualquiera que él sea fuera de la sociedad. En esta tenemos recursos contra las agresiones de nuestra propiedad, porque la paz y seguridad comun exigen que el cuidado de prevenir, castigar y resarcir los

daños y agravios , esté á cargo de la ley. A esta, pues, debemos acudir, si podemos hacerlo, para obtener la restitucion de nuestros bienes , ó el evitar que se nos arrebaten. Si el caso es tan apurado que es imposible acudir á la fuerza pública, y nos vemos en la alternativa de ser despojados de nuestra propiedad , ó de quitar la vida al injusto agresor , en sentir de algunos la ley civil, para evitar que se aumenten los latrocinios con gran perjuicio de la sociedad , cuyo interés y bienestar tiene á su cuidado, puede no castigar al que mata al ladron , pero esta tolerancia no exime de culpa al que le quita vida. Segun otros , las autoridades supremas estan autorizadas por Dios para hacer morir á los ladrones, y pueden comisionar para la ejecucion de la ley, que así lo determina, lo mismo que á los tribunales, á los particulares á quienes se intenta robar , y que por lo tanto se puede decir que estan autorizados por el mismo Dios para matar á los ladrones.

Respecto del agresor contra nuestra vida, hay que considerar si es agresor justo ó no lo es. No es lícito, ni aun por conservar nuestra propia vida, quitársela al agresor que obra con justicia; tal es el ejecutor de la pena de muerte que imponen los tribunales. Mas cuando el agresor no es justo , y no podemos conservar nuestra vida, si no á costa de la suya, tenemos derecho para privarle de ella, porque no se puede demostrar que estamos obligados á preferir en este caso á la nuestra la vida del agresor. Ni se oponen á esto los principios de la caridad cristiana. Fundándose en ellos, opinan algunos que nunca es lícito , ni aun por conservar la vida, quitársela al agresor, porque se perderia su alma para siempre, muriendo en el acto de cometer un pecado grave, y el cristiano debe posponer su propia vida temporal á la condenacion eterna de otro hombre, aunque sea

un asesino. Esta razon tendria alguna fuerza, si el acometido estuviese seguro de su salvacion ; pero como no puede estarlo, es pedirle demasiado exigir que exponga su salvacion eterna en gracia de un homicida.

Para que sea lícito dar la muerte al agresor en defensa de la vida propia, es necesario que no tengamos otro medio de librarnos y conservarla, como tratar de convencerle con razones , huir, pedir socorro, herirle para imposibilitarle de consumar su atentado. Si es posible, deben emplearse todos estos medios, antes de quitarle la vida, y solo podremos quitársela, cuando no se puedan emplear, ó cuando son inútiles é ineficaces para contenerle.

Tambien es lícito quitar la vida al agresor injusto, aunque el peligro proceda de una agresion involuntaria, como cuando se equivoca el agresor teniéndonos por otra persona á quien quiere asesinar. El mismo derecho tenemos aunque el agresor no sea injusto , si tampoco es justo, como un demente que nos acomete. Igualmente tenemos este derecho respecto de una persona que tambien le tiene respecto de nosotros , como los soldados en la guerra, ó cuando se hallan dos reducidos á tal situacion , que es indispensable que muera uno de ellos, como cuando en un naufragio se apoderan dos de una tabla en que no cabe mas que uno; casos que suceden raras veces, y por lo comun no dan lugar á la reflexion, pero que sin embargo, cuando la hay estan comprendidos en la regla general.

En el mismo caso que la vida, colocan los moralistas la conservacion de la castidad.

De toda esta doctrina se sigue , que excepto en el caso de estar uno autorizado por parte de la ley, ó de hallarse en peligro inmediato la vida ó la castidad, y no haber otro medio de conservarlas que el

dé dar la muerte al agresor, no se puede quitar la vida á ningun hombre. Pero nunca es lícito proponernos como fin de nuestra accion la muerte del agresor, sino como un medio necesario para defendernos; ni á quitarles la vida debe movernos el ódio, ni el espíritu de venganza.

#### LECCION XIV.

##### Suicidio.

Por mas penosa y acerba que sea la vida, á nadie deja de causar espanto el aspecto de la muerte. Angustiada una viejecita por no poder poner en la cabeza un hacecillo de leña que habia juntado en el monte, y considerando la trabajosa vida que llevaba, pobre, desamparada, y obligada para subsistir á un trabajo á que no alcanzaban sus fuerzas; llamó desesperada á la muerte: se presentó ésta, la preguntó en qué podia servirla; y la buena vieja, asustada al ver aquel cadáver descarnado con la guadaña en la mano, y en actitud de segarla el pescuezo, la respondió temblando: *Te he llamado para que me ayudes á cargar este haz de leña.* Sin embargo, hay casos extremos en que mira el hombre la vida como una carga insoportable, y como inútil y aun onerosa para los demas; sus padecimientos son horrorosos, su muerte es infalible, y será un alivio y descanso para los que le rodean, y un bien para él, pues que se libra de tanto padecer; no tiene parientes, no tiene amigos, á nadie está sosteniendo; en fin, no hay motivo alguno para que sea sentida su muerte; el suicidio en este caso es un bien para el suicida y para otros muchos, y no es un mal para nadie; ¿por qué, pues, ha de reprobarse?

Con todo, el suicidio en cualesquiera circunstancias está prohibido por la ley natural. Si las razones que hemos alegado pudieran justificar ó disculpar el

suicidió; del mismo modo pudieran justificar ó disculpar el homicidio, el robo y otros delitos graves. Un padre de familia se vé rodeado de un gran número de hijos desnudos y hambrientos, es un anciano sin fuerzas para trabajar, está su muger gravemente enferma tendida en unas pajas, no tiene ningun recurso humano, la caridad pública se ha agotado ya; el padecimiento de este infeliz es para él mas cruel que la misma muerte, ¿podrá, pues, quitar la vida á un avariento rico, á quien sucederá en la posesion de cuantiosos bienes, con lo que cesarán todas sus desgracias y vivirá feliz? ¿No podrá á lo menos arrebatarle una parte de su riqueza? Nadie, por cierto, le concede semejante derecho.

Dios no nos ha dado la vida para nosotros solos, sino para la sociedad de que formamos parte. La misma ley natural que manda á la sociedad velar por la conservacion de todos los miembros que nacen en su seno, manda tambien á cada uno de ellos prestarla sus servicios, y contribuir en cuanto pueda y por todo el tiempo que pueda, al bien general de los asociados. Por desgraciado que sea un hombre, nunca se puede decir que es un miembro inútil y una carga para la sociedad. Pues bien, mientras el hombre pueda servir de algun modo á los demas, falta conocidamente á la obligacion que le liga con todos ellos, privándoles con su muerte de los servicios que tienen derecho á esperar de él, y ningun hombre, por apurado y extremo que sea el caso en que se halle, puede considerarse inútil, porque aunque lo sea hoy, no sabe si lo seria mañana; y porque aunque solo sirva para dar ejemplo de paciencia, siempre se sigue de aquí una grande utilidad.

Si la regla para apreciar la moralidad del suicidio, fuera la utilidad ó inutilidad de la vida del suicida, si fuera su bien y su mal particular, se plagaria la

sociedad de suicidios: cada uno en un momento de melancolía, en la violencia de una pasión, al pasar de repente de la opulencia á la mendicidad, y en otras mil ocasiones, se creeria autorizado para quitarse la vida. Semejantes razones no podrian abonar la justicia de una ley, que permitiese quitar la vida á otro hombre; pues tampoco pueden abonar el permiso de quitársela uno á sí mismo.

### LECCION XV.

Segue el suicidio.

Solo Dios es el dueño absoluto y único de nuestra vida; solo él puede disponer de ella, y aquellos en quienes delega su autoridad; y no la delega ciertamente en ningun particular, porque de semejante delegacion, se seguirian mil males á la sociedad, perecerian continua y sucesivamente muchos de sus individuos, con todas las consecuencias de tan sensible pérdida: consecuencias generales para toda la sociedad, y particulares para las familias y personas; las obligaciones que se abandonan, las esperanzas que se defraudan, las pérdidas, la afliccion ó las desgracias que la muerte del suicida, y su naturaleza y circunstancias pueden causar á su familia, á sus parientes y amigos; la ocasion que dá para que otros sospechen de la sinceridad de los sentimientos morales y religiosos que habia profesado mientras vivia: es imposible que Dios no repruebe todos estos males, y que autorice de consiguiente para causarlos.

Así, pues, es atentar contra los derechos de la soberanía de Dios, contrariando ademas los desig-nios que su infinita sabiduría se ha propuesto al concedernos la vida, el privarnos de ella sin estar autorizados por el mismo Dios, y no lo estamos segun lo acabamos de probar. ¿Quién le ha dicho al

hombre, por grandes que sean los trabajos que está padeciendo, que no los dirige el Señor á un fin conveniente, concebido desde la eternidad en los consejos de su insondable sabiduría? Blasfema contra la Providencia divina el que tal piensa. Seria pues, contrariar abiertamente los designios de Dios el privarse voluntariamente de una vida que si ningun género de duda tiene el Señor destinada, la cual ella es, para algun objeto, digno de su sabiduría y de su bondad.

De consiguiente, por trabajado, por abrumado, por desesperado que se vea un hombre, y aunque su lastimoso estado no proceda de sus locuras y de sus vicios, sino de causas en que ninguna parte haya tenido su voluntad, aunque se crea ó esté realmente despreciado de todos, deshonrado y afrentado, nunca, en ningun caso, tiene derecho para quitarse la vida. Ni aun en el caso mas extremo y desesperado atentará contra ella el varon justo y temeroso de Dios: buen ejemplo de esta verdad nos presenta la Sagrada Escritura en el santo Job.

La virtud es la fuerza del alma. Si la ley natural autorizase al hombre para ceder á la fuerza de los padecimientos, le autorizaria para no ser en este caso virtuoso. Ni aun los paganos pensaban de este modo: los estóicos creían que un hombre sin virtud, ó sin fuerza en el alma, no es hombre y no tiene ciertamente mucho valor, el que sucumbe á la fuerza de los trabajos y penalidades de la vida. No es un acto de valor, es una debilidad, una cobardía, dejarse vencer en los combates que todos tenemos que sostener, puesto que la vida del hombre es una milicia en la tierra.

Todas las razones que reprueban el suicidio, reprueban tambien exponerse voluntaria y temerariamente al peligro de perder la vida. Así, está prohi-

bido el duelo como un suicidio intentado, porque el duelista se expone libremente á perder su vida; al mismo tiempo que tambien está prohibido por la exposicion de cometer un homicidio, dando la muerte al adversario: pero acerca del desafio y del duelo hablaremos en la leccion siguiente.

## LECCION XVI.

### El duelo.

El homicidio, fuera de los casos en que el hombre está autorizado para quitar la vida á otro hombre, es un delito gravísimo.

No solamente se nos prohíbe cometer un delito, sino tambien exponernos á cometerle. En un duelo se exponen manifiestamente los combatientes á perder la vida y á quitársela mutuamente, y uno y otro es un delito. Así, tanto el que desafía como el que acepta el desafio, se exponen á cometer dos delitos, y esta exposicion ya es un crimen. Como tal el duelo, y por consecuencia la provocacion á él, ó sea el desafio, está prohibido por la ley natural, por la ley divina positiva, y por las leyes humanas, eclesiásticas y civiles. La ley natural y la ley divina positiva, prohiben á todo particular el matar á otro tomándose la justicia por su mano; tambien prohiben á todos atentar contra su vida propia; las leyes eclesiásticas excomulgan á los duelistas, y privan de sepultura eclesiástica á los que mueren en esta clase de combates; y las leyes civiles castigan el duelo con severidad.

Niegan algunos que el duelo se oponga á la ley natural y á la ley divina positiva, escluyendo el duelo de los casos en que una y otra ley prohiben el suicidio y el homicidio. En cuanto al suicidio, véase lo que hemos dicho en las dos lecciones anteriores. Pero como las razones que alegan, si justificáran el



desafio y el duelo, justificarian igualmente el suicidio y el homicidio, probando como hemos probado ya, que no tienen fuerza ninguna, se sigue que el duelista es ó se expone voluntariamente á ser suicida y homicida; y el suicidio y el homicidio son moralmente malos en el duelo, lo mismo, y muchas veces con una malicia mayor, que en otros muchos casos.

Primeramente, si el desafio tiene por objeto vengarse de alguna injuria, ya se sabe que la venganza es una pasion innoble y vil, que está prohibida siempre y por siempre y bajo todas sus formas. Si solo tiene por objeto reparar alguna injuria, desde luego esta razon no favorece al que acepta el desafio, que no es el injuriado. Tampoco le favorece el derecho de la defensa propia, porque puede recurrir con tiempo á la autoridad para prevenir y evitar la agresion. El que desafia no repara seguramente por medio del duelo la injuria que ha recibido. Si alguno me ha llamado á mí ladron, aunque yo le hiera ó le quite la vida en el combate, siempre quedaré llamado ladron; y el juicio que hayan formado ó las sospechas que hayan concebido los que han oido la injuria, no se reformarán porque yo quede vencedor en el duelo; no siempre tiene razon el que vence. ¿Y si soy vencido? Saldré injuriado y castigado. Bajo este concepto el desafio es un despropósito.

—Pero mi honor exige que desafie al que me ha injuriado: si no le desafio viviré deshonorado, pues que me dejo ultrajar sin pedir una satisfaccion.— Este reparo es contrario á la ley de Jesucristo, que nos manda perdonar las injurias, y aun lo exige como condicion para pedir á Dios el perdon de las ofensas que cometemos contra su Divina Majestad; y no se concibe como el hombre perdona una inju-

ria tratando hasta de matar al que le ha injuriado, solo por conservar su honor. Mas aunque esto fuera posible, el desafio siempre es un delito, y un delito grave en la sociedad: es una desobediencia á las leyes, es una usurpacion del derecho de castigar los excesos, el cual solo compete á la autoridad: la ley natural manda á los hombres que viven en sociedad obedecer las leyes, y no arrogarse las facultades que corresponden únicamente á los que mandan: así el desafio en la sociedad es tambien contra la ley natural.

### LECCION XVII.

Sigue el duelo.

Si las leyes civiles no son adecuadas para la competente indemnizacion ó reparacion de los agravios, mucho menos inconveniente es su mismo defecto, que permitir á los particulares un medio tan violento de reparar un agravio, y dejar á su arbitrio la apreciacion de los casos en que deben emplearle. Semejante permiso causaria necesariamente innumerables males. Un autor de mucho peso asegura que en el espacio de diez y ocho años, en tiempo de Enrique IV, rey de Francia, perecieron en aquel reino cuatro mil caballeros en el duelo; otro refiere que perecieron á lo menos trescientos hombres, víctimas de esta manía, en la menor edad de Luis XIV; y Teófilo Raynaud calcula que podian componer un ejército los que en aquel reino murieron de esta manera en un período de treinta años. Este resultado tiene el dejar la vida expuesta al capricho, al mal humor, á la excesiva sensibilidad y delicadeza, al orgullo y á la soberbia, ó á las cavilaciones de un quisquilloso.

No hay ninguna razon para creer que un hombre sufre una injuria precisamente por abyeccion de

ánimo; puede tolerarla por motivos de religion, por no exponer su familia á las fatales consecuencias de un duelo, ó por otros motivos igualmente poderosos y justos. ¿Quién dirá que este hombre no tiene honor?

—Pero se le nota de cobarde, y el cobarde no tiene honor.—Otra preocupacion. El hombre mas valiente del mundo puede muy bien no querer prestarse á perder la vida ó quitársela á otro, por ser una grave ofensa de Dios, y por otras consideraciones temporales y poderosas; y por lo comun los hombres verdaderamente valientes no son penden-cieros ni espadachines. Fuera de esto, ¿es el valor el que conduce al duelista al sitio del combate? También se muere con cobardía. ¿Y por qué no ha de tener honor el que tiene miedo á la muerte? Este temor es natural, y ninguna cosa natural deshonra al hombre. ¿Por ventura no tiene honor el que nació contrahecho, el que tiene una constitucion débil, ó un entendimiento de cortos alcances?

El delito, es lo único que deshonra al hombre. Así en la estimacion de los varones rectos y cuerdos nada pierde el que se abstiene de semejantes provocaciones, y el que se desentiende de ellas y las desprecia.

Confiesan algunos la enormidad del desafio á muerte; pero quisieran que vista la insuficiencia de las leyes para la reparacion de las injurias, se permitiese el duelo bajo ciertas condiciones; la principal, que no se llevase á tanto extremo, y que la muerte en este caso se castigase como un asesinato. Este deseo tiene contra sí todas las razones que condenan el desafio á muerte, sin mas diferencia que el mas y el menos, diferencia que no exige de su malicia respectiva á un duelo de cualquiera clase. Además, autorizado el duelo hasta

cierto grado, era inevitable que trapasase los límites prescritos por la ley: sería muy difícil que se contuviera el que acometía á su adversario, impelido por el resentimiento. Tampoco faltarían nunca excusas para cohonestar el homicidio, suponiéndole casual, ó necesario por la actitud ofensiva del que habia perecido.

Por otra parte, aunque se pudiese proveer suficientemente á la seguridad de la vida de los contendientes, semejante autorizacion presentaria diariamente el espectáculo de estos combates. La seguridad de no morir conduciría á la arena á una multitud de jóvenes y de insensatos, con el objeto de darse á conocer, y hacerse visibles, desórden que tendría tanto de perjudicial, como de cómico.

### LECCION XVIII.

Obligacion de trabajar impuesta por Dios á todos los hombres.

Si nuestro primer padre se hubiera mantenido fiel y obediente al Criador, ni él, ni su descendencia hubiera tenido necesidad de un trabajo penoso para alimentarse: la tierra hubiera dado espontáneamente á todos los hombres cuanto fuera necesario, no solo para su manutencion, sino tambien para su regalo; el cultivo entonces de la tierra hubiera sido para el hombre un verdadero recreo; y en este sentido colocó el Señor á Adan en el paraíso *para que lo trabajase*. Pero Adan desobedeció á Dios; pecó, y el Señor le castigó, condenándole á morir, y á tener que trabajar para conservar su vida. En este castigo quedó envuelta toda la posteridad de Adan y Eva, así como los hijos heredan naturalmente las enfermedades contagiosas de que adolecen sus padres.

El género humano, tomado colectivamente, tie-

ne, pues, obligacion y necesidad de trabajar, si quiere conservarse. Todo lo que el hombre necesita, tiene que haberlo de la naturaleza, mas la naturaleza no se lo presenta, en el modo y forma que el hombre necesita las cosas para hacer uso de ellas: tiene el hombre precision de trabajar para preparar en utilidad propia los dones que ha puesto á su disposicion el Criador de todo. La tierra, que es la que mas contribuye á satisfacer las necesidades del hombre, produce sin cultivo algo, sí, pero poco en algunos paises fértiles, muy poco en los que no lo son, y nada ó casi nada en otros muchos estériles y ásperos: si los hombres, pues, no la cultivaran, no solamente se verian privados de todas las comodidades y regalos que proporcionan los productos de la tierra y su elaboracion, sino que el número de los individuos de la especie humana seria sumamente reducido, y en vez de las muchas y poderosas naciones que pueblan la tierra, solo se verian en ella algunas pequeñas reuniones, cual se ven algunos grupos de matas dispersos y distantes entre sí en una vasta y árida soledad.

Dios quiere que los hombres se multipliquen, y vivan reunidos en sociedad, y se aprovechen para su bienestar de cuanto puede producir la naturaleza. Nada de esto puede conseguir el hombre sin trabajar: luego si ha de cumplir con la voluntad de Dios, es necesario que trabaje, y tambien lo es si ha de vivir con comodidad.

Es cierto que en el órden actual de las cosas no está obligado á trabajar para subsistir cada uno de los hombres, pero todos estamos obligados á evitar la ociosidad, que es enemiga del alma, y á ser útiles á nosotros mismos y á los demas hombres; lo cual no se puede conseguir con una absoluta inaccion. El que por sus circunstancias no necesita tra-

bajar corporalmente , puede sin embargo , segun su posicion respectiva , ocuparse en preparar leyes , instituciones , manufacturas , casas de beneficencia , mejoras y trabajos públicos ; procurar , empleando bien sus riquezas , un establecimiento rural á familias menesterosas ; puede dedicarse á las ciencias y á las artes : en fin , en manos del hombre está vivir siempre ocupado en algun trabajo , y esta es su obligacion y su interés , porque seguramente pasa una vida insulsa el que está siempre desocupado y ocioso : no consiste solamente la felicidad del hombre en estar libre de los cuidados que acompañan á la indigencia ; el tiempo se hace enojoso é insoportable cuando el hombre no tiene nada que hacer , ó cuando solo se emplea en frivolidades y pasatiempos ; las diversiones tienen su tiempo determinado , y si se frecuentan y repiten con exceso , pierden la mayor parte de su mérito , y lejos de satisfacer al hombre , le cansan y fatigan . El hombre disipado , perezoso y haragan , priva por su parte á la sociedad de los muchos bienes que resultan naturalmente de la laboriosidad de sus miembros , y nada retribuye por las ventajas y beneficios que de ella recibe . Además , y principalmente , la moralidad no gana nada con la holgazaneria : de esta procede en el rico la molicie , y la corrupcion con todo su séquito de desórdenes y vicios ; y en el pobre la prostitucion , la estafa y el robo , á que acompaña muchas veces el asesinato . No es natural que el que acostumbra á vivir en el ocio y en la holganza , contraiga un hábito bueno , y está en un peligro inminente de contraer muchos malos .

### LECCION XIX.

*Ambicion*: reglas para el buen uso de esta pasion.

El deseo fuerte y constante de adquirir buena

fama, honores, condecoraciones y distinciones, y de sobresalir entre todos los demas, se llama ambicion. Este deseo no será vituperable, antes bien es muy laudable, y un móvil muy poderoso de hazañas y empresas heróicas, cuando el objeto es lícito, y cuando para su consecucion solo se emplean medios honestos y nada reprehensibles: será, por el contrario, la ambicion una pasion perjudicial y funesta, si el hombre se propone un objeto reprobado, ó si á trueque de lograr lo que desea con ansia, no repara en los medios por criminales que sean.

El templo de la gloria no tiene mas que un camino: el mérito. ¿Quieres verte ensalzado? Pues procura merecerlo. Toma por guia á la virtud y á la sabiduria: sin estas dos prendas no pienses jamás llegar al punto de gloria á que aspiras. Te vés en un alto puesto que ambicionas; pero lo escalaste á traicion, derribando pérfidamente al que lo ocupaba; le perseguiste, le desacreditaste, injustamente, le calumniaste: ó bien te humillaste vergonzosamente ante un poderoso, te degradaste, te prostituiste. ¿Crees tú que la traicion, ó la abyeccion pueden suplir el mérito que te falta? Pues no: conseguiste lo que deseabas, ya te vés elevado en la sociedad; pero en vez de la gloria que buscabas, no hallas mas que desprecio y vituperio. ¿Te elevó la casualidad ó la afeccion de un magnate, no la intriga ni la adulacion? Pues bien: has conseguido lo que deseabas, pero nada has adelantado, porque el alto destino en que te vés colocado, exige de tí conocimientos y prendas que no tienes. Ya eres general en gefe de un ejército, gloria que tanto te deslumbraba, pero ni tienes valor ni ciencia militar; eres llamado á dirigir los destinos de tu nacion, ya vés cumplido tu ardiente deseo; pero eres un huesped en la politica y en la diplomacia. ¿Qué has con-

seguido en uno y otro caso? Tu descrédito.

Repara luego en las funestísimas consecuencias de una ambicion insensata. Una ambicion desmesurada y cuyo objeto es un delito, arrastra á muchos á la rebelion; y la rebelion los conduce al cadalso. Un general pusilánime ó imperito puede entregar un estado á merced de sus enemigos; un ministro ignorante compromete los intereses mas preciosos de una nacion.

Al contrario, ¡ cuánta gloria, cuán grande estimacion no proporciona al hombre una ambicion fundada y noble; cuántos bienes á la cosa pública! *Est pulchrum digito monstrari, et dicier: Hic est.* ¡Qué satisfaccion tan grande es para un hombre que le señalen con el dedo diciendo: *Este es!* Este es el hombre grande por su saber y por sus hazañas. Gran ventura es la de aquellas naciones donde abundan estas almas generosas, estos hombres privilegiados con que se envanece la humanidad. Uno solo salva muchas veces una nacion, ó labra su felicidad.

El celo religioso y el amor de la patria dirigieron sin duda la intencion de D. Pelayo y de Isabel I. Mas si la ambicion de gloria y celebridad hubiera sido el móvil de su conducta, su deseo hubiera quedado completamente satisfecho: su gloria es inmarcesible, y su nombre será ensalzado mientras haya hombres. D. Pelayo con un puñado de gente contuvo el poder formidable de los califas y asentó los cimientos de la restauracion de la monarquía española. Isabel coronó la obra de Pelayo, expulsando al Africa los últimos restos del Alcoran; descubrió un hemisferio desconocido hasta su tiempo; gobernó guiada siempre por los principios de justicia, de piedad y de la mas sana política; y al morir legó á la España siglo y medio de preponderancia en el continente de Europa.



Matatias se propuso librar á su nacion de la opresion y crueldades de Antioco , y lo consiguió , á pesar del poder de aquel monarca , y de los débiles medios con que contaba para su empresa. Carlos XII solo contaba diez y seis años cuando subió al trono de Suecia : se coligaron contra él la Dinamarca , la Rusia y la Polonia : sus consejeros le hicieron presente la necesidad de entrar en negociaciones: nada de eso, dijo el jóven monarca; mañana me pongo al frente del ejército; acometeré primero al rey de Dinamarca y le venceré; despues al de Polonia y al Czar y tambien los venceré; y los acometió y los venció , librando á la Suecia de su ruina.

No son para todos estos ejemplares tan elevados, pero en todo género , en todos estados y condiciones, hay modelos que imitar; la pasion que te incita á imitarlos se llama emulacion; nunca saldrás de una oscura medianía si no tienes emulacion , pasion noble y fecunda en virtudes morales cívicas. No te arredren las dificultades: *volenti nihil difficile est*: una resolucion firme vence todos los obstáculos. Demóstenes miraba de mal ojo á Filipo, rey de Macedonia , y deseaba vivamente hablar contra él en la tribuna de Atenas ; pero tenia un defecto natural que le impedia hablar expeditamente ; se empeñó en corregirlo , lo corrigió á fuerza de tiempo y de constancia, y llegó á ser el primer orador de la Grecia, y de los primeros del mundo. No hubiera llegado Newton á la cúspide del saber , si no se hubiera aplicada al estudio con tanta intension y perseverancia: *sapientia invenitur ab his qui querunt illam*, dice el Sábio. Si dices como el perezoso: *leo est foris, occidendus sum*; si te detienen las dificultades, si las aumentas en tu imaginacion, no harás nada de provecho.

Tú deseas distinguirte por tus conocimientos, pero quisieras adquirir muchos en poco tiempo. No puede ser; es necesario empezar, porque lo que no se empieza no se acaba, pero es necesario tiempo para concluir una obra. No te impaciente: *vis magnus esse? Aminimo incipe.*

No esterilices el deseo de igualar á los que sobresalen en mérito y en virtudes : si todos hicieran lo mismo , ¡pobre sociedad! No consultas tu propia dignidad, si miras con indiferencia la gloria de tu nombre. Librate, sí, de la gloria vana, que solo sirve para hinchar el corazon ; librate sobre todo de emular el renombre y brillo de aquellas hazañas, que llevan consigo la efusion de sangre inocente, y la desolacion de los pueblos.

## LECCION XX.

*Codicia:* reglas para usar bien de las riquezas.

La codicia es un deseo vehemente y desarreglado de dinero , bienes y riquezas. Pueden estas adquirirse por malos y buenos medios. El estafador , el usurero , es en la sociedad lo que una planta venenosa en un jardin; pero no está prohibido al hombre desear y procurarse riquezas con su trabajo y su industria, ó por cualquier medio lícito, y con el fin de hacer de ellas un uso recto y conveniente.

Lo que importa mucho á los ricos es saber el uso que han de hacer de sus riquezas.

Las riquezas deben emplearse con preferencia en satisfacer las obligaciones de justicia; mas no llena con esto el rico todas las obligaciones que tiene; las tiene tambien de caridad, y estas le ligan tanto como las de justicia ; no hay mas diferencia sino que las obligaciones de justicia pueden hacerse cumplir por la fuerza pública, y las de caridad no. El rico, pues , está obligado en conciencia á socorrer á los

necesitados, sin que por eso le esté prohibido hacer de sus riquezas un uso moderado y prudente en provecho y utilidad propia.

Tambien puede conciliar los dos extremos , empleando sus fondos de modo que redunden en beneficio suyo y de las clases menesterosas , estableciendo talleres donde hallen trabajo los pobres, fundando establecimientos rústicos , dando la mano á personas honradas y laboriosas , para que se ingenien con algun género de industria ó de tráfico ; y por otros muchos medios que fácilmente hallará un corazon benéfico , y una voluntad decidida á socorrer al pobre.

Para que el hombre use de esta manera de sus riquezas, pueden servir las consideraciones siguientes:

1.º Que es un error creer que el hombre es dueño de lo que tiene; el único dueño y propietario de todos los bienes es Dios, que los distribuye á los hombres segun le place ; pero solo para el uso conducente á los fines que en todo se propone su infinita sabiduría. En estos fines de Dios , como que es infinitamente bueno y benéfico , como que es Padre de todos los hombres , y á todos los ama como hijos suyos , no puede entrar el propósito de que unos abunden en conveniencias y regalos , y otros perezcan de hambre y de miseria; y por lo tanto, cuando el Señor favorece á unos con bienes en abundancia , es con la pension de aliviar las necesidades del pobre. El Soberano autor de todas las cosas pudiera , si quisiera , distribuir sus dones con perfecta igualdad entre todas sus criaturas, y hacer que esta igualdad permaneciese perpétuamente. Pero el Señor , en los eternos consejos de su sabiduría increada , estableció un plan y un sistema que seria necesario alterar á cada momento , para evitar la desigualdad que necesariamente han de producir

en las fortunas la desigualdad natural de los hombres, y las leyes por donde dirige su infinita sabiduría todo el universo.

2.º Que si el rico se viera en la situación del pobre, querría que los que pudiesen remediasen su necesidad. Y debe hacerse el cargo de que lo que quiere para sí debe quererlo para los demás.

3.º Que no hay satisfacción alguna del corazón humano comparable con la que resulta de enjugar las lágrimas que hace derramar la indigencia. El rico se priva desaconsejadamente de este placer, por entregarse á otros que con la continuación le son ya tal vez insípidos y fatigosos, ó á gustos prohibidos y criminales, que por lo mismo llenan su corazón de amargura, y su conciencia de remordimientos.

El rico avariento, miserable y ruin, recibe aun en esta vida la recompensa de su mezquindad: las riquezas, que bien expendidas debieran proporcionarle conveniencias y satisfacciones, guardadas con cerrojos y candados, solo le causan cuidados y sobresaltos: *in fructibus impii conturbatio*. El hombre cicatero y roñoso anda generalmente desaseado y sucio: todos le señalan con el dedo, es objeto de compasión y burla. Tú debes ser económico, pero no mezquino.

El hombre desprendido soporta con resignación una pérdida en sus intereses, pero al avaro le causa una pesadumbre mortal. No hay suerte mas digna de lástima que la de un sórdido codicioso: padece por toda su vida mil privaciones por atesorar el dinero que por último tiene que dejar, muchas veces sin saber á quién: *thesaurizat, et ignorat cui congregavit ea*: procura tú juntar un tesoro para el cielo; los pobres te lo reunirán allí. La codicia conduce al hombre á ser desapiadado é insensible con los

pobres : no le mueve el espectáculo de la miseria; su corazón está endurecido ; mira con ojos enjutos y con la mayor indiferencia y frialdad las angustias de la pobreza; tal vez es un epulón, pero algún día llegará en que pedirá un refrigerio al mendigo Lázaro , á quien no quería socorrer aunque le veia muerto de hambre , cuando él se estaba regalando opíparamente.

*Melius et modicum justo super divitias peccatorum multas* : es mas feliz el justo con su escasez que el pecador en medio de su opulencia. Las riquezas deben servir para agradar á Dios , no para ofenderle : muy bien puedes agradar á Dios aunque seas poderoso: bien ricos fueron muchos santos que veneramos en los altares. Si has de ser vicioso siendo rico, mas vale que seas pobre: *melius est parum cum timore Domini, quam thesauri magni et insatiabiles*. La pobreza tiene á la verdad sus inconvenientes y peligros ; por eso Salomon pedia á Dios que no le hiciese pobre; pero las riquezas los tienen mayores ; por eso pedia tambien á Dios que no le diese riquezas; conténtate tú con lo necesario, y alaba y bendice á Dios que te lo dá.

Si la Providencia te ha favorecido con bienes de fortuna , considera que no te los ha dado para tí solo : debes ser un prudente administrador. El dinero atesorado es una riqueza muerta: puesto cuerdamente en circulacion contribuye al aumento de la riqueza pública, y cede por consecuencia en beneficio de todos. De este bien priva á la sociedad el que solo piensa en ir llenando sus arcas cada dia mas y mas ; y por lo regular sus tesoros vienen á parar en unas manos disipadoras , de cuyos locos dispendios tampoco se siguen grandes ventajas en la parte económica , pero sí muchos males en la parte moral.

LECCION XXI.

*Sobre el uso conveniente de los placeres de los sentidos: reglas para librarnos del aliciente de los placeres prohibidos.*

Los placeres prohibidos tienen mucho atractivo para el hombre, porque cree hallar en ellos toda su felicidad. Se engaña. Los placeres de los sentidos, especialmente los de la especie mas grosera que son los que mas mueven al hombre, no duran sino muy poco tiempo, y es muy corto el que el hombre puede emplear en disfrutarlos; pierden su fuerza con la repeticion, y llegan á hacerse casi indiferentes; y de todos modos nunca son lo que nosotros nos figurábamos en nuestra imaginacion, ni merecen la pena de que pensando siempre en los medios de disfrutarlos, nos privemos de otros no menores, que pudiéramos gozar inocentemente y sin remordimientos. El que se entrega á esta clase de placeres se vá disgustando de ellos gradualmente, cae en un estado de languidez que le acompaña aun en el acto mismo de disfrutarlos, y padece mucho sin embargo con su privacion.

Ademas, muchos de estos placeres arruinan la fortuna y la salud, ocasionan al hombre con frecuencia compromisos graves y peligrosos, de modo que por un momento de placer se vé el hombre en una continua inquietud y sobresalto; ó cuando menos abrumado de cuidados y pesadumbres.

Y no hablemos del remordimiento de la conciencia; de ese severo é importuno censor, de ese gusano roedor, de ese torcedor que por mas que quiera el hombre desentenderse le está atormentando sin cesar en medio de sus placeres favoritos y de sus diversiones, aun las mas ruidosas, y recordándole la justicia del Supremo Juez de todos los mortales,

cuyos efectos han de durar por toda una eternidad.

Si el hombre se para detenidamente en todas estas consideraciones, conocerá que no en el vicio es donde ha de encontrar aquella calma, aquel contento, y aquella satisfaccion interior, que es lo único que puede hacer llevaderos los trabajos de esta vida, y proporcionarle la felicidad parcial que en ella podemos esperar. Estas consideraciones le servirán de regla para ocupar el tiempo, y elegir las diversiones inocentes, que con su atractivo siempre puro y nunca temible, harán que no eche de menos los placeres reprobados; y este será un medio seguro de resistirse á su aliciente por fuerte que sea. Aun en los placeres permitidos de los sentidos se necesita moderacion para que su exceso no los haga reprehensibles, y para que su continuacion no los haga perder su mérito é interés.

La intemperancia ó falta de moderacion en el comer y beber es uno de los agentes que mas destruyen nuestra naturaleza, y que mas aceleran la muerte. Solo Dios es dueño de nuestra vida y salud: el hombre las tiene como en depósito, y debe por lo tanto conservar una y otra; de donde se sigue que el intemperante obra contra la voluntad de Dios y contra su propio interés.

El exceso en la comida imposibilita tambien para cumplir con las obligaciones que cada uno tiene consigo, con los demas, y aun respecto de Dios: á lo menos dificulta el cumplimiento de todas ellas, porque con la crápula se entorpecen las facultades intelectuales, y se debilitan las fuerzas del cuerpo: el gloton priva sin necesidad á los infelices del socorro que deberia prestarles; y si no puede soportar el gasto de una mesa opípara, contrae deudas tan poco necesarias, como poco racional es el motivo de contraerlas.

El exceso en la bebida de vinos y licôres espirituosos, presenta mayor deformidad en la parte moral, y mayores males en la parte física. Este hábito tan feo, degrada lastimosamente al hombre y tiene además los malos efectos siguientes:

1.º La embriaguez conduce á la mayor parte de los temperamentos á los excesos de una cólera descompuesta, y á la incontinencia.

2.º Imposibilita al ébrio de cumplir con las obligaciones que le son propias, así por el desorden presente de sus facultades físicas y morales, como también, con el tiempo, por una incapacidad constante que procede del entorpecimiento de las fuerzas del alma y del cuerpo.

3.º Vá siempre acompañada de gastos con detrimento del que los hace, y con perjuicio de los verdaderos necesitados que reclaman el socorro de sus necesidades.

4.º Ocasiona siempre pesadumbres, disgustos y vergüenza á la familia del que se embriaga.

5.º Destruye la salud, como se puede ver en los que se entregan á este vicio vergonzoso, y como lo está dictando la razón; y por último abrevia la vida. Además de estas consecuencias generales, se debe considerar también el peligro personal á que se expone el que ha perdido la razón y el uso expedito y acertado de los miembros del cuerpo; los compromisos á que puede llevarle la descompostura é insolencia á que incita muchas veces la embriaguez, como también los malos efectos del ejemplo que se dá con ella.

Puede suceder que la edad ó el temperamento de un vicioso de esta clase le pongan al abrigo de los excesos de la cólera ó de la incontinencia; que los bienes de otro puedan soportar los gastos, que este no tenga familia á quien puedan desazonar sus des-



órdenes, y que aquel tenga una constitucion difícil de alterar por la bebida. Pero esto no obstante, siempre renuncia el ébrio al don mas precioso con que le dotó el Criador; es decir, á la razon, haciéndose voluntariamente inferior á los brutos, cuyo instinto protege su conservacion, que abandona á la ventura el que se embriaga. Por otra parte, con su ejemplo y con su compañía corrompe muchas veces á otros que no estan libres de los perjuicios que causa la embriaguez, ni es fácil que haya alguno que esté exento de todos ellos, y muchos los reunen todos.

## LECCION XXII.

Sigue la leccion anterior sobre el uso de los placeres de los sentidos.

No son solos los excesos en la comida y bebida los que reclaman moderacion y abstinencia. Todos los placeres de los sentidos estan en el mismo caso, y el deseo desarreglado de disfrutarlos ha introducido el mayor desórden en todas las clases de la sociedad. «Las profusiones insentatas de los poderosos que arruinan su fortuna, una ambicion desmedida, que nada puede contentar; las producciones de los dos mundos reunidos para satisfacer la sensualidad; la negligencia y descuido de las obligaciones mas esenciales por parte de los que ocupan los primeros puestos del Estado; la rapacidad de los hombres opulentos, el furor de acumular riquezas por los medios mas bajos y mas indecentes para acabar en seguida con una bancarota fraudulenta, los talentos frívolos honrados y enriquecidos á expensas de las artes útiles; la pereza y el fausto introducidos en todas las clases; desterrada de todas ellas la buena fé; la impudencia del libertinage erigida en virtud; la juventud perventida desde la in-

fancia, etc., etc. Estos son los tristes efectos del gusto desenfrenado de los placeres,» decia ya en el siglo pasado un autor tan sábio como piadoso.

Para librarse de estos vicios destructores de nuestra naturaleza, ademas de la consideracion principal de que tenemos que dar cuenta á Dios de todas nuestras acciones, convendria mucho tratar de vencer en sus principios una inclinacion que se aumenta cada vez mas con la intemperancia, y prescribirse una regla prudente é invariable respecto al tiempo y calidad de la comida y bebida. Obrando al principio conforme á una regla fija, se contrae fácilmente el hábito de la moderacion que seguimos despues en toda la vida por conveniencia propia, teniendo en ella una escusa pronta y racional contra las incitaciones de los demas.

Los placeres mas temibles son los que se oponen á la virtud de la castidad, que consiste en reprimir y moderar los deseos desordenados de la carne. La lujuria se puede decir que es el que ha causado mas y mayores males á la humanidad. Víctimas son de este azote los individuos, las familias y las sociedades. Un hombre en la flor de su edad pálido y encorvado, desfigurado, triste y abatido, retirado de la sociedad, lleno de dolores y de amargura, y sentenciado á morir sin remedio humano dentro de poco tiempo; una esposa abandonada, unos bienes perdidos, unos hijos sin educacion y sin esperanzas para lo futuro; tantas criaturas como perecen víctimas del delito y vergüenza de sus padres, ó bien que deben su conservacion á la caridad pública, y pasan toda su vida en el mayor desconsuelo, por no conocer á los autores de sus dias, aislados de la sociedad, sin pertenecer á ninguna familia; desolacion y ruina, y el suelo todo de muchos imperios empapado en sangre con guerras y disensiones in-

testinas; tales son los estragos que causa y ha causado siempre en el mundo el vicio de la impureza.

Hasta los mismos paganos en medio de la disolucion de sus costumbres conocieron y encomiaron la virtud de la castidad, como puede verse en Cicerón, Sócrates y otros filósofos. *Casta placent superis*, decian hasta los mismos poetas. Nuestro Señor Jesucristo llama bienaventurados á los que tienen un corazon limpio y puro, porque ellos verán á Dios. El Evangelio exige de un cristiano una pureza tan extremada, que un pensamiento deliberado, un deseo, una mirada, la menor complacencia sensual bastan para vulnerar la castidad, y sin embargo esta moral tan severa ha encontrado secuaces en todos los climas del mundo; prueba convincente de su verdad, de su importancia y excelencia.

Debemos, pues, abstenernos de todos los placeres prohibidos ó peligrosos, y hacer un uso moderado de los permitidos; porque el abuso de los placeres inocentes conduce á buscar los placeres criminales. La templanza es una virtud moral y cristiana, pero no prohíbe todos los placeres sin excepcion. Dios quiere que miremos la vida que nos ha dado como un beneficio, y lo es realmente; y son propios de un viviente animal racional varios placeres de los sentidos, y otros que proceden de ejercer las facultades del alma. Pero es muy impropio de un racional dejarse arrastrar del apetito sensitivo, sin detenerse á considerar los males físicos y morales que ocasiona la intemperancia, ó conociéndolos entregarse sin embargo á un gusto pasajero y puramente animal. Por eso el que usa con exceso de los placeres de los sentidos, ademas de perjudicarse á sí mismo se aparta de lo que exige su notable naturaleza, y en esto ofende conocidamente á Dios como tambien en abusar de sus dones.

Jesucristo recomienda en muchos lugares del Evangelio la templanza; y si un filósofo no aprecia esta divina autoridad, puede echar la vista sobre lo que pasa en las sociedades humanas, y verá los desórdenes y males que le conducirán á conocer la importancia de la moderacion y mortificacion de los sentidos, que tanto nos inculca nuestro Señor Jesucristo.

Gran circunspeccion debe guardar un filósofo, aunque no sea cristiano, antes de censurar las máximas de Jesucristo sobre este punto, por mas severas que le parezcan. «Bienaventurados, dice el Señor, los que lloran: si alguno me quiere seguir, que cargue con la cruz por todos los días de su vida.» Estas y otras lecciones semejantes nos ha dado el Divino Maestro, y estas siguieron sus discípulos, imitando el ejemplo que les dió muriendo crucificado en medio de un mundo entregado al amor desenfrenado de los placeres, efecto de las inclinaciones aviesas del hombre y de la doctrina perversa y escandalosa que habian enseñado los filósofos, doctrina que estaba tan generalmente extendida entonces por el mundo, y que el divino fundador de una religion santa y pura venia á desarraigar. Debieran hacerse cargo estos censores insensatos de los gravísimos é innumerables males que produce el uso inmoderado de los placeres, y considerar los inmensos bienes que proporciona, por el contrario, á la sociedad la moderacion por penosa que les parezca: no censurarian entonces tan temerariamente la saludable doctrina del Salvador, doctrina que tiende á mejorar las costumbres de los hombres, y que ha presentado al mundo en todos tiempos y países ejemplos de virtud tan fecundos de bienes espirituales y temporales. Repetimos que para librarnos de los placeres prohibidos que tantos estragos cau-

san en el mundo, es muy conveniente moderarnos, y aun renunciar muchas veces á los placeres permitidos. Esta mortificacion desplace á los mundanos, S. Pablo dice que no todo lo que es lícito conviene, y el Divino Salvador en sus saludables consejos quiere preservarnos de los inconvenientes y malas consecuencias que puede tener el aproximarnos á lo vedado, de donde no está lejos el que se entrega sin reserva á todo lo permitido.

### LECCION XXIII.

*Reglas necesarias de prudencia, para nuestro buen gobierno personal.*

La prudencia, tomada en general, consiste en saber discernir lo que segun el caso y las circunstancias nos conviene hacer, para conseguir el fin que nos proponemos. Hay prudencia puramente humana, y prudencia cristiana. La primera no es mala, y aun es laudable, si el fin que nos proponemos no es malo, ni reprobados los medios de que nos valemos para conseguirlo. Antes bien, esta prudencia le es muy necesaria al hombre para el buen éxito de sus negocios y de sus empresas, para todo el gobierno de su vida, y para conservar la paz y la armonía con sus semejantes, por lo cual no puede desagradar á Dios.

Hay otra prudencia mundana; la habilidad que tienen algunos de aprovecharse de la ignorancia, credulidad ó debilidad de los demas, para promover sus intereses, ó conseguir la satisfaccion de un deseo criminal. Esta prudencia es enemiga de Dios y de los hombres.

La virtud de la prudencia, que Jesucristo distingue de la prudencia de los hijos del siglo, consiste en prever y prevenir todo lo que puede ser perjudicial á nuestra salvacion y á la de los demas.

La prudencia cristiana nos conduce á obrar siempre moralmente bien, porque nos hace distinguir lo bueno de lo malo, y conocer cuando una accion de suyo indiferente, puede llegar á ser mala por las circunstancias. La prudencia humana es necesaria no solamente para conservar y aumentar nuestros intereses temporales, nuestra estimacion y nuestra salud, sino tambien para no perjudicar, ofender y molestar á los demas. Muchas veces por imprudencia, sin intencion ni voluntad, damos al prójimo alguna pesadumbre, ó le causamos daños graves y aun irreparables con nuestras acciones ó palabras.

Para evitar estas contingencias debemos antes de hablar pararnos á considerar el tiempo, el lugar y las personas ante quienes vamos á hablar: una palabra ó una expresion que parece indiferente, puede dar ocasion á un disgusto, ó introducir disensiones graves en una familia; puede comprometer los intereses y el honor de alguna persona, ó ser causa de que se exciten zelos, resentimientos, rivalidades y odios ya casi extinguidos.

No menos que con nuestras palabras, podemos perjudicar al prójimo con nuestras acciones por falta de prudencia: «no te determines á hacer cosa alguna, sin mirar primero lo que puede suceder,» aconseja un sabio; de este modo evitarás tal vez al prójimo un perjuicio, y á tí mismo un arrepentimiento, que ya no puede reparar el daño; cuando mas, servirá para hacerte mas cauto: *Post mala prudentior.*

Un ejemplo de prudencia nos dejó Abigail, muger de Nabal, hombre muy rico en la edad antigua. Cuando David andaba huyendo de Saul, permaneció con los suyos por algun tiempo en el pais en que Nabal apacentaba sus ganados. Ni una res siquiera le faltó á Nabal, ni el menor perjuicio le causó la

gente de David, antes bien le servia de defensa de dia y de noche. Apurado David en una ocasion por falta de víveres, envió á perdíselos á Nabal con el mayor comedimiento y cortesanía. Nabal, grosero y áspero de génio, recibió con enojo y con desprecio á los enviados: les habló de David, en términos muy ofensivos, y se negó á darles el socorro que le pedian. Indignado David, juró castigar la injuria de Nabal. La esposa de éste, Abigail, á quien la Escritura llama prudentísima, supo lo que habia pasado, y sin decir nada al marido, salió de su casa con una abundante provision de comida y de vino: llegó donde estaba David, le rogó que admitiese aquel presente, y le suplicó que disimulase la rusticidad de Nabal, que era un necio; le pidió que le perdonase, que ella tomaba sobre sí la iniquidad de su marido: llenó de bendiciones á David, le deseó la victoria contra todos sus enemigos; aseguró que el Señor le protegeria y libraria de todos los peligros, y que se sentaria en el trono de Israel; le suplicó que la perdonase ya que se cargaba con la culpa de su marido, recordándole de antemano y con muy sentida delicadeza, cuán lisonjero le seria, viéndose en el trono, no tener que lamentarse de haber derramado sangre inocente, cuando se acordase de ella. Aplacado y enternecido David con las afectuosas razones de Abigail, dió gracias á Dios por haberle enviado aquella muger prudente y generosa, que le evitó el derramar sangre: la bendijo, alabó su discrecion, perdonó á Nabal, y muerto éste la tomó por esposa. La prudencia elevó á Abigail á la dignidad de esposa de uno de los monarcas mas poderosos é ilustres que ha habido en el mundo; y Nabal se murió de susto cuando Abigail le hizo conocer el gran peligro á que habia estado expuesto por su rudeza é imprudencia.

LECCION XXIV.

Reglas de prudencia contenidas en el capítulo octavo del Eclesiástico.

Lee con respeto y atención las reglas de prudencia, que te dá el Espíritu Santo en el capítulo octavo del Eclesiástico.

No te pongas á pleitear con un hombre poderoso, no sea que caigas en sus manos.

No contendas con un hombre rico, no sea que te mueva una querrela ;

porque á muchos ha corrompido el oro, y hasta los reyes han llegado á pervertir *estos metales*.

No porfies con hombres deslenguados, y así no echarás leña en su fuego *atizando su locuacidad*.

No tengas trato con hombre ignorante *y grosero*, á fin de que no diga mal de tu linage.

No mires con desprecio al hombre que se arrepiente del pecado, y no se le echés en cara, acuérdate que todos somos dignos de reprension.

No pierdas el respeto al hombre en su vejez, pues que de nosotros jóvenes se hacen viejos.

No te huelgues en la muerte de tu enemigo, sabiendo que todos morimos, y que no queremos ser *entonces* objeto de gozo.

No menosprecies lo que contaren los ancianos sábios: antes bien, hazte familiares sus máximas:

porque de ellas aprenderás sabiduría y documentos de prudencia, y el modo de servir á los príncipes de una manera irrepreensible.

No dejes de oír lo que cuentan los ancianos, porque ellos lo aprendieron de sus padres.

Pues así aprenderás tú de los mismos discrecion, y el saber dar una respuesta cuando fuere menester.

No enciendas los carbones (1) de los pecadores

(1) Esto es, la bilis, ó la ira.



con hacerles reconvenções *indiscretamente*; de otra suerte, serás abrasado con la llama del fuego de sus pecados.

No te opongas de frente á persona de mala lengua, á fin de que no esté en acecho para cogerte alguna palabra.

No prestes al que puede mas que tú: que si algo le prestaste, haz cuenta que lo has perdido.

No hagas fianza sobre tus fuerzas, que si la has hecho piensa como pagarla.

No te metas á juzgar de tu juez, porque él juzga lo que cree justo.

En viaje, no te acompañes con un hombre temerario; no sea que te cojan tambien á ti sus desastres, porque él vá siguiendo su *caprichosa* voluntad, y su locura te perderá á ti juntamente con él.

Con el colérico, no trabes *ninguna* riña; ni camines por lugar solitario con el atrevido; porque para él la sangre no importa nada, y cuando no haya quien te socorra te hará pedazos.

No te aconsejes con tontos, porque estos no pueden amar sino aquello que á ellos les place.

No consultes en presencia de un extraño ó *desconocido*, porque no sabes lo que él imagina dentro de sí.

Ni descubras tu corazón á cualquier hombre, no sea que te muestre una falsa amistad y te afrente.

## LECCION XXV.

*Virtud de la fortaleza*: su necesidad.

La fortaleza es una disposicion refleja del alma, que nos hace soportar sin abatirnos, los males y contradicciones que tenemos que experimentar continuamente en esta vida. Como la virtud no es otra cosa que la fuerza del alma, se puede decir con verdad que una alma débil y sin fortaleza, no es á

propósito para el ejercicio de muchas virtudes.

En las naciones destituidas de las luces de la revelacion, la fortaleza estaba reducida á soportar los trabajos y calamidades de esta vida, y á emprender grandes hazañas, para captarse la estimacion de los hombres; empero por lo comun el móvil era la ambicion y la vanagloria, y así, muchas veces lo que se llamaba fortaleza, era una temeridad ó una terquedad.

La fortaleza cristiana como que es una virtud, que no tiene mas motivo que agradar á Dios, modera en nosotros el temor y la presuncion, no nos impide evitar los peligros cuando no tenemos necesidad de exponernos á ellos, pero nos hace arrostrar con resolucion los mayores males de esta vida, y hasta la misma muerte, cuando así lo exigen nuestras obligaciones. Jesucristo instituyó el sacramento de la Confirmacion para dar á todos los fieles esta virtud: en los primeros siglos del cristianismo brilló con el mayor esplendor en los santos confesores, que hacian profesion pública de su fé ante sus poderosos perseguidores, y en presencia de los verdugos y de los instrumentos de la tortura y de la muerte; resplandeció principalmente en los santos mártires, cuyo valor en sufrir los tormentos, cuya serenidad y aun alegría en perder la vida por Jesucristo, asombraron á los tiranos, y á los ejecutores de sus órdenes que los martirizaban.

Si no vivimos en aquellos siglos de persecucion y de exterminio para los cristianos, no deja de ser necesaria la fortaleza para resistir el aliciente de los vicios en un siglo tan corrompido como el nuestro, y para ser virtuosos cuando la verdadera virtud se ridiculiza y escarnece. Ahora, lo mismo que siempre, necesita tambien el hombre la virtud de la fortaleza, para vencer, no solamente á los enemi-

gos exteriores de nuestra virtud, las incitaciones, el ejemplo, el interés, que tanto influjo tienen en nuestro corazón, sino los que radican y tenemos dentro de nosotros mismos: el egoísmo, el orgullo, la ambición desmedida é infundada, envidias ruines y secretas, proyectos insensatos, deseos criminales; defectos todos que se ocultan á los demas, pero que vician nuestro corazón, y lo van corrompiendo progresivamente, si á su fuerza no oponemos nosotros la fuerza de la reflexión; si no nos armamos del valor necesario para extirpar de nuestro corazón estas malas semillas. Y como este es un enemigo doméstico, que por lo mismo nos persigue á todas horas, ya que no podamos desalojarlo de nuestra casa, debemos á lo menos tener una gran fortaleza para tenerlo siempre sujeto y reducido á la impotencia. Tanto mas necesaria es la virtud de la fortaleza contra este enemigo temible, cuanto que de los demas podemos librarnos huyendo de ellos, pero de éste no podemos huir; lo llevamos siempre con nosotros mismos en la mala inclinación de nuestra naturaleza, viciada por la desobediencia de nuestro primer padre.

### LECCION XXVI.

*Virtud de la paciencia: su necesidad.*

El nombre mismo de paciencia nos dice que esta virtud consiste en padecer, y efectivamente lleva consigo un verdadero padecimiento la constancia en los trabajos, y la perseverancia en el bien obrar, que es en lo que consiste la virtud de la paciencia. Padece el justo con resignación por no separarse de los mandamientos de Dios, pero mas quiere padecer que quebrantarlos, prefiriendo su cumplimiento á la satisfacción de las inclinaciones predilectas del corazón humano, que por el desorden de nuestra

naturaleza estan en contradiccion con la ley de Dios. Todas las consideraciones humanas son insuficientes para retraerle del cumplimiento de su obligacion: padece contradicciones, burlas, daños, persecuciones, privaciones, miserias y trabajos, que pudiera evitar prestándose á hacer lo que prohíbe la ley del Señor, pero él persiste imperturbable en su observancia. Este padecimiento, esta constancia y perseverancia es lo que constituye la virtud de la paciencia.

Nuestro Señor Jesucristo nos recomendó esta virtud: es una de las primeras lecciones que dió á sus discípulos, y el mismo Señor fué de ella un perfecto modelo. San Pablo repite continuamente la misma moral, todos los apóstoles, y muchos miles de cristianos la siguieron á la letra, pues sufrieron las persecuciones, el escarnio, los malos tratamientos, los tormentos, y una muerte cruel y prolongada, por no abandonar la religion de Jesucristo. La bienaventuranza eterna está prometida por el Señor á esta virtud, motivo poderoso que debe empeñar al cristiano, para habituarse á ella y no abandonarla jamás.

Prescindiendo de esta elevada consideracion, la paciencia es muy necesaria para vivir el hombre con tranquilidad en la tierra. El impaciente, el que se entrega desmedidamente al sentimiento, á la afliccion y desesperacion, porque no se le cumplen sus deseos, vive siempre inquieto y disgustado. Quiere sujetar á los demas hombres y á la misma naturaleza á su voluntad, y aun á sus caprichos. La naturaleza sigue su curso, y los hombres se conducen conforme conviene á sus intereses; y no está en manos de nadie por mas que lo desee, por mas que se empeñe, alterar este orden universal. Así en todos los contratiempos de la vida, que el hombre no

puede evitar, dicta la razon que procuremos atenuar el sentimiento que nos causan; que es el único medio de padecer menos, ya que en este mundo de lástimas y miserias no podemos vernos libres de calamidades y de males.

La paciencia nos hace asimismo bien quistos de todos. Un hombre resignado en su desgracia excita la simpatía de sus semejantes, y los predispone á consolarle y aliviarle en sus penas: un discolo, un desesperado es un objeto de lástima para los demas, pero los repele con su aspereza y acrimonia: son pocos, aun de los mayores amigos, los que tienen la virtud heroica de sufrir las repulsas ágrías de un hombre desconcertado por la desesperacion: todos se retiran, y queda abandonado á si mismo como á una furia. Semejante estado no puede menos de hacer al hombre infeliz.

### LECCION XXVII.

Sigue la paciencia.

Magnanimidad. La magnanimidad arguye una paciencia heroica. Pocas son las almas grandes, pero hay algunas, y todos debemos imitarlas. La magnanimidad ó grandeza de alma se descubre en aquellas acciones que exigen un desprendimiento á que difícilmente se presta el corazon del hombre.

Poco cuesta socorrer al pobre aunque sea con superabundancia, si de nada tenemos que privarnos para aliviar su necesidad. Poco cuesta perdonar una injuria leve á un igual á nosotros en categoria. Pero privarse no solamente de grandes comodidades y regalos, sino hasta de lo mas necesario para vivir, por no ver padecer al prójimo indigente, prueba un espíritu superior á todos los motivos que comunmente determinan al hombre en su conducta. Esta elevacion de ánimo han tenido muchos santos.

Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, despues de haber distribuido todas sus rentas entre los pobres, cayó enfermo y no tenia ni aun cama en que recostarse. Perdonar de todo corazon un magnate á un hombre de la plebe, una injuria grave, una calumnia que comprometa su dignidad, infamándole en el público, es una generosidad propia, solamente de un alma grande y mayor todavía que si le perdonase un atentado contra su vida. Magnánimo es tambien el que mas quiere perder la vida, que ser traidor á su patria, de lo que hay repetidos ejemplos especialmente en los militares.

Tambien se necesita mucha grandeza de alma para renunciar á las distinciones elevadas que colocan al hombre en un punto eminente, y tal vez el mas alto de la sociedad. Este ejemplo nos dejó Cincinato, trocando voluntariamente el arado por el cetro.

Si no todos estamos en el caso de hacer tan grandes sacrificios, todos debemos por lo menos imitar, respectivamente á nuestras circunstancias, aquellas acciones heroicas que se presentan de tarde en tarde. El niño que vence su natural inclinacion á divertirse, socorriendo á un pobre con lo que le han dado su padres para sus juegos y recreo, se acerca en su edad á los actos de magnanimidad propios de la edad madura, y los padres deben acostumbrar á sus tiernos hijos á estos rasgos de elevacion de alma, que con el tiempo pueden formar un héroe. Ciertamente la magnanimidad arguye gran resistencia de parte del alma á deseos é inclinaciones poderosas; y no puede el hombre hacer esta resistencia sin violentarse y de consiguiente sin padecer. Por esta razon no sin propiedad se dice que la magnanimidad supone una paciencia que cabe en muy pocos.

## LECCION XXVIII.

Obligación de mirar por el honor propio.

El honor no es otra cosa que el conjunto de prendas que adornan al hombre y le hacen acreedor al aprecio y distincion de los demas. Aquel sistema de reglas establecidas por los hombres de calidad, y calculadas solamente para facilitar sus mútuas relaciones, no es el honor de que hablamos aquí, porque este honor nada reprueba sino lo que tiende á dificultar las relaciones entre los hombres de cierta clase. Así, no prescribe ni regula sino algunas obligaciones entre iguales, y omite las que se refieren á nuestros inferiores. No se debe desatender esta buena correspondencia en la sociedad; pero el honor debe extenderse tambien á las relaciones que median igualmente entre nosotros y nuestros inferiores en condicion y posicion social, para no faltarles en lo que tienen derecho á exigir de nosotros. Tampoco debe limitarse nuestro honor á conservar nuestro buen nombre con nuestra conducta sujeta á la censura pública: no tiene verdadero honor el que á sabiendas engaña ó perjudica á otro, aunque no se pueda descubrir su mal modo de proceder.

Tendrás verdadero honor si prefieres la rectitud á las riquezas, cuando no puedes adquirirlas por buenos medios: si cumples tu palabra cuando su cumplimiento no es ilícito; si no oprimes á los demas con tu prepotencia ó valimiento; si no te vales de la astucia y del engaño para arrancar concesiones que no esperas conseguir hablando con verdad y sinceridad; sino desacreditas al prójimo por envidia, por espíritu de venganza, por un vil interés, por una ruin complacencia, ó por una ligereza en el hablar. Y ya ves que todas estas máximas lo mismo hablan con los superiores y con los iguales, que con los in-

feriores. Con estos , ademas , debes conducirte de modo que no agraves su situacion , ya penosa tal vez y trabajosa. ¿Qué honor pretende para sí el que entregado á sus locas disipaciones , emplea en sus diversiones y placeres lo que debe con justicia al infeliz jornalero acosado del hambre y de la miseria?

Si vemos combatido nuestro honor , podemos y debemos defenderlo: el medio mejor de conseguirlo es no merecer la censura de nuestra conducta : no nos está prohibido invocar la proteccion de las leyes: pero es un desafuero apelar á la fuerza , y un despropósito fiar la conservacion del honor al éxito de un duelo. Te supongo vencedor en el combate: venció tu habilidad ó tu valor: ¿pero venció por eso tu razon?

El hombre que tiene honor es querido y respetado en todas partes. No hay satisfaccion mas grata al corazon del hombre que la que le causa el honor bien merecido. El deshonor es un tormento que ha conducido á muchos á una muerte desesperada. El insensible que deshonorado vive tranquilo y alegre, está muy próximo á ser un malvado. El honor es el ornamento de las sociedades. Una sociedad en que se despreciasen las leyes del verdadero honor, se disolveria por necesidad.

Hablamos del honor verdadero é íntegro: porque hay personas que le hacen consistir en muy pocas acciones , despreciando las demas que tambien lo constituyen: las mugeres en la honestidad, los hombres en el valor. Apreciabilísima es la honestidad en las mugeres : mas no por ser honestas tendrán todo el honor que embellece á su sexo, si son envidiosas, murmuradoras, soberbias, vengativas, parleras é indiscretas. Bien sienta el valor en un hombre; es propio del varon: pero bien poco honor tendrá un valiente, si no le adornan otras prendas mas



que el valor, si se halla manchado con vicios indignos de un hombre de bien. Por valiente que sea un estafador, un jugador de profesion, un seductor, un calumniador, nadie seguramente le tendrá por hombre de honor.

Acuérdate por último, de que el honor consiste en una merecida reputacion de hombre bueno, y que nunca mereceras esta reputacion si no te conduces bien en todo y con todos.

### LECCION XXIX.

*Amor de sí mismo*: reglas de moral práctica para dirigirle.

No se puede reprobar en el hombre el amor de sí mismo: Nuestro Señor Jesucristo lo reputa por bueno cuando nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos. Y en verdad el hombre por su naturaleza es capaz de amar; amar es el oficio propio que distingue de las otras á una de sus potencias, la voluntad; y sería inconcebible que el mismo hombre estuviese excluido de ser objeto de su propia voluntad.

Amarse á sí mismo es lo propio que querer ser feliz: Dios no sería Dios, si no quisiese que el hombre fuera feliz, de consiguiente, si no puede desaprobar que el hombre quiera ser lo que el mismo Dios quiere que sea, tampoco puede desaprobar que se ame á sí mismo.

Así, pues, todos los hombres desean naturalmente su felicidad; todos los hombres se aman á sí mismos, tal es el constitutivo de su naturaleza, constitutivo procedente de la sabiduria y benevolencia del Criador.

Desgraciadamente, corrompida la naturaleza humana por el pecado de Adán, son pocos los hombres que buscan la verdadera felicidad. Ábrase la histo-

ría de todos los pueblos, consúltense los anales de todo el mundo, léase la biografía de los personajes mas ilustres, y se verá á casi todos los hombres correr exhalados trás de una sombra, errantes entre el tumulto de sus pasiones, ó siguiendo el impulso de una pasion favorita y dominante. Quien coloca su felicidad en los placeres sensuales, quien la busca en las riquezas; este en las condecoraciones y distinciones humanas; aquel en el ocio y en los placeres de la mesa; unos en diversiones continuas y estrepitosas; otros en sobreponerse y dominar á los demas. Empero si todos estos quieren decir la verdad, confesarán que nada han encontrado en el objeto predilecto de sus deseos, mas que vanidad y vanidad. Y despues de haberse fatigado en vano por toda su vida, se ven precisados á exclamar: *Ergo erravimus á via veritatis, et justitiæ lumem non illuxit nobis, et sol intelligentiæ non est ortus nobis.*

Porque ciertamente hay un vacío en el corazon humano, que no puede llenarse con ninguno de esos bienes que el hombre tanto exalta en su imaginacion. La prueba es constante y universal. «Luego» que el hombre ha conseguido un bien en que cree haber hallado ya su felicidad, empiezan á punzarle vivos deseos de conseguir otro. Inquieto siempre, jamás contento, á manera de un enfermo calenturiento, se vuelve de un lado á otro y nunca encuentra descanso. Aqui, dice, tendré todo mi gusto y reposo; aqui descansaré y estaré sosegado: pero apenas logra la posesion de lo que deseaba con ansia, cuando ya fastidiado lo desprecia, y viene al fin á conocer que le falta mucho para ser feliz. Ultimamente, si el hombre tiene un poco de juicio, despues que ha disfrutado todo el bien que puede dar de sí nuestra miserable tierra

» (la cual si produce algo dulce es muy poco, y  
» esto muy acibarado), viene á concluir repitiendo  
» aquellas palabras del rey mas sábio, dignas por  
» cierto de tenerse siempre en la memoria: ¡ Oh  
» vanidad de vanidades y todo vanidad! »

El amor de sí mismo es necesario, es indestruc-  
tible en el hombre, procedente de nuestro Criador,  
de quien procede nuestra naturaleza, á la cual es  
esencialmente inherente, y por lo mismo es bueno.  
Mas para que sea bueno necesita ser bien dirigi-  
do. Por falta de esta buena direccion, hacemos por  
nuestro amor muchas cosas que nos perjudican en  
el alma y en el cuerpo, creyendo hallar un bien  
donde hay realmente un mal, ó un bien, un inte-  
rés, un gusto, acompañado de males físicos ó mo-  
rales, ó de unos y otros. Así, para que el amor de  
nosotros no degenera en amor reprehensible, puesto  
que todo cuanto hacemos lo hacemos movidos por el  
amor que nos tenemos, es necesario que ajustemos  
todas nuestras acciones al orden establecido por el  
Supremo Legislador: de este modo agradaremos al  
Señor y cumpliremos las obligaciones que tenemos  
con nosotros mismos, y las que nos ligan con nues-  
tros semejantes; y de este modo llegaremos al tér-  
mino hácia el cual nos impele la inclinacion inevi-  
table á amarnos á nosotros mismos. Este término es  
nuestra felicidad, y es un error muy trascendental  
creer que se puede hallar la felicidad fuera del cum-  
plimiento de la ley santa de Dios. No puede haber  
felicidad ni aun la escasa é imperfecta que podemos  
prometernos en esta vida, si no hay tranquilidad de  
ánimo; mas esta solo puede ser efecto de la virtud  
y de las buenas obras; el vicio y los pecados cau-  
san, por el contrario, remordimientos y desasosiego  
en el alma, cuidados, temores y rezelos, sin contar  
la ruina de la salud, la pérdida de los bienes y de la

estimacion, que sin duda entran á la parte en nuestra felicidad.

Porque te amas á tí mismo, te afanas por conseguir riquezas, esperando proporcionarte con ellas comodidades y conveniencias; pues bien, procura haberlas por medios licitos y decentes, y si las hallas, empléalas en cumplir todas tus obligaciones de justicia y de caridad, y disfruta despues de todos aquellos regalos y ventajas que no reprueba la razon. El amor que te tienes á tí mismo, te hace andar en busca de altos destinos, con el fin de sobresalir en la sociedad: bien harás si en ella sobresales por tu integridad, por el exacto cumplimiento de las importantísimas obligaciones anejas á los puestos elevados; en ellos, satisfaciendo tu noble amor propio, puedes prestar grandes servicios á la patria y á tus conciudadanos. El amor de tí mismo te hace desear diversiones y placeres: la naturaleza, las artes y la sociedad, te los ofrecen inocentes y muy variados; no tienes necesidad de manchar tu alma, debilitar tus fuerzas, ni perder tu fortuna y reputacion para divertirte y solazarte. Tal es la direccion que debes dar á los impulsos de tu amor propio; no una direccion torcida que te haga anteponer la satisfaccion de tus deseos y apetitos al cumplimiento de tus obligaciones.

### LECCION XXX.

Reglas de moral que enseñan al hombre á respetarse á sí mismo en soledad.

Solo ó acompañado, siempre eres una criatura racional y nobilísima, hecha á imágen y semejanza del prototipo mas perfecto. Tu destino es vivir eternamente, contemplando cara á cara la inefable Majestad de Dios, y disfrutando de una felicidad inexplicable, si no te haces indigno de tanta dicha.

Considera, pues, cuánta es tu dignidad, dignidad que te sigue por todas partes y en todos tiempos, lo mismo en el retiro de tu soledad que á la faz de los hombres y de todas las criaturas. Así, pues, lo mismo en tu retrete que á la vista de todo el mundo, debes conducirte siempre conforme á la excelencia de tu ser; no porque estés solo puedes degradarte y envilecerte : nadie presencia á veces el robo de un ladrón nocturno , mas no por eso dejará de ser su acción inicua y reprehensible. Del mismo modo, cualquiera fealdad que cometas á tus solas , es un baldón con que te afrentas á tí mismo.

Ademas de que, el hombre desarreglado sin testigos , fácilmente se descompone delante de los demás: tal es la fuerza del hábito. Los malos efectos personales de algunas acciones siempre son los mismos , háganse aquellas en público ó en secreto. Es muy triste presentarse delante de las personas que nos aprecian, con el convencimiento de que no merecemos su estimación por nuestros vicios ocultos. Aun el que no tiene amigos , y prescinde de todos por contentarse á sí solo, no puede evitar la confusión y la vergüenza que le causan sus extravíos solitarios.

¿Y cree el hombre que nadie presencia sus excesos cuando no los ven los hombres? Dios está presente en todas partes, nada se oculta á su divino entendimiento : no solamente las acciones ; hasta los mas ocultos pensamientos de los hombres están patentes á sus divinos ojos; tambien los ángeles son testigos de lo que hacemos. El que se entrega á una pasión brutal, en la confianza de que nadie le vé, se olvida de que está acompañado del mismo Dios y de millares de espíritus celestiales, que presencian contristados su envilecimiento.

Acuérdate que algún día verás á todos estos tes-

tigos de tu infamia , y te sonrojarás y confundirás en su presencia. ¡Reparable obcecacion del vicioso, avergonzarse delante de los hombres , y no avergonzarse delante de Dios y de los ángeles!

Si quieres no avergonzarte de tí mismo, si quieres evitar el abatimiento y conservar la alegría del alma, si quieres librarte de males y dolencias que tal vez te acibaren todos los días de tu vida, sigue constantemente la máxima de no hacer en secreto lo que nunca harías en público.

La ociosidad es enemiga del alma y del cuerpo: al hombre ocioso cuando está solo le asaltan mil ideas y pensamientos no siempre inocentes. La oracion y demas actos religiosos, una ocupacion honesta cualquiera que sea, te librarán del peligro. Acostúmbrate , pues , á la lectura de buenos libros , á considerarte en la presencia de Dios: acostúmbrate al estudio, aliciónate á la caligrafia , aprende á dibujar y á pintar, procura ser mañoso para emplearte con gusto en algun trabajo de manos; todas estas cosas no solo te librarán del fastidio cuando estés solo, sino que tambien (lo que es mas apreciable) ocuparán tu imaginacion de manera que cierren la entrada á especies peligrosas y dañinas.

Si por tu desgracia no puedes aprovecharte de estos consejos, si en nada puedes ocuparte, y si has de estar entregado á interiores y ocultos pensamientos vanos ó pecaminosos , abandona con presteza la soledad , busca una compañía que te distraiga inocentemente, y disiparás la tempestad que se levanta contra tu inocencia.

Una honesta recreacion con tus amigos conforta el espíritu, y ahuyenta las malas ideas. Los géneos tétricos y reconcentrados estan muy expuestos á ser presa de los impulsos de la concupiscencia, ó de las sugeriones de Satanás.

# PROGRAMA DE RELIGION Y MORAL.

## TERCER AÑO.

### UNA LECCION POR SEMANA.

CONFERENCIAS SOBRE LAS OBLIGACIONES DEL HOMBRE PARA  
CON SUS SEMEJANTES, Y SOBRE LAS REGLAS DE MORAL  
PRÁCTICA.

#### LECCION PRIMERA.

Sobre la necesidad de las reglas de la moral para el cumplimiento de nuestras obligaciones.—Es insuficiente toda moral que no se funda en la existencia de Dios y de otra vida. (Lectura del capítulo 34 de Job.)

La obligacion es la imposibilidad de hacer ú omitir libremente algunas acciones sin faltar á las reglas de las costumbres: así para que haya obligacion es necesario que haya reglas que nos dicten lo que debemos hacer y omitir. Estas reglas son unas verdades que nos enseñan lo que es conforme ú opuesto al órden, y de consiguiente á la voluntad de Dios, porque es imposible que Dios deje de querer el órden. El órden moral consiste en que las acciones del hombre contribuyan á que se consiga el fin que Dios se ha propuesto al criar al hombre, y destinarle á vivir en sociedad con sus semejantes: este fin es el bien, así absoluto como relativo.

Sin reglas generales, es decir, sin las verdades que nos dictan cuales acciones se conforman, y cuales se oponen al órden y á la voluntad de Dios en

nada podria fundarse el permiso de unas acciones y la prohibicion de otras, sino en la voluntad del que las permitiese ó prohibiese; voluntad que en el legislador humano seria una arbitrariedad sin fundamento, y sin otro objeto que satisfacer el capricho del que mandase. Dios por su parte manda al hombre lo que le place, pero siempre le place mandar lo que es conforme al órden y al bien; mas no se lo mandaria al hombre si no le hiciese conocer lo que es conforme al órden, al bien y á su voluntad; ó seria necesario que en cada accion le intimase su mandato de modo que el hombre no pudiese dudar cual era la voluntad de Dios; lo cual ciertamente no sucede así. Luego Dios dá á conocer al hombre por medio de su razon las verdades que le dictan lo que debe hacer ú omitir: estas verdades son las reglas generales de nuestras acciones.

Seria impropio de la sabiduria y bondad de Dios no aprobar ni recompensar las acciones del hombre que se conformasen con el bien, con su voluntad, y con sus altísimas disposiciones; y muy ageno de su grandeza y dignidad infinitas que el hombre se opusiese impunemente al bien y á su divina voluntad: Dios, pues, premia unas acciones y castiga otras, premia las que son conformes y castiga las que son opuestas al bien y á su voluntad.

De consiguiente la verdadera moralidad de las acciones humanas supone y se funda lo mismo que la obligacion en la existencia de Dios, y en los premios y castigos que tiene preparados el Señor para las acciones del hombre segun sean buenas ó malas.

Es constante que en esta vida no siempre se premian las acciones buenas, y nunca conforme á la infinita bondad y munificencia de Dios; tambien se vé diariamente que los vicios y los crímenes quedan impunes muchas veces, y que las penas con que algu-



na vez son castigados, no son proporcionadas á la dignidad del ofendido que es un Dios infinito, y aun es muy frecuente abundar el vicioso en riquezas, conveniencias y distinciones terrenas, mientras el hombre justo y virtuoso se vé desatendido de la fortuna y de los hombres, y tal vez perseguido y agobiado con todo género de males. Luego si la moralidad se funda y lleva consigo necesariamente los premios y castigos, se entiende que estos premios y castigos están reservados para otra vida que ha de seguir á la presente. Sin esta base seria inútil é ineficaz para proporcionar á los hombres la felicidad á que aspiran naturalmente cualquiera clase de moralidad que se quisiese establecer, como lo probaremos en la leccion siguiente.

Eliú, uno de los amigos de Job, que en vez de consolarle en su desgracia le increpaba duramente, conocia sin duda la insuficiencia de cualquiera sistema de moral que no se funda en la infinita santidad de Dios; y en su indeclinable justicia, pues aunque interpretando mal los sentimientos y las expresiones de aquel santo y pacientísimo varon cuando se quejaba de su infortnno, decia de esta manera:

Oid, oh sábios, mis palabras, y vosotros prudentes prestadme atencion:

Puesto que el oido *atento* juzga de los razonamientos, como el paladar discierne por el gusto los manjares.

Examinemos bien entre nosotros el punto, y veamos de comun acuerdo lo que sea mas verdadero y *acertado*.

Es así que Job ha dicho: Yo soy justo, y Dios ha abandonado mi causa:

Pues hay error en el juicio que de mí se ha hecho: violenta es la saeta que tengo atravesada, sin que haya en mi pecado alguno. *Así ha hablado*.

¿Qué hombre hay, *pues*, semejante á Job que insulta como quien bebe *un vaso de agua*?

¿Que se asocia con los que obran la iniquidad y sigue la senda de los impíos?

Pues ha dicho: No será el hombre grato á Dios, por mas que corra por los caminos del Señor.

Por tanto vosotros, que sois varones cuerdos, estadme atentos. Lejos de Dios toda impiedad y del Todopoderoso toda injusticia.

Porque él ha de dar á las obras del hombre su pago *merecido*; y los ha de remunerar segun la conducta de cada uno:

siendo como es verdad que Dios no condena sin razon, ni el Omnipotente trastorna jamás la justicia.

¿Ha cedido él á algun otro sus veces sobre la tierra? ¿O á quién ha encargado gobernar el mundo que fabricó?

Si con su corazon *airado* se pusiese él á mirarle se atraeria *otra vez* á sí el espíritu y el aliento *que le dió*.

Toda carne pereceria de un golpe, y el hombre se tornaría en polvo.

Ahora bien, si tú tienes entendimiento, atiende á lo que se dice, y escucha mis palabras.

¿Por ventura puede ser capaz de curacion el que no ama la justicia? ¿Pues cómo tú condenas tanto á aquel Señor que es el justo *por esencia*?

á aquel que condena *y castiga* como prevaricadores á los *mismos* Reyes y como impios á los grandes:

que no repara en que sean príncipes ni hace caso de que sean *tiranos ó poderosos*, cuando pleitean contra el pobre: porque todos igualmente son hechura de sus manos.

Morirán de repente, y los pueblos á media noche se alborotarán y andarán de una parte á otra, y

acabarán sin el *menor* esfuerzo con los tiranos.

Porque los ojos de Dios observan los caminos de los hombres, y tiene él contados todos sus pasos.

No hay tinieblas, no hay sombras de muerte que basten para ocultar á los que obran la iniquidad.

Pues no está en poder del hombre el dejar de comparecer á juicio ante Dios,

el cual quitará de en medio á una multitud innumerable y sustituirá otros en su lugar:

porque conoce bien sus fechorías, y por tanto prepara la noche en que serán aniquilados.

Castigólos como á impíos á la vista de todo el mundo,

porque como de propósito, se alejaron de él, y no quisieron saber nada de todas sus disposiciones; de suerte que hicieron subir hasta él los clamores de los miserables, y el grito de los pobres.

Porque al que él concede la paz ó *le perdona*, ¿quién le condenará? Y ¿quién amparará al que él abandona, ya sea nacion, ó bien un particular?

El es el que permite que entre á reinar un hipócrita ó *tirano* por causa de los pecados del pueblo.

Ahora, pues, ya que yo he hablado de Dios *y en su defensa*, no estorbaré el que hables tú tambien *lo que quieras*.

Si he errado, enséñame el error, si *me pruebas que* he hablado la iniquidad, no diré nada mas.

¿Acaso te ha de pedir Dios á tí cuenta de mi discurso que tanto te desagrada *é inquieta*? El hecho es que tú comenzaste á discurrir y no yo: mas si sabes tú alguna cosa mejor, habla.

Pero yo quisiera escuchar á hombres de entendimiento, y hablar con gente sábia.

Porque Job ha hablado neciamente, y sus palabras no suenan buena doctrina.

*Por lo mismo*, ¡oh, Padre mio! sea Job atribula-

do hasta el fin: no dejes en paz á ese mal hombre.

Porque él añade á sus demas pecados la blasfemia ; nosotros entre tanto le estrecharemos , y entonces apele en sus discursos al juicio de Dios. (Job, capítulo XXXIV.)

## LECCION II.

No es regla de moral la utilidad privada ó pública (Lectura de la parábola del Samaritano en el capítulo X de San Lucas.)—La verdadera regla de la moral es la voluntad de Dios.

En sentir de algunos filósofos la bondad moral de una accion consiste en su conformidad con la utilidad, y en la oposicion á esta su malicia moral. Generalmente se dice que no se debe buscar en este caso la utilidad singular de un individuo, ni la particular de un determinado número de personas, sino la utilidad general de la sociedad ; aunque otros asientan que basta la utilidad individual bien entendida, en razon de que á nadie resulta una verdadera utilidad personal de una accion que esté en contradiccion con la utilidad general: el obrar , dicen, contra el bien de todos , es exponerse á que todos se declaren contra el que así obre , y esto á nadie puede ser útil.

Existe realmente esta conformidad ú oposicion de las acciones humanas con la utilidad pública , pero esta moralidad desnuda de otras consideraciones, seria por cierto bien poco suficiente para labrar la felicidad de los hombres que viven en sociedad. Dificilmente se podria reducir al avaro á que emplease una parte de su riqueza en socorrer la indigencia del pobre, porque así es conforme al bien general ; y al vengativo á que depusiese su rencor en beneficio de la paz y tranquilidad comun. Ni es de esperar que el hombre quisiese consultar en estos casos

y otros semejantes su interés propio, únicamente como enlazado y dependiente del interés general. Dudaría de la conducta que con él observarían los demás, aunque cediese á su favor una parte de sus bienes y satisfacciones, y no tendría por acertado ni prudente renunciar desde luego á un bien físico presente y verdadero en su concepto, por otro futuro pero dudoso. Según, pues, el derecho natural que existiría bajo ese sistema reducido á un conjunto de máximas relativas á la utilidad temporal, era muy de temer y casi necesario, atendidas las pasiones humanas, que el hombre obrase siempre ó á lo menos en muchas ocasiones, conforme al interés individual, aunque estuviese en oposicion con el bien general. Ni bastarían las leyes civiles, para hacerle mudar de propósito. Hay muchas acciones que no caen ni pueden caer bajo la jurisdiccion de las leyes. Todas las acciones secretas, las que no pueden probarse, aquellos oficios de humanidad y de beneficencia que no puede mandar la ley, porque su cumplimiento depende de muchas circunstancias que no puede saber ni averiguar el legislador, carecerían de regla que las dirigiese, si esta hubiera de ser únicamente la ley humana. Tambien hay que contar con los muchos y poderosos medios que tiene la astucia y la prepotencia para eludir las disposiciones de la ley mejor meditada. De aquí resultaría la opresion continua del pobre, del sencillo, del desvalido; y tambien la falta de un vínculo comun que uniera á los sagaces y poderosos, los cuales se mirarían y con razon unos á otros como enemigos encubiertos; y partiendo de este principio, su conducta seria la mas propia para impedir el bien, que todos esperan de la reunion de los hombres en sociedad.

De todos modos, la ley civil no seria mas que una fuerza material; y la razon humana no sucumbe á

la fuerza material. Cada uno para su gobierno propio, seria el árbitro de graduar la importancia, la utilidad y la oportunidad de la ley; nada veria en ella sino la expresion de la voluntad de otros hombres; y como todos los hombres por naturaleza son iguales en derechos, ninguno, ni muchos reunidos, tienen por naturaleza superioridad sobre los demas, ni autoridad de consiguiente para mandarles; ningun peso tendria la voluntad de los legisladores en el animo de los demas. El contrato social es una invencion, no existe semejante contrato ni expreso ni tácito: la sociedad no existe por un contrato, es una cualidad íntimamente inherente á la naturaleza humana: aunque existiera semejante contrato, si no hay anteriormente á él obligacion de cumplirlo, los hombres podrán forzar pero no obligar moralmente á cumplirlo, porque la obligacion moral tiene otro origen mas alto, del cual recibe toda su importancia, y aquella fuerza á que se rinde el entendimiento y la voluntad del hombre.

Este origen es Dios mismo, su bondad, su justicia, y su poder, y nuestra naturaleza racional. Por este principio quiere el Señor que nos gobernemos poniendo cuando es necesario nuestro interés personal á la conformidad de nuestras acciones con la voluntad de Dios y con la índole de nuestra naturaleza, de cuya conformidad no puede menos de resultar el bien general.

Bien claro nos dá á entender Nuestro Salvador en la parábola del Samaritano, que no ha de ser nuestra utilidad personal el móvil de nuestra conducta con los demas hombres.

Levantóse, entonces, dice el Evangelista San Lucas, un doctor de la ley y díjole (á Jesus) con el fin de tentarle: Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?

Dijole Jesus, ¿qué es lo que se halla escrito en la ley: qué es lo que en ella lees?

Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda la mente, y al prójimo como à tí mismo.

Replicóle Jesus: Bien has respondido; haz eso y vivirás.

Mas él queriendo dar à entender que era justo, preguntó à Jesus; ¿quién es mi prójimo?

Entonces Jesus tomando la palabra dijo: Bajaba un hombre de Jerusalem à Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas, dejándole medio muerto.

Bajaba casualmente por el camino un sacerdote, y aunque le vió pasó de largo.

Igualmente un levita, y à pesar de que se halló vecino al sitio y le miró, tiró adelante.

Pero un pasajero de nacion samaritano, llegóse donde estaba, y viéndole movióse à compasion.

Y arrimándose vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino, y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al meson y cuidó de él *en un todo*.

Al dia siguiente sacó dos denarios *de plata* y dióselos al mesonero diciendo: Cuidame este hombre, y todo lo que gastares de mas yo te lo abonaré à mi vuelta.

¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

Aquel, respondió el Doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, dijole Jesus, y haz tú otro tanto. (Luc. cap. 10.)

### LECCION III.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad, y así, tiene obligaciones respecto de los demas hombres.

El hombre ha nacido conocidamente para vivir en compañía con los individuos de su especie. Así lo prueban la necesidad que tiene por mucho tiempo del auxilio ageno para no perecer, la inclinacion mútua de los dos sexos, que los impele á vivir juntos, el amor que naturalmente tienen los padres á los hijos, y que los mueve poderosamente á criarlos, alimentarlos, vestirlos y conservarlos. Lo prueba tambien el deseo innato que tiene el hombre de ser feliz, deseo que le seria imposible satisfacer privado de muchas comodidades que solo puede proporcionar la sociedad, porque son el resultado de los esfuerzos intelectuales y corporales de muchos hombres reunidos.

Estas razones, que señalan como destino del hombre la sociedad, en general, demuestran tambien que el estado á que conduce al hombre su misma naturaleza, es la sociedad civil.

El atractivo y el interés unen naturalmente al hombre y á la muger; los hijos, que son el fruto de esta union, la hacen mas íntima y afectuosa: los padres se miran reproducidos en sus hijos: por esta razon, y por la ternura y compasion que inspira naturalmente la primera infancia, atendida la imposibilidad de conservarse á sí mismo el hombre en aquel período de su vida, emplean todo su cuidado en criar á su familia, y este cuidado los hace vivir y permanecer habitualmente juntos. Así se formó la primera sociedad que hubo en la tierra: por las mismas razones se formaron sucesivamente otras, se forman, en el dia, y se formarán siempre, porque la naturaleza humana siempre es la misma. Esta es la sociedad doméstica.



Tambien era doméstica la sociedad patriarcal, pero tenia mucha mayor extension, porque los patriarcas no solamente cuidaban de sus mugeres y sus hijos, sino que tambien tenian un mando paternal sobre todos sus descendientes, gobernando un gran número de personas y aun de familias.

La mucha propagacion de los hombres, la necesidad de dividirse y separarse por secciones para proporcionarse el alimento, la ambicion de algunos jefes de familia que querian extender su mando fuera de las familias que gobernaban, y otras causas de utilidad y conveniencia, hacian ya muy dificil y poco provechoso el gobierno patriarcal, y por esta razon muchas de aquellas familias y sus gefes se convinieron en reunirse, y formar todas ellas juntas una sola sociedad, estableciendo el modo y forma de gobernarse. Esta es la sociedad civil: la reunion de muchas familias bajo una forma determinada de gobierno, con leyes y reglamentos que tienen por objeto el bien comun.

Si el deseo innato que tiene el hombre de ser feliz, le conduce necesariamente ademas de otros móviles de una fuerza irresistible, á vivir en union con algunos de sus semejantes, forzoso es que este mismo deseo le conduzca tambien á vivir en sociedad civil, la cual proporciona á los hombres satisfacciones, comodidades y regalos, que no pueden esperarse sino del concurso de las fuerzas y conocimientos de un gran número de hombres.

Fuera de esto, el hombre es un ser inteligente y libre. Mas si la educacion, el ejemplo y el estímulo no desenvuelven la inteligencia, adelantará esta muy poco. Algunos descubrimientos que ahora nos parecen tan óbvios y sencillos, los ignoraria seguramente el hombre que desde su nacimiento viera, si fuese posible, enteramente aislado y sepa-

rado de sus semejantes. Del mismo modo muchísimos conocimientos, que aplicados á los usos de la vida humana, la hacen mas llevadera y agradable, inútilmente se buscarian fuera de la sociedad civil, porque la inteligencia del hombre careciendo de auxilios, de ejemplos y de estímulo, se estacionaria, y nunca arribaria ni aun progresaria en el camino de la felicidad, á que aspira el hombre naturalmente. La libertad por su parte, seria tambien un don bien ocioso con respecto á la felicidad humana, careciendo de objetos preferibles, y asimilándose fuera de la sociedad al instinto con que eligen los brutos lo necesario y conveniente para su conservacion, desechando lo que la destruye y perjudica, y reduciéndose escasamente á los objetos puramente necesarios para vivir.

Reunidas todas estas consideraciones, engendran un convencimiento intimo de que el hombre, por la naturaleza de su ser, está destinado á vivir no solamente en cualquiera sociedad tomada en general, sino tambien bajo un gobierno civil. De todos modos, en cualquiera sociedad que viva el hombre, tiene obligaciones para con los demas hombres con quienes vive asociado: sin estas obligaciones y su cumplimiento, seria imposible que vivieran los hombres reunidos, ninguno tendria seguros ni sus bienes ni su persona: habria entre todos una guerra continua, y de este modo no podria subsistir la sociedad, cualquiera que fuese.

#### LECCION IV.

Virtudes propias para cumplir con las obligaciones que tenemos respecto de los demas: obediencia, benevolencia y beneficencia.

Los medios de cumplir con las obligaciones que tenemos respecto de los demas, son todos aquellos oficios propios de la benevolencia, de la beneficencia.

cia y de la caridad, no menos que los de la obediencia que debemos á nuestros superiores, y de la justicia que debe presidir á todas aquellas acciones nuestras que digan relacion con los demas hombres; no negándoles nunca lo que es suyo, ni privándoles de aquellas cosas que les pertenecen, ó á las cuales tienen derecho. Seria imposible vivir en sociedad sin la obligacion de obedecer á los superiores, y de no perjudicar á nadie sin razon.

La benevolencia no es mas que el amor que debemos profesar á todos los hombres: lo mismo significa la palabra caridad, pero esta virtud será estéril, ó mas bien dejará de ser virtud, si pudiendo no hacemos bien al prójimo cuando lo necesita: *probatio dilectionis exhibitio est operis*, dice San Gregorio. La benevolencia, pues, y la caridad, deben ir acompañadas de la beneficencia, porque: «si algun hermano nuestro, dice el apóstol Santiago, nos pide en su necesidad algun socorro, y pudiendo dárselo, le respondemos: *Dios te ampare*; ¿de qué sirve nuestra respuesta?»

Obra muy mal el insensible, que viendo padecer al pobre, cierra su mano á la desgracia: si todos hicieran lo mismo, seria infeliz la mayor parte de los hombres, y Dios y la razon reprueban la dureza del que por su parte no remedia esta infelicidad. ¿Cree-ria el sórdido y despiadado avariento que no obraban mal los demas hombres, si viéndose en una necesidad, le tratasen á él como él se conduce con los menesterosos?

Todos los hombres deben ser objeto de nuestro amor, no nos exime de la obligacion de amarlos la diferencia que puede haber entre los de una y otra nacion, de una y otra religion: la obligacion de amar al prójimo, se extiende tambien á nuestros enemigos: moral sublime que desconocieron los pa-

ganos, pero que nos enseñó, recomendó y mandó ejercer N. S. Jesucristo.

Y pues la beneficencia es una consecuencia necesaria del amor que debemos tener á todos nuestros semejantes, claro es que debemos hacer bien á todos, cuando sea la ocasion y podamos hacerlo, sin distincion de personas, cualquiera que sea la nacion á que pertenezcan, y la religion que profesen. No siempre ni todos cumplen con esta importantisima obligacion, pero no deja de consolarse el corazon humano, cuando se vé al mahometano socorrer en un naufragio á los cristianos y vice-versa.

Del mismo modo la obligacion de hacer bien á todos los hombres, que procede del amor que debemos profesarles, se extiende tambien á nuestros enemigos, y á los que nos hacen mal; porque «si solo sois benéficos con los que os hacen bien, ¿qué mérito tendreis? ¿Por ventura, no hacen lo mismo los gentiles?» dijo N. S. Jesucristo á sus discípulos, y en ellos á nosotros.

Esta obligacion de hacer bien á nuestros semejantes, se reduce á aumentar por nuestra parte la felicidad general; objeto que se conseguirá si todos practican como deben la virtud de la beneficencia. Ninguna clase de la sociedad, ninguna persona por elevada que sea, deja de necesitar los buenos oficios de esta virtud, porque no hay ningun hombre que no tenga necesidad de los demas: aun los que parecen mas favorecidos de la fortuna, tienen muchas veces necesidad de consuelo, de un buen consejo, de un libertador en los peligros, etc. Así, pues, la beneficencia es una virtud universalmente recíproca, y de su ejercicio depende en mucha parte la felicidad general de los hombres.

Pero los que mas necesitan el socorro de la be-

neficencia ajena, son los que miramos como inferiores á nosotros, porque no tienen los medios con que á nosotros nos ha favorecido la Providencia, para pasar la vida con comodidad.

Mientras que la prudencia humana dirige nuestra conducta respecto de nuestros superiores, y la urbanidad la que debemos observar con nuestros iguales, dirijan el convencimiento de nuestra obligacion para conducirnos como debemos con aquellos á quienes la suerte no ha favorecido tanto como á nosotros.

## LECCION V.

Obligaciones respecto de la Patria y del Soberano.

La soberanía consiste en la independencia y en la autoridad para dar leyes y hacerlas ejecutar.

No hay mas que un soberano que es Dios. Pero el Señor quiere que ejerzan en su nombre la soberanía los gobiernos legítimamente establecidos: así se llama soberano el gobierno de un país, cualquiera que sea su forma; y si es una monarquía, al monarca se le llama soberano.

Cuando hablamos, pues, de las obligaciones que tenemos respecto del soberano, entendemos las obligaciones que tenemos para el gobierno de nuestro país.

La autoridad del gobierno en último resultado procede de Dios, cualesquiera que sean los grados intermedios por donde pase; porque si recibe inmediatamente del pueblo su autoridad, el pueblo no se la puede dar si no la recibe de Dios, puesto que los hombres en cualquier número que se les considere, todos son iguales por naturaleza en derechos, ningún hombre, ninguna reunion de hombres tiene por su naturaleza superioridad para mandar á los demas, y de consiguiente no la pueden dar á otros. Si se formara de nuevo una sociedad de hombres en-

teramente libres é independientes, tendrian facultad concedida por Dios, para dar la autoridad á la persona ó personas que les pareciese, porque Dios quiere y aprueba la sociedad civil, y deja á los que se asocian la eleccion del gobierno que mas les conveniga. La exposicion de los casos en que constituido ya un gobierno, puede la nacion privar de la autoridad á los que la tienen, dársela á otros, ó adoptar una forma diferente de gobierno, no es propia de este lugar.

Mas por lo que llevamos dicho, se vé que resistir á las potestades legítimamente constituidas es resistir á Dios: *qui potestati resistit, Dei ordinationi resistit*, dice San Pablo: porque como enseña el mismo apóstol: «Toda potestad viene de Dios, y las que hay estan ordenadas por Dios.» *Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt* » dijo el mismo Dios.

La primera obligacion, pues, que tenemos respeto del soberano, es obedecer las leyes que promulga, sin que esta obediencia excluya el derecho de representar, que no se puede negar á ningun súbdito cuando se cree injustamente perjudicado. A esta obediencia se opone la rebelion y las sediciones y tumultos, como tambien la resistencia indirecta y encubierta, pero injusta, á las órdenes del soberano y de los que mandan en su nombre.

Se debe tambien respeto y aun amor al soberano, como que representa á Dios, en cuyo nombre ejerce la autoridad; y la justa libertad de que debe gozar todo ciudadano, no puede extenderse á denigrar sin razon á las personas de que se compone el gobierno, ni á censurar con dañada intencion sus disposiciones. *Principi populi tui non maledices*, dice la Sagrada Escritura. En estas obligaciones que tenemos para con el soberano, se incluyen otras

que tenemos para con la patria.

Ademas del soberano tenemos tambien otros superiores, á quienes debemos siempre respeto, y en su caso obediencia: tales son los obispos y los sacerdotes en el régimen eclesiástico, los magistrados en el órden civil, los maestros, y principalmente los padres, respecto de todos los cuales nos dicta obligaciones inmediatas la ley natural, ademas de las que nos impone la ley civil; sobre lo cual puede verse la leccion LXXXIX del primer año.

### LECCION VI.

Siguen las obligaciones que tenemos respecto de la patria y del Soberano.

La *patria* es la reunion de todos los individuos que viven bajo un mismo gobierno, y el suelo ó el pais en donde viven. Las obligaciones que tenemos respecto de la patria son procurar por la felicidad comun, y defender el territorio contra las agresiones de los extranjeros.

Para lo primero es necesario que cada uno contribuya con sus bienes, con su trabajo, con su industria, con su estudio y con sus luces, no solamente á no ser una carga para los demas, sino tambien á aumentar la suma de bienes de la sociedad á que pertenece, ventaja mútua de que participan todos. El que disfruta los bienes que le proporcionan los demas, sin retribucion ninguna por su parte, es al mismo tiempo inútil, injusto y perjudicial. Es reo de un enorme delito el que forma cismas, partidos ó facciones contra el gobierno legitimo, porque estas funestas divisiones causan un gran quebranto á la sociedad, y llegan á veces á destruirla: *Omne regnum in se divisum desolabitur*, dice Jesucristo. La patria exige tambien de todos los ciudadanos que desempeñen con esmero el ministerio que tie-

nen á su cargo; de su buen cumplimiento se siguen muchos bienes á la patria, y males inmensos de su negligencia ó infidelidad.

Para cumplir todos los ciudadanos con la obligacion de defender sus hogares, deben prestarse á pagar sin atraso ni fraude los impuestos públicos, y tomar las armas y llevarlas con honor y fidelidad, exponiendo su vida cuando sea necesario.

Es muy dulce el nombre de *patria*: no ya las encantadoras llanuras y la suntuosidad y belleza de las ciudades; los riscos y las nieves que nos vieron nacer y la choza en que nos hemos criado, tienen para nuestra alma un atractivo inexplicable. Los escitas, que en tiempo de Ovidio habitaban un pais salvaje, se morían de melancolia en Roma, centro de la opulencia y de las delicias de todo el mundo. Así, obra contra los sentimientos naturales el que rehusa defender á su patria, cuando está en peligro, ó es llamado por la ley para este fin.

Es un mónstro el que abre á los enemigos las puertas de su patria, ó les facilita noticias y medios para enseñorearse de ella. Los traidores causan horror aun á los mismos que los emplean en su provecho. Se presentó á la reina Isabel de Inglaterra un traidor, que habia entregado una plaza á sus tropas, ofreciéndose á su servicio: la reyna le respondió: *Bien; retráete: cuando yo necesite un traidor, entonces te llamaré.*

Las obligaciones recíprocas que tienen los ciudadanos de un Estado, son las mismas que tienen todos los hombres entre sí, pero las hacen mas estrechas los vínculos que los unen mas íntimamente que con los demas hombres. Se deben, pues, unos á otros los que se gobiernan bajo unas mismas leyes todos aquellos buenos oficios sin los cuales se frustraria el objeto de su asociacion. Así la justicia, el cumpli-



miento de las promesas , la beneficencia, las atenciones propias de una buena educacion, nos presentan ocasiones diarias de ejercer con nuestros conciudadanos todos los buenos oficios que debiéramos prestarles , dada la ocasion , aunque vivieran muy distantes de nosotros, y sujetos á un gobierno diferente. No podemos eximirnos indebidamente de aquellas cargas comunes cuya exencion cede en perjuicio de los demas. Sustrayéndonos al pago de las contribuciones , echamos á los demas la carga que nosotros debemos llevar: el que por medio de algun fraude se libra del servicio militar , causa un perjuicio considerable al que sin corresponderle tiene que ocupar su lugar, y soportar los trabajos, fatigas y peligros de la vida del soldado. No se podria vivir en una nacion, en una ciudad, sin la fidelidad en los contratos, sin socorrerse mutuamente los ciudadanos en sus necesidades , sin aquellas condescendencias que dicta la urbanidad , sin auxiliarse y tolerarse unos á otros sus debilidades, importunidades y aun sinrazones , como nos manda Nuestro Señor Jesucristo. *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi*, dice el Apóstol.

## LECCION VII.

Obligaciones respecto de los iguales.

Los hombres todos son iguales por naturaleza en derechos. Ningun hombre por su naturaleza tiene superioridad ó autoridad para mandar á otro hombre: solo Dios tiene derecho para mandar al hombre, dice S. Gregorio (1). Tanto el sábio como el ignorante, lo mismo el pobre que el poderoso, y el monarca que el último de sus súbditos, son iguales delante de Dios , y esta igualdad es la que llamamos igualdad natural.

(1) Lib. 21 sobre Job cap. 13.

Pero entre los hombres unos tienen mucho talento y otros poco, unos son bien formados y otros contrahechos, unos débiles y otros robustos: esta es la desigualdad natural, cuando estas cualidades son innatas en el hombre, porque si son adquiridas ó contraídas no se puede decir con propiedad que son una desigualdad natural, ó procedente del constitutivo que le cupo al hombre al tiempo de ser formado.

Puesto que ningún hombre es superior á otro en derechos, por naturaleza, se sigue que por naturaleza todos tienen iguales derechos. El derecho en general, tomado subjetivamente, es la *facultad que tiene el hombre para poseer, hacer ó dejar de hacer alguna cosa, ó bien para exigir que otros la hagan ó se abstengan de hacerla, y que no le inquieten en la posesión de lo que tiene*: la razón ó el fundamento de esta facultad, es su conformidad con el orden y con la voluntad de Dios.

Muchos de estos derechos en la sociedad, proceden de las disposiciones de las leyes civiles, aunque siempre conformes con la razón, pero también tiene el hombre otros muchos por su propia naturaleza, independientemente de las leyes humanas. El conjunto de estos últimos derechos constituye también la igualdad natural entre los hombres.

Tiene el hombre naturalmente derecho á la conservación de su vida y de sus miembros; tiene derecho sobre el producto de su trabajo personal, sobre el uso en común con los demás hombres, del aire, de la luz y de la agua. Si naufragasen mil personas diferentes, de mil países diversos, y se refugiasen á la vez en una isla desierta, tendrían todos ellos desde el primer momento de su llegada, todos estos derechos.

Aunque la desigualdad natural no dá superiori-

dad á un hombre sobre otro, no deja de dar á unos ciertos derechos que no pueden corresponder á otros, tomando aquí el derecho objetivamente, es decir, por *la razon que hay para que alguno haga ó deje de hacer alguna cosa*, lo que quiere decir: porque así es conforme con la voluntad de Dios; en este caso no hay igualdad natural de derechos: no hay razon para apreciar el parecer de un fátuo, y si la hay para apreciar el de un hombre entendido, cuando la autoridad del que habla es lo único á que hay que atenerse. Con estas nociones se puede venir en conocimiento de lo que es, y á lo que se extiende la igualdad natural entre los hombres.

La desigualdad con que ha señalado la naturaleza á todos los individuos de la especie humana, lo mismo que á los individuos de todas las especies, prueba la sabiduría del Criador, porque de esta desigualdad resulta un conjunto de variedad, de armonía y de belleza, cual resplandece en todas las obras de una inteligencia superior, que tiene presentes un sin número de prototipos ó modelos.

### LECCION VIII.

Sigue la leccion anterior.

Con la igualdad natural de todos los hombres, ha querido darnos á conocer el Supremo Hacedor, que todos sin excepcion y sin acepcion particular, somos hijos suyos, y de consiguiente hermanos, y que como tales debemos amarnos y auxiliarnos unos á otros: que él es nuestro Padre, á quien debemos amar y respetar, y que es Señor nuestro á quien por lo mismo debemos obedecer y servir; consideracion que debe llenar de consuelo á los que se creen mas desvalidos, teniendo siempre presente que delante de Dios no hay mas que buenos y malos, y que el bueno, aunque padezca trabajos en esta vida,

de ninguna manera está desamparado; y que un día llegará, y no tardará en llegar, en que entre en la casa de su Padre celestial, donde será tratado, si sus obras lo merecen, con todo el cariño con que trata á sus hijos un padre, y el mejor padre de todos, Dios nuestro Criador.

Si es un atentado contra la igualdad natural arrogarnos sobre otros autoridad y derechos que no nos competen, la desigualdad natural no nos autoriza ni es un motivo para perjudicar ni aun despreciar á los menos favorecidos por el Criador, en la distribución de los bienes intelectuales y corporales. La razón natural dicta, y es una parte de la buena educación, respetar en nuestros semejantes la obra de Dios, que nada hace sin designio, y no mirarlos con desprecio por unos defectos en que ninguna parte ha tenido su voluntad. El verdadero mérito de una persona, no depende de esos accidentes; muchas veces esos defectos cubren una índole bella y un corazón recto: por el contrario, hombres perversos hay perfectamente bien formados, y sábios que tienen unas costumbres depravadas. También obra neciamente el que se vanagloria de las prendas intelectuales, ó perfecciones corporales que le adornan. San Pablo dice: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?»

## LECCION IX.

### Urbanidad.

El hombre debe acostumbrarse desde niño á tratar á los demas con agrado y con respeto, segun la cualidad y condicion de cada uno: en esto consiste la urbanidad. El hombre bien educado sabe como se ha de conducir con los superiores, con los iguales y los inferiores, de modo que no ofenda ni dé á nadie

motivos justos de resentimiento y quejas. Entra tambien en la buena educacion el abstenerse de todas aquellas acciones que pueden perjudicar y aun desagradar á los demas , aunque no sean moralmente malas; la atencion y el buen modo que debemos tener con todos sin distincion. La excesiva curiosidad , la presuncion y la jactancia, la irreflexion ó indiscrecion en hablar, la falta de limpieza y de aseo , la demasiada familiaridad y libertad, la fastidiosa verbosidad, ó por el contrario una quiotesca taciturnidad, la terquedad en las disputas y otros defectos por este estilo , disgustan á los que estan en nuestra compañía , aunque sean nuestros amigos. En las reuniones, en la mesa, en el juego, en cualquiera diversion , en tódas partes y ocasiones, debemos procurar con el mayor esmero no faltar á las consideraciones que se deben los hombres unos á otros, ni hacernos objeto de aversion ó de desprecio : el habituarse desde niño á evitar todas estas faltas , es absolutamente necesario para adquirir una buena educacion; el hábito contrario una vez adquirido se desarraiga con dificultad , ó por mejor decir nunca se corrige del todo, de lo cual nos presenta la historia ejemplos que deplorar hasta en los tronos. Pedro I, Czar de Moscovia , uno de los monarcas mas ilustres de que hace mencion la historia, habia nacido en medio de un pueblo bárbaro , y asi recibió una educacion nada correspondiente á su elevado nacimiento. Civilizó á su nacion, fundó un imperio poderoso, pero se quejaba muchas veces de la mala educacion que le habian dado , y lamentaba los resultados de este defecto tan sustancial.

Mucho cuidado exige de nosotros la cortesania, para no faltar á las consideraciones y respetos que debemos á los demas, y si no hemos de privar á la vida social de su mérito y atractivo. A lo menos

procura conservar en la memoria las advertencias siguientes.

No seas voluntarioso, arisco y áspero en el trato con los demas; antes bien procura ser afable y condescendiente con todo el mundo, aun con tus inferiores, dependientes ó criados. Saluda cortesmente á tus amigos y conocidos, y con respeto á los superiores. No seas importuno; no exijas indebidamente de los demas que hagan lo que acaso les repugna ó desagrada. Jamás se oigan en tu boca palabras súcias ú obscenas, ni aquellos equívocos que pueden suscitar ideas torpes, porque ofenderás á Dios y á los que te oyen. No interrumpas á otro cuando está hablando, si no hay motivo racional para interrumpirle. No adquieras la mala costumbre de querer enmendar la plana á los demas, porque te harás odioso. Tampoco te acostumbres á dar consejos indistintamente y con frecuencia; se reirán de tí. No sonrojes á nadie, ni nombres cosas, ni refieras hechos, ni hagas alusiones que directa ó indirectamente puedan avergonzar á alguno. No desmientas á nadie en su cara. Tampoco digas: « Eso que V. dice es un disparate, un absurdo: » dí lo que tú piensas, pero sin usar de expresiones disonantes y ofensivas. Abstente de aquellos dichos y burlas que punzan y mortifican á los demas; no seas de los que mas quieren perder un amigo, que desperdiciar una chanza. No te acostumbres á ser portador de malas nuevas, que puedan afectar á los que te oigan. No ridiculices á nadie, ni en su persona ni en sus cosas, mucho menos si está presente.

No te sientes en las reuniones de modo que vuelvas la espalda ó incomodes á los que estan en tu compañía; no hosteces, no te espereces, ni te duermas; no eructes, no escupas con frecuencia, ni de modo que salpiques con la saliva á los demas. No

te empeñes en cantar si cantas mal, ni te hagas mucho de rogar, si cantas bien. No hagas de gracioso si no lo eres; si eres naturalmente chistoso, usa con prudencia y economía de ese don. En ninguna reunion te pongas á leer para tí algun libro, carta ó papel; á ninguno trates en ella con desvio ó con desden, ni te entretengas con ningun juguete, que es manifestar fastidio ó poco aprecio de los que estan presentes.

Las mugeres son la mitad mas respetable y delicada del género humano. Así, debes portarte respecto de todas ellas con el mayor miramiento. Nunca digas ni hagas delante de una muger ninguna cosa que pueda ofender su recato: no hables á las mugeres con la misma franqueza y soltura que á los hombres, y ten siempre con todas ellas una deferencia racional. En fin, procura captarte con tus modales la estimacion de todos, lo que conseguirás asociándote é imitando á las personas educadas con esmero.

## LECCION X.

### Gratitud.

Nuestro Criador como infinitamente bueno, siempre se propone el bien en todo cuanto hace, y quiere que todas sus criaturas contribuyan al mismo fin. Por esta razon su infinita sabiduría, presenta al hombre mil estímulos para obrar bien; uno de ellos es la gratitud: se estimula el hombre á hacer bien á sus semejantes, cuando se vé correspondido con el agradecimiento.

La gratitud consiste en acordarnos con gusto del beneficio que hemos recibido, en dar gracias á nuestro bienhechor, y en estar dispuestos á complacerle en todo aquello que no sea contra la ley de Dios, contra las leyes civiles, ó contra nuestro pro-

pio decoro, ni sea un sacrificio desproporcionado al favor que se nos ha hecho.

Dios es tan sumamente bueno, que está colmando incesantemente de beneficios á todas las criaturas, sin haber recibido ni esperar nada de ellas: ni aun los que le están ofendiendo todos los dias están excluidos de su liberalidad. Hace salir el sol y que llueva para los buenos y para los malos; á todos nos dá y nos conserva la vida, nos provee de alimento, de vestido y de cuanto necesitamos para vivir, y para vivir con comodidad: todo esto hace Dios, á quien nada damos ni podemos dar; ¿y nosotros no hemos de estar dispuestos á hacer bien á los que nos favorecen?

Así como la gratitud es un estímulo para que el hombre haga bien á sus semejantes, del mismo modo la ingratitud retrae al hombre benéfico de ejercer su beneficencia, perdiéndose así muchos bienes por culpa del ingrato, que por lo mismo es muy perjudicial á la sociedad.

Muchos de los buenos oficios á que están obligados mutuamente los hombres, no pueden hacerse cumplir á la fuerza. Las leyes civiles solo pueden compeler al cumplimiento de aquellas obligaciones manifiestas, que no se pueden negar ó se pueden probar aunque se nieguen. Pero es imposible que el legislador penetre en las interioridades de las familias, y de las personas, para cerciorarse de la existencia de algunas obligaciones que solamente lo son en determinados casos, conocidos tan solo de aquel sobre quien recae la obligación. Pues bien, muchas de estas obligaciones tienen su origen en la gratitud; suprimase el agradecimiento, y quedarán sin cumplir, y la sociedad entera perderá mucho en ello. Por donde se vé que el desagradecido impide por lo que á él toca mucha parte del bien que los



hombres tienen derecho á esperar de su reunion, privándoles de la felicidad á que podian aspirar. Y como Dios quiere la felicidad de los hombres, se sigue que el ingrato perjudica á sus semejantes, y contraria la voluntad de Dios: en esto consiste la malicia moral de la ingratitud; estamos, pues, obligados en conciencia ó delante de Dios, á ser agradecidos.

## LECCION XI.

Sigue la gratitud.

La gratitud no obliga á ninguna correspondencia con el bienhechor, incompatible con alguna obligacion que tenga el que ha recibido el beneficio. Tampoco obliga la gratitud á prestarse á las exigencias del bienhechor que puedan ofender nuestro decoro ó la decencia de nuestra condicion. Una persona bien educada no está obligada á emplearse en ciertos servicios propios de un criado por complacer á su bienhechor.

Si por un beneficio cualquiera se reclama un servicio que no puede prestarse sin grave detrimento en la salud ó en la fortuna, si por él se exige una excesiva sujecion, claro es que á tanto no se extiende la obligacion que impone la gratitud, cuyos oficios han de guardar proporcion con la naturaleza y el valor del beneficio recibido.

Si el favorecido está obligado á complacer y deferir á su bienhechor, no por eso está éste autorizado para recordarle, y mucho menos para echarle en cara los beneficios que le ha hecho, si no hay una razon justa para hacerlo así, como cuando es demasiado irritante la ingratitud, ó cuando se corresponde á un favor con injurias inmerecidas, ó con males y perjuicios voluntariamente causados.

III Otras obligaciones tiene tambien el bienhechor.

No debe ser demasiado exigente con la persona á quien ha favorecido, molestándola con frecuencia, aunque sea en cosas pequeñas. Tampoco debe hacer público el beneficio que le ha hecho, porque muchas veces la delicadeza se resiente de esta publicidad. Pero los defectos del bienhechor no eximen de la gratitud al favorecido. Los vicios de los demas no son virtudes nuestras. Ademas de la malicia moral que lleva consigo la falta de agradecimiento, por los bienes de que priva á la sociedad, el ingrato es mal mirado de todos, principalmente cuando á los beneficios corresponde con injurias ó agravios. Y con razon: el ingrato es un monstruo que ni aun merece ser animal. Véanse las demostraciones con que los animales aun los mas fieros manifiestan su agradecimiento al que los cuida y agasaja. Condenaron los romanos á un hombre á ser devorado por las fieras en el anfiteatro: salió de su jaula un leon que se arrojó á él con furia espantosa; pero con grande admiracion de todos los espectadores, empezó á lamerle y halagarle, y le defendió animosamente de las demas fieras. Muchos años antes en el Alrica se habia clavado aquel leon en un pié una espina que le atormentaba: se acercó en actitud suplicante á este mismo hombre, que aunque poseido de un susto mortal le sacó la espina: el leon descansó de su dolor y se fué pacíficamente: despues de algun tiempo le cogieron y llevaron á Roma, y no se habia olvidado del beneficio que habia recibido. Esto hizo una fiera: por desgracia hay hombres que tienen que aprender de las fieras.

## LECCION XII.

Cumplimiento de las promesas.

Toda la vida social se funda en el cumplimiento de las promesas que se hacen mutuamente los hom-

bres, ya sean explícitas ya implícitas. Las primeras, como que se expresan formal y terminantemente son de todos conocidas; mas aunque las segundas, que son innumerables, no se hagan con la misma expresión, no por eso dejan de ser obligatorias; si no lo fueran no podríamos tener la menor confianza en los demás hombres. El comerciante, el artesano, el letrado, el amo, el criado, el maestro, el discípulo, todos en fin, cada uno en su línea prometen algo al público, ó á los particulares, aunque no lo expresen formalmente; y si no descansáramos en la confianza de que han de cumplir lo prometido, nos sería imposible arreglar nuestro género de vida, ni contar con éxito determinado en nuestros negocios aun los mas triviales. De este modo no puede subsistir ninguna sociedad. Así, el que falta á su promesa, contribuye por su parte á la subversión de todas las relaciones que unen á los hombres entre sí, les perjudica y obra contra la voluntad de Dios, que quiere el bienestar de todos los hombres.

La promesa, cuando los términos en que está hecha pueden entenderse en varios sentidos, debe entenderse en el sentido en que el que la hace, conoce al tiempo de hacerla que la entiende aquel á quien la hace. Se cuenta que pusieron en Roma un pasquin contra Sixto V, y que este ofreció una suma de dinero al autor del pasquin si se descubria: se descubrió: Sixto V le dió el dinero y le mandó ahorcar. Si el caso es cierto, Sixto V no cumplió su promesa, pues bien conocia que el autor del pasquin no la entendia de esa manera.

Las promesas no obligan cuando no se pueden cumplir, pero comete un fraude el que hace una promesa, si al hacerla conoce que no puede cumplirla. Tampoco obligan, cuando no es lícito su cumplimiento; y puede ser ilícito al tiempo de ha-

cer la promesa, ó resultar ilícito despues de hecha. En el primer caso no solamente no se puede cumplir la promesa, sino que obró mal el que la hizo; como un asesino que promete al que le paga dar la muerte á una persona. En el segundo caso aunque no obra mal el que promete, obrará mal si cumple su promesa; como cuando un comerciante promete enviar para tal tiempo á otro comerciante extranjero algun artículo de su comercio, y con posterioridad á esta promesa se prohíbe su exportacion.

Tampoco obligan las promesas erróneas, ó mas bien en este caso se puede decir que no hay promesa. Yo prometo socorrer mañana á un hombre que me ha pintado con los colores mas tristes su situacion: informándome, ó por casualidad, sé despues que su relacion es falsa, que es un vicioso, un perdido; claro es que no estoy obligado á cumplir mi promesa, ó mas bien que en este caso no hubo promesa, porque yo nada prometí á un hombre que no estaba necesitado; mucho menos habiendo de servir mi socorro para fomentar sus vicios. Tampoco estoy obligado á cumplir la promesa de socorrer á una familia necesitada cuando hago la promesa en la inteligencia de que mis fondos me permiten cumplirla, y antes de este caso veo que estoy engañado porque mis fondos no alcanzan á tanto.

No obligan las promesas erróneas, porque el que las hace conoce que aquel á quien las hace entiende que no las haria si conociese el error, y que no puede exigir racionalmente su cumplimiento cuando sabe que el que hizo la promesa no la hubiera hecho, si no hubiera estado en aquel error; lo que equivale á no haber promesa.

No es lo mismo la ignorancia que el error. Yo ignoro que mañana exigirá de mí algun amigo una promesa que acabo de hacer á otro, si yo lo hubiera

sabido no hubiera hecho á este la promesa sino á mi amigo. Pero esta ignorancia no me exime de cumplirla, porque conozco muy bien que el que la ha recibido no la recibió con la condicion de si no se me presentaba despues otra persona á quien fuese mas de mi agrado hacer la misma promesa.

Se pregunta si obligan las promesas hechas por miedo de un mal grave, como la muerte, la infamia, la pérdida de los bienes, etc. La resolucion de esta cuestion no deja de ofrecer dificultades, pero si depende de la utilidad ó perjuicio que el cumplimiento de tales promesas puede causar á la sociedad, se deben considerar y pesar las consecuencias generales de cumplirlas ó no cumplirlas. Mas aunque el bien general reclame la inobservancia de las promesas de esta clase, obra mal el que las hace sin ánimo de cumplirlas; pues el estar exento de su cumplimiento no le autoriza para hacerlas faltando á la verdad, á la cual en ningun caso y por ningun motivo es licito faltar. Estamos obligados á cumplir las promesas que hacemos impelidos de un miedo leve: semejante miedo es una debilidad, que la persona á quien se hace la promesa no mira como la causa que determina á nuestra voluntad: así lo conocemos nosotros; estamos persuadidos de ello; y esta persuasion nos liga á cumplir lo que prometemos.

### LECCION XIII.

Reglas generales de conducta en socorrer á nuestros semejantes.—Benevolencia, beneficencia y caridad.—Reglas generales con respecto á los socorros que puede dar un hombre por su profesion.

Querer bien á todo el mundo, hacer bien á todos sin excepcion, cuando necesitan de nuestros auxilios, ya socorriéndoles en sus necesidades, ya consolándolos en sus aflicciones, ó dándoles un buen

consejo si lo han menester, tales son las reglas generales de nuestra conducta en socorrer á nuestros semejantes; en esto consiste la benevolencia, la beneficencia y la caridad.

Los que están en disposicion de dar algun socorro por su profesion, son los legisladores, los magistrados, abogados y curiales, los párrocos, los médicos y los cirujanos.

Las leyes deben ser justas para con todos, cualesquiera que sean el rango y la fortuna de cada uno; pero los legisladores deben proponerse en todas ellas con especialidad el bien de los pobres; y este será un medio muy eficaz de socorrerles en medio de su miseria. Hacen tambien un gran servicio á esta clase numerosa de la sociedad, todos los que con sus observaciones y escritos contribuyen á mejorar las leyes en beneficio del menesteroso. En esta loable ocupacion pueden emplearse los jueces á quienes ilustra la práctica sobre las imperfecciones de las leyes, todos los jurisperitos, y otros muchos hombres entendidos.

Los párrocos con sus consejos, y mediante aquella autoridad paternal que les dá su sagrado ministerio sobre el ánimo de sus feligreses, pueden tambien prestar grandes beneficios á la clase ínfima de la sociedad.

El arte de curar dá medios á un facultativo para procurar á los pobres el mayor beneficio que pueden recibir, la salud, preciosa para todos en verdad, pero de un valor sumo para el pobre, como que en ella cifra su subsistencia y la de su familia; un médico desinteresado puede facilitarles muchas veces este inestimable beneficio, á poca costa ó sin ninguna.

Todo el que tiene algun conocimiento de las leyes, y mucho mas un letrado, puede terminar amis-

tosamente, sin necesidad de un pleito, las diferencias y altercados que suelen suscitarse entre los pobres y aldeanos, cuyos derechos no son tan complicados, como violentas y dispendiosas sus querellas, de cuyas resultas quedan algunos de ellos no pocas veces arruinados. Un hombre de reputacion entre sus convecinos, puede igualmente apaciguar sus disensiones con poco trabajo, y con gran provecho de los que disputan entre sí, los cuales, faltos de consejo, pudieran verse arrastrados á un pleito ruinoso, á enemistades y rencores que turban la paz de las familias, y acibaran la vida doméstica.

Ademas de los socorros que puede dar un hombre por su profesion á los pobres, muchos pueden tambien socorrerles, y están obligados á hacerlo. La desigualdad natural de disposicion y talentos en el hombre, los efectos fisicos que segun el plan de la divina Providencia causan en el mundo los fenómenos de la naturaleza, y los que causa á su vez la injusticia ó la malicia de los hombres, necesariamente han de producir la desigualdad de las fortunas: en este punto no se levanta un solo dia el género humano en el mismo estado en que se acostó el dia anterior: una enfermedad, una muerte repentina, un robo, un naufragio, una tempestad, un incendio, una inundacion, un terremoto y otras mil causas semejantes que ocurren todos los dias, hacen variar con frecuencia y considerablemente las fortunas.

Supuesta esta desigualdad irremediable, el que tiene poco ó no tiene nada, está á cargo de los que tienen; ni puede ser otra cosa, á no ser que supon-gamos que Dios quiere la miseria é infelicidad de unos hombres, y que otros estén nadando en la abundancia. Al mismo tiempo que Dios ha provisto la tierra de inmensos bienes para uso del hombre,

ha establecido tambien su sabiduría eterna un órden admirable en el universo; y es una arrogancia impía de parte del rico, pretender que Dios, trastornando ó suspendiendo el plan formado por su sabiduría dé al pobre directamente cuanto necesita, para quedar él exento de la obligacion de socorrerle. Le ha dado bienes al poderoso, pero bien puede este conocer que quien se los ha dado es Padre universal de ricos y pobres, y no ha de querer que un hijo suyo perezca de hambre por colmar á otro hijo suyo de riquezas; debe conocer que no se las ha dado para él solo. De esta obligacion de socorrer al pobre, nos avisa el Señor continuamente por los sentimientos de humanidad y compasion hacia los pobres que ninguno deja de experimentar, por mas que algunos quieran resistirse á su impulso; sentimientos generales de la especie humana, á que correspondieron los mismos adoradores de las falsas deidades.

Nuestro Señor Jesucristo nos intima en el Evangelio, que en el dia de la cuenta nos la ha de pedir muy estrecha del cumplimiento de esta obligacion, diciendo entonces á los que la despreciaron, que los socorros que negaron al pobre se los negaron á él mismo.

#### LECCION XIV.

Limosna: su fundamento y modo de hacerla.—(Lectura del capítulo IV del Eclesiástico.)

Hay varios modos de socorrer á los pobres ó de dar limosna. Se puede dar una cantidad fija y algo considerable de dinero en épocas determinadas, á una persona ó familia necesitada. La seguridad de recibir á su tiempo este auxilio, libra á los pobres del temor del hambre, que es lo que mas les aqueja; y ademas, el pobre hace siempre un uso mas provechoso de una cantidad algo crecida, que los muchos



pobres que reciben la misma cantidad distribuida en pequeñas porciones.

Tambien es un modo muy loable de dar limosna, suscribirse en favor de algun establecimiento público de beneficencia. Una misma cantidad entregada, por ejemplo, á un hospital bien administrado, puede bastar para procurar á dos ó mas enfermos todo lo que necesitan, cuando apenas bastaría para socorrer á uno en su casa, si bien la hospitalidad domiciliaria no deja de tener tambien sus ventajas.

Se puede igualmente dar limosna á los mendigos que imploran nuestra caridad por las calles. Este género de caridad tiene la ventaja de que con él se fomentan los sentimientos de humanidad, por la satisfaccion que recibimos al ver por nuestros mismos ojos socorrida la miseria, y al oír las bendiciones que nos echan y las plegarias que dirigen al cielo en nuestro favor, los que reciben el socorro. Nada importa que algunos nos engañen fingiéndose pobres. Si por esta razon no se hubiera de dar limosna á ningun pordiosero, quedarian indudablemente sin socorrer muchas necesidades verdaderas. Bueno es dar la limosna con discernimiento, y distinguiendo de personas, por no fomentar la holgazaneria y la vagancia, pero en caso de duda nos exponemos conocidamente al peligro de faltar á nuestra obligacion, si por esta consideracion dejamos de darla, al paso que el socorro que damos á una persona en nuestro concepto pobre, tiene, aunque no lo sea, el mismo mérito que si la diéramos á un verdadero indigente.

Por supuesto que la limosna y cualquiera otra clase de beneficios que hagamos á los necesitados, debe proceder de la caridad. Si damos limosna por vanidad, para que los demas nos tengan por caritativos, desprendidos y generosos, la accion en sí

siempre es buena, pero pierde su mérito para nosotros, porque la vicia el motivo. N. S. Jesucristo dijo: «Cuando des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha;» enseñándonos que no debemos dar limosna solo para que lo vean los demas y nos tengan por virtuosos; pero si nosotros no buscamos la publicidad, aunque los demas presencien nuestra buena accion, sin duda será acepta á Dios, y por ella le glorificarán los que la presencien. «Vean los demas vuestras obras buenas, para que glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos,» dijo tambien el mismo Señor.

Las sagradas letras nos recomiendan muy sentidamente la limosna.

Hijo, dicen, no defraudes al pobre de su limosna, ni vuelvas á otra parte tus ojos por no verle.

No desprecies al que padece hambre, ni exasperes al pobre en su necesidad.

No aflijas el corazon del desvalido, ni dilates el socorro al que se halla angustiado.

No deseches el ruego del atribulado, ni tuerzas tu rostro al menesteroso.

No apertes *desdeñosamente* tus ojos del mendigo, irritándole, ni des ocasion á los que te piden, de que te maldigan por detrás.

Porque escuchada será *de Dios* la imprecacion del que te maldijere en la amargura de su alma, y oírle há su Criador.

Muéstrate afable á la turba de los pobres, y humilla tu corazon al anciano, y baja tu cabeza delante del grande.

Inclina sin desden tu oído al pobre, y paga tu deuda, y respóndele con benignidad y mansedumbre.

Libra de la mano del soberbio al que sufre la injuria, y no te se haga esto gravoso.

En el juzgar sé misericordioso con los huérfanos,

*portándote* como padre, y como esposo de su *pobre* madre.

Y serás tú como un hijo obediente al Altísimo, y este Señor será para contigo mas compasivo que una madre.

La sabiduría infunde vida á sus hijos, y acoje á los que la buscan, y vá delante de ellos en el camino de la justicia;

y *así*, quien la ama, ama la vida; y los que solícitos la buscaren, gozarán de su suavidad.

Los que la poseyeren, heredarán la vida *eterna*; y donde ella entrare, allí echará Dios su bendicion.

Los que la sirven, rinden obsequio al Santo *por esencia*; y Dios ama á los que la aman.

Quien la escucha, juzgará las naciones; y quien tiene lijos en ella los ojos, reposará seguro.

Si en ella pone su confianza, la tendrá por herencia, cuya posesion será confirmada en sus hijos.

Porque la sabiduría anda con él, y le prueba desde el principio en medio de las tentaciones.

Para probarle, le conduce entre temores y sustos, y le pone en prensa con el rigor de su enseñanza, hasta explorar todos sus pensamientos, y fiarse ya del corazon de él.

Entonces le afirmará *en la virtud*, le allanará el camino, le llenará de alegría,

le descubrirá sus arcanos, y le enriquecerá con un tesoro de ciencia y de reconocimiento de la justicia.

Mas si se desviáre, le desamparará y le entregará en poder del pecado su enemigo.

*Hijo mio*, ten cuenta del tiempo, *empléale bien*, y huye del mal.

No te avergüences de decir la verdad cuando se trata de tu alma,

porque hay vergüenza que conduce al pecado, y

hay tambien vergüenza que acarrea la gloria y la gracia *de Dios*.

No tengas, pues, miramiento á nadie, si ha de ser en daño tuyo, ni mientas á costa de tu alma.

No respetes á tu prójimo cuando cae *ó peca*, *repréndele*, y no reprimas tu palabra *ó aviso*, cuando puede ser saludable; no encubras tu sabiduría en ocasion que debas ostentarla.

Porque la lengua es la que hace conocer la sabiduría; y la prudencia y la discrecion y la ciencia, se echan de ver en las palabras del hombre sensato: mas su fuerza consiste en las obras buenas.

Por ningun caso contradigas á la palabra de verdad, y avergüénzate de la mentira en que has caido por tu ignorancia *ó temeridad*.

No tengas vergüenza de confesar tus pecados, mas no te rindas á nadie para pecar.

No quieras resistir en su cara al poderoso, no intentes detener el impetu de una riada.

Pero por la justicia pugna *hasta el último aliento*, para bien de tu alma; combate por la justicia hasta la muerte, porque Dios peleará por tí contra tus enemigos, *y los arrollará*.

No seas precipitado en hablar, y remiso y negligente en tus obras.

No seas en tu casa como un leon, aterrando á tus domésticos, y oprimiendo á tus súbditos.

No esté tu mano extendida para recibir y encogida para dar. (*Eecl. c. IV.*)

## LECCION XV.

Obligaciones respecto de los iguales.

Las obligaciones que tenemos respecto de nuestros iguales pueden dividirse en dos clases: morales y civiles, si bien estas últimas participan tambien de moralidad. En la sociedad civil están identificadas

muchas obligaciones sociales con las civiles, porque estas no son mas que las que dicta la razon para cualquiera sociedad, aplicadas por las leyes de cada estado á los individuos que lo componen. Pero hay otras obligaciones sociales que no son ni pueden ser objeto de las leyes civiles, porque su infraccion ó cumplimiento depende de circunstancias que no están al alcance del legislador. Es, por ejemplo, una obligacion moral y social á un mismo tiempo, socorrer, dar un consejo, un aviso al que lo ha menester; pero no siempre ni todos están en el caso de cumplir esta obligacion indeterminada, ni es dado al legislador tener este conocimiento respecto de todos los individuos que le están sujetos, y acaso respecto de ninguno. Sin embargo, el socorrer al pobre, el dar un consejo ó un aviso importante, es en su caso una verdadera obligacion.

Respecto de nuestros iguales no solamente estamos obligados á los oficios á que puede compeler nos la ley civil, sino tambien á todos aquellos que reclama el trato social, si ha de ser un bien para el hombre, no solo la justicia sino tambien la beneficencia, la gratitud y el respeto al entendimiento y voluntad de los demas. La justicia prohíbe el homicidio, el robo, la calumnia, la mala fé; manda dar á cada uno lo que es suyo y cumplir nuestros contratos; la beneficencia nos manda querer siempre bien á nuestros semejantes y favorecerles cuando sea la ocasion. Debemos tambien estar dispuestos á complacer á nuestros bienhechores en lo que sea justo; no impedir la instruccion de los demas, y aun contribuir á ella por los medios prudentes que podamos emplear; no imbuirles errores é ideas peligrosas: debemos no querer dominar su voluntad; antes bien el trato social exige una racional deferencia hácia todas las personas con quienes estamos

en relaciones. Faltan á esta obligacion los que en todo quieren que prevalezca su voluntad y sus gustos, aunque los demas se mortifiquen y violenten; los que estorban ó dificultan sin justa razon que cada uno siga su inclinacion, y los que imprudentemente reprueban y censuran en los demas todo lo que no se conforma con sus ideas é inclinaciones.

Véase ademas lo que decimos en las lecciones VII, VIII y IX de este año, pues en todas ellas se trata de la misma materia.

### LECCION XVI.

Obligaciones con nuestros inferiores en talento, en riquezas, en posicion social, etc.

Es una preocupacion bastante general reputar por inferiores nuestros á los que realmente no lo son. El que ha sido favorecido por la Providencia en la distribucion de los bienes temporales, se cree superior á los que no ha protegido la fortuna. Este es un error, y un error grave: las riquezas no son un mérito, y solo el verdadero mérito puede dar al hombre alguna superioridad sobre el que no lo tiene. Tal vez, y casi sucede comunmente, el rico no puede igualarse en mérito con los que él tiene por inferiores, de los cuales sin embargo, depende en casi todo cuanto necesita para la vida: el colono, el artista, el artesano, el menestral, el jornalero, le proveen de mil cosas necesarias que él no podria proporcionarse. Así en ninguna razon puede fundarse el desprecio con que mira el rico á los que mantiene con su dinero: estos le mantienen á él con su trabajo y habilidad; el trabajo y la habilidad son un mérito; no lo es el tener dinero; tampoco el distribuirlo: eso cualquiera lo hace.

Tampoco dan superioridad natural los destinos elevados y las distinciones civiles, si no se merecen:

si se merecen, no por eso autorizan para desconocer en los demas aquellos derechos que nunca pueden perder.

Todo hombre aun el mas miserable tiene derecho á que los demas respeten su persona, su libertad y su propiedad, y nadie le puede privar de ninguno de estos bienes, sino cuando lo dicta la razon ó lo dispone la ley. El magistrado, el sábio y el poderoso no pueden desentenderse de esta obligacion sin trastornar por los cimientos toda la sociedad. Si la prepotencia física que dan la autoridad, el saber y las riquezas, se empleára en vejar y oprimir á los demas, la sociedad se convertiria en una reunion de tiranos y de esclavos.

Aunque no llegue á tanto la malicia y la presuncion de los hombres, por lo menos hay muchos que tratan con un desprecio insensato á los inferiores en talento, en riquezas, en destino y en consideracion civil. Ninguna razon puede justificar semejante conducta. Por mas que el hombre carezca de estos accidentes, siempre es una criatura racional, imágen esclarecida de un Dios infinito; siempre tiene impreso en su alma el sello de la divinidad. La corteza grosera de un labriego, sus manos encallecidas y su semblante atezado, encubren la preciosidad que mas embellece las obras de la creacion en la tierra.

Es un error figurarse que los que no han tenido una educacion esmerada carecen de sentimientos nobles, generosos y delicados. Ni á un salvaje pudieran negársele; cuanto menos á un hombre nacido y criado en una sociedad civil, donde al cabo la religion, las leyes humanas y el ejemplo impiden el embrutecimiento del ser racional. Si el rústico y el jornalero no se expresan ni se conducen con aquella finura que la educacion proporciona, un

atento observador advierte en estas buenas gentes un fondo de rectitud y de bondad, que muchas veces se echa de menos en personas de distincion.

No se debe confundir á todo el pueblo con aquella gente viciada que no deja de haber en la clase infima de la sociedad; tampoco falta, y aun pudiéramos decir que abunda, en la clase media y en las clases elevadas: y si en estas hay muchas personas respetables por sus virtudes y buenos sentimientos; virtudes y buenos sentimientos adornan tambien á la gente del pueblo. Esto es lo principal; su falta de instruccion, su torpeza y modales incultos solo deben servirnos para dar gracias á Dios por el favor que nos ha hecho colocándonos en unas circunstancias que nos han librado de estos defectos; para compadecernos de que unos hermanos nuestros no hayan sido tan favorecidos de la suerte como nosotros, pero nunca para tratarlos con altivez y menosprecio. Nuestro propio interés rechaza semejante injusticia. ¡Cuántas veces necesitamos en asuntos graves de la honradez y fidelidad de un criado, de un andarin, ó de un campesino! Un principe se libró, no há mucho tiempo, de caer en manos de sus perseguidores, llevado en hombros de un aldeano por entre riscos y precipicios.

### LECCION XVII.

Siguen las obligaciones con nuestros inferiores.—Amos y criados.

Entre las personas que reputamos por inferiores á nosotros, merecen los criados una atencion y un lugar aparte.

La sociedad heril ó dominical, es decir, la sociedad compuesta de amos y criados, se forma por medio de un contrato. En él se suelen estipular expresamente algunas condiciones, como son el gé-



nero de servicio que ha de prestar el criado, y el salario que le ha de dar el amo. Las demas particularidades relativas tanto al amo como al criado, si no se estipulan algunas expresamente, deben arreglarse á lo que hacen generalmente los amos y los criados en el mismo pueblo; como son, por ejemplo, la cantidad y calidad de la comida, los dias de libertad para los criados, y otras por este estilo; pues cuando alguno se pone á servir, tanto éste, como el amo que le recibe en su casa, entienden en estos términos el compromiso mútuo que contraen.

Por esta regla, los criados deben servir á sus amos con fidelidad en todo lo que les manden, comprendido en el servicio á que se obligaron, ya expresa, ya tácitamente.

Por ningun respeto, por ninguna consideracion, por ningun interés, deben prestar á sus amos aquellos servicios que no pueden prestarse sin una infraccion de la ley de Dios y de las leyes civiles, pues nunca han podido contraer semejante obligacion, como contraria á otra obligacion anterior.

San Pablo dice: «¿Fuiste llamado, siendo siervo, al servicio de Dios? Pues no te impacientes por eso; permanezca cada uno para con Dios en el estado en que fué llamado:» y en otra parte: «Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillez de corazón como á Jesucristo; no sirviéndoles solamente cuando os ven, como para agradar á los hombres.... servidles de buena voluntad, como quien sirve al Señor;» y el apóstol San Pedro: «Vosotros los siervos, estad sumisos con todo temor á los amos, no solamente á los buenos y apacibles, sino tambien á los que tienen mal génio.»

La primera obligacion de un criado, es la fidelidad, que es el fundamento de la sociedad doméstica, la cual no podria subsistir sin una confianza

mútua, entre los individuos que la componen; pero la fidelidad de un criado no consiste solamente en abstenerse de robar cosas de consideracion, sino tambien en no apropiarse la cosa mas pequeña de su amo, aunque crea que tiene poco salario, ó que su amo no necesita para nada la cosa que toma. El criado, si ha de ser fiel, tampoco debe descubrir los secretos de su amo, mucho mas, si descubriéndolos le causa algun perjuicio.

Tambien están obligados los criados á ser atentos y complacientes con sus amos, en todo lo que no sea malo. Del mismo modo están obligados á no dar mal ejemplo á los hijos y mas individuos de la casa, con acciones ó conversaciones indecentes.

Por último, deben acordarse los criados de lo que dice el Señor en el Evangelio; que un amo no queda obligado á su criado porque éste haya hecho lo que le ha mandado. El criado, por servir bien á su amo, solo tiene derecho á que éste cumpla todas las condiciones del compromiso que ha contraido con él. Así, no debe manifestar descontento, ni dejar de servir al amo con buena voluntad, porque el amo no le dé gratificaciones ó regalos á que no está obligado.

Los amos por su parte, tienen obligaciones de mas importancia. Los criados son nuestros hermanos: nosotros debemos mirarlos como hermanos menores que nos ha confiado nuestro Padre comun. No solamente es contra la religion de Jesucristo, sino tambien contra la misma humanidad, mirar á los criados como destinados únicamente para servirnos y satisfacer nuestros antojos, como si no fueran mas que unos instrumentos de nuestra comodidad.

Tres puntos principales abrazan las obligaciones que tienen los amos con los criados: la subsistencia, la ocupacion y la correccion. El alimento debe ser

suficiente y de buena calidad; el trabajo no debe ser excesivo, sino el que se acostumbra segun la clase de servicio para que se ha tomado el criado; pero tampoco es bueno ni deben consentir los amos, que estén ociosos los que les sirven, porque es difícil, con la ociosidad, adquirir buenas costumbres; y el principal cuidado de un amo debe ser evitar con el mayor esmero, que sus criados se hagan viciosos. Dando por seguro que todos los criados tienen algun defecto, debe tolerarlos el amo con paciencia, y trabajar caritativamente por corregirlos, procurando instruirles con amor, que es el modo mas eficaz de conseguir su correccion.

### LECCION XVIII.

Concluye la leccion anterior.

No basta que seas justo con tus criados, pagándoles puntualmente su salario, y haciendo todas aquellas cosas á que te has comprometido con ellos; esta es una obligacion perfecta ó de justicia, que el criado puede hacerte cumplir por medio de la fuerza pública, ó sea de la ley. Tienes tambien para con él otras obligaciones, que no dejan de serlo, porque nadie te puede forzar á cumplirlas; y son todas aquellas que tienden á dulcificar la penalidad del servicio, porque siempre es muy penoso el estar sujeto á la voluntad de otro. «Al criado juicioso, ámale como á tí mismo,» dice la Escritura. Hallen los criados en el amo mas bien un padre á quien encuentren siempre accesible cuando tienen que hablarle, y les libre de aquel temor y respeto excesivo que los conduciria á mentir ó callar. Cuando no pueda concederles alguna cosa que le piden, niéguesela con buen modo, procurando convencerles de la razon por que la niega. Oiga con paciencia las preguntas ó propuestas poco razonables que suelen

hacer los criados por falta de discernimiento.

Jamás debes reprender ni castigar á tus criados sin un motivo justo, y cuando lo hagas, hazlo á tu pesar y solo para su bien, sin cólera y sin palabras duras: «No seas en tu casa como un leon, aterrando á tus domésticos.» Bueno es probar la fidelidad de los criados, de quienes no se tiene confianza, pero es necesario hacerlo con mucha discrecion, por no enseñarles tal vez lo malo que ignoran; y sobre todo, por no exponerlos á pruebas difíciles. «Yo he oído contar, dice un autor muy respetable, que vivia en París un hombre rico, el cual tenia sobre la mesa una gran cantidad de dinero en oro, al tiempo que entró á afeitarse su ayuda de cámara con quien se quedó solo. El criado le dejó á medio afeitarse, y huyó apresuradamente con grande admiracion del amo, el cual empezó á llamar á las gentes de la casa; y habiéndole preguntado por qué habia huido de aquella manera, le respondió el jóven: yo os confieso, señor, que al ver cuán fácil me hubiera sido apoderarme de todo este dinero, si hubiera sido capaz de cometer un delito, me ví poseido de horror, y sentí que la navaja me temblaba en la mano.» Es, pues, una grande indiscrecion exponer á los criados á cometer un crimen, por probar su fidelidad.

El despedir á un criado enfermo, es una inhumanidad, cuando se puede curar en casa del amo sin inconvenientes y sin gran dispendio. Un buen amo, debe cuidar á su criado enfermo con el mayor esmero, visitándole con frecuencia, consolándole y animándole. Se llena del mas profundo reconocimiento el corazon de un criado enfermo, que vé al amo á su cabecera; y estos sentimientos interiores, contribuyen no poco á recobrar la salud. No despidas de tu casa á un criado imposibilitado, despues que ha consumido su vida en servirte; él será en tu

casa una bendicon del cielo. Con el tiempo , estos criados antiguos parecen los amos de la casa ; pero tú te reirás, y será para tí una satisfaccion la que tiene á tu lado tu anciano servidor.

Por último, los amos son responsables delante de Dios de los vicios de los criados, que pueden evitar, y de su descuido y negligencia en el cumplimiento de las obligaciones religiosas. El mejor medio para cumplir con esta obligacion , es darles buen ejemplo, añadiendo las exhortaciones y amonestaciones á propósito. Si el amo no puede corregir los hábitos viciosos de su criado, ó vencer su indiferencia religiosa, debe despedirlo de su casa, por mas esmerado que sea por otra parte su servicio.

### LECCION XIX.

Reglas generales de conducta, para vivir en el trato social.

Si no tienes buena moral, dificilmente te portarás bien en el trato de gentes, ni te granjerás la estimacion pública: el vicio no es bien acogido en ninguna parte; y no confies en el secreto, porque muchas veces te hará traicion. Tambien es esencial la buena educacion; así el exacto cumplimiento de tus abligaciones, la prudencia y los buenos modales, te distinguirán ventajosamente en el trato social.

Para conseguir esta distincion, has de considerar que debes obediencia á los superiores, respeto á los mayores, buena correspondencia á los iguales, y humanidad á los inferiores.

La comunicacion con los iguales, como mas frecuente, ofrece tambien mas ocasiones de acreditar-se, ó perder el buen concepto entre las gentes. Para no exponerte á ofender ó incomodar á los demas, y quizás á perjudicarte á tí mismo, acostúmbrate á ser circunspecto: si ignoras las circunstancias particula-

res de una persona y de su familia, su génio, su modo de vivir, sus ideas, amistades y relaciones, te expones mucho á ofenderla hablando y conduciéndote sin reserva y sin reflexion.

Por los efectos se conocen las causas: el modo de hablar y de portarse de cada uno, revela su carácter y sus principios. Pero no juzgues ligeramente; porque te engañarás muchas veces: no todos hablan con el corazón en la mano, á muchos les conviene aparentar lo que no son; y tú, creyendo agradarles y lisonjearles, les hieres tal vez en lo mas sensible, ó acaso te dañas á tí mismo: sin embargo, el que habla frecuentemente de una cosa, y se complace en repetirla, se puede asegurar que no finge: *ex abundantia cordis os loquitur*.

No desperdicies las señales transitorias, que manifiestan la impresion causada en el ánimo de alguno, tales como un movimiento de sorpresa, la mudanza de color, la tristeza del semblante: pero ten presente que hay muchos acostumbrados á dominar los afectos del alma, é impedir que se manifiesten afuera: así, la falta de las señales exteriores que los descubren, no prueban que no existen.

Hay algunas personas muy prudentes. Por no comprometerse no contraen amistad estrecha con nadie; se abstienen de hablar bien ó mal de los demás, ó se inclinan á disculpar á todos: pero algunos hacen todo esto con segunda intencion, y por miras interesadas: hay que vivir prevenido, para no dejarse sorprender.

Debemos fiarnos de los hombres conocidamente buenos, y precavernos de los malos. Pero hay algunos de carácter dudoso: tan pronto parecen sinceros como ladinos; ora dan pruebas de codiciosos, ora de desinteresados; sirven algunas veces á los amigos con la mejor voluntad, y otras los abandonan sin

razon en sus apuros; defienden hoy tu reputacion, y mañana te desacreditan: esta inconstancia engendra naturalmente un fundado temor de que repitan lo malo que han hecho una vez, y esta consideracion debe servir de regla para tratarlos.

Hay sábios é ignorantes: con los hombres instruidos no hables de fruslerías, porque les desagradarás; ni de ciencias con los indoctos, porque los humillarás. Algunos tienen aversion á ciertas conversaciones; no las suscites delante de ellos; otros son delicados y quisquillosos; pon mucho cuidado cuando hables con ellos para no disgustarles. Algunos son graciosos y decidores, no manifiestes ceño y displicencia cuando los oigas. No disputes con acrimonia y tenacidad; no desprecies, ni avergüences á nadie.

Ultimamente, en el trato social, la moral reclama de tí rectitud y beneficencia, y la buena educacion, afabilidad, deferencia y cortesania. Una virtud indulgente con los demas, dá al hombre mucho realce. No niegues á nadie lo que es suyo, no seas calumniador ni murmurador, no seas vengativo; no seas insensible, conduélete del afligido; en una palabra: *Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo*; dice el Eclesiastes, 12, 13: en el temor de Dios y en la observancia de su santa ley, consiste todo el mérito del hombre. No seas en sociedad molesto, fastidioso, arrogante, voluntarioso ni desdeñoso. No prometas lo que conoces que no puedes cumplir; pero una vez dada tu palabra, no dejes de cumplirla, cuando su cumplimiento no sea un delito. No seas fácil en prometer, porque muchas veces hallarás dificultad en cumplir lo que has prometido; *multo melius est non vovere, quam post votum promissa non reddere*, dice tambien el Espíritu Santo en el mismo libro. Finalmente, «haz con los demas lo que quisieras que hicieran contigo, y no ha-

gas con los demas lo que no quisieras que hicieran contigo,» como te encargan las sagradas letras y te dicta tu propia razon. (Véanse tambien las lecciones desde la VII hasta la XII inclusive.)

## LECCION XX.

Sobre el perdon de las injurias.

Dificilmente se concebirá la resistencia á perdonar las injurias, desnuda del espíritu de venganza, que lleva consigo el placer inhumano de ver padecer al que nos ha injuriado. Ni la felicidad de las sociedades humanas puede hermanarse con el rencor de sus individuos, ni los designios del Criador pueden fundarse en el ódio mútuo de sus criaturas; así el vengativo contraria el objeto de la sociedad entre los hombres, y los fines que se propuso el Criador al establecerla: es enemigo de Dios y de los hombres.

«Nuestro divino Salvador nos manda, tan estrechamente, tantas veces, y de tantas maneras perdonar las injurias, que se conoce la suma importancia que atribuye á esta virtud; y aun añade una circunstancia particular y muy notable; y es, que el perdon de las injurias que hemos recibido de los demas, es una condicion sin la cual no podemos esperar de Dios ni aun pedirle á su Divina Majestad el perdon de nuestras faltas.»

«La importancia de esta virtud se conoce tambien por sí misma. Los ódios y animosidades de las familias y entre los vecinos, que turban con tanta frecuencia la vida humana, y son el origen de la mitad de sus miserias, no proceden de otro principio que de la falta de tolerancia, y no pueden cesar sino con el ejercicio de esta virtud.»

Tan notable como risible es la tesura del que no quiere perdonar al que le ha injuriado. «Figurémonos que se publican nuestras faltas secretas, repre-



»sentémonos por lo mismo humillados á los ojos de  
»todo el mundo : temblando bajo la mano del Om-  
»nipotente: refugiándonos en su misericordia , y pi-  
»diendo perdon con el mayor encarecimiento : figu-  
»rémonos que una criatura que se halla en este es-  
»tado habla de satisfaccion y de venganza contra  
»quien la ha ofendido : desdeña sus súplicas , no  
»quiere perdonarle: marca con exactitud , y castiga  
»con rigor las faltas mas ligeras : figurémonos todo  
»esto, y apenas podremos imaginarnos un ejemplar  
»de una arrogancia menos natural y mas impía.»

Un cristiano debe dirigir á Dios muchas veces la oracion del Padre nuestro; pues bien , en ella pronuncia su sentencia, si no quiere perdonar al que le ha injuriado , diciendo á Dios que del mismo modo le perdone á él. «Yo le perdono, dicen algunos, pero no quiero nada con él.» Semejante aversion no arguye sinceridad en el perdon : este debe hacer olvidar enteramente todo lo pasado , y restituirnos al cumplimiento de todas las obligaciones morales que nos ligan con el que nos ha ofendido , tanto las de justicia como las de caridad , lo mismo que á las atenciones civiles y sociales que en su género son tambien obligatorias. Debemos, pues, no defraudarle en nada de lo que es suyo, socorrerle de buena voluntad en sus necesidades, hacerle un favor si nos lo pide , y aun adelantarnos á su peticion , si conocemos que necesita de nuestro auxilio.

Peró no se opone á estas obligaciones el que tomemos las precauciones necesarias para evitar que nos vuelvan á injuriar, ni el exigir la reparacion del daño que nos haya causado la injuria; para esto tenemos derecho, pero no lo tenemos, ni en este caso ni fuera de él, para conservar en nuestro corazon ningun ódio ni mala voluntad contra el que nos ha hecho la injuria.

Un ejemplo de lo necesario que es para nuestra salvacion el perdonar las injurias, nos lo presenta la conducta de un sacerdote llamado Saprício, que vivia en Antioquía en tiempo de la persecucion de los cristianos. Nunca quiso perdonar á un antiguo amigo suyo llamado Niceforo, con quien se habia enemistado. Quiso Niceforo volver á su amistad, y se lo rogó por medio de otros amigos; pero Saprício no quiso reconciliarse con él; le pidió Niceforo perdon personalmente con la mayor humildad, atribuyéndose á sí mismo toda la culpa; pero lejos de recibirle en su gracia y amistad, le despidió con malos modos, asegurándole que jamás le perdonaria. Prendieron á Saprício y le atormentaron cruelmente por ser cristiano, y en seguida fué condenado á muerte. Caminaba ya para el suplicio, cuando Niceforo le salió al encuentro, se arrojó á sus piés y le dijo: *Insigne mártir de Jesucristo, te suplico que me perdones el agravio que te hice.* Pero Saprício no le respondió, ni aun le miró. Se adelantó Niceforo hasta el pié del cadalso, y allí le suplicó de nuevo con el mayor encarecimiento que le perdonase; pero Saprício se mantuvo inflexible; no le respondió, y subió al patíbulo. Iba el verdugo á descargar el golpe, y Saprício á ofrecer á Dios su vida en holocausto; pero el Señor nos habia dicho: «Si vas á presentar en el altar de Dios alguna ofrenda, y te acuerdas que tienes alguna enemiga con tu hermano, vé primero á reconciliarte con él, y presenta despues tu ofrenda.» No lo habia hecho Saprício, y así le dijo al verdugo: *Detente, que ya no soy cristiano, y estoy pronto á sacrificar á los dioses.* El infeliz, por no haber querido perdonar á su hermano, apostató, perdiendo la corona del martirio y el fruto de los tormentos que habia padecido.

Coriolano, por querer vengarse de la injuria que

le habia hecho el pueblo romano desterrándole de la ciudad, puso á su patria al borde de su ruina, y se acarreó á sí mismo una muerte desastrada. Este es un ejemplo de los males temporales que causa tambien el espíritu de venganza.

### LECCION XXI.

Vicios opuestos á las obligaciones respecto de los demas.—Envidia, cólera; consideraciones para reprimir nuestra cólera.

Son muchos los vicios que se oponen á las obligaciones que tenemos para con los demas; envidia, cólera, mentira, murmuracion, calumnia, vanidad, orgullo, soberbia, impudencia y otros varios.

No hay vicio mas vil y mas necio, ni que arguya peor corazon que la envidia. Ninguna ventaja se le sigue al envidioso de que otro deje de disfrutar algun bien, ningun perjuicio de que lo disfrute. Solo un corazon perverso puede hallar una satisfaccion en que los demas no tengan ninguna.

El envidioso es necesariamente infeliz; en todos vé un motivo de disgusto y de pesar, porque no hay ninguno por desdichado que sea, que no posea algun bien que otros codician. Así la envidia le hace al hombre vivir siempre rodeado de objetos que le causan pesadumbre; está continuamente atormentado en su interior, y pasa por lo mismo su vida en una continua violencia. El envidioso se humilla, se abate á sí mismo, manifestando su inferioridad, y el tormento que ésta le causa.

La envidia se opone diametralmente al amor que deben profesarse mutuamente todos los hombres, y que tanto nos recomienda N. S. Jesucristo y la razon natural. Aun hablando humanamente nada mas, la envidia es un vicio en extremo odioso, y por esta razon todo el mundo huye de los envidiosos, todo el mundo los mira mal y los tiene, y con

razon, por enemigos del género humano. Una sociedad compuesta solamente de envidiosos seria una sociedad de hienas y de tigres.

La venganza es un vicio innoble y temible: solo tiene por objeto la complacencia del corazon en ver padecer á los demas. Pues este vicio tan inhumano es hijo de la *cólera*, aquella pena que sufrimos al recibir una afrenta ó una injuria.

No está en nuestra mano el evitar la pena interior que experimentamos cuando nos injurian, nos avergüenzan ó nos afrentan, pero sí podemos contener los efectos terribles que suele producir la pena que sentimos. Para conseguirlo, necesitamos acostumbrarnos á reflexionar con frecuencia sobre la deformidad y consecuencias funestas de la ira, cuando se deja paso libre á su expansion. Debemos considerar de continuo, que acaso no obra el que nos ofende con tanta malicia, como nosotros creemos, y que muchas veces su ofensa es un efecto de inadvertencia, como vemos que muchas veces pasa por nosotros mismos: que al mismo que nos ha ofendido le causa quizás un gran pesar su irreflexion: que la injuria se olvida bien pronto, y que nada nos hace perder por lo comun en la estimacion pública.

Nosotros debemos respetar en los demas hombres los motivos que los impelen á obrar, así como queremos que respeten los que nosotros tenemos, para conducirnos segun nuestros gustos, intereses, preocupaciones y temores, y el modo de ver y estimar las cosas; todo lo cual nos parece á nosotros que justifica ó á lo menos disculpa cualquiera accion nuestra que desagrada á los demas.

Fuera de esto, debemos tener presentes los extremos ridículos y extravagantes de una *cólera* descompuesta. El colérico, entregado sin reserva á los

impulsos de la ira, pierde toda la dignidad de hombre: arroja espuma por la boca, sus ojos centellean, sus palabras desconcertadas, ó incoherentes cuando menos, sus ademanes convulsivos, todo en fin le presenta como un furioso. En este estado es un objeto de risa y diversion para unos, de lástima y compasion para otros. Sosegado ya el colérico, se llena de vergüenza y de pesar cuando se acuerda del estado á que le condujo el arrebato de su cólera, y huye de las personas que lo presenciaron, leyendo en su interior la impresion que les causó aquel espectáculo.

No son menos de considerar los daños que somos causarnos á nosotros mismos con una ira mal reprimida. Perdemos amistades, nos vemos arras-trados á querellas y pleitos, nos hallamos aislados y abandonados, porque nadie quiere exponerse á los arranques de un carácter iracundo.

Todas estas consideraciones puramente humanas, tienen bastante fuerza para contenernos, cuando nos vemos asaltados de los efectos de la ira. Pero hay otra consideracion mas elevada, que no puede menos de contribuir eficazmente á moderar nuestra cólera. No está demas repetir que nuestro Redentor nos advierte, segun el Evangelio, la necesidad que tenemos de implorar el perdon de nuestras faltas ante su Divina Majestad: implorar de Dios el perdon de las culpas con que le hemos ofendido, al mismo tiempo que nos entregamos á los excesos mas estrepitosos contra el que nos ha ofendido: humillados y temblando ante la Divina Justicia, é irritados al mismo tiempo contra un igual nuestro como una fiera contra los que la han herido; semejante conjunto de contradicciones, no podrá menos de sorprendernos y hacernos conocer lo absurdo de nuestra cólera, como tambien el ominoso término á que nos conduce en el supremo tribunal de Dios. Nosotros mis-

mos pronunciamos contra nosotros la sentencia de nuestra condenacion, cuando suplicamos á Dios todos los dias que nos perdone nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores: si no perdonamos á los que nos ofenden, decimos á Dios que no nos perdone á nosotros. Nos inculca tanto el Señor el perdón de las injurias, que ni aun quiere que le presentemos ninguna ofrenda sin reconciliarnos antes con nuestro hermano con quien estemos enemistados.

Si alguno al acabar de hacer estas reflexiones, se viese provocado por alguna injuria, difícilmente le vencerian los movimientos de la ira, por grande que fuese su resentimiento. El modo, pues, de que causen el mismo efecto, y nos sirvan de preservativo, cuando llegue la ocasion, es habituarnos á hacerlas para que se arraigue en nuestro ánimo el sentimiento que producen.

### LECCION XXII.

Mentira: en qué consiste.—Por qué las fábulas, apólogos y parábolas no son mentiras.

Mentira es manifestar con palabras, con el silencio, con acciones ú omisiones, una cosa que no se siente.

Miente con su silencio el hijo que oyendo infamar á su padre, y sabiendo que no ha cometido el delito que le imputan, calla y no sale á su defensa; porque atendida la obligacion, el interés y la inclinacion natural que tienen todos los hijos á defender á sus padres, dá á entender con su silencio que no puede defender al suyo, y que de consiguiente está convencido de que su padre ha cometido el delito que le atribuyen: mas no mentirá, si algun miedo grave le obliga á callar, porque entonces su silencio no es una prueba de que tiene á su padre por delincuente.

Miente el que pide limosna, no teniendo necesidad, y el que teniendo dinero vive muy pobremente

y pide prestado á los amigos, para que crean que se halla alcanzado.

Miente el que de intento se abstiene de hablar en público á alguna persona, con quien sin embargo está secretamente en relaciones íntimas, para que crean los que lo advierten que no la conoce, ó que le es del todo indiferente.

Mentir con palabras es decir lo que no se siente, cuando el que habla sabe que los que le oyen entienden sus palabras en el sentido óbvio, natural y directo que tienen, aunque conozcan que no dice la verdad. Por esta razon las parábolas, las fábulas y los apólogos no son mentiras, porque el que las dice ó escribe sabe muy bien que el que las oye ó lee no dá á sus palabras el sentido directo que presentan, sino el sentido que él mismo se propone manifestar, y que contiene la explicacion, interpretacion ó moralidad de la fábula ó parábola.

Bien sabe el fabulista que el lobo no habló con el cordero, y que no pasó entre aquellos animales lo que refiere; pero tambien sabe que los demas no entienden materialmente sus palabras, sino que entienden la violencia con que se conducen algunos poderosos con los débiles y desvalidos.

En la parábola del hijo pródigo nos presenta Nuestro Señor Jesucristo la inagotable misericordia de nuestro Padre celestial, y usó de aquel simil para estimularnos á acercarnos al Señor, y pedirle perdon, seguros de conseguirlo, por muchas y graves que sean nuestras culpas.

La mentira se llama perniciosa cuando de ella resulta algun perjuicio al prójimo; se llama jocosa cuando se dice para hacer reir, y se llama officiosa cuando de ella resulta algun bien.

Algunos quieren eximir de toda malicia moral á las mentiras officiosas y á las puramente jocosas, que

á nadie engañan, y que solo sirven de recreo y diversion; lo mismo que á las ponderaciones con que faltando á la verdad sostienen algunos la conversacion.

Aunque se suponga que lo que así se refiere y se pondera es indiferente, nunca lo es faltar á la verdad. No es indiferente ofender á Dios: ofendemos á Dios cuando hacemos cosa que le desagrade: Dios es infinitamente veráz, y no puede menos de desagradarle lo que se oponga á la veracidad, así como todo lo que se oponga á cualquiera de sus divinas perfecciones.

Ademas, nadie puede saber los efectos que puede causar una mentira por indiferente que parezca; y tal vez el que la dijo se arrepiente admirado de las consecuencias de su ligereza. Aunque los efectos inmediatos de la mentira no sean temibles, pueden serlo y mucho con el tiempo.

Todo lo que se oye se suele repetir con adiciones y comentarios, con los cuales un hecho que en sí mismo á nadie perjudica, desnaturalizado despues, puede causar gravisimos perjuicios, los cuales aunque recaigan sobre los que lo han desfigurado, no por eso dejan indemne al que los ocasionó con su mentira.

El faltar á la verdad, aunque sea en cosas pequeñas destruye la confianza tan necesaria para el trato comun de los hombres. Si los que me estan oyendo saben que yo no me considero obligado á decir la verdad sino en asuntos de gravedad; como ellos ignoran, á qué cosas doy yo ó no doy importancia, naturalmente dudan si digo ó no digo la verdad, si hablo, ó no, con formalidad.

El hábito por otra parte se forma por la repeticion de actos de una misma especie, y las acciones, una vez habituales, siempre van creciendo en su género, por cuya razon el que contrae el hábito de



mentir en cosas leves, va mintiendo progresivamente, y aumentando de consiguiente la malicia de la mentira: el que desprecia las culpas leves fácilmente cae en las graves.

### LECCION XXIII.

Murmuración, Calumnia, Soberbia, Orgullo, Vanidad  
Impudencia.

Murmuración, calumnia. Si el mentir nunca es bueno, también puede emplearse muchas veces la verdad para hacer daño. Esto sucede en la *murmuración*. Manifestar voluntariamente algún defecto ó cualquier hecho del prójimo, de cuya manifestación se le sigue algún perjuicio en su reputación, en sus bienes ó en sus relaciones, se llama murmuración. Siempre es mala, y será mucho más reprehensible, cuando el que murmura se propone directa ó indirectamente perjudicar al prójimo.

El murmurador es un ente dañino en la sociedad, mal visto por lo tanto y despreciado de todos. Su corazón se alimenta de veneno, y su presencia en cualquiera parte es peligrosa. Nunca es lícito mentir, mas no por eso estamos autorizados para decir siempre la verdad: muchas veces no tenemos necesidad de decirla, y otras muchas tenemos obligación de callarla; se entiende, cuando no estando obligados á decirla, perjudicamos con ella á los demás.

Si la murmuración es de suyo y en ocasiones gravemente vituperable, mucho más lo es la *calumnia*, que consiste en imputar á otro un delito cuando sabemos que no lo ha cometido. El calumniador falta á la justicia y á la verdad: la calumnia, pues, es un doble delito; y si el murmurador es un miembro perjudicial al cuerpo de la sociedad, con doble razón lo es el calumniador.

Vanidad, orgullo, soberbia, impudencia. ¡No to-

dos dan á esas palabras una misma significacion, pero no será una cosa fuera de propósito cualquiera que se les dé, si expresa un vicio opuesto á las obligaciones que tenemos con los demas.

Nosotros entendemos por hombre vano el que careciendo de un mérito real y verdadero, se figura que lo tiene muy grande; es en su concepto un sábio, un valiente, tiene mucho valimiento, y en esa inteligencia reclama de los demas deferencias, consideraciones y respetos á que no es acreedor, porque en realidad es un ignorante, cobarde y desvalido. Esta presuncion ofende naturalmente á todo el mundo, porque no hay derecho de ninguna especie para exigir mas que lo que á cada uno le corresponde; y hiere al amor propio, porque á nadie le gusta la sujecion y dependencia á que no está obligado; no siempre hay humor para reirse de la vanagloria y jactancia de un fanfarron.

Es para nosotros orgulloso el que no reconoce ninguna superioridad en los otros. Es un soberbio el que se cree superior á los demas. Estos dos vicios proceden de un excesivo amor propio, que nos inspira la repugnancia á la inferioridad y sujecion, y el deseo de dominar ó mandar á los otros. Todos los hombres desean naturalmente su felicidad; pero son pocos los que buscan la verdadera. El orgulloso se figura que no puede ser feliz, mientras esté sujeto, ó sea en algo inferior á otro; y el soberbio, mientras los demas no sean inferiores ó no estén sujetos á él, para poder hacer y conseguir todo lo que quiera. Esta inclinacion se puede decir que es innata en el hombre, pues vemos que es universal, y que ya se deja conocer desde la mas tierna edad.

No hablamos aqui de aquellos hombres mal avenidos con la superioridad de Dios y de las leyes; esa es una soberbia que degenera en impiedad y en

insubordinacion ó rebeldia : hablamos solamente de aquellos hombres que en el trato social quieren avasallar á todos, y que todos estén á su mandado. Todo cuanto ellos tienen, todo cuanto dicen, todo cuanto hacen, todo es lo mejor, todos los demas son inferiores á ellos en todo. Se ha de seguir siempre su parecer, y si no, se alteran y descomponen; desprecian todo lo que dicen y hacen los demas; hablan con arrogancia y altanería, en un tono imperioso y magistral, y afectan en todo grande superioridad y autoridad, como si realmente la tuvieran.

#### LECCION XXIV.

Concluye la leccion anterior.

«Todo hombre, dice un autor ilustre, atendidas las leyes de la naturaleza, es independiente de otro hombre, y tiene un pleno dominio de si mismo, y una libertad de querer y obrar todo aquello que juzga mas conveniente para su propia felicidad. Nosotros, digo, nacemos todos iguales; y así como yo, considerándome solamente como hombre y en el estado de la naturaleza, no puedo decir con verdad que tengo un cuerpo, un entendimiento y otras facultades que no tengan tambien los otros hombres, de la misma manera, no puedo atribuirme algun privilegio, algun derecho ó dominio sobre mis iguales, y mutuamente no pueden los demas atribuirse algun dominio sobre mí.»

Si el soberbio tuviera presente esta verdad, se abstendria de manifestar ese espíritu de dominacion, que ademas le hace insufrible y aborrecible en la sociedad. Todo el mundo huye de un génio dominante; así el soberbio no tiene verdaderos amigos, y solo la mas vil abyeccion ó la necesidad le proporciona algun trato con sus semejantes. Como no halla en los demas la sumision que busca, y mu-

chas veces encuentra una repulsa que le humilla, su corazón está desasosegado y violento: no lo estaría si se acordara de las palabras de Jesucristo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis la tranquilidad para vuestras almas.»

Si el soberbio es intolerable en la sociedad, no lo es menos el impudente: aquel, digo, que á sabiendas y con el mayor descaro ofende á los demas con sus acciones, palabras y modales. Solo un orgulloso, un soberbio ó un atolondrado, puede faltar así á los respetos que exige la dignidad de hombre, y á los cuales todos tenemos derecho. Pero ello es que hay hombres tan inconsiderados, por lo menos, cuando no sean audaces y atrevidos, que atropellan por todos los respetos y miramientos humanos, los cuales dan todo su mérito á la sociedad. Nada les importa que los demas estén mortificados y violentos, con tal que ellos hagan su gusto. Se toman unas libertades que nadie les permite, ni las aprueba, pero ellos se rien del disgusto que manifiestan los demas; las acciones, los dichos, las chanzas mas ofensivas son para ellos unas gracias; y una complacencia la repugnancia con que son recibidas. Estos hombres son tan voluntariosos, que jamás hacen el menor sacrificio en gracia de los demas, con nadie tienen la menor deferencia, solo y siempre ha de ser lo que ellos quieren; y así son sumamente exigentes, aunque conozcan la molestia que causan á otros con sus caprichos. Por su irracional resistencia se descompone frecuentemente una diversion, ó se defraudan en otras esperanzas y deseos honestos y racionales, de lo cual quedan ellos muy satisfechos, y haciendo gala de su descaro. ¿Qué se me dá á mí? es todo lo que responden, si alguno les hace presente la irregularidad de su conducta.

Los que se conducen de esta manera no merecen vivir en compañía de los demás hombres.

La sociedad mira con horror é indignacion á los que llevan la impudencia hasta la obscenidad: los repele de su seno, y se ven precisados á formar ellos solos una sociedad aparte; reunion de heces inmundas y pestilentes, de que deben huir con mucho cuidado los jóvenes que quieren pertenecer á una sociedad donde reine la decencia y el decoro propio de la dignidad del hombre.

### LECCION XXV.

Excelencias de la virtud.

La virtud es lo mismo que la fuerza del alma, porque á la verdad se necesita fuerza, y algunas veces bastante, para obrar bien á causa de las pasiones que nos dominan, é inclinan continuamente á lo malo; para superar los obstáculos y arrostrar los peligros que en no pocas ocasiones nos amenazan en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Así es un acto de virtud toda accion loable que exige un esfuerzo por nuestra parte.

Pero tambien podemos obrar bien, sin trabajo ninguno, y aun con gusto, en fuerza de un hábito que hemos contraido, por cuya razon tambien se puede llamar la virtud *un hábito de obrar bien*, ó una disposicion y preparacion para hacer fácilmente lo bueno. Si el hombre no estuviera sujeto á una ley, la palabra *virtud* no tendria ninguna significacion, porque no habria ningun motivo constante y sólido que pudiese conducirnos á obrar bien, contrariando el impulso de nuestras malas inclinaciones. Hemos dicho que la virtud es la fuerza del alma: pues bien, ninguna fuerza se necesita en nuestra alma para hacer una accion útil á nuestros semejantes, movidos de nuestro interés

presente, ó de una ventaja temporal, prevista con toda seguridad: es un cálculo y nada mas. Los filósofos que no quieren reconocer á un Dios legislador, remunerador y castigador, y sin embargo hablan continuamente de virtud, ó no se entienden ellos mismos, ó son unos hipócritas, que quieren engañar á los ignorantes. No asignar otro motivo para ser hombre de bien sino las ventajas que lleva la virtud en esta vida, es degradarla confundiéndola con el egoismo.

No sucede lo mismo cuando se le proponen al hombre las recompensas eternas de la otra vida: su alma necesita bastante fuerza para preferirlas á las ventajas de este mundo, que tientan tanto sus apetitos é inclinaciones: necesita creer firmemente en la palabra y en las promesas de Dios, cuyo cumplimiento se nos presenta siempre tan lejano, cuando las ventajas terrenas las tenemos á la mano, y muchas veces ejercen sobre nuestro corazon una influencia poderosa: es necesario contrarrestar muchas veces la censura y el desprecio de nuestros semejantes, y en algunas ocasiones los tormentos y la muerte. No se degrada el hombre, se ennoblece mas bien, aspirando á la felicidad para la cual le ha criado Dios, pero se envilece equiparándose á los brutos, cuya cabeza inclinada siempre hácia la tierra, les está señalando su último destino. Tambien se hace superior á los motivos, temores y debilidades que dominan á otros hombres, el que obra en fuerza de aquellas consideraciones elevadas que le hacen poner sus miras en la eternidad.

La virtud enaltece al hombre, preservando su noble naturaleza de aquellas manchas y defectos que pueden hacerla perder de su mérito; le asocia á los coros de aquellos espíritus purísimos que asisten sin mancha ante el trono del Altísimo, y le ha-

ce conservar la inestimable prerogativa de ser imagen de Dios. Esta y tanta es la excelencia de la virtud.

### LECCION XXVI.

El vicio no tiene ninguna ventaja sobre la virtud, aun con respecto á la felicidad de este mundo.—(Lectura del salmo 36.)

La felicidad consiste en el contento y satisfaccion del alma. Si el alma no está contenta, si está disgustada, si padece, ya proceda de sí misma su padecimiento, ya proceda de parte del cuerpo por la union estrecha que hay entre la carne y el espíritu, el hombre no es feliz.

No hay felicidad completa en esta vida: á ningun hombre, por mas que le favorezcan las circunstancias, le faltan cuidados, disgustos, privaciones, contrariedades, enfermedades y otros males que le afligen y desconsuelan: tal es la condicion de nuestra naturaleza, y de la vida humana en la tierra: para la eternidad está reservado el contento sin mezcla de ningun disgusto ni pesadumbre: solo en la otra vida puede ser el hombre feliz; pero solo puede conseguir tanta dicha el que sea virtuoso en esta vida; ni para ser el hombre feliz, cuanto cabe serlo en la vida presente, tiene el vicio ventaja alguna sobre la virtud.

Dios es Señor y dueño absoluto del hombre y de todo cuanto existe, de consiguiente, tiene autoridad para mandar al hombre: su santidad es perfecta, es imposible que mande ninguna cosa mala, es tambien esencialmente justo ó justiciero, y es imposible que si el vicioso que le ha ofendido gravemente no se arrepiente, como es debido, antes de morir, sea castigado despues de la muerte.

Al contrario, y por la misma razon, será eternamente feliz en la vida futura, el hombre que en la

vida presente se ejercita en las virtudes, cumpliendo debidamente con los mandatos de Dios, porque Dios, además de ser infinitamente justo, es también infinitamente bueno, y no es conforme con su bondad privar de la felicidad en la otra vida al que en esta le ha servido y agradado.

La existencia de la vida futura es un tormento para el vicioso: por eso muchos se esfuerzan por borrar de su entendimiento esta idea que los martiriza. Esfuerzos inútiles. Ello es cierto que hay un Dios; que Dios tiene derecho para mandar, y que de hecho manda al hombre; que este por su esencia es súbdito de Dios, y está obligado á obedecerle; y que es imposible que Dios sin faltar á lo que exige su divina esencia, se deje desobedecer impunemente de sus criaturas, mucho más habiéndolas colmado de beneficios por un puro efecto de su bondad. Los males físicos de la vida presente, no son un castigo proporcionado á la magnitud de las ofensas graves cometidas contra Dios, que por razón del objeto ofendido tienen una malicia infinita. Tampoco los bienes físicos de esta vida son, respecto del bueno, una recompensa digna de la munificencia é infinita bondad de Dios. Si solo con los bienes pasajeros de esta vida, hubiera de ser feliz el hombre, poco se diferenciaría su felicidad de la felicidad de un bruto; y no sería este por cierto un modo de premiar Dios la obediencia y el amor de una criatura tan noble como el hombre.

Decimos esto, aun suponiendo que el bueno disfruta de todos los bienes terrenos, y que el malo se vé agobiado de males. Pero de los bienes físicos, lo mismo goza el malo que el bueno, porque Dios no excluye á nadie de la participación de sus dones; lo mismo hace salir el sol para los buenos que para los malos: los males físicos así aquejan al bueno, como



al malo; todos, buenos y malos, estan sujetos á las leyes generales por donde se gobierna el universo; con la diferencia de que el malo, porque lo es, emplea para sus satisfacciones todos los medios que estan en su mano, lícitos ó reprobados; el varon justo, pospone su comodidad temporal á la rectitud de sus acciones. Así, es muy comun en el mundo ver elevado al malo, lleno de riquezas, honores y distinciones, regalado y nadando en placeres y delicias; y al hombre de bien, pobre, desvalido, perseguido y agobiado de miserias, calamidades y trabajos. Mueren uno y otro en este estado; ¿y la justicia de Dios medirá á uno y á otro por la misma medida? ¿El fin de esta vida será el último destino de la virtud y del vicio? ¿Cuán desgraciados serian entonces los hombres virtuosos, y cuán feliz el perverso! Inocentes ha habido que despues de haber sido cruelmente atormentados para que confesasen un delito que no habian cometido, murieron en un patibulo; mientras no pocos salteadores asesinos, refugiándose en un pais extraño, han disfrutado con seguridad el fruto de sus rapiñas, y han pasado su vida gozando todas las comodidades y satisfacciones que proporciona la opulencia.

### LECLION XXVII.

Concluye la leccion anterior.

La paz del alma, dicen algunos, es un premio suficiente de la virtud; los remordimientos de la conciencia, un castigo del vicio. Mas si no hay otra vida temible para el vicioso, y este puede ponerse á cubierto de la justicia humana, como de hecho se ponen muchos criminales, ¿por qué no ha de tener la misma tranquilidad interior que disfruta un justo? ¿Qué remordimiento de conciencia es el que no amenaza al hombre con ningun castigo? Resultaria,

pues, si no hubiese otra vida en que fuese premiado el bueno y castigado el malo, que el vicioso, el perverso, el criminal, sería feliz, y que la desgracia sería el patrimonio de la probidad y de la virtud, lo que es incompatible con la santidad, bondad y justicia de Dios. Luego despues de esta vida, será con dignamente premiada la virtud y castigado el vicio.

Tampoco puede disfrutar el hombre en esta vida la incompleta felicidad que en ella podemos esperar, si vive encenagado en el vicio. Para que el hombre sea feliz, cuanto puede serlo en esta primera época de su existencia, es necesario que esté contento y satisfecho en su interior, como hemos dicho ya. Mas el vicioso no puede estar interiormente contento y satisfecho. No ignora que Dios le ha de pedir cuenta de sus acciones, y le ha de castigar en la otra vida segun lo merezca. Esta idea triste y desconsoladora, tiene á los malos continuamente inquietos, aun en medio de los placeres mas vivos, y de las diversiones mas tumultuosas.

Por otra parte, un vicioso es víctima de todos los males temporales que necesariamente llevan consigo los vicios: compromisos, cuidados, pesadumbres, peligros, enfermedades, la pérdida del honor, la ruina de la fortuna, y todo género de desgracias que le persiguen y le acosan sin cesar. No puede ser feliz un hombre que así está padeciendo continuamente.

Aunque al vicioso le sucedan todas las cosas prósperamente, y aunque queramos prescindir de los remordimientos de su conciencia, todavia no es mas á propósito el vicio que la virtud, para la felicidad del hombre.

Tanto la virtud como el vicio, son un hábito, y todo lo que se hace por hábito, se hace sin trabajo, sin violencia y sin repugnancia: así el hombre vir-

tuoso no es de peor condicion que el vicioso , ni tiene por qué arrepentirse de su virtud. Y si alguna vez tiene que violentarse, esta violencia se disminuye mucho con el hábito de la paciencia.

Aprovéchate de los siguientes consejos que te dá el Salmista.

No envidies *la prosperidad* de los malignos , ni tengas celos de los que obran la iniquidad:

porque como heno se han de secar muy presto, y como la tierna yerbecilla luego se marchitarán.

Pon tu esperanza en el Señor , y haz obras buenas , y habitarás en la tierra y gozarás de sus riquezas.

Cifra tus delicias en el Señor, y te otorgará cuanto desea tu corazon.

Expon al Señor tu situacion, y confia en él, y él obrará.

Y hará brillar tu justicia como la luz , y el derecho de tu causa como el sol de mediodia.

Seas, pues, obediente al Señor , y preséntale tus súplicas. No tengas envidia del que hace fortuna en su carrera, del hombre que comete injusticias.

Reprime la ira, y depon el furor , no quieras ser émulo en hacer mal.

Pues los que obran mal serán exterminados, mas los que esperan en el Señor , esos heredarán la tierra.

Ten un poco de paciencia , y *verás que* ya no existe el pecador; y buscarás el lugar en que estaba, y no le hallarás.

Pero los mansos heredarán la tierra , y gozarán de muchisima paz *ó prosperidad*.

Acechará el pecador al justo, y reclinará contra él sus dientes.

Pero el Señor se reirá de él, como quien está previendo que le ha de llegar su dia.

Desenvainaron su espada los pecadores: entesaron su arco—para derribar al pobre y al desvalido, para asesinar á los hombres de bien.

*Pero* su misma espada traspasará sus corazones, y será su arco hecho pedazos.

Mas sirve al justo una medianía, que las muchas riquezas al pecador:

porque los brazos de los pecadores serán quebrantados; al paso que el Señor sostiene á los justos.

Contados tiene el Señor los dias de los que viven sin mancilla; y la herencia de estos será eterna.

No serán confundidos en el tiempo calamitoso: en los dias de hambre serán saciados.

Porque perecerán los pecadores. Y los enemigos del Señor no bien serán ensalzados á puestos honoríficos, cuando serán abatidos y desaparecerán como el humo.

Tomará prestado el pecador, y no pagará, pero el justo es compasivo y dará *al necesitado*.

Por tanto, aquellos que bendicen al Señor, heredarán la tierra, mas los que le blasfeman perecerán.

El Señor dirigirá los pasos del hombre *justo*, y aprobará sus caminos.

Si cayere, no se lastimará: pues el Señor pone su mano por debajo.

Jóven fui, y ya soy viejo, mas nunca he visto desamparado al justo, ni á sus hijos mendigando el pan.

Pasa el dia ejercitando la misericordia, y dando prestado; y bendita será su descendencia.

Huye, *pues*, del mal, y haz bien, y vivirás por los siglos de los siglos.

Porque el Señor ama lo justo, y no desampara á sus santos: eternamente serán protegidos. Los injustos serán castigados; y perecerá la raza de los impíos.

Pero los justos heredarán la tierra, y la habitarán perpétuamente.

La boca del justo derrama sabiduría, y su lengua hablará juiciosamente.

La ley de su Dios la tiene en su corazón, y andará con firmes pasos.

Anda el pecador acechando al justo, y busca cómo podrá quitarle la vida.

Mas el Señor no le abandonará en sus manos, ni le condenará cuando sea juzgado.

Espera en el Señor, y observa su ley, y te ensalzará para que entres á heredar la tierra: cuando habrán perecido los pecadores los verás.

Ví yo al impío sumamente ensalzado, y empinado como los cedros del Libano:

pasé de allí á poco, y hé aquí que no existia ya; le busqué: mas ni rastro alguno de él pude hallar.

Conserva, pues, tú la inocencia, y atiende á la justicia, porque el hombre pacífico deja de sí memoria.

Mas los injustos perecerán todos: cuanto quede de los impíos será destruido.

La salvacion de los justos viene del Señor, y él es su protector en tiempo de la tribulacion.

El Señor les ayudará, y los librárá, y los sacará de las manos de los pecadores, y salvarlos há, porque pusieron en él su confianza. (*Salmo 36*).

### LECCION XXVIII.

La religion cristiana hermana y armoniza admirablemente el amor de Dios, el de sí mismo, y el del prójimo.

Preguntado nuestro Salvador por un fariseo, cuál es el mandato principal de la ley, le respondió:

«Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á este, *y es*: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda

«la ley y los profetas.» Tanta importancia daba el Señor al amor del prójimo, que le asimilaba al amor de Dios. «Amad, nos dice, á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos imitadores de vuestro Padre celestial; el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos: y llover sobre justos y pecadores. Que sino amais sino á los que os aman, ¿qué premio habeis de tener? ¿no lo hacen así aun los publicanos? Y si no saludais á otros que á vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? Por ventura, ¿no hacen tambien esto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto, *imitándole en cuanto podais.*»

Y San Juan Evangelista, el discípulo querido del Señor, siendo ya muy anciano, inculcaba continuamente á sus discípulos este mandato de Jesucristo: no cesaba de repetirles: «Hijos míos, amaos unos á otros,» de modo, que cansados ya los discípulos de oírle siempre lo mismo, le preguntaron: «Maestro, ¿por qué nos dices siempre una misma cosa?» «Porque es un precepto del Señor, respondió el santo anciano, y él solo basta si le cumplís.» Á la verdad, si nos amáramos todos como nos debemos amar, la tierra se convertiría en un paraíso. Por esta razón, el divino Salvador, que quiere el bien y la felicidad de todos los hombres, y que vino á establecer en la tierra el reino de Dios, el reino de amor y de la justicia, no cesaba de mandar del modo más expresivo, que nos amásemos mutuamente; y los apóstoles, bien instruidos en la doctrina de su divino Maestro, daban á la caridad la preferencia sobre todas las virtudes. San Pablo dice: «Aunque yo hablára todas las lenguas de los hombres, y el lenguaje de los ángeles, si no tengo caridad, vengo á ser como un me-

tal que suena , ó como una campana que retiñe: y cuando tuviera el don de profecía , y penetrase todos los misterios , y poseyese todas las ciencias; cuando tuviera toda la *fé posible* , de manera que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad , soy un nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres , y cuando entregára mi cuerpo á las llamas , si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada;» asegurando tambien que «de las tres virtudes , fé, esperanza y caridad, la mas excelente es la caridad.» Tambien dice : «tened principalmente caridad , la cual es el vinculo de la perfeccion;» y en otra parte: «el fin de todos los mandamientos , es la caridad.» San Pedro nos dice: «Sobre todo, mantened constante la mútua caridad entre vosotros , porque la caridad cubre multitud de pecados;» como el Espiritu Santo habia dicho ya en los Proverbios por la boca del sábio. Ultimamente, San Juan nos enseña que: «el que permanece en la caridad, en Dios permanece , y Dios en él.» Pero tambien nos advierte que «si alguno dice: sí, yo amo á Dios al paso que aborrece á su hermano , es un mentiroso. Pues el que no ama á su hermano á quien vé, ¿á Dios á quien no vé , cómo podrá amarle? Y *sobre todo* , tenemos este mandamiento de Dios : que quien ama á Dios, ame tambien á su hermano.» La caridad, pues, abraza el amor de Dios y del prójimo , el amor de todos los hombres, aunque sean nuestros enemigos: «si tuviere hambre tu enemigo, dale de comer, y si estuviere sediento, dale de beber,» dicen las Sagradas letras, qué tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, nos prescriben á cada paso el amor de nuestros semejantes amigos y enemigos.

La mayor felicidad del hombre , que es la union con Dios , está prometida á la caridad ; por eso el

Señor quiere que nos amemos á nosotros mismos, de tal modo, que no faltemos al amor de Dios y del prójimo , para que así , podamos ser verdadera y eternamente felices. El Señor quiere que el amor que nos tenemos naturalmente á nosotros mismos, no se oponga á la caridad. Si equivocando el objeto de la inclinacion hácia nuestro bienestar, lo colocamos en goces y satisfacciones contrarias á la voluntad de Dios , y á las obligaciones que tenemos con los hombres , lejos de amarnos , nos aborrecemos, obramos contra nuestra propia ventura. En sentido contrario , dice el Señor que nos aborrezcamos á nosotros mismos , si queremos ser sus discípulos; esto es, que nos violentemos y mortifiquemos con la privacion de todas aquellas cosas que se oponen al amor de Dios y del prójimo, por mas que nos halaguen y deleiten.

Así, nuestro Redentor en su divina ley, que toda es amor, enlaza íntimamente el verdadero amor de nosotros mismos, con el amor de Dios y del prójimo: en esta union íntima consiste la perfeccion de la vida cristiana y la felicidad del hombre.

### LECCION XXIX.

Supuestas las nociones de la religion y de la moral , es evidente que no pudiera subsistir una sociedad de ateos, y que tanto peor gobernada estará una sociedad, cuanto mas se aparte de la verdadera religion y de la verdadera moral.

No hay ningun ateo especulativo : aunque el salvaje sin educacion forme un concepto falso de la naturaleza y atributos de la Divinidad , no niega sin embargo su existencia. La niegan, es verdad, algunos que viviendo en sociedad, blasonan de entendidos y eruditos, y pretenden ser superiores en penetracion y conocimientos al resto de los hombres ; pero



la niegan solamente con los labios; su entendimiento les persuade lo contrario; solo su corazón, es decir, sus pasiones les hacen prorrumpir en una blasfemia que repele su razón. *Dixit insipiens in corde suo non est Deus.* Ninguna impresion les causa el silencio elocuente de los cielos, porque los tienen aturridos los desaforados gritos de las pasiones.

¿Y pudiera ser feliz, ni siquiera subsistir una sociedad compuesta de ateos especulativos, ó aun de ateos prácticos, esto es, de hombres que se condujesen como si no hubiera Dios? De ninguna manera. Si se supone que no hay un Dios, no hay freno ninguno que pueda contener las inclinaciones desarregladas de la naturaleza corrompida del hombre: faltando el temor del castigo despues de esta vida mortal, nada sería capaz de refrenar sus apetitos. La utilidad mútua, que proclaman algunos como un móvil suficiente para que todos los hombres se conduzcan en la sociedad de un modo propio para promover la felicidad general, no es mas que una quimera. (Véanse las tres primeras lecciones de este año.)

Una sociedad así constituida no solamente no puede ser feliz, sino que tampoco pudiera subsistir.

El pobre, si nada tuviera que temer y esperar despues de su muerte se alzaría contra el rico: los ricos estarían en una mútua y continúa hostilidad; la autoridad paterna estaría subordinada á la utilidad que aprendiesen los hijos en la obediencia ó desobediencia á sus padres: el sagrado vínculo del matrimonio no tendría mas fuerza que el que quisieran darle los consortes, arreglándose á la utilidad que concibiesen en conservarlo ó romperlo. Semejantes elementos no pueden constituir ninguna sociedad; pues estos elementos lleva consigo el ateísmo, ya especulativo, ya práctico.

En los salmos 13 y 52 describe admirablemente el profeta Rey lo que sería una sociedad de donde estuviese desterrado el temor de Dios; «todos sus miembros abominables, corrompidos y ocupados únicamente en hacer el mal, en cometer iniquidades; su lengua envenenada destilando sin cesar la ponzoña y la calumnia; su boca llena de hiel y de blasfemias; la prisa que se dan á derramar sangre; su codicia insaciable que devora al pueblo como á un pedazo de pan: no saben lo que es paz; destruccion é infelicidad, discordia y disensiones siembran por todas partes; solo porque no tienen ante sus ojos el temor de Dios; tiemblan, sí, por lo que no presenta ningun motivo de temor, por la privacion de placeres transitorios y groseros; el Señor los mira, y vé que todos se han depravado, que no hay siquiera uno que haga el bien.»

Si en nuestros dias no hubiéramos visto justificada esta pintura tan horrible, los ateos y los incrédulos responderian con irrision y sarcasmos á las ideas manifestadas por el escritor sagrado. Desgraciadamente una nacion vecina las ha puesto en evidencia en nuestros dias.

### LECCION XXX.

Concluye la leccion anterior.

Una pluma contemporánea, un elocuente escritor francés, testigo presencial de los hechos, describe así el estado de la Francia bajo el gobierno de los ateos.

«El ateismo ha establecido la amargura en las familias, como ha intentado introducirla en todo el universo, desconociendo al Supremo Señor de todas las cosas, y como la ha sancionado en el Estado, rompiendo todos los vínculos de la autoridad: así se han desencadenado las pasiones: la audácia y la

violencia han dominado sin freno y sin remordimientos. Un vasto campo se abre para los que tienen deseos desarreglados que llenar, y venganzas que satisfacer. Se proscribire á todo el que rehúsa tomar parte en los excesos á que se entregan los ateos, ó los desaprueba. La envidia persigue á la probidad y al talento. Todo está de tal manera trastornado, que el crimen se sienta descaradamente en los tribunales, no para juzgar á la virtud que se sienta en el banquillo, sino para degollarla con mas cobardía; y aun muchas veces se suprimen estas ligeras formalidades. Por todas partes se repiten las carnicerías horribles: las leyes en otro tiempo protectoras, solo son ahora instrumentos de la opresion: no hay ningun recurso contra ella.

Se ha establecido la inquisicion mas terrible; se expian no solamente las acciones, los gestos, las miradas, sino hasta el pensamiento mismo; se interpreta el silencio, es un delito solo el existir.

El terror se apodera de los corazones; cada uno repasa temblando las palabras que se le han deslizado, los pensamientos que se le han ocurrido: se apela á la fuga, y las cavernas llegan á ser un asilo precioso: el encuentro de un hombre espanta mas que el de un tigre. No se permite librarse de la rabia de los verdugos; la huida de un proscrito es un crimen que se hace expiar á su muger y á sus hijos, reduciéndolos á la mas extrema miseria. Se han roto todos los vínculos de la sociedad, ya no hay parientes ni amigos. El temor, el espectáculo de la desgracia han apagado todo gérmen de sensibilidad. Voltaire dice que ninguna sociedad ha tenido jamás, ni ha podido tener el designio formal de corromper la moral; pero era necesario que sucediese todo lo contrario, puestas en práctica sus doctrinas: sus mismos adoradores y secuaces han

concebido y puesto en ejecucion este perverso designio. Todo es para ellos un crimen menos el crimen mismo; quieren mudar la naturaleza de lo justo y de lo injusto: se acogen con entusiasmo las declaraciones de ateismo: es aplaudido el hijo que acusa á su padre, y el hermano que denuncia á su hermano; se anima y recompensa el espionage y la disolucion, pues no hay pena ninguna contra el adulterio, contra el incesto, ni aun contra la violacion, y se excita al asesinato, poniendo fuera de la ley á todos los que ellos llaman *aristócratas*. La delacion ha llegado á ser una virtud cívica; dar asilo á un desgraciado, aunque sea un padre ó un hijo, es un delito digno de muerte; y lo que es una cosa inaudita en la historia de la tiranía, se enumeran con júbilo las víctimas que han sido inmoladas, y se publican sus listas con ostentacion. Los muertos participan de los ultrajes de que se colma á los vivos, y sus cenizas son arrancadas de los sepulcros donde reposan. En los templos en que se reunian los hombres para reconocerse por iguales y hermanos en presencia de la Divinidad, y para exhortarse á amarse y servirse mutuamente, solo resuenan gritos de ira y de furor: sus paredes presenciaban atónitas las maquinaciones que en su recinto se forman para saquear, incendiar y asesinar.

Es ciertamente un fenómeno bien extraordinario en los anales de la humanidad la existencia de una secta que ha jurado el exterminio de la especie humana, y que en diez años de matanzas, desolacion y calamidades de todas clases, no ha podido apagar la sed de sangre que la devora; de una secta inaccesible á toda piedad y compasion, y ante la cual no ha podido hallar misericordia ni la edad, ni el sexo, ni la desgracia; de una secta que despues de haber llenado á sus víctimas de oprobios, despues de

haberlas martirizado con toda especie de tormentos, las arrastra como por favor al suplicio; de una secta que mira como muy lentos los instrumentos de destruccion, por mas activos y rápidos que sean, y cuya feroz imaginacion busca sin cesar los medios de multiplicar la muerte. Las juntas revolucionarias que han inundado la Francia de sangre y de crímenes, se componian exclusivamente de monstruos, que ponian en práctica los dogmas de los ateos... Jamás se ha visto reducido un pueblo á un grado tal de miseria y abatimiento. ¡Oh vergüenza! ¡Oh infamia!»

Este autor no hace mas que bosquejar los horrores del gobierno de los ateos en Francia. Podia haber añadido que se degollaba á los niños á centenares; en un solo punto fueron arcabuceados de una vez mas de quinientos, y acuchillados y pisoteados por la caballería. Los verdugos bebian la sangre de las víctimas, y tenia que beberla tambien el que queria librarse de la nota de sospechoso. Los hijos cortaban la cabeza á sus padres, y las llevaban por las calles con grande algazara, clavadas en la punta de una pica. ¿Quién podrá enumerar todos los horrores que cometieron aquellos ateos durante su dominacion?

Supongamos por un momento que un Estado en que estuviese entronizado el ateismo, no se manchase con tantos y tan enormes crímenes, con tanta barbárie y con tantas atrocidades; ¿qué es por último lo que nos prometen los ateos? Nos privan de la inmortalidad y de los consuelos de la religion que tanto suavizan las penas de esta vida, no nos dejan ninguna esperanza, tenemos que resignarnos con una suerte igual á la del jumento, de la limaza y del escarabajo; idea tristísima y degradante. E demonio, para incitar á nuestros primeros padres á

que desobedeciesen á Dios, les dijo que serian *como dioses*; los ateos, para apartarnos de Dios, quieren lisonjearnos con la ventaja de que seremos *como bestias*.

Ni aun se contentan con ser bestias; se han convertido en fieras. Es necesario tener un corazon de fiera para ensangrentarse con la ferocidad con que se ensangrentaron los ateos, una vez que lograron sentar su dominio en la desgraciada Francia. Un corazon de fiera han manifestado todos los ateos cuando han empuñado el cetro: los dos primeros impíos que menciona la historia, Cheos y Chefren, mostraron desde luego una inhumanidad bárbara, y sus naciones se vieron oprimidas por el mas horrible despotismo. Engreido Nabucodonosor con su poder, con la belleza, magnificencia y opulencia de su corte, se olvidó de que habia un Dios en el cielo; pero él mismo oyó desde lo alto el castigo de su soberbia; *cor feræ detur ei*: Un corazon de fiera tendrá el que no reconozca la existencia de un Dios justo y omnipotente: como una fiera se conducirá.

# PROGRAMA DE RELIGION Y MORAL.

## CUARTO AÑO.

### UNA LECCION POR SEMANA.

CONFERENCIAS SOBRE LA VERDAD Y FUNDAMENTO DE LA  
RELIGION CATÓLICA.

#### LECCION PRIMERA.

Demostraciones de la existencia de Dios.—Pruebas ontológicas.—Pruebas físicas.

Al primer aspecto, la magnificencia de los cielos y á poco que se considere, todos los fenómenos que se notan en este globo que habitamos, excitan en nosotros la idea de un Ser poderosísimo y sapientísimo, de quien todo depende y que todo lo gobierna: razones metafísicas, físicas y morales demuestran la existencia de este gran Ser.

Pruebas ontológicas. No se puede negar que entre las esencias de las cosas se dá la de un Ser infinitamente perfecto. La esencia de un Ser infinitamente perfecto, ó que reúne en sí todas las perfecciones en un grado infinito, envuelve necesariamente la existencia, no solo posible sino tambien real, porque no es la esencia de un Ser infinitamente perfecto aquella que á las demas perfecciones no reúne la existencia real aunque reúna la existencia posible; en razon de que la existencia real es una perfeccion; con que si hay la esencia de un Ser infinitamente perfecto, este Ser existe realmente: pues bien: este Ser infinitamente perfecto es Dios.

Ademas, la naturaleza toda se compone de seres que dependen unos de otros, de seres contingentes. Para que haya estos seres contingentes es preciso que haya uno que no lo sea, que no dependa de nadie; porque el número de los seres contingentes es finito, y el primero de ellos no seria contingente si no dependiese de otro, ni seria el primer ser contingente, si el ser de quien dependiese no fuese independiente de cualquier otro: luego existe un ser independiente de quien depende el primer ser contingente; y como de este primer ser contingente dependen todos los demas seres contingentes, se sigue que hay un Ser independiente de quien dependen todos los seres: este Ser es Dios.

Pruebas físicas. La materia de suyo es inerte: es decir que por sí misma no puede salir del estado en que se halle, ya sea de movimiento, ya de quietud. Vemos que los cuerpos de que se compone la naturaleza están en movimiento; se mueven los astros, se mueve la luz, se mueven las aguas y los vientos; luego hay alguien que mueva toda la naturaleza, luego hay un ser superior á toda la naturaleza que la está moviendo; este Ser es Dios.

Ademas, el movimiento que se nota en todas las partes de la naturaleza está perfectamente arreglado y adornado, de donde resulta la conservacion y armonía de todos los seres que la constituyen. Esos astros que en un número portentoso pueblan el firmamento, se mueven de continuo tan compasadamente que en medio de su volúmen extraordinariamente grande y de la prodigiosa velocidad de sus movimientos, jamás se desnivelan, ni se embarazan en su curso. Si de lo máximo descendemos á lo mínimo, hallamos en la tierra que para la mas pequeña de sus producciones, para la formacion de una yerba ó de una florecita tienen que congregarse un



gran número de partes de que se compone la yerba ó la flor: cada una de estas partes se coloca en el punto conveniente para que resulte aquella yerba ó aquella flor y no otra cosa; para que resulte la raíz, el tronco, las ramas, las hojas y su contextura propia: ¿quién congrega, quién dirige á todas estas diminutísimas partes en sus movimientos tan acertados? Todos estos movimientos proceden necesariamente de una inteligencia sublime que dirige toda la naturaleza. Esta inteligencia es Dios.

## LECCION II.

Pruebas morales de la existencia de Dios.—Sobre la unidad de Dios.

No hay hombre á quien no agrade la virtud. Cuando yo socorro la miseria de un pobre aunque sea á costa de mi regalo y aun de mi bienestar, lejos de sentir ésta privación y disgustarme, mi corazón se llena de placer, y mi conciencia aplaude mi desinterés y mi acción. Al contrario, todo hombre reprueba en su interior el vicio. Si yo hago mal á mi prójimo sin justa razón, aunque de ello me resulte un bien, yo mismo repruebo mi proceder, mi conciencia me condena, y me veo lleno de remordimientos. Estos sentimientos no proceden del acaso, cualquiera que sea el sentido que se dé á la palabra *casualidad*; no son casuales unos hechos constantes y universales: tampoco proceden de la necesidad; no es metafísicamente imposible lo contrario. El hombre conocidamente ha nacido para vivir en sociedad; la sociedad no podría subsistir sin estos sentimientos. Tampoco repugna absolutamente que el hombre no estuviese destinado á vivir en sociedad. ¿Quién dió, pues, al hombre este destino y estos sentimientos sin los cuales no pudiera llenarlo? Se dice que su misma naturaleza.

Mas la naturaleza del hombre es el mismo hombre: con que el hombre se ha dado á sí mismo este destino y estos sentimientos: sofisma despreciable, porque vale tanto como decir que el hombre se ha dado á sí mismo su ser. El resto de la naturaleza, es un conjunto de seres corpóreos, sin accion propia, sin actividad, sin facultad para conocer y para querer: y nada pueden de suyo dar al hombre unos seres inertes, muertos é incapaces de hacer por sí ninguna cosa. Luego es indispensable recurrir á un ser autor de la naturaleza del hombre, y de la naturaleza entera: Ser bondadoso, y autor al mismo tiempo de todos los bienes que rodean al hombre, y que para que los disfrute le ha destinado á vivir en sociedad, y ha infundido en su corazon los sentimientos morales sin los cuales no podria permanecer unido á sus semejantes.

Estas consideraciones, y otras muchas que pudiéramos exponer, así como la fuerza que hacen las pruebas tomadas de la naturaleza material, han movido seguramente á todos los pueblos, á todos los hombres del mundo á creer en la existencia de la Divinidad. Recorriendo la historia no se hallará pueblo alguno, y aun podemos decir que ningun hombre, que aunque no sepa perfectamente quién es Dios, ignore que le hay; si bien es cierto que muchas naciones han formado una idea errónea de la divinidad, atribuyéndola propiedades que desdican de su dignidad y perfeccion. Si ciertos viajeros han asegurado que algunos pueblos desconocidos no tenian ninguna idea de Dios, otros, ó ellos mismos mejor informados, han rectificado su opinion: solo se fundaban para opinar así en que no habian visto en aquellas gentes ningunas señales de religion; pero esto nace de que no entendian su lengua, ni sabian cuáles eran sus costumbres, ni

comprendian la significacion de sus ceremonias. Un exámen mas fundado y mas detenido demostró despues que reconocian la existencia de la divinidad y que la tributaban culto á su modo. Este consentimiento unánime de todos los hombres es una prueba convincente de la existencia de Dios, pues aunque algunos filósofos, haciendo gala de talento han querido poner en duda esta verdad, y oscurecerla con razonamientos especiosos, no han podido lograr que la especie humana abandone una creencia tan arraigada en el alma de todo hombre, y solo algunos insensatos se esfuerzan por borrar de su mente un conocimiento que acibara los placeres criminales á que se abandonan.

«Esta prueba, tomada del consentimiento unánime de todos los pueblos, pareció siempre muy sólida á los antiguos, aun en un tiempo en que el mundo no era tan conocido como en el dia, y de ella usaron Aristóteles, Platon, Ciceron, Plutarco y otros muchos filósofos; y hasta el mismo Epicuro convenia en la certeza de este consentimiento. Tampoco le ponen en duda los ateos modernos... Con decir que es una preocupacion adquirida por la educacion, no se resuelve la dificultad, porque se trata de saber por qué es tan uniforme la educacion sobre este punto en todas partes, mientras que es tan diferente en otras cosas. Tampoco procede de la ignorancia y del temor, como ellos aseguran. Si así fuese, esta ignorancia y este temor deberia debilitarse y aun desvanecerse á medida que los pueblos se van civilizando é ilustrando, y habria menos religion en los pueblos civilizados que en los pueblos bárbaros, lo cual es falso. Segun los historiadores sagrados y profanos, la idolatría mas antigua es la de los astros y de los elementos. ¿Y qué calamidades, qué desgracias han experimentado los hombres de par-

te de los astros? Es evidente, mas bien, que la admiracion y el reconocimiento han dictado los homenajes que les han tributado; podemos convencernos de esta verdad por los himnos que compusieron los poetas en honor del sol y de la luna. Homero, Orfeo, Calímaco y otros celebraron sus beneficios; y Moisés, Job y el autor del libro de la Sabiduría, proscribiendo este culto, suponen que habia sido inspirado por la admiracion. La opinion de los politeistas sobre la pluralidad de los dioses, viene, es verdad, de la ignorancia; la ignorancia se destruye con la instruccion: mas el juicio que forman sobre la necesidad de un Dios, señor del mundo, lejos de destruirse con el aumento de conocimientos, adquiere con ellos un nuevo grado de fuerza; la religion se afirma mas en una nacion á medida que esta progresa en la civilizacion. Tal es, segun el pensamiento de Ciceron, la diferencia esencial entre el error y la verdad.»

Demostracion de que solo existe un Dios único. Dios es un ser infinitamente perfecto: la superioridad en todo, sobre todo y sobre todos, es una perfeccion y muy grande; pues bien, es imposible que haya dos ó mas seres superiores en todo á todos, porque entonces cada uno de ellos seria superior al otro en todo, lo que es contradictorio, porque si A es superior en todo á B, B es inferior en todo á A, y de consiguiente no puede ser superior á A en nada y mucho menos en todo.

### LECCION III.

Sobre la Providencia de Dios.

La Providencia de Dios en el órden físico, consiste en dirigir con sumo acierto todas las partes y movimientos de la naturaleza á la consecucion de los designios que se propuso *ab æterno* la sabiduría in-

finita. Consiste, pues, la Providencia divina en mover y dar direccion á todas las partes insensibles de la creacion, de cuyo movimiento resulta el órden admirable que observamos, y que tanto resplandece en el universo; y todos los fenómenos que observamos en la naturaleza, tanto los que nos agradan y divierten como los que nos asombran y asustan. Todos los dispone y dirige Dios á un fin conveniente y bueno, aunque nosotros no alcancemos á conocer cual es. El proyecto de la creacion es vastísimo, excede inconmensurablemente nuestra reducida inteligencia. Así, es una impiedad censurar las altísimas disposiciones de la Providencia divina, porque no se acomodan á nuestras limitadísimas ideas. Nosotros tenemos una vista muy corta, el gran libro del universo es inmenso para nosotros. ¿Cómo, pues, hemos de leer en él, para conocer todas las relaciones de unas cosas con otras, de unos hechos con otros?

La Providencia divina cuida tambien de todos los vivientes, dando á todos alimento, vestido, habitacion y cuanto necesitan para vivir. Desde el hombre hasta el último insecto, todos los animales, tanto en el aire como en la tierra y en el agua, son un objeto constante del cuidado y de la bondad de Dios. Véase cómo describe el profeta Rey la grandeza, el poder y Providencia de Dios. (Salmo 103.)

«Alma mia, bendice al Señor. ¡Cuán grande sois, Dios mío, en la obra de vuestras manos! Revestido de gloria y de majestad, os ocultais á nuestros ojos por la luz que nos deslumbra. Vos sois el que habeis extendido sobre nuestras cabezas el azul de los cielos, donde teneis suspendidas las aguas preparadas para fertilizar la tierra; y haceis caminar las nubes que las derraman; colocado sobre las alas de los vientos, nos dais la frescura y la vida. Vos lo mandais, y su fuerza forma las tempestades, y sale el

rayo y cae donde Vos quereis. Vos habeis dado á la tierra el equilibrio que guarda constantemente; nada es capaz de hacérselo perder: el mar de que está rodeada, eleva sus olas mas altas que los montes; pero en su mismo furor respetan vuestras órdenes, se contienen á la voz imperiosa de su Señor, y próximas á absorber las riberas, retroceden á la vista de los límites que las habeis señalado. Vos habeis designado el lugar que ocupan las alturas y los llanos; en los valles, haceis correr las aguas que los fecundizan; Vos habeis abierto su alveo por donde se dirige su curso. Aquí vienen á beber los animales, todos apagan su sed. Las aves se reunen en sus orillas, y con sus cantos alegran las campiñas.»

«El rocío del cielo humedece la cima de las montañas: toda la tierra se vé fertilizada por vuestros cuidados. Vos sacais de su seno el alimento de los animales y el de los hombres, el pan que repara sus fuerzas debilitadas, el vino que le hace olvidar sus penas, y los perfumes cuya fragancia tanto le agrada. Vos habeis plantado las florestas que dan sombra á las llanuras, y los cedros que adornan las cimas de los montes, en ellos anidan las aves; la garza y el erizo, el ciervo y los demas animales, hallan mansion en lo alto de las montañas, en sus piedras y concavidades. El sol sigue en su curso la ruta que le habeis señalado; la luna con sus revoluciones, sirve para determinar los tiempos. Las tinieblas que suceden á la luz del dia, proporcionan descanso al hombre; entonces salen de sus asilos los animales salvajes, y os piden con sus gemidos el alimento que necesitan; sale el sol, y se retiran á sus moradas, dejando al hombre en libertad para entregarse á sus trabajos.»

«¡Cuán admirables son, Señor, vuestras obras! A todas ellas ha presidido la sabiduría: la tierra está

cubierta de vuestros dones. Mares inmensos separan á los habitantes del mundo, pero los navegantes ponen en comunicacion á todas las naciones. El seno de la mar, encierra innumerables animales; todos se solazan en sus ondas; desde el mas diminuto hasta la ballena, esperan de Vos el sustento, abris Vos vuestra mano, y lo reciben con profusion. Pero si apartárais de ellos vuestra mirada, perderian el movimiento y la vida, y volverian al cieno de donde los sacasteis; un soplo de vuestra boca les haria renacer, y renovaria el vigor de la naturaleza:»

«Alabado sea el Señor eternamente; complázcase en bendecir sus obras. Con una mirada hace temblar la tierra; toca las montañas y las inflama. Yo le ensalzaré mientras viviere, yo cantaré himnos en su alabanza por todos los dias de mi vida. ¡Ojalá le sean aceptos mis homenajes! de todos modos, yo me deleitaré en tributárselos. ¡Ojalá desaparezcan de la tierra los pecadores y los inicuos: en cuanto á mí, no ceses alma mia de bendecir al Señor.»

Cuando el espíritu está poseido de la idea de Dios, así pinta su grandeza, su poder, su bondad y su providencia. Si viéramos una ciudad hermosa con frondosas alamedas, donde los ciudadanos pudieran recrearse y librarse de los ardores del Sol, embellecida con obras de ornato y de comodidad pública; surtida con abundancia de aguas saludables; llena de establecimientos de beneficencia, donde encuentra un asilo la desgracia y una subsistencia segura y descansada la ancianidad desvalida, y el infeliz enfermo é indigente; provista, en fin, de todos los medios de ocurrir á las necesidades de la pobreza, y al bienestar de todos sus habitantes, ¿diríamos que se habia reunido por casualidad este conjunto de bienes? No, sino lo atribuiríamos, y con

razon, á una inteligencia benévola y próspera. Pues, ¿con cuánta mas razon debemos reconocer esta sabia y beneficentísima providencia, en las obras tan arregladas del Criador, y en el gobierno del mundo, tan admirable y tan benéfico para todos los que le habitan?

#### LECCION IV.

Sigue la leccion sobre la Providencia de Dios.

En el órden moral, ninguna parte tiene Dios en los pecados de los hombres. Ha dado al hombre la facultad de escoger entre lo bueno y lo malo, y con el fin de que no se extravie en la eleccion, le ha dado tambien el entendimiento y la razon para que le dirijan, haciéndole conocer las consecuencias de abrazar lo bueno ó lo malo, consecuencias de la mayor importancia para el hombre en esta vida, y principalmente en la otra. Mas si á pesar de los muchos medios que Dios proporciona al hombre para hacer el bien y evitar el mal, se deja el hombre vencer de los atractivos del vicio, todavia de los pecados de los hombres saca el Señor algunos bienes. Las persecuciones del hombre malo, aumentan el mérito del justo; la fealdad del vicio que siempre nos causa mas impresion cuando la notamos en otros que cuando la vemos en nosotros mismos, nos preserva de ser viciosos. Tal vez una calumnia, hace que se arrepienta el calumniado de algun delito verdadero que ha cometido, y no vuelva á cometerle. El padre desarreglado en su conducta, proporciona á un buen hijo la ocasion de socorrerle en su miseria; la dureza del avariento excita la compasion del indiferente hácia los desgraciados. Los hijos de Jacob cometieron una iniquidad, vendiendo á su hermano José; pero este mismo delito sirvió para el engrandecimiento de José, para



bien de su padre y de sus mismos hermanos que le habian vendido: para la formacion del pueblo hebreo, á cuyo favor habia de obrar el Señor tantas maravillas, en el mismo pais adonde habia sido conducido José despues que le vendieron sus hermanos. El Señor promueve todos estos bienes con ocasion de los males morales, que de este modo entran tambien en el plan de su divina Providencia.

Nada prueban contra la Providencia de Dios, los males así físicos como morales que se notan en el mundo. Seria negar á Dios la omnipotencia, el asegurar que no pudo crear un ser inteligente, y libre para hacer el bien y el mal; ni por atribuir á Dios este poder, sin el cual no seria infinitamente perfecto, se menoscaba en lo mas mínimo su infinita bondad y santidad, pues quiere sinceramente que el hombre use rectamente de su libertad, como pudo hacerlo desde el mismo momento en que el Criador lo sacó de la nada; y culpa del hombre, exclusivamente del hombre, fué la malicia del primer pecado, y todas las consecuencias funestas de la prevaricacion de Adán; culpa del hombre, exclusivamente del hombre, es el obrar mal pudiendo obrar bien. En nada se opone á la bondad y santidad de Dios, que el hombre pueda hacer lo malo pudiendo como puede hacer lo bueno: Dios es bastante bueno, pues deja en manos del hombre el obrar bien y ser feliz, recibiendo el galardón con que le convida si usa como debe de su libertad.

#### LECCION V.

Concluye la leccion sobre la Providencia de Dios.—Lectura del capítulo V del Eclesiastés hasta el versículo 7, y todo el capítulo XII.

En cuanto á los males físicos, impropriamente se llaman así. No hay ningun mal físico en la natura-

leza; todas las cosas son buenas y muy buenas: *vidit Deus cuncta quæ facerat, et erant valde bona.* Lo que llamamos *mal* en la naturaleza, no es absolutamente un *mal*, es un bien menor, porque podría haber un bien mayor. Ni se puede imputar á Dios el no haber criado un bien mayor; porque creado este bien mayor, se podría del mismo modo exigir que Dios criase todavía otro mayor, y otro y otro, hasta que ya no hubiera otro mayor, lo cual sería exigir un absurdo, porque una cosa criada, que por lo mismo es esencialmente limitada, no puede ser un bien, mayor que el cual no pueda haber otro: ninguna cosa criada puede ser un bien absoluto y sin ningun defecto bajo aspecto alguno: un ser como este sería la perfeccion infinita, sería Dios; pero no hay ninguna cosa física que bajo de alguno ó de muchos aspectos no sea buena.

No es Dios como el hombre; todo lo llena con su presencia, todo está presente sin la menor oscuridad á su divino entendimiento; todo lo puede, todo lo sabe, no hay para su inteligencia infinita ni presente ni pasado, nada se resiste ni puede resistirse á su voluntad todopoderosa. Así, ningun trabajo le cuesta dirigir todas las cosas, mover, y arreglar todos los movimientos de todas las partes de que consta la naturaleza, al fin á que las destinó en los eternos consejos de su sabiduría increada; es pues, un error grosero, creer indigno de la grandeza de Dios, el descender á cuidados que el hombre tiene por minuciosos: para Dios todo es igual, lo máximo y lo mínimo. *Pusillum et magnum ipse fecit, et æqualiter cura est illi de omnibus. Sap. 6, 8.*

Fuera de esto, solo admitiendo la Providencia divina, se puede concebir el órden admirable que reina en el universo. Si no hubiera un Dios que despues de haber criado todas las cosas las conser-

vase y gobernase, habríamos de decir que su conservación y gobierno son un efecto ó de la necesidad ó de la casualidad. Empero lo que sucede en la naturaleza, no sucede necesariamente, porque necesario es aquello cuyo opuesto es imposible, y no hay ninguna imposibilidad de que el mundo estuviera constituido de otro modo, como lo estaria si Dios hubiera querido establecer otro orden diferente del que estableció. La casualidad ó es una palabra sin significacion, ó solo significa que sucede inopinadamente y raras veces una cosa, sin que nosotros sepamos la causa; mas porque nosotros ignoremos la causa de un hecho, no por eso se sigue que no la tiene: si se quiere decir que suceden las cosas sin causa, ni razon suficiente para que sucedan, esto es un error conocido: en todo hecho es necesario buscar una causa y una razon del hecho, y por mas que se esfuerce la filosofia, por mas que vaya caminando de causa en causa, de razon en razon, se verá por último en la necesidad de admitir una primera causa sin causa, y en la cual se halle la primera razon de todo: esta primera causa es Dios, cuya Providencia gobierna y dirige todas las causas, que él mismo ha creado.

Escucha al Espiritu Santo:

No hables nada inconsideradamente, ni sea ligero tu corazon en proferir palabras *indiscretas* delante de Dios: porque Dios *es el Señor que* está en los cielos, y tú un vil gusano sobre la tierra. Sean, pues, pocas *y muy medidas* tus palabras.

A los muchos cuidados, se siguen sueños *moles-tos*, y en el mucho hablar no faltarán sandeces.

Si hiciste algun voto á Dios, no tardes en cumplirle; pues le desagrada la promesa infiel y la imprudente. Por tanto, cumple todo lo que hubieres prometido:

porque mucho mejor es no hacer votos, que hacerlos y no cumplirlos.

No sea tu lengua ocasion de que peque tu cuerpo. No digas en presencia del ángel: No hay Providencia: no sea que Dios, irritado contra tus palabras, destruya todas las obras de tus manos.

Donde los sueños son muchos, son muchísimas las vanidades, y sin fin las palabras; pero tú teme á Dios.

Si vieres la opresion de los pobres, la violencia que reina en los juicios, y el trastorno de la justicia en una provincia, no hay que turbarte por este desórden, pues que aquel que está en alto puesto, tiene otro sobre sí, y sobre estos hay otros mas elevados,

y hay en fin, sobre todos un Soberano, á quien toda la tierra sirve *reverente*. (*Eccles. c. V.*)

Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud, antes que *con la vejez* venga el tiempo de la afliccion, y se lleguen aquellos años en que dirás: ¡Oh años displicentes!

Antes que *debilitándose tu vista*, se te oscurezca el sol, y la luz de la luna y de las estrellas; y tras la lluvia vuelvan las nubes.

*No esperes á obrar bien* cuando temblarán tus manos y piernas, guardas que son de la casa de tu alma, y debilitadas las rodillas, bambolearán los varones robustos, y cuando las que muelen en la boca la comida serán en corto número, y estarán ociosas, y cuando quedarán en tinieblas los ojos que miran por las ventanas;

y cerraránse los labios, puertas que son de la calle, por la voz débil de tu lengua que hace el oficio del que muele: *é insomnes los hombres* se levantarán á la voz de un pájaro, y quedarán sordas sus orejas, que son las que perciben el canto ó la armonía,

cuando trémulos, temerán subir á los lugares altos, y tendrán miedo de caer en el camino llano: cuando florecerá el almendro, ó se pondrá cana su cabeza, se engrosará la langosta, ó hincharán las piernas, y se disipará la alcaparra ó todo apetito, porque el hombre ha de ir á la casa de su eternidad, y los enlutados le acompañarán *algun dia* por las calles.

*Acuérdate de Dios* antes que se rompa el cordon de plata ó médula espinal, y se arrugue la venda de oro, ó membrana que envuelve el cerebro, y se haga pedazos el cántaro sobre la fuente, y se quiebre la polea sobre la cisterna;

y en suma, antes que el polvo se vuelva á la tierra, de donde salió, y el espíritu vuelva á Dios que le dió el ser.

Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés, y todo es vanidad.

El Eclesiastés ó Predicador, siendo como era sapientísimo, enseñó al pueblo y refirió las cosas ó indagaciones que habia hecho: y filosofando sobre ellas, compuso muchas parábolas.

Recogió sentencias provechosas, y escribió documentos rectísimos y llenos de verdad.

Los dichos de los sábios son como agujijones, y como clavos hincados profundamente, y estos dichos nos ha dado el único Pastor mediante la enseñanza de los maestros.

Tú, hijo mio, no tienes que buscar cosa mejor que las dichas verdades. Los libros se van multiplicando sin término, y la continua meditacion del ánimo es tormento del cuerpo.

Ahora oigamos todos juntos el fin y compendio de este sermon; Teme á Dios, y guarda sus mandamientos: porque esto es el todo del hombre:

y acordémonos que hará Dios dar cuenta en su

juicio de todas las faltas, y de todo el bien y el mal que se habrá hecho. (*Id. c. XII.*)

## LECCION VI.

Insuficiencia de la razon humana para comprender la naturaleza del misterio.—Nuestra ignorancia hasta en las cosas humanas.

La historia del género humano nos presenta lo que es el hombre, aun adornado con el don inapreciable de la razon. Adan la tenia expedita y libre de inclinaciones malas, y sin embargo apenas empezó á existir ofendió á su Criador obrando contra su propia razon. Conservó no obstante el conocimiento de Dios y de la moralidad de las acciones, como asimismo el de todas las verdades que el Señor le habia manifestado. Comunicó á sus hijos todas estas nociones de la revelacion primitiva; y sin embargo, el primer hijo que tuvo fué un fratricida. Y si desde el principio de los hombres, aunque alumbrados por las luces de la revelacion, se separaban ya del camino recto, ¿qué harian en lo sucesivo, olvidadas las lecciones reveladas, y entregados únicamente á la luz natural de su entendimiento? Seis mil años de errores y delitos nos dan á conocer lo que es el hombre, cuando apagada la antorcha de la revelacion, no tiene mas guia de su conducta que su débil razon.

Ya desde muy antiguo se pervirtió todo el género humano en tales términos, que solo habia un justo en la tierra. Castigados todos los hombres con el diluvio en que todos perecieron, excepto Noé y su familia, no por eso se corrigieron los que le sucedieron: olvidaron las verdades religiosas y morales que les trasmitió Noé. Así se olvidó casi toda la especie humana del verdadero Dios, y corrompió escandalosamente sus costumbres; solo se preservó del extra-

vio y de la corrupcion general un corto número de hombres, porque se mantuvieron en la creencia de las verdades reveladas por Dios á nuestros primeros padres. Tal es el cuadro que presenta la humanidad, hasta la formacion del pueblo hebreo, es decir, por espacio de tres mil años. En tan largo período de tiempo nada dió de sí la razon humana sino errores y vicios.

Formado ya el pueblo hebreo, solo en él se conservaba la verdad y la rectitud de la vida, porque el Señor quiso dirigirlo ó instruirlo por sí mismo inmediatamente, ó valiéndose del ministerio de Moisés: en las demas naciones, que carecian de esta instruccion y direccion, reinaba el politeismo y la prevaricacion. En este período de tiempo, que tambien duró muchos siglos hasta la venida de Jesucristo, florecieron muchos imperios, vivieron eminentes filósofos, grandes y muy sábios legisladores, progresaron las ciencias y las artes, pero ni un paso dió la razon humana en la religion y la moral: la misma ignorancia, los mismos errores, la misma perversidad por todas partes, y aun se puede asegurar que segun se adelantaba la ilustracion en otros ramos del saber humano, se atrasaba cada vez mas la ciencia de la religion y de la moral. Así lo comprueban las creencias desatinadas de los pueblos, la doctrina absurda de los filósofos, las disposiciones mismas de los legisladores, y la disolucion general de las costumbres.

Religion. Ciceron, que habia leído detenidamente cuanto habian escrito los filósofos, confiesa que sus sistemas en cuanto á la unidad de Dios, y á su providencia, son tan opuestos entre sí, que no sabe á qué atenerse, y se contenta con examinar si hay dioses, ó no los hay, sobre lo cual tampoco se decide; pero ni siquiera se le ocurrió si habia únicamente

un Dios, y si este Dios gobierna el mundo. Después de haber hablado de la providencia, dice: «Todas estas cosas están para nosotros ocultas; y cubiertas de espesas tinieblas; el espíritu humano por más sutil que se le suponga, no puede elevarse al cielo ni penetrar en la tierra.» Si en los filósofos antiguos se lee algunas veces la *existencia de Dios*, para unos significa la existencia de una naturaleza inanimada, para otros la de un principio inteligente, que ha formado el universo, pero que no lo ha criado, ni lo gobierna; para otros significa el *todo*, la naturaleza entera. Si alguna vez hablan de Dios en singular, es porque se refieren á alguno de los innumerables dioses que forjaba su imaginación.

Si Platon admitía un solo Dios, este Dios, según él, no había criado la materia que él supone eterna: había formado inteligencias subalternas á quienes había dejado el cuidado de producir seres vivientes, y de gobernarlos: llamaba *dioses* á estos genios secundarios, y á ellos solos atribuía el gobierno del universo y el cuidado de nuestro destino, y por lo mismo á ellos quería que se tributase el culto religioso. Mas con respecto al *Padre de este mundo*, lejos de encomendar su culto, creía que era muy difícil conocerle, y muy peligroso dárselo á conocer á los hombres. Así Platon es uno de los más firmes apoyos del politeísmo y de la idolatría: su opinión sobre la unidad del primer principio nada podía influir en la religión y en las costumbres.

El Dios identificado con el mundo, y que según los pitagóricos y los estóicos era el alma del mundo, todavía servía menos que el de Platon: decían que era un animal infinito, y como admitían la fatalidad, no se podía atribuir á este Dios providencia ninguna. Epicuro se imaginó muchos dioses, y todos ellos perezosos y ociosos; y aunque Aristóteles parece



que reconocia uno superior, este Dios era un digno compañero de los de Epicuro; porque él no hizo el mundo, él no lo gobierna, él no exige ningun culto por parte de los hombres; no es mas libre que una máquina, y los hombres no tienen que esperar de él ningun beneficio.

Tales han sido, en punto al conocimiento de Dios y de su culto, los resultados de los esfuerzos mentales de aquellos célebres filósofos que sobresalieron en las naciones mas cultas é ilustradas, Grecia y Roma. El pueblo, conducido por aquellos maestros daba culto á esos genios ó dioses secundarios, de los cuales se habia imaginado una multitud prodigiosa formando de ellos ideas caprichosas, á que correspondia el culto que les tributaba. Los representaba muchas veces en figuras corporales, y aun los suponía con necesidades humanas: por esta razon los babilonios ofrecian viandas al ídolo Bel, cuyos sacerdotes se aprovechaban muy bien de esta necia credulidad. Atribuian tambien á sus dioses las mismas pasiones que aquejan al hombre. Así el culto se reducía á todas aquellas acciones que suponian serles aceptas y agradables segun la pasion de que los revestian. De aquí nacieron las víctimas humanas que les inmolvaban, el sacrificio que hacian en sus aras de la honestidad y del pudor, con otras mil abominaciones, extravagancias y torpezas, que sancionaban los filósofos con su doctrina y con su ejemplo.

En cuanto á la inmortalidad del alma y á las recompensas y castigos en la otra vida, Sócrates, Platon, Ciceron, Plutarco con otros muchos filósofos, dicen que solo es una tradicion antigua y universal. Sin embargo, muchos la negaban, como los cínicos, los cirenáicos, los epicúreos y los académicos; y otros dudaban de ella, entre los cuales es

muy de notar el mismo Ciceron. De modo que los filósofos con su doctrina, con sus dudas y contradicciones, trastornaron de tal manera las cabezas, que en tiempo de Sócrates muchos griegos no creían en la vida futura, y menos los romanos en tiempo de Ciceron.

Estos son los progresos que habia hecho el espíritu humano en punto á la religion por espacio de cuarenta siglos.

### LECCION VII.

Concluye la leccion anterior.

Moralidad. Veamos lo que ha adelantado en cuanto á moral la razon humana, fiada únicamente en sus propias fuerzas. Los que tuvieron mas necesidad de consultarla, y dirigirse por su dictámen fueron los legisladores. Veamos, pues, cuáles eran las leyes de las naciones mas célebres por su ilustracion, los griegos y los romanos. El modo de graduar el mérito de las leyes, es considerar los efectos que causan en las costumbres de los pueblos donde rigen. Horrorizan las costumbres de los espartanos. En Esparta todo era justo, con tal que fuese útil á las miras de sus habitantes; así los espartanos fueron siempre odiosos por su mala fé. Acostumbraban á azotar á sus hijos hasta derramar sangre, sin permitirles exhalar ni una queja, para endurecerlos y hacerlos insensibles á los padecimientos; y los ejercitaban en pelear unos con otros con el mayor encarnizamiento. Trataban con inaudita crueldad á sus esclavos, y aun á los habitantes de los demas pueblos de la Grecia que caian en su poder. Arrojan en un precipicio á los niños que al nacer parecian débiles ó mal formados; y adiestraban á los jóvenes en robar con sutileza, reputando esta habilidad por un arte loable.

El pudor y la decencia estaban desterrados de Esparta, donde las mugeres eran las mas corrompidas y disolutas. Esta era aquella Esparta tan aplaudida por algunos filósofos; en ella eran desconocidos los vínculos de familia y los del matrimonio; la paternidad, el amor y la amistad; no habia mas que una soñada patria, que sin dar ni prometer nada, de todo se apoderaba, hasta de los hijos, imponiendo silencio á la naturaleza: esta república, mas bien que una sociedad humana, era una reunion de bestias feroces. En los demas pueblos de la Grecia tampoco se respetaban los derechos del hombre, reinaban los vicios mas repugnantes á la naturaleza, y lo que se llama la edad de oro de la Grecia fué un tiempo de tortura y de suplicio para la humanidad.

Entre los romanos permitia la ley á los acreedores esclavizar á sus deudores, darles la muerte, ó atenacearlos: daba á los padres el derecho de vida y muerte sobre sus hijos, y de venderlos hasta tres veces: solamente obligaba á los padres á alimentar á los hijos varones, y á la primera de las hijas, y les daba facultad para matar á los hijos mal configurados. En aquel pueblo tan celebrado se hallaba autorizado el divorcio y la poligamia, la prostitucion y otros vicios abominables, el suicidio y la crueldad con los esclavos, cuya suerte era peor en Roma que la de los animales. Cuando ya eran ancianos é inútiles, ó estaban enfermos, se les abandonaba en una isla del Tiber, para que allí se muriesen de hambre. Habia en toda Italia prisiones subterráneas para encerrarlos: los porteros de Roma eran esclavos encadenados: habia para aquellos infelices cadenas, trabas, argollas y golpes, trabajos excesivos é insoportables, matanzas y ultrajes de toda especie. Caton el antiguo prostituia á sus es-

clavos por dinero. Segun una costumbre de mucho tiempo, eran condenados á muerte todos los esclavos de una casa, cuyo amo hubiese sido asesinado: tenia un romano cuatrocientos esclavos; fué asesinado, y todos cuatrocientos fueron condenados á muerte y murieron en efecto, aunque nada se probó contra ellos. Los misterios de la *Buena Diosa* eran misterios de iniquidad; y todas las fiestas en honor de Venus y de Baco eran la deshonor de la naturaleza racional del hombre. Todos estos horrores, autorizados, consentidos ó cuando menos tolerados por las leyes romanas, prueban lo que se debe esperar de la razon humana, cuando á tal extremo llegó el extravió en la nacion mas ilustrada del mundo.

No fueron menos los errores respecto de la religion y de la moral en otros pueblos mas antiguos, entre los Egipcios, los Chinos, los Indianos y los Persas; ni entre los pueblos descubiertos en los últimos tiempos, los Peruanos, los Mejicanos, y en general todos los americanos; los habitantes en diferentes puntos de la Oceania, todos los pueblos en fin que han visitado los europeos desde el siglo XV. Tanto en los pueblos antiguos como en los modernos donde no alumbraba la luz de la revelacion, no se ven mas que atrocidades y abominaciones, que nos ha parecido debiamos omitir, presentando solamente una pequeñísima parte de tanta y tan universal execracion, para que se conozca lo que puede la razon sola del hombre, cuando la falta una guia de lo alto. Hasta los mismos filósofos paganos echaban de menos esta guia, conociendo la insuficiencia de la razon humana para dirigir á los hombres en lo que mas les importa, que es la religion y la moral, como puede verse en Platon, Aristóteles, Plutarco, Sócrates y otros muchos. Despues de

cuatro mil años de tinieblas, apareció por último la luz que ha iluminado á todo el mundo. El hombre Dios, nuestro Salvador, vino á rasgar el velo que impedía al entendimiento humano conocer la verdad: ya se conoce en una gran parte de la tierra, y á proporcion que se vaya propagando el cristianismo, irán desapareciendo tantos desatinos y delitos como estaban afeando á la humanidad. Desgraciadamente todavía, despues de seis mil años, nada ha progresado la razon humana en aquellas comarcas donde impera ella sola: tan atrasada está como en la primera época del mundo despues que los hombres olvidaron las lecciones de la revelacion primitiva; pero el Evangelio se difundirá por todo el mundo, y llegará un dia en que la verdad brillará y será conocida en todas partes.

Hasta en las cosas naturales es grande la ignorancia del hombre. A cada paso le presenta la naturaleza sus puertas cerradas; no puede sorprenderla en su laboratorio. Así los hombres mas sábios, despues de haberse aprovechado de las luces de otros sábios que les han precedido, y despues de haber empleado ellos mismos toda su vida en el estudio, confiesan que no saben nada en comparacion de lo que hay que saber. ¡Cuánto no se ha afanado el hombre por hacer oro y plata, sin lograrlo jamás! Sin embargo, las leyes del Criador producen el oro y la plata, lo mismo que las yerbas: ¿y sabe el hombre cómo se hace una yerba? Al que os diga que sí, decidle que la haga pues.

El misterio es una verdad oculta é incomprensible al entendimiento humano. ¿Y por qué hemos de negar, por qué hemos de extrañar que en la religion haya verdades que no pueda comprender el hombre, cuando hay tantas en la religion y en la moral, que sin ser misterios jamás las ha conocido

sin el auxilio de la revelacion; y cuando no se pueden contar las que no alcanza en el órden físico?

Dios es un Ser infinito: un Ser infinito necesariamente ha de conocer verdades que excedan la capacidad de un ente finito: un Ser infinito en sí mismo no puede ser objeto de la comprension humana: este Ser, pues, y lo que le constituye, es tambien un misterio para el hombre: en vano se esforzará por conocer un sin número de verdades, si no se las manifiesta aquel *qui docet hominem scientiam*. Pero una vez que se las manifieste, debe humillar su ignorancia ante la infinita sabiduría del que le habla, y creer firmemente lo que le dice, aunque no lo comprenda. Un físico que negase la verdad de los misterios, porque no los comprende, no se reiría poco de un rústico que no creyese un fenómeno natural, porque no lo comprendía.

### LECCION VIII.

El entendimiento humano no alcanza mas en cuanto á la religion y á la moral, que lo que contiene la doctrina del Nuevo Testamento, segun nos la explica y propone la Iglesia Católica.

Muchos filósofos antiguos escribieron largamente sobre la religion y la moral; pero guiados únicamente por las luces de la razon, como estas son tan escasas, buscaban á tientas la verdad que confundian frecuentemente con el error (Véanse las dos lecciones anteriores.) A par de algunas máximas verdaderas, se leen otras en sus escritos, tan disonantes y absurdas, que el hombre mas indocto de nuestros dias se avergonzaria de que se las atribuyesen como suyas. Se puede asegurar que un labriego cristiano tiene, en punto á moral y religion, ideas mas verdaderas, que Sócrates y Ciceron: oídle, leed las obras de aquellos dos grandes filósofos, y

quedaréis conyencidos de esta verdad. ¿De dónde proviene tan prodigiosa transformacion? Del Evangelio.

Todas las ciencias han progresado y progresan en el dia maravillosamente: el entendimiento del hombre arranca diariamente á la naturaleza secretos importantísimos, que sirven para mejorar notablemente la condicion humana, descubriendo verdades, cubiertas hasta ahora con un velo que parecia impenetrable. Pero todos cuantos sábios se han dedicado á las investigaciones morales y religiosas, ¿qué han adelantado sobre lo que nos enseña el Evangelio? Nada. No hay verdad moral ó religiosa, no hay obligacion, no hay derecho alguno por mas nuevo que se presente en su forma y atavíos, que no se contenga en la celestial doctrina del Evangelio: nada han discurrido, ninguna verdad han descubierto los hombres sobre este punto por espacio de diez y ocho siglos; todo lo ha agotado este pequeño libro. ¿Quién es, pues, su autor? Dios. Porque ¿habia de exceder en inteligencia un hombre solo á todos los hombres que le precedieron por espacio de cuatro mil años, y á los que le han seguido por otros mil y ochocientos?

No sabemos si antes de Arquimedes se conocia la fuerza del vapor; pero consta que aquel célebre matemático supo prepararle y aplicarle en una extensa escala, disparando con la fuerza de este gas bolas de 45 libras de peso: Leonardo de Vinci, que vivia en el siglo XV, describió el aparato de que se valia Arquimedes para extraer el vapor, y para arrojar proyectiles por medio de su fuerza. Con ella hizo andar un barco Blasco de Garay, en las aguas de Barcelona, el año 1545: sabido es cuan extenso y útil es en el dia el uso del vapor. Dentro de poco, pondrá quizás la electricidad en comunicacion, en

horas contadas, los dos polos de la tierra. ¡Cuántos inventos, cuántos descubrimientos olvidados, reproducidos y perfeccionados! Mas ni un ápice han podido añadir todos los sábios del mundo á la religion y á la moral de Jesucristo, que se contiene en los libros santos del Nuevo Testamento, y en la tradicion. No es para todos la completa inteligencia de lo que contienen estos sagrados libros, pero en ellos está bien claro el medio infalible de comprender su contenido. La misma verdad eterna que los dictó nos dá su verdadera inteligencia por medio de la Iglesia. «Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Él que os oye á vosotros á mí me oye;» dijo el Señor á los Apóstoles, y en ellos á sus sucesores. La Iglesia, consultando tambien á la tradicion, y guiada siempre por el Espíritu Santo, nos enseña unas verdades que en vano se buscan en cualquiera otra enseñanza. *Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in æternum, Spiritum veritatis.... ille vos docebit omnia.*

En vano, pues, es apelar á la filosofia para hallar una nueva verdad moral y religiosa, una verdad que no esté contenida en la doctrina de Jesucristo, segun nos la propone la Iglesia: la doctrina moral y religiosa de Jesucristo se eleva tanto sobre la doctrina de los hombres, cuanto se eleva la sabiduría infinita de Dios sobre el saber limitado del hombre. Esta consideracion es tambien un motivo poderoso para mirar como divina la doctrina moral y religiosa contenida en los libros del Nuevo Testamento, y para reconocer de consiguiente la divinidad de la religion cristiana.



LECCION IX.

Luego es necesaria la revelacion para ilustrar al hombre sobre todas las verdades del órden moral y religioso.

De lo dicho en las tres lecciones anteriores, se deduce concluyentemente que es necesaria la revelacion para ilustrar al hombre sobre las verdades del órden moral y religioso. Sin embargo, no faltan filósofos que niegan hasta su posibilidad.

Solo seria imposible la revelacion, cuando pug-nase con la esencia de Dios, ó con alguno de sus atributos; pero hasta los filósofos paganos conocie-ron que no se dá semejante repugnancia. Ciceron asegura que Dios revela verdades á los hombres, porque *puede*, porque no es indigno de su infinita dignidad el revelarlas, y porque esta revelacion es útil á los hombres. Ciertamente el alcance del en-tendimiento humano es sumamente limitado, com-parado con el número infinito de objetos y de ver-dades que en si mismas pueden ser conocidas. Mu-chas de ellas, especialmente de las morales y religiosas, interesan vivamente al hombre, y es muy conforme con la inagotable bondad de Dios, mani-festar al hombre lo que ignora y es tan útil para su felicidad.

—Pero el hombre no puede comprender los mis-terios; de consiguiente, los misterios no son nada en su entendimiento, no son, por lo tanto, objeto de su conocimiento, y es imposible creer lo que no se conoce: nadie cree lo que le dicen en una lengua que no entiende, porque no sabe qué es lo que le dicen: pues en este caso están los misterios; no está, pues, en manos del hombre el creerlos: en este caso, para qué se los ha de revelar Dios?—

Este argumento tendria alguna fuerza, si efecti-vamente el hombre no entendiera, no conociera

nada, si de ningun modo formára idea ninguna de lo que se le enseña en los misterios, como sucede cuando oye palabras de un idioma enteramente desconocido para él; pero en los misterios, si el hombre no comprende, sin embargo, sabe lo que se le dice, y para creerlo, solo necesita pruebas convincentes de que es verdad. Por ejemplo: en el misterio de la Santísima Trinidad, sabemos muy bien lo que es uno y lo que son tres, y entendemos igualmente lo que Dios exige de nosotros, creer en tres personas distintas y un solo Dios, aunque no comprendamos cómo uno es tres y tres son uno. Pues qué, ¿comprendemos nosotros en el orden natural todas las verdades á que damos un asenso completo? Innumerables son las que creemos firmemente sin comprenderlas. El sentimiento íntimo me asegura de que mi alma mueve á su arbitrio los miembros de mi cuerpo, y de que á ciertas impresiones hechas en nuestros sentidos por los objetos externos, corresponden ciertas sensaciones en el alma: estas son para nosotros verdades inconcusas, y sin embargo, no comprendemos cómo puedan verificarse: solo nos consta su existencia. Se explica hasta cierto grado el modo con que se efectúa la generacion y nutricion de los séres, pero se llega á un punto en que la naturaleza presenta al hombre un misterio impenetrable, un obstáculo insuperable á todos sus esfuerzos, y no obstante, todos recocen que la generacion y la nutricion son hechos innegables.

Un ciego de nacimiento no solamente no comprende, sino que ni siquiera tiene idea de la luz, de los colores y de los fenómenos de la óptica. Con todo, cree sin ningun género de duda que hay luz, y que hay colores; y cree del mismo modo que una superficie plana produce una sensacion de profun-

didad. El único sentido que tiene para poder juzgar sobre este fenómeno por analogía, es el tacto; pone su mano sobre una mesa, siente una superficie, no una profundidad, y no puede comprender cómo sucede otra cosa en el sentido de la vista de que carece. ¿De este último sentido, forma alguna idea el que ha nacido ciego? Ninguna, y sin embargo, cree que lo tienen los que no son ciegos.

¿Por qué cree el ciego todas estas cosas sin comprenderlas? Porque tiene de su verdad unas pruebas que le convencen completamente: el testimonio de todos los hombres, de los que viven hoy y de los que han existido en todos tiempos; de todos sus allegados, de sus padres, de su muger, de sus hijos: tiene tanta fuerza en su ánimo como una demostración metafísica el testimonio constante y unánime de todos los hombres: es imposible que se resuelva el ciego á creer que todos los hombres se engañan, cuando le hablan de un hecho que experimentan en sí mismos, ó que se propongan engañarle cuando así se lo refieren. Cree, pues, el ciego lo que no comprende, porque para creerlo se le presentan razones á que no puede resistirse su entendimiento.

Pues del mismo modo y por la misma razón, cree el cristiano los misterios de su religión. El cristiano sabe que Dios no puede engañarse ni engañarnos; sabe igualmente que ha revelado misterios, y por esta razón los cree con firmeza. Las pruebas que tiene el cristiano para creer que Dios ha revelado esas verdades que el hombre no comprende, son muchas, y todas juntas forman una prueba irrecusable, un argumento invencible. Estas pruebas son las mismas que demuestran la divinidad de la religión de Jesucristo: los milagros, las profecías y su cumplimiento: la santidad de la vida y de la doc-

trina de Jesucristo que hizo los milagros como tambien de los apóstoles, que los anunciaron y que igualmente los hicieron: la conexion íntima que tienen los misterios con la buena moral y con la divinidad de la religion comprobada con los milagros; el modo sobrehumano con que se consiguió que los hombres, los pueblos y las naciones creyesen estos misterios, y se propagase su creencia por todo el mundo, á pesar de los innumerables é invencibles obstáculos que se oponian á su propagacion: la tradicion, en fin, de los milagros que hizo Jesucristo, corroborada con el testimonio de los mismos judíos y de los paganos: todas estas razones, y otras muchas que pudieran alegarse, no permiten la mas mínima, la mas remota duda de que el divino fundador de la religion cristiana reveló á los hombres misterios altísimos que el hombre no comprende, á la verdad, pero que no puede menos de creer, si no se empeña en cerrar los ojos á la luz; así como no puede menos de creer muchos hechos naturales, aunque no los comprenda, si no quiere poner en duda hasta su propio convencimiento, lo cual seria una contradiccion.

### LECCION X.

Si bien es superior la revelacion á la razon humana porque la ilustra, de ningun modo le es contraria.—Armonía necesaria entre la razon y la revelacion.

Convencido, pues, el entendimiento de que Dios reveló á los hombres misterios incomprensibles, los cree con fé pura, cree que son verdad, porque sabe que Dios no puede revelar una falsedad, un error. Esta revelacion se halla consignada en las Santas Escrituras: en el Nuevo Testamento se lee la revelacion que desenvuelve la que hizo el Señor á nuestro primer padre y á los patriarcas, y que puso despues en boca de los profetas, segun está consignado

en los libros del Antiguo Testamento. En la última revelacion manifestó Dios el complemento del plan que siguió constantemente su divina Providencia, desde la creacion del primer hombre.

La razon humana debe estar muy agradecida á la bondad de Dios, que ha disipado las tinieblas que la ofuscaban; ya vé ahora con toda claridad aquellas verdades que ignoraron los hombres mas sábios, entregados solamente á sus propias fuerzas. Vino la luz por que suspiraban los mismos filósofos paganos; y los posteriores aun los mas incrédulos, reconocen y confiesan el beneficio que ha recibido la humanidad con la luz celestial que la ha iluminado. La razon, alumbrada con la refulgente luz de la revelacion, conoce con evidencia cuanto necesita saber el hombre para cumplir con lo que se debe á sí mismo, á Dios, y á los demas hombres. Todas las verdades morales y religiosas, se nos presentan en la doctrina de Jesucristo con tanta perspicuidad, que parece que salen de nuestro corazon. Nadie, ni aun el mas tercamente apasionado contra la doctrina de Jesus, podrá decir: es injusto, es mucho exigir de mí que me porte de este ó del otro modo conmigo mismo, con mi padre, con mi hijo, con mi amo, con mi criado, con cualquier hombre: al contrario, la razon abraza espontáneamente toda la moral del Evangelio, que por esta razon ha recibido los mayores elogios hasta de los filósofos mas corrompidos.

Nada nos prescribe la revelacion en punto á religion que nuestra razon no reciba con el mas profundo respeto, y con el mas completo convencimiento de su justicia. Es imposible decir con verdad: este precepto religioso es irracional, es supérfluo, es supersticioso: todos son requeridos por la infinita santidad y dignidad de Dios; todos son conformes y adecuados á la naturaleza espiritual y racional del

alma humana. La razon conoce que debemos inclinar la cabeza cuando Dios nos manda creer verdades que superan nuestra inteligencia; pero nadie ha sido hasta ahora, ni será jamás, capaz de manifestar la mas mínima contradiccion, la mas pequeña repugnancia de un misterio con nuestra razon: omnimoda es la armonia entre la revelacion y la razon. Así, la religion cristiana, á despecho de los esfuerzos de la incredulidad, se ha propagado por todo el mundo, y es recibida y profesada con sinceridad donde quiera que se anuncia y enseña convenientemente. De ningun modo la abrazaria todo el género humano, si pugnára con la razon. A nadie se impide, antes bien se invita á todo el mundo, á que antes de adoptarla, examine detenidamente su esencia, sus pruebas y fundamentos: muchos sábios, en todos tiempos, la han examinado, y no pocos de ellos muy prevenidos contra ella: el resultado del exámen ha sido convencerse de su verdad, profesarla de todo corazon, y dar la vida por ella: son muchos los filósofos mártires, y nada de esto sucederia, si la revelacion no guardase una perfecta armonia con la razon.

## LECCION XI.

La revelacion existe en los libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento.—Autenticidad de los libros del Antiguo Testamento.

La revelacion se halla consignada en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento: pero tenemos que probar que estos libros son auténticos, y que es verdad lo que en ellos se contiene.

Entendemos aquí por libro auténtico, el que está escrito en la época en que se dice escrito, y por el autor que lleva á su frente, y al cual comunmente se atribuye. Tambien será auténtico, aunque no se

sepa de cierto quien es su autor, si se sabe que los que vivian cuando se publicó, lo recibieron como auténtico. Para que un libro sagrado sea mirado como *canónico*, inspirado, divino y reputado por palabra de Dios, no basta que sea auténtico; es necesario tambien que la Iglesia le haya adoptado como palabra de Dios.

Los libros sagrados se contienen en el Antiguo y Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento abraza el Pentateuco, ó los cinco libros que escribió Moisés, á saber: el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio, las profecías y otros varios. Todos estos libros son auténticos; así nos consta por la tradicion, que es el único medio por donde puede probarse de un modo indudable la autenticidad de cualquier libro. No de otro modo, ciertamente, estamos seguros de que son auténticos los escritos de Ciceron, de Plinio y de Tito Livio, de Séneca y de Horacio. Pues bien, una tradicion constante, sin ninguna interrupcion, ni contradiccion, se conserva, por ejemplo, entre los hebreos, de que Moisés escribió el Pentateuco. Y es de advertir que aquel historiador sagrado, pinta en sus escritos á la nacion hebrea, como un pueblo de díscolos, disolutos, rebeldes, idólatras é ingratos á Dios, que les favorecia visible y prodigiosamente. Los hebreos miran á Moisés como á un hombre inspirado y dirigido por Dios, respetan por lo mismo su dignidad y veracidad; y confesando que es suya la pintura que hace de la conducta del pueblo hebreo, se cargan con un baldon que los degrada y envilece á los ojos de los demas pueblos. Sin embargo, jamás han negado ni puesto en duda siquiera, que Moisés es el autor de aquella relacion que tanto los denigra. De generacion en generacion, desde la que vivia en tiempo de Moisés hasta nuestros dias, han confesado siempre

que Moisés es el autor de aquellos libros , cuya autenticidad, por lo tanto , no puede probarse de un modo mas convincente.

Lo mismo decimos respecto de las profecías: son estas y su cumplimiento un testimonio clarísimo de la verdad y divinidad de la religion de Jesucristo. Los judíos no responden, ni pueden responder, á las pruebas y razones tomadas de las profecías y de su cumplimiento á favor del cristianismo, y sin embargo, mas quieren pasar por ciegos y obstinados, que negar la autenticidad de las profecías. Es tan terminante la de Daniel sobre la muerte de Cristo y destruccion de Jerusalem , que el filósofo pagano Celso, aseguró que si aquella profecía era auténtica, no se podia negar la verdad de la religion cristiana que él mismo impugnaba, por cuya razon aseguraba que aquella no era profecía , sino una relacion escrita despues de los sucesos en ella contenidos. Con todo eso, no negaban su autenticidad los judíos, tan enemigos de la religion cristiana como el mismo Celso, antes bien confesaban unánimemente que todas las profecías de Daniel se habian conservado intactas desde el tiempo de aquel profeta hasta entonces, y lo mismo han confesado despues y confiesan en nuestros dias. La misma prueba que damos respecto del Pentateuco y de las profecías, se puede emplear relativamente á los demas libros del Antiguo Testamento. Todos se han conservado fidelísimamente entre los hebreos hasta la venida de Jesucristo, y desde entonces hasta el dia, entre los judíos y cristianos, sin ningun género de duda acerca de su autenticidad. Los paganos tenian tambien noticia de la existencia de estos libros, ni opusieron jamás contra su autenticidad una duda razonable.



## LECCION XII.

No solamente son auténticos los libros del Antiguo Testamento, sino que tambien es verdad lo que en ellos se contiene.—Se prueba por los milagros y las profecias: principales profecias relativas á nuestro Redentor, al establecimiento del cristianismo, y á la suerte del pueblo hebreo.

Adan, los patriarcas y el pueblo hebreo, profesaron la verdadera religion. Tambien la profesamos los cristianos, sin que por eso haya mas que una religion verdadera, que desde la creacion del primer hombre se fué desenvolviendo, segun el estado en que progresivamente se iba hallando el género humano, hasta la venida de Jesucristo, en que recibió su complemento: las demas religiones no son propriamente tales, pero se las suele llamar religiones falsas. En otra leccion probaremos la divinidad, y de consiguiente la verdad de la religion cristiana. En esta nos proponemos dar las pruebas de la verdad de la religion que profesaron los patriarcas y el pueblo hebreo, ya que hemos probado la autenticidad de los libros del Antiguo Testamento; pues no bastaria que fuesen auténticos, si no fuera verdad lo que contienen. Estas pruebas son los milagros y las profecias.

El milagro es una interrupcion, suspension ó variacion de las leyes de la naturaleza. En la leccion 1.<sup>a</sup> dejamos probado que existe un Dios, es decir, un ser infinitamente perfecto, que crió y conserva todo el universo, y dirige todas sus partes y movimientos con un orden admirable. Mas como Dios, pues es infinitamente perfecto, es por lo mismo infinitamente libre y poderoso, puede variar tambien cuando quiera las leyes que ha establecido para la direccion de todo lo criado, y él

solo puede variarlas, así como él solo pudo establecerlas.

Es indudable que Dios ha hecho milagros en comprobacion de la religion que profesaban los hebreos. Moisés les echaba en cara continuamente su ingratitud para con el Señor, que á fuerza de prodigios los habia librado de la opresion y esclavitud en que los tenian aherrojados los egipcios. Continuamente les recordaba el tránsito del mar Rojo, cuando perseguidos por el poderoso ejército de Faraon, les abrió paso el mar dividiéndose las aguas, y formando como dos montañas á derecha é izquierda, para que pasasen á pié enjuto por el medio, como lo verificaron, á la orilla opuesta, viendo desde allí como quedó sumergido con todo su ejército Faraon, que se atrevió á seguirlos por el mismo camino, y como juntándose entonces las aguas suspendidas, le sepultaron con todas sus tropas en el fondo del mar.

La historia sagrada nos refiere que el Señor alimentaba á su pueblo todos los dias con el maná que bajaba del cielo, que hizo brotar agua milagrosamente de una peña, para que bebiese el pueblo; que lo guiaba por medio de una nube resplandeciente, con otras maravillas igualmente portentosas. No solamente quedaron y permanecen escritos todos estos prodigios, sino que los mismos que los presenciaron, y en cuyo beneficio los obró el Señor, los refirieron á sus hijos, y estos á los suyos, trasmitiéndose la noticia tanto de palabra como por escrito, de generacion en generacion hasta la actual; sin que ni en tiempo de Moisés, ni despues, ni ahora mismo, se haya suscitado en el pueblo hebreo la mas mínima duda acerca de su verdad.

Tampoco dudaron de ella los samaritanos, despues que se separaron las diez tribus, pues aunque

enemigos irreconciliables del reino de Judá, y habiéndose separado de los judíos en muchos puntos esenciales, convinieron siempre con ellos en la realidad de aquellos milagros.

Ni era posible que Moisés, por grande que fuese su ciencia y habilidad, pudiese fascinar á todo un numeroso pueblo. Era imposible que se engañasen todos los israelitas, cuando vieron perecer en una noche todos los primogénitos de los egipcios, cuando vieron elevadas á uno y otro lado las aguas del mar Bermejo, etc. Si acerca de estos hechos, y de otros muchísimos igualmente sobrenaturales, que Moisés les recordaba con tanta frecuencia, como presenciados por ellos mismos, hubieran abrigado alguna duda, no hubieran consentido que Moisés, fundando su autoridad en aquellos prodigios, les mandase y castigase con el último rigor, hasta el punto de haber pasado por el filo de la espada algunos miles de personas desobedientes é idólatras.

### LECCION XIII.

Concluye la leccion anterior.

Es, pues, indudable que aquellos milagros eran verdaderos. Moisés aseguraba continuamente al pueblo, que Dios, al mismo tiempo que así manifestaba su poder, le hablaba y le mandaba manifestar á los israelitas su voluntad, y todas las verdades religiosas que les enseñaba: luego así era verdad.

Tambien es imposible que toda la nacion se conviniese en sostener una impostura, dejándose avasallar por un impostor, el cual por otra parte repugna que se fiase de tan grande multitud de personas á quienes imponia leyes que llevaban con grande impaciencia, y á quienes castigaba con severidad cuando lo merecian por sus excesos: no era

este un medio de obtener su aquiescencia en encubrir la superchería: era mas bien un motivo poderoso para que manifestasen y publicasen el fraude.

De consiguiente, es una verdad, si las hay, que Dios hizo milagros, muchos y muy extraordinarios, en comprobacion de la religion que dictaba á los hebreos.

Las profecías, cuando se ven cumplidas, son tambien un verdadero milagro, porque solo Dios puede prever, ó mejor dicho, está viendo desde la eternidad los futuros contingentes que han de suceder en tiempo; y en los libros del Antiguo Testamento se hallan muchas de estas profecías relativas al pueblo hebreo y á otras naciones, y que se cumplieron exactamente. Profetizada estaba la supremacía de la tribu de Judá sobre las demas tribus, hasta la venida del Mesías; la cautividad de Babilonia y el tiempo de su duracion, la ruina de Jerusalem, la dispersion de los judíos por toda la tierra, y el estado de abyeccion y envilecimiento en que se habian de ver, sus persecuciones, aflicciones y trabajos. Todas estas profecías se han cumplido al pié de la letra, y la última se está cumpliendo hace mas de 18 siglos, con grande admiracion y espanto de todas las naciones. Sobre estas profecías relativas al pueblo hebreo, como asimismo sobre las que se refieren á nuestro Redentor y al establecimiento del cristianismo, véanse las lecciones LII, LIII, LIV, y LXXVII del primer año.

Es preciso, pues, convenir en que es verdad lo que se contiene en los libros del Antiguo Testamento, y en que era verdadera la religion que profesaban los hebreos, pues que la vemos comprobada con milagros y profecías por el mismo Dios, que es el único que puede hacer milagros, y el único que puede saber y anunciar por sí mismo ó por medio de

los hombres á quienes inspira , los sucesos que dependen de su libre voluntad. Tambien obró Dios milagros en comprobacion de la religion que profesaban los patriarcas , y otros varones justos , antes que se formase el pueblo hebreo ; asi lo atestiguan el incendio de Sodoma y de Gomorra , el sacrificio de Isaac evitado por un ángel , y otros muchos. Ademas, aquella religion era la misma que profesó el pueblo hebreo , cuya verdad , como acabamos de ver. está confirmada con muchos y muy señalados milagros : luego la religion que profesaban los patriarcas tambien era verdadera.

#### LECCION XIV.

Religion cristiana: caracteres mas notables de su doctrina.

La religion es una virtud, por la cual damos á Dios el culto debido.

La religion natural es el culto que darian los hombres á Dios, conducidos únicamente por la luz de la razon. Religion revelada es una virtud por la cual dá el hombre á Dios el culto debido, arreglándose á las verdades que el Señor se ha dignado manifestar á los hombres por otro medio que por la luz de la razon.

Para que el hombre dé á Dios el culto debido, son necesarios tres puntos: 1.º, tener de Dios una idea que á lo menos no desdiga de su infinita dignidad: 2.º, que es una consecuencia necesaria del 1.º, saber el modo de tributarle el culto correspondiente á su infinita majestad; y 3.º, tener el conocimiento suficiente de las verdades morales, sin el cual no podria cumplir con las obligaciones que le impone Dios para consigo mismo y respecto de los demas.

Pues bien, la historia de todos los pueblos nos

demuestra por desgracia, que abandonado el hombre á sí mismo, despues de haber olvidado las lecciones de la revelacion primitiva, jamás llega á conocer como corresponde, estos tres puntos esenciales. Hasta los pueblos mas cultos se han extraviado miserablemente en el conocimiento de la divinidad. Todos han creido que existe un Dios, pero le han atribuido propiedades indignas de la divinidad, y desconociendo su unidad, llegaron á formarse un sin número de dioses: adoraban como tales á los astros y á los vientos, al fuego y á las aguas, y á un gran número de séres, aun los mas viles y despreciables.

Correspondiente á esta idea tan baja de la divinidad, era el culto que tributaban á sus dioses. Les sacrificaban víctimas humanas, y creian darles honor con las acciones mas abominables, con unas fiestas escandalosas, y con unas supersticiones torpes y ridículas.

No menos escandalosa era su moral. Los padres se creian con derecho sobre la vida de sus hijos, y muchas veces los abandonaban cuando creian que les eran gravosos, y aun les quitaban la vida si nacia con alguna deformidad. Se creian autorizados para dar la muerte á los ancianos, cuando ya no podian trabajar; se entregaban á todo género de lujuria; se permitia, se elogiaba, y aun se premiaba la sagacidad de un ladron, con el pretexto de promover así la alerta y vigilancia de los ciudadanos. En fin, las costumbres públicas presentaban por todas partes el aspecto mas doloroso. Ni era solamente el vulgo el que deshonoraba la razon humana con tantos y tan grandes excesos: tambien los filósofos y legisladores participaban de los errores del pueblo, y los apadrinaban y sostenian, los unos con sus doctrinas, y los otros con su autoridad,

y aun los sancionaban con sus leyes. Este es el cuadro que presenta todo el género humano desde el momento en que olvidó las lecciones de la revelacion primitiva.

Se vé, pues, por la historia de todo el mundo, que guiado el hombre solamente por la razon natural, no se forma una idea de Dios, propia de su grandeza, santidad y dignidad, ni cumple con las obligaciones que tiene para con su Criador, para consigo mismo, y para con los demas hombres; y que es necesario, que apiadado el Señor de tanta desgracia, no abandone á la criatura mas noble de la tierra, ni permita que así se desfigure su imagen, sino que ayude al hombre á levantarse de tanta abyeccion, consultando al mismo tiempo la santidad de su nombre, continuamente profanado en la tierra.

Así lo hace verdaderamente nuestro buen Dios. Entre los descendientes de Adan, despues que casi todos habían olvidado los principios religiosos y morales que les habia trasmitido nuestro primer padre, instruido por el mismo Dios, quiso preservar del extravío general á algunos varones justos, de cuyo entendimiento no se borraron las ideas religiosas; hasta que se formó un pueblo descendiente de Abrahan, y al cual se dignó enseñar cuanto necesitaba saber respecto de la religion y de la buena moral. Y últimamente, cumpliéndose el decreto eterno de la reparacion del hombre, envió á su mismo Hijo unigénito á la tierra, el cual hecho hombre, fundó la religion cristiana, manifestando á los hombres las altisimas verdades religiosas y morales que dan á la religion todo su complementó.

## LECCION XV.

Concluye la leccion anterior.

La religion cristiana considerada en quien la profesa, es una virtud por la cual damos á Dios el culto debido, arreglándonos á las verdades que predicó y nos enseñó N. S. Jesucristo, y á los preceptos que nos impuso. Considerada objetivamente, es el conjunto de estas mismas verdades y preceptos.

La religion cristiana tiene dos partes: parte especulativa y parte práctica. La parte especulativa abraza todas aquellas verdades que nada nos dictan hacer ó practicar: la parte práctica, contiene aquellas verdades que nos dictan lo que debemos hacer y omitir. Son verdades especulativas, por ejemplo, el Misterio de la Trinidad, el de la Encarnacion del Hijo de Dios, el dogma de la gracia, y otras semejantes: son verdades prácticas las que nos mandan hacer penitencia de nuestros pecados, si queremos salvarnos, perdonar las injurias, oir y obedecer á la Iglesia, conformarnos con sus decisiones y creer las verdades que nos propone, no dar escándalo, no aborrecer, antes bien amar á nuestros enemigos, y en fin, todas aquellas que nos dictan hacer ú omitir alguna cosa.

El cristiano, pues, está obligado á creer todas las verdades que Dios nos ha revelado, segun nos las propone la Santa Madre Iglesia, y á cumplir todos los preceptos que nos ha impuesto el Señor, y los que en su nombre nos impone la Iglesia.

El que niega, ó advertidamente duda acerca de la verdad de algun dogma de la religion cristiana, es un hereje, y no se puede salvar, si persiste con advertencia y pertinacia en su error ó en su duda; pues el Señor exige de nosotros una creencia firme de las verdades que nos ha revelado, y nos propo-



ne la Iglesia, porque están fundadas en unas pruebas convincentes é irresistibles, como lo haremos ver en las lecciones siguientes.

Esta religion santa fué concebida *ab æterno* en el divino entendimiento, incoada y anunciada por el mismo Dios desde los primeros momentos de la existencia del hombre, conservada en la fé de los patriarcas y del pueblo hebreo, y llevada á su complemento en la venida al mundo de N. S. Jesucristo, verificada en el tiempo prefijado en los consejos de la sabiduria increada.

La religion cristiana tiene todos los caracteres de su divino origen. Es elevada en sus misterios, santísima en sus preceptos, y admirable en toda su doctrina. Prescribe un culto digno del Supremo Criador y Señor de todas las cosas: ennoblece al hombre, é inspirándole profundos sentimientos de humanidad, de justicia y de generosidad, es la mas adaptada á la naturaleza racional del hombre, y la mas propia para hacerle feliz: es de consiguiente la única que conviene á las sociedades humanas, aunque se considere solamente con relacion á esta vida mortal; pero sobre todo, es la única que puede conducir al hombre á la eterna felicidad para que fué criado.

### LECCION XVI.

La religion cristiana se contiene en los libros del Nuevo Testamento.— Autenticidad de los libros sagrados del Nuevo Testamento.

El Nuevo Testamento se compone de los cuatro Evangelios, de las cartas de los Apóstoles, de los Hechos de los mismos y del Apocalipsis. En estos sagrados libros, y en la tradicion, se contienen todos los dogmas especulativos y prácticos que constituyen la religion de Jesucristo.

Lo que hemos dicho acerca del Antiguo Testamento.

mento (Leccion XII) es exactamente aplicable tambien al Nuevo. La autenticidad de los libros de que éste se compone está comprobada por una tradicion siempre constante: no se puede ni aun remotamente dudar que aquellos libros fueron escritos por los autores á quienes se atribuyen, y en la época misma de los Apóstoles: lo aseguran, y lo dejaron consignado en sus escritos los discípulos de los Apóstoles que vivieron con ellos, y les oyeron por mucho tiempo: lo aseguraron los sucesores de los discípulos de los Apóstoles á quienes lo oyeron, y de quienes recibieron los escritos en que dejaban atestiguada esta verdad. Tampoco negaron la autenticidad de los libros santos del Nuevo Testamento los mismos herejes, queriendo mas bien atribuir indignamente á los Apóstoles haber alterado las verdades que habian oido de boca del Señor, que negar la autenticidad de sus escritos. Tampoco la negaron los filósofos paganos Celso y Porfirio, antes bien en sus disputas con los cristianos la suponen, lo mismo que Juliano Apóstata, aquel poderoso, sagaz y enconado enemigo de Jesucristo y de su religion.

Los libros del Nuevo Testamento no han sido adulterados en lo mas minimo desde que se publicaron. Si se hubiera hecho en ellos alguna alteracion viviendo los Apóstoles, era imposible que estos no hubiesen reclamado. Lo mismo decimos de sus inmediatos sucesores, si en su tiempo se hubiera tratado de introducir en ellos alguna variacion, y tambien de todos los católicos que se fueron sucediendo de edad en edad. Si esta innovacion la hubieran hecho los católicos, tanto los paganos como los judíos y los herejes no hubieran dejado de aprovechar aquella ocasion para socavar uno de los primeros fundamentos sobre que estriba la religion

de Jesucristo, que es la autenticidad é integridad de los Evangelios, y mas libros del Nuevo Testamento. Empero ningun hereje, ni pagano, ni judío ha echado en cara á los católicos la menor falsificación de aquellos libros Santos. Los adulteraron algunas veces los herejes, y aun publicaron algunos apócrifos para sostener sus errores; pero esta mala fé solo sirvió para afianzar mas y mas su autenticidad, porque al instante publicaban é impugnaban los católicos la superchería y audácia de los herejes. Son, pues, auténticos todos los libros sagrados del Nuevo Testamento, y no estan adulterados ni viciados. En ellos se contiene la religion que el Hijo unigénito de Dios vino á establecer en la tierra. Segun estos mismos libros santos la Iglesia es la única depositaria y fiel intérprete de la doctrina que en ellos se contiene, con la prerogativa de no poder errar, porque así se lo prometió formalmente nuestro Señor Jesucristo.

### LECCION XVII.

No solamente son auténticos los libros sagrados del Nuevo Testamento, sino que tambien es verdad lo que en ellos se contiene: se prueba por los milagros y las profecías.

Puede un libro ser auténtico y no ser verdad lo que en él se contiene y se refiere; mas todo lo que contienen y refieren los libros del Nuevo Testamento es una verdad demostrada.

El Fundador de la religion cristiana Nuestro Señor Jesucristo es Dios y hombre. Como hombre, fué concebido milagrosamente en el purísimo seno de la Virgen María, y nació quedando siempre Virgen su Santísima Madre. Es Dios, Hijo de Dios Padre, y consustancial al Padre y al Espíritu Santo.

El mismo Señor lo aseguró, confirmando el dicho

de San Pedro. «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo,» y cuando habiéndole dicho el pontífice Caifás: «Te conjuro en nombre de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios,» le respondió: «Sí lo soy:» cuando dijo: «Yo y el Padre somos una misma cosa,» y en otras muchas ocasiones. Lo que dijo el Señor es una verdad, que está comprobada del modo mas convincente.

El Señor, en prueba de que era verdad lo que decia, hizo muchos y muy estupendos milagros. Con solo su palabra curó enfermedades inveteradas, dió vista á los ciegos, oido á los sordos, y vida á los muertos; anduvo á pié firme sobre las olas del mar, é hizo que tambien anduviese San Pedro; con cinco panes y dos peces dió de comer á cinco mil personas; lanzó los demonios de los cuerpos de los hombres, convirtió el agua en vino; y despues de estos y otros muchos prodigios, resucitó al tercero dia de haber muerto enclavado en una cruz; y habiendo permanecido en la tierra por espacio de cuarenta dias despues de su resurreccion, subió gloriosamente á los cielos á la vista de los Apóstoles y de otros muchos testigos.

Jesucristo hizo todos estos milagros para probar que era Dios. El milagro es obra exclusivamente del Todopoderoso, y es imposible que Dios hiciese milagros en comprobacion de una impostura; luego cuando Jesucristo decia que era Dios y lo comprobaba con tantos milagros, lo que decia era verdad. Asi, pues, Jesucristo, el fundador de la religion Cristiana, es realmente Dios; su religion es divina.

Ni se puede dudar de la verdad de aquellos milagros, los cuales se leen en los Santos Evangelios. Se publicaron estos viviendo todavia muchas personas que los habian presenciado, y aun las mismas en cuyo beneficio habia obrado el Señor algu-

nas de aquellas maravillas. Los Apóstoles, despues que subió el Señor á los cielos, los refirieron tambien en la ciudad de Jerusalem, sin que ninguno les desmintiese. Los paganos mismos no los negaban, confesando que habia curado cojos y ciegos, y que habia expelido los demonios de los cuerpos de algunos poseidos. Tambien estaba convencido de la verdad de los milagros de Jesucristo el emperador Tiberio, por lo cual propuso al Senado que se colocase á Jesus en el número de los dioses. Los judíos no podian menos de confesar la realidad de aquellos hechos portentosos; aunque los atribuian á inteligencias del Señor con el principe de los demonios, sin considerar que no podian alcanzar á trastornar las leyes de la naturaleza todas las fuerzas é inteligencia de aquel ángel de tinieblas; y que Dios, infinitamente bueno y veráz, no habia de permitir una ilusion, capaz de arrastrar á los hombres á un error tan grave, como era el de reconocer y adorar por Dios á un puro hombre.

Tampoco los han negado posteriormente, pues aseguran en el Talmud que cualquiera que lograra pronunciar con propiedad el nombre de *Jehovah*, haria ciertamente estupendas maravillas; que nadie puede acertar á pronunciarlo bien, y que solamente lo consiguió Jesucristo, apoderándose de la clave con sus malas artes en el *Sancta Sanctorum* del templo de Jerusalem; como si Dios hubiera ligado á la habilidad de pronunciar bien su nombre, la facultad de trastornar la naturaleza, aunque fuese para abonar una mentira, y sancionar un culto idolátrico.

Ultimamente, hasta los mahometanos confiesan en el Alcoran la verdad de los milagros de Jesucristo.

La resurreccion del Señor es un milagro de la

mayor importancia: es el que pone en el mas alto grado de evidencia todos los demas milagros que hizo Jesucristo. Pues bien, la resurreccion de Jesus es un hecho tan comprobado como el que más. Los Apóstoles la publicaron con el mayor valor, y sufrieron persecuciones y castigos infamantes por publicarla. Jamás se desdijeron, ni en Jerusalem ni en los demas puntos de la tierra donde fueron á predicar el Evangelio. Padecieron innumerables trabajos por toda su vida, sin esperanza de ninguna recompensa en la tierra, y sellaron por último con su sangre la verdad de su testimonio, que ademas confirmaban tambien con otros milagros que hacian ellos mismos; porque si no los hubieran hecho, ¿hubieran creído tantos miles de personas que abrazaron la religion del Crucificado, á unos hombres bajo todos conceptos tan despreciables á los ojos del mundo? Si los Apóstoles no hubieran confirmado con pruebas irrecusables la verdad de su narracion, tan extraordinaria hubiera sido la conversion del mundo entero como la misma resurreccion de Jesucristo. Grande es la fuerza de la verdad; pero tan obcecados estaban los hombres por todas partes, que á mil leguas de la Judea no habia medio humano de comprobar lo que habia pasado en Jerusalem. ¿Cómo pues, habian de creer el hecho sobrenatural de la resurreccion del Señor? No bajarían ciertamente la cabeza, sino á otras maravillas igualmente sobrenaturales, hechas en su presencia para probar que Jesus habia resucitado.

Las profecías son tambien un medio irrecusable de probar la divinidad de la religion cristiana. Léense estas profecías tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, y su cumplimiento está patente á la vista de todos. A nuestros primeros pa-

dres ya se les anunció la venida del Mesías, reparador de su culpa: estaba profetizado como un gran portento que habia de nacer de una virgen; estaba señalado el tiempo en que habia de venir al mundo y el pueblo donde habia de nacer; que habia de entrar como rey en Jerusalem cabalgando sobre un asno; que habia de ser vendido por treinta dineros, y que esta cantidad habia de llegar á manos de un alfarero; que habia de padecer, morir, resucitar y subir á los cielos. Estaba profetizada la destruccion de Jerusalem y del templo, la dispersion, envilecimiento y obstinacion de los judíos. Todas estas profecías las vemos cumplidas, lo mismo que otras muchas relativas al establecimiento y propagacion de la religion cristiana. Y como las profecías son tambien obra de la sabiduría increada, es evidente que su cumplimiento envuelve una verdad: la verdad de la religion que tienen por objeto. Esta religion santa se contiene en los libros del Nuevo Testamento; en ellos se contienen los milagros que hizo Jesucristo, se contienen algunas profecías cuyo cumplimiento se ha verificado puntualmente, y se contiene asimismo el cumplimiento de otras varias hechas con muchos siglos de anticipacion; y todo esto se prueba de un modo irresistible como acabamos de ver: luego la religion de Jesucristo es verdadera.

### LECCION XVIII.

La Sagrada Escritura es regla de fé, pero no entendida é interpretada segun la entienda ó interprete cada uno, sino como la entienda ó interpreta la Iglesia.—La Sagrada Escritura no es la única regla de fé: tambien lo es la tradicion, segun la entienda y explica la Iglesia.

Asientan por principio todos los protestantes, que no hay mas regla de fé que la Sagrada Escritura, entendida segun la entienda cada uno. La falsedad de este principio se conoce á primera vista. ¡ Bien

gobernada estaría una sociedad cualquiera, si no hubiera en ella mas gobierno que un código de leyes, que cada uno fuese árbitro de entender á su manera!

Si el Divino fundador de la religion cristiana no hubiera establecido un medio infalible para que el hombre sepa con certeza lo que le manda creer y practicar, no hubiera dejado ningun medio seguro para saber cuál es la religion que fundó, lo que equivaldria á no haber fundado ninguna. Llegado el caso de alguna disidencia entre los cristianos sobre la creencia ó inteligencia de las verdades religiosas, caso por desgracia demasiado frecuente desde el tiempo mismo de los Apóstoles, seria imposible conocer de parte de quien estaba la razon, creyéndose todos con igual derecho para tener por verdadero y acertado su modo de pensar. No bastaria para dirimir la controversia la Sagrada Escritura sola, fiada á la inteligencia de cada uno, como no basta ni ha bastado nunca entre los que asientan semejante principio. Los protestantes no solo no convienen con los católicos y con los griegos cismáticos, sino que están discordes entre sí mismos en muchos puntos de su creencia. Sus profesiones de fé han variado en extremo desde el principio de su separacion; ni en el dia concuerdan unos con otros el luterano y el calvinista, el anglicano y el sociniano, y otros innumerables sectarios.

En vano alegan que todos los cristianos convienen en los puntos fundamentales de la religion: los católicos y los griegos cismáticos creen lo contrario, imputando á los protestantes que niegan muchos puntos esenciales, y enseñan errores trascendentales y enteramente opuestos á las verdades que nos enseñó el Divino fundador de la religion. ¡Y cómo se ajusta esta diferencia por la Sagrada Escritura



sola, si no hay una autoridad infalible que fije su sentido? El mismo derecho que los protestantes tienen los católicos y los griegos para pretender que dan á la Sagrada Escritura su verdadero sentido, y para decidir por ella cuáles son los artículos esenciales de la religion.

Es tan absurdo el principio de los protestantes, que ellos mismos se han visto obligados á abandonarlo en ocasiones solemnes. Para decidir acerca de una disputa que se suscitó en Holanda entre Arminianos y Gomaristas, se celebró un sínodo protestante en Dordrecht el año de 1618, y como los Arminianos protestasen contra la competencia de aquel tribunal, alegando el principio adoptado por todos los protestantes de que solo la Sagrada Escritura, segun cada uno la entienda, es regla de la fé; el sínodo se vió obligado á combatir semejante principio con las mismas razones con que lo impugnan los católicos; proceder que echaban en cara los Arminianos á sus adversarios, preguntándoles si se habian vuelto católicos.

Lo mismo hicieron los anglicanos á principios del siglo XVIII, apurados por los socinianos, que torcian en favor de sus opiniones el sentido de la Escritura. En su profesion de fé del año de 1562, establecieron el mismo principio que todos los protestantes; pero en el plan de religion que publicaron el año de 1719, admiten la autoridad de los cuatro primeros concilios y de los Padres de la Iglesia de los cinco primeros siglos, confesando con otros muchos protestantes que la Iglesia que reconocia entonces y reconoce en el dia por cabeza visible al romano Pontífice, era en aquellos tiempos la verdadera Iglesia. Pues ciertamente la Iglesia de aquellos tiempos impugnaba lo mismo que impugna ahora é impugnará siempre, el principio de los protestantes.

Por otra parte, las personas que no sepan leer y que no tengan quien les lea las Escrituras, así como la gente rústica y ruda que no tiene la capacidad suficiente para entender muchas de las verdades que lea, no tienen regla de fé ni buena ni mala. La autoridad del ministro que se las explique, no puede prestar á nadie seguridad alguna; no es segun ellos la autoridad del que explica la Escritura, sino la letra de la Escritura lo que constituye la regla de fé.

Además, es un hecho histórico que el cristianismo se estableció antes que se escribiesen sus verdades. Jesucristo predicó y enseñó de viva voz, y encargó á los Apóstoles, y estos á sus discípulos, que predicasen por todo el mundo las verdades que les habia enseñado; los Apóstoles mandan á sus sucesores que se atengan á la tradicion, de modo que por algunos años no se contó con ningun escrito para la instruccion de las gentes. Los escritos de los Apóstoles no se tradujeron en su mayor parte á otros idiomas, mientras ellos vivieron, y muchas de las versiones que se hicieron posteriormente, tardaron bastante tiempo en generalizarse, de modo que muchas iglesias carecieron por siglos enteros de las Sagradas Escrituras, traducidas en su lengua, y hay algunas naciones cristianas que todavia no las tienen. Desde el primer siglo de la Iglesia en que vino á España el Apóstol Santiago, hasta los últimos años del siglo XVIII no tuvo esta nacion genuinamente traducidos á nuestra lengua los libros sagrados; segun los protestantes, no han tenido, pues, los españoles ninguna regla de fé por espacio de diez y ocho siglos.

Mas los españoles y todos los cristianos tienen una regla segurísima de su fé en la autoridad infalible de la Iglesia, que para sus decisiones se go-

bierna, si, por la Sagrada Escritura, la cual por lo tanto entendida y explicada segun la entiende, explica y propone la Iglesia, es sin ningun género de duda la regla de nuestra fé; pero no la única, porque tambien lo es la tradicion, á la cual se atiende igualmente la Iglesia en sus decisiones, pues no todo lo que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo, no todas las verdades que enseñaron los Apóstoles oidas de la boca de su Divino Maestro, se hallan consignadas en la Sagrada Escritura, la cual por otra parte nos muestra terminantemente la necesidad de la tradicion, como se puede ver en las epistolas de San Pablo.

Los protestantes mismos, aunque niegan que la tradicion es regla de fé, se atienen á ella en muchos puntos que no se halla en la Sagrada Escritura, ó bien siguen la tradicion para su inteligencia.

#### LECCION XIX.

Concluye la leccion anterior.

Se sigue de todo lo dicho en la leccion anterior, que es inadmisibile y erróneo el principio de los protestantes, y falsa su doctrina cuando se aparta de la que enseña la Iglesia, que asistida por el Espíritu Santo, segun se lo prometió Nuestro Señor Jesucristo, es imposible que enseñe ningun error en materia de fé y de costumbres: se sigue igualmente que la Sagrada Escritura es regla de fé, pero que tambien lo es la tradicion; si bien tanto la Sagrada Escritura como la tradicion son regla de fé entendidas y explicadas como las entiende y explica la Iglesia, en la cual reside la infalibilidad.

No pudiendo resistir los protestantes la fuerza de las razones que prueban la verdad del Catolicismo, confiesan que cualquiera puede salvarse en la religion Católica. Así lo declararon los doctores lute-

ranos á la princesa de Volfembutel al tiempo de casarse con el emperador Cárlos VI; y á Enrique IV los ministros calvinistas que seguian su partido, entre ellos su ministro favorito el célebre Sully, que sin embargo no abandonó sus errores. «Creía, sin duda, dice el autor de la Historia de Enrique IV, que se podia conseguir la salvacion en una y otra religion, y por eso fué uno de los primeros que invitaron á Enrique IV para que se hiciese Católico; y si él no hizo lo mismo, á pesar de las instancias reiteradas y de las ofertas seductoras del rey, fué solo porque tenia por buenas ambas religiones.»

Esta opinion de Sully se fundaba seguramente en el error de que los católicos y los protestantes convienen en los puntos esenciales de la religion cristiana. Empero los católicos creen que fuera de su Iglesia no hay salvacion, y que los protestantes yerran en muchos artículos esenciales: ambos puntos niegan los protestantes; y seguramente que la inteligencia privada de la Escritura no los fijará jamás; porque cada uno, el católico y el protestante, se cree autorizado para seguir su juicio en cuanto al sentido de la Escritura sobre el asunto de esta disputa. La misma reflexion hacemos respecto de los griegos cismáticos que, por mas que lo han solicitado los protestantes, jamás han querido unirse con ellos en la profesion de fé, reprobando sus opiniones como erróneas y falsas en lo esencial de la religion.

Asisten dos médicos á un enfermo: ambos convienen en que tal medicina le dará la salud; uno de ellos cree que tal otra se la dará tambien, su compañero asegura que es un veneno y que irremisiblemente le matará: bien imprudente será el enfermo, si deja el primer medicamento y elige el segundo.

Duro se hace á los protestantes no reconocer por puntos esenciales del Cristianismo los que asignan como tales las dos Iglesias de Oriente y de Occidente; sin embargo no les arredra la creencia de ambas Iglesias. «De tal manera estrechó Mr. Arnauld al ministro Claudio, célebre protestante, que le obligó á confesar, que si la Iglesia griega admitia la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y estabande acuerdo las dos iglesias de Oriente y Occidente, era preciso convenir en ella. Era entonces ministro el marqués de Pomponne. Escribió éste, en nombre de Luis XIV á Mr. de Nointel, embajador en Constantinopla, encargándole que pidiese á cada obispo griego su profesion de fé. Llegaron éstas llenas de quejas contra la Iglesia romana, y estas quejas sobre objetos poco importantes, añadian nueva fuerza al testimonio dado por los obispos sobre el dogma de la presencia real. Sin embargo, el ministro Claudio se quedó protestante, y todo se redujo á hacer que se dijese en París que Mr. Arnauld habia *desorientado* á su contrario.»

## LECCION XX.

Explicacion de la tradicion.

Tradicion es un testimonio que nos cerciora de la verdad de un hecho, de un dogma ó de alguna práctica. Puede ser puramente oral ó de viva voz, y que de este modo se trasmite de padres á hijos y de estos á sus descendientes de generacion en generacion. Puede ser escrita, y es este mismo testimonio consignado en los libros de historia ó en otros cualesquiera. Tambien puede ser práctica y lo es cuando se trasmite por medio de alguna práctica ú observancia, como una fiesta, una funcion: es monumental, cuando se trasmite por medio de algun monumento; y numismática, cuando se trasmite por medio de monedas ó medallas.

La tradicion religiosa se divide en tradicion divina, tradicion apostólica y tradicion eclesiástica; si bien la tradicion apostólica y la eclesiástica pueden llamarse tambien tradiciones divinas, porque los Apóstoles nada enseñaron sino lo que habian aprendido del mismo Jesucristo, ó por inspiracion del Espíritu Santo, y deben llamarse tradiciones apostólicas las que nos trasmitieron los discípulos inmediatos de los Apóstoles, y tomándolas de estos los demas escritores eclesiásticos sucesivamente; y así la tradicion religiosa admitida como tal por la Iglesia tiene su origen en Dios. Pero se llama tradicion divina, cuando se consideran las verdades que enseñan manifestadas primitivamente por Dios á nuestros primeros padres, y por boca de Nuestro Señor Jesucristo ó por inspiracion divina á los Apóstoles: se llama apostólica cuando estas mismas verdades que oyeron á su divino Maestro los Apóstoles, las enseñaron de viva voz tambien á sus discípulos; si los Apóstoles no las enseñaron de palabra, sino que las escribieron, estas verdades no se llaman tradicion, son la Sagrada Escritura: se llama eclesiástica la tradicion, si estas mismas verdades que los Apóstoles oyeron de viva voz al Señor y enseñaron á sus discípulos, se consideran como enseñadas por estos últimos á los discípulos que tuvieron; por estos á los suyos, y así sucesiva, constante y perpétuamente en la Iglesia de Dios, ya se diese esta enseñanza de viva voz por los discipulos de los Apóstoles, ya por escrito ó por medio de algun monumento ó de alguna práctica ú observancia religiosa. Así entendida la tradicion, admitida y enseñada por la Iglesia, es regla de nuestra fé, no menos que la Sagrada Escritura; pues los Apóstoles no escribieron todo lo que oyeron á su Divino Maestro, sino que muchas cosas las enseñaron solo de viva voz y con la prác-

tica, arreglándose á lo que el Señor les habia mandado enseñar y practicar; y esta doctrina y estas prácticas se han conservado siempre y sin interrupcion desde el tiempo de los Apóstoles en la Iglesia de Jesucristo hasta nuestros dias, y se conservarán mientras dure la Iglesia.

Es muy extraña la inconsecuencia de los protestantes. Desechan la tradicion y solo admiten por regla de fé la Sagrada Escritura, cuando de esta consta expresamente que los Apóstoles enseñaron muchas cosas que no escribieron. San Juan, en la segunda y tercera carta asegura á los fieles, á quienes escribe, que tiene muchas cosas que decirles, pero que no quiere escribirlas, y que se las dirá de palabra. San Pablo, en su segunda carta á Timoteo, le dice que confie las cosas que le ha oido, á hombres fieles que sean capaces de enseñarlas tambien á otros: lo demas, dice tambien á los de Corinto, cuando vuelva á veros yo lo dispondré. Epist. 1, c. 11, v. 54. Allí mismo, v. 2, les dice: «Os alabo, hermanos, porque en todo os acordais de mí, y guardais mis preceptos, segun os los he dado; en el Griego se lee: *mis tradiciones*. A los tesalonicenses: Ep. 2, c. 2, v. 14: «Permaneced firmes, hermanos míos, y mantened las *tradiciones* que habeis aprendido ora por medio de la predicacion, ora por mi carta.» A Timoteo, Ep. 2, c. 1, v. 15. «Ten por regla la sana doctrina que has aprendido de mí: y en el capítulo VI de la carta á los hebreos, les dice: que omita hablarles de la penitencia, de las obras muertas, de la fé en Dios, de las diferentes especies de bautismo, de la imposicion de las manos, de la resurreccion de los muertos y del juicio eterno; pero que lo hará si Dios se lo permite.

Ahora bien, San Pablo no trató de todos estos

puntos en sus cartas, luego instruyó sobre ellos á los fieles de viva voz. El Santo Apóstol cuando encarga á Timoteo que guarde el depósito de doctrina que le ha confiado, se refiere á las verdades que le habia enseñado de palabra, igualmente que á las que le habia comunicado por escrito. Luego es evidente que los Apóstoles enseñaron de palabra muchas verdades que no escribieron, y que no solo la Sagrada Escritura, ó las verdades que dejaron escritas los Apóstoles, sino tambien la tradicion, ó sean las verdades que enseñaron de viva voz, son la regla de fé de los cristianos.

## LECCION XXI.

Concluye la explicacion de la tradicion.

Aunque todo lo que enseñaron Jesucristo y los Apóstoles se contuviese expresamente en los libros del Nuevo Testamento, todavia seria necesaria la tradicion para fijar su inteligencia. En la segunda carta que escribió San Pedro á los judios convertidos del Asia, les dice: «Nuestro carísimo hermano Pablo os escribió conforme á la sabiduría que se le ha dado, como lo hace en todas sus cartas, en las cuales hay algunas cosas dificiles de comprender, cuyo sentido los indoctos é inconstantes pervierten de la misma manera que las demas Escrituras para su propia perdicion.» Y si eran dificiles de entender algunas cosas de los Sagrados libros escritos en lengua propia de los que los leían, en el mismo pais en que se escribian, ¿las entenderá ahora cualquiera despues de tantos siglos, traducidas á otro idioma, y á mil leguas del punto en que se escribieron, sin conocimiento de las costumbres y circunstancias de aquel pais, y de el modo de hablar y de explicarse sus naturales? ¿Cuánto mayor será ahora la dificultad de entenderlas y el peligro de pervertir-



las, si no hay una guia segura para el acierto? ¿Y podrá serlo la inteligencia de cada uno? Que lo diga la disidencia de los mismos protestantes en entender las Escrituras.

Otra inconsecuencia notable de los protestantes es admitir la tradicion para cerciorarse de la autenticidad de los libros Sagrados, y no admitirla para fijar su sentido. La misma tradicion que nos asegura de su autenticidad, nos instruye tambien acerca del sentido que se ha dado siempre en la Iglesia de Dios á la doctrina contenida en aquel Sagrado depósito. ¿Por qué, pues, la tradicion es digna de fé en el primer caso y en el segundo no?

«La mayor parte de las verdades de fé, como la Santísima Trinidad, la Encarnacion, la Redencion del mundo, la Resurreccion futura, la naturaleza de la felicidad eterna, los tormentos del infierno, la comunicacion del pecado original, el efecto de los Sacramentos, el de la Eucaristía en particular, la predestinacion, la eficacia de la gracia, etc., son misterios incomprensibles. De cualquiera manera que esten escritas, siempre nos quedarán algunas dudas sobre la significacion de los términos en que están escritas, porque el lenguaje humano no puede suministrarnoslos bastante claros. El olvido de las lenguas originales, la variedad de las versiones, la inexactitud de las copias, el equívoco de las voces, la mudanza de usos y costumbres, el extravío de la mente, las sutilezas de la gramática, los sofismas de los herejes, ocasionaron siempre inquietudes al comun de los lectores. Aun cuando hubiera muchos hombres capaces de superar todos estos obstáculos, si no tienen ni carácter, ni mision, ni autoridad divina, ¿á qué título pudiéramos darles fé?»

En vano repiten los protestantes que la Escritura Santa está clara sobre todos los artículos esenciales

del Cristianismo; no hay uno solo que los herejes no hayan impugnado por la Escritura misma. Dos sectas opuestas jamás han dejado de hallar en ella pasajes favorables á sus errores respectivos, y no hay absurdo que no se haya querido sostener por este medio; abuso que principió con el Cristianismo y dura todavía. ¿Y qué, nos ha dado Dios por único medio para saber lo que hemos de creer, la piedra de escándalo contra la cual han tropezado todos los incrédulos?

Desengañense los protestantes: su principio desacredita la infinita sabiduría del fundador de la religion cristiana; es contra la Escritura misma; lo repele la historia, la razon y el sentido comun: hablando cristianamente, es un principio de condenacion eterna; hablando filosóficamente, es irracional é inadmisible.

## LECCION XXII.

Establecimiento de la Iglesia Católica; su duracion; circunstancias necesarias para pertenecer á ella.

La Iglesia se puede tomar por el templo en que se congregan los verdaderos adoradores de Dios. Considerada como el conjunto de los que tributan á Dios el culto debido, se llamaba en el Antiguo Testamento sinagoga: este nombre significa una reunion así de hombres como de animales, pero por iglesia se entiende exclusivamente una congregacion de seres racionales.

La Iglesia cristiana se toma en su mayor latitud en cuanto abraza la triunfante en los cielos, la paciente en el purgatorio, y la militante en la tierra: menos latamente por la congregacion de los fieles militantes en la tierra, ya antes, ya despues de Cristo, y por último, mas estrictamente por la congregacion de los fieles bautizados que viven en este mundo, ó sea de los cristianos adheridos, así al res-

to de este cuerpo místico, como á su cabeza visible en la tierra.

La cabeza invisible de toda la Iglesia, triunfante, paciente y militante, es Jesucristo; la cabeza visible de la Iglesia cristiana militante en la tierra es el Papa, sucesor de San Pedro y vicario de Cristo.

La Iglesia triunfante durará eternamente; la paciente durará mientras haya almas que tengan que satisfacer por sus pecados en el purgatorio, despues de lo cual formará un todo con la Iglesia triunfante, la cual se compone de las almas de los justos, que despues de haber militado en la tierra, y de haber quedado victoriosos de sus enemigos, disfrutan y disfrutarán eternamente de la mas inefable felicidad, que consiste en ver á Dios cara á cara. La militante durará en la tierra hasta la consumacion de los siglos, porque hasta entonces prometió estar con ella Nuestro Señor Jesucristo.

Las personas que componen la Iglesia militante son el Papa su cabeza, los obispos, sucesores de los Apóstoles, y puestos por el Espíritu Santo para regir la grey del Señor bajo la autoridad del Papa: se compone tambien de los sacerdotes y de otros ministros, y finalmente de los simples fieles bautizados.

Las circunstancias para pertenecer á la Iglesia ó ser miembro de ella, son: 1.º Estar el hombre bautizado, sea éste justo ó predestinado, pecador ó réprobo. Por esta razon los catecúmenos como no estan bautizados, aunque sean fieles, es decir, aunque crean todas las verdades y misterios de la religion cristiana, no estan todavia en la Iglesia, ni bajo su jurisdiccion, de modo que pueda castigarlos si delinquen. 2.º Creer las verdades que nos propone la Iglesia, y reconocer su autoridad para mandarnos y gobernar; y como los herejes no creen

muchas verdades que enseña la Iglesia, ni reconocen su autoridad, no pertenecen á ella aunque estén bautizados; son miembros cortados de este cuerpo místico, porque la herejía quita la fé y la caridad, que son los vínculos con que se unen entre sí los miembros de la Iglesia. Mas para que haya verdaderamente herejía, se requiere un error contra alguna proposicion inmediatamente revelada y declarada tal por la Iglesia: tambien se requiere que haya contumacia, por la cual el que yerra persista tenazmente en su error despues de avisado por la Iglesia. Por cuya razon si alguno yerra en puntos de fé por inadvertencia ó por ignorancia aunque sea culpable, no es hereje, mientras no se haga contumaz despues de avisado suficientemente.

Tampoco pertenecen á la Iglesia los cismáticos, porque no estan unidos con los demas miembros de ella y principalmente con su cabeza; ni los excomulgados, porque han sido separados de la Iglesia por su contumacia.

La Iglesia, pues, por lo dicho, es visible y perpétua. Es tambien infalible en la doctrina que enseña relativamente á la fé y á las costumbres, porque Nuestro Señor Jesucristo le prometió repetidas veces asistirle siempre para que no errase.

De consiguiente es tambien juez competente y único de las controversias que se susciten sobre la fé y las costumbres.

Aunque el Señor pudo valerse de muchos medios para propagar por el mundo su celestial doctrina y divina religion, le plugo valerse de doce hombres del pueblo, que reunió alrededor suyo, y le siguieron por todas partes, oyendo continuamente su doctrina, presenciando sus milagros, y siendo testigos de la pureza de sus costumbres: estos eran los Apóstoles, que quiere decir enviados, porque les

envió el Señor despues de haber resucitado á predicar el Evangelio por todo el ámbito de la tierra.

Los Apóstoles pertenecian á la clase mas ínfima de la sociedad: así no tenian consideracion alguna que los distinguiese entre sus compatriotas, y carecian de relaciones con los poderosos del mundo. Eran ignorantes porque no se habian dedicado al estudio, ni á ningun arte ó profesion, que exigiese instruccion y conocimientos. Eran en extremo pobres, y tenian que trabajar diariamente para comer, así no estaban en contacto ni con la filosofia, ni con la opulencia; eran, pues, unos hombres oscuros y desvalidos, ignorados de todos y sin ninguna representacion en su patria. Ya por estas circunstancias, y ya tambien de su mismo natural, eran sumamente tímidos, como lo manifestaron cuando vieron preso á su Divino Maestro, huyendo despavoridos, como ovejas sin pastor, asustadas y descarriadas; y aun San Pedro, que era el mas animoso, y á quien habia puesto el Señor á la cabeza de todos ellos, le negó cobardemente por tres veces.

Pasma ciertamente y solo se puede atribuir á Dios, y á la fuerza de un convencimiento íntimo, que unos hombres de esta clase concibiesen el proyecto de cambiar la sobre faz de la tierra, causando una trasformacion completa y universal en la sociedad humana. Si asombroso es que concibiesen semejante proyecto, mas asombroso es todavia que lo pusiesen en ejecucion. Salieron, pues, á predicar la divinidad de Jesucristo y la nueva vida de gracia por todos los confines de la tierra: combatieron con el poder de los emperadores romanos, y de otros muchos monarcas; con la prepotencia é influencia que tenian en el pueblo los sacerdotes de los falsos dioses, tan interesados en sostener su culto, con la sabiduría y elocuencia de los filósofos, con las opi-

niones religiosas de la multitud, predicando una doctrina diametralmente opuesta á los dogmas que profesaba todo el género humano, una religion que en lugar de las festivas y agradables ficciones de la mitología, enseñaba unos misterios incomprensibles, y que en lugar de la soltura y licencia que reinaba entre los paganos, exigia el sacrificio de las inclinaciones mas predilectas del corazon humano.

En esta tarea sufrieron, como era necesario, hablando humanamente, las mayores contradicciones, persecuciones y calamidades, sin que nada les arredrase, hasta que por último derramaron su sangre, y dieron con gusto su vida por sostener la verdad de su testimonio.

Si este no hubiera sido verdadero, si Dios no hubiera intervenido en una obra tan prodigiosa, ni se concibe, ni era posible que los Apóstoles, instrumento tan poco á propósito para una hazaña de tanta magnitud, se hubiesen arrojado á una empresa, que aun en unos hombres de mérito é influencia se hubiera reputado por una temeridad y por una locura.

Sin embargo, los Apóstoles formaron el proyecto que ni aun se atrevieron á imaginar los monarcas mas poderosos, ni los mayores sábios del mundo, sin mas armas ni otros medios que su palabra; lo pusieron en ejecucion, y consiguieron que desde el Oriente hasta el Occidente se adorase el Sacrosanto nombre de Jesus, y que en todas partes se le hiciese una ofrenda pura, segun lo habia anunciado el profeta Malaquías.

Una revolucion tan extraordinaria y tan contraria á lo que se podia esperar del estado en que se hallaban todas la naciones; y si atendemos principalmente á lo inadecuado de los medios humanos que se emplearon para verificarla, está señalando á Dios por su único autor.

De consiguiente las circunstancias de los Apóstoles, su arrojo, y el resultado de su resolución, es una prueba sin réplica de la verdad y divinidad de la religion de Jesucristo.

### LECCION XXIII.

Concluye la leccion sobre el establecimiento de la Iglesia.

La semilla que esparcieron por toda la tierra los humildes operarios enviados por Jesucristo á predicar el Evangelio á toda criatura, brotó sucesivamente por todas partes de un modo maravilloso. Los emperadores y los reyes, los magnates y poderosos, los pobres y los ricos, los sábios y los ignorantes, los sacerdotes de los ídolos, personas, en fin, de uno y otro sexo y de toda edad y condicion, rindieron homenaje á las palabras de unos pocos miserables pescadores, y abrazaron la religion del Crucificado, tan contraria á la que antes profesaban, y á la que habian recibido de sus padres y mas ascendientes. Admirable es por cierto la propagacion del cristianismo, y una prueba de su divinidad.

En vano se enfurecieron contra la nueva religion los que empuñaban el cetro, y los que dirigian al pueblo. Si el establecimiento de la religion cristiana hubiera sido solamente obra de los hombres, ciertamente no hubiera podido resistir á una oposicion tan universal, tan constante, tan larga y tan cruel, como la oposicion que sufrió el cristianismo. Por espacio de tres siglos estuvieron persiguiendo á los cristianos los emperadores de Roma, que extendian su dominacion por una gran parte de la tierra entonces conocida. No se pueden contar los cristianos que en todo este tiempo fueron atormentados, y padecieron una muerte dolorosa, sin mas motivo que profesar la religion de Jesucristo. Ni el nacimiento, ni las riquezas, ni la edad, ni el sexo, ni la

sabiduría, ni la probidad, eximian de la persecucion, de los tormentos y de la muerte. Por todas parte, eran buscados los cristianos, y arrastrados á los calabozos, al potro y al patibulo. De dia y de noche, en las casas y en las calles, en el campo y en los desiertos, eran objeto de las pesquisas mas minuciosas: no habia para ellos sitio seguro en la tierra; y esta persecucion tan tenaz y tan atroz, se prolongó por espacio de trescientos años. Sin embargo, en el mismo palacio de los Césares, en el seno de las familias mas principales, entre los sacerdotes y los filósofos, así en la clase media como en la plebe, habia penetrado la luz del cielo, y cuanta mas sangre derramaban sus perseguidores, mas se aumentaba su número. No les intimidaban los tormentos, corrian presurosos y alegres á la muerte; hasta que cansada la fiereza de los tiranos, no pudiendo ya resistir á la fuerza de la verdad, y viendo ya imposible exterminar á los cristianos como se habian propuesto; y sobre todo llegado ya el tiempo preñizado por la sabiduría increada en sus eternos consejos, para la paz y seguridad de los adoradores del verdadero Dios, los emperadores y los reyes, los sacerdotes de los ídolos, los grandes y los poderosos, los sábios y los ignorantes, pueblos, naciones y continentes enteros, abandonaban las supersticiones paganas, y la monstruosa religion de las falsas deidades; y el nombre adorado de Jesus se vió acatado y reverenciado por toda la tierra, como lo habia anunciado el profeta Malaquías, siendo así que, fuera del pueblo hebreo, todas las naciones del mundo vivian en las tinieblas de la idolatría.

La constancia de los mártires que se veian aborrecidos y como expulsados ignominiosamente del trato de los demas hombres, mirados con horror y maltratados por los individuos de su misma fami-



lia; que perdian todos sus bienes y toda su consideracion, que eran objeto del ludibrio y ódio del público; que por último eran encerrados en lóbregos calabozos, y despues de ser inhumanamente atormentados, perdian la vida en un cadalso; su número, que se multiplicaba en la misma proporcion en que se aumentaban aquellas sangrientas ejecuciones, todo está probando cuán íntimamente convencidos estaban de la verdad de la religion, por la cual se sometian á tan duros y penosos sacrificios, despreciando los honores y las riquezas, y prodigando su sangre y su vida. Mas este convencimiento solo podia nacer de la fuerza irresistible de las pruebas en favor de la religion. Ni era dable que Dios permitiese en favor de una falsedad unos argumentos que así avasallaban al entendimiento humano y le conducian invenciblemente á la conviccion. Luego los mártires, sus sacrificios, su constancia y su prodigioso número, son una prueba de la verdad de la religion cristiana.

#### LECCION XXIV.

Autoridad é infalibilidad de la Iglesia.

La Iglesia es una sociedad visible: tiene su gobierno establecido por el mismo Jesucristo: ninguna sociedad puede estar bien gobernada ni aun subsistir, si su gobierno no tiene autoridad y poder para mandar á los individuos que la componen todo aquello que convenga para regirla bien, para precaver y corregir los abusos y delitos, y para mantener el orden y la buena armonía entre todos sus miembros. Por eso Jesucristo dió á su Iglesia este poder; el fundador de cualquiera institucion seria el fundador mas inepto del mundo, si así no lo hiciese. Consta de la Sagrada Escritura que así lo hizo el Señor. «El que os oye á vosotros, me oye á mí, y el que os desprecia á vosotros, me des-

precia á mí,» dijo Jesucristo á sus apóstoles, y en la persona de estos á los pastores de su Iglesia. «Si alguno no oyere á la Iglesia, dice tambien, miradle como gentil y publicano.»

Así es que la Iglesia, desde el tiempo mismo de los Apóstoles, ha usado siempre de este poder: ha mandado á los fieles, y sus mandamientos no tienen mas fin que facilitarnos el cumplimiento de las obligaciones que nos impone el mismo Dios, ó determinar el tiempo y el modo de cumplirlas.

No solamente dió el Señor á su Iglesia autoridad para regir á los fieles, é imponerles preceptos, sino que tambien la dotó de infalibilidad en sus decisiones sobre el dogma y la moral. Jesucristo encargó á sus Apóstoles que fuesen á predicar el Evangelio por todo el mundo, y les prometió que estaria con ellos hasta la consumacion de los siglos. Los apóstoles no habian de vivir siempre, y de consiguiente esta promesa tanto se entendia con ellos como con sus sucesores, los cuales componen la Iglesia *docente*. Así, el Señor asiste á esta Iglesia, ó sea al cuerpo de sus obispos, con su cabeza el romano Pontífice, para que no yerre en su doctrina; y cuanto nos enseña relativamente al dogma y á las costumbres, nos lo enseña el mismo Jesucristo. De este modo tiene el cristiano una regla segura é infalible de su creencia y de su conducta, de que careceria, si la Iglesia no estuviera dotada de infalibilidad. (Leccion XVIII y XIX.)

### LECCION XXV.

Notas ó señales de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Las notas ó señales que distinguen á la verdadera Iglesia, de las sectas de cismáticos y herejes, que se llaman cristianas, son el ser una, santa, católica y apostólica.

Es una, porque es uno solo su autor, á saber, el mismo Dios; porque tiene un solo pastor, una sola cabeza invisible, que es Cristo, y visible que es el Papa; porque no tiene mas que un fin, que es la vida eterna: por la unidad del Espíritu que vivifica el cuerpo de la Iglesia: por la unidad de los medios, como la fé, el bautismo, el pan eucarístico, y los demas sacramentos, y últimamente, por la subordinacion á los pastores que están puestos para la edificacion del cuerpo de Cristo, á fin de que los fieles no se dejen llevar de todo viento de doctrina. Pero aunque por todos estos conceptos es una la Iglesia, la nota ó señal que la distingue de las sectas de los herejes y cismáticos, es la unidad así de doctrina como de gobierno, bajo un supremo pastor, que es su cabeza visible, y bajo de otros pastores subordinados al primero, que con él traen de los Apóstoles una sucesión siempre continuada y nunca interrumpida.

La Iglesia es santa, porque es santísima su cabeza N. S. Jesucristo, que difunde su espíritu por todos los miembros de su cuerpo, dando á unos la gracia santificante, á otros el don de la perseverancia, y la fé á todos. Tambien es santa por la santidad del fin, á saber, por el culto divino, que únicamente intenta promover y extender: por la santidad de su institucion, porque todos sus preceptos, consejos y sacramentos son santos, y propios para santificar á los fieles; y últimamente, por los miembros que en ella están vivos y en gracia de Dios; porque así como se llama rica una ciudad, en donde abundan las riquezas, aunque tambien haya en ella muchos pobres, del mismo modo se llama justamente santa la Iglesia, por la santidad de muchos de sus miembros, aunque tambien haya en ella pecadores.

La Iglesia es católica, ó lo que es lo mismo, forma un todo unido y grande. Las sectas de los cismáticos y de los herejes, por mas que se digan cristianas, no son católicas, por falta de unidad en su creencia, así como no forman un cuerpo por su incoherencia las arenas del mar. No hay esta unidad en los cismáticos y herejes, ya se consideren colectivamente, como todos los cismáticos orientales y todos los pseudo-reformados occidentales; ya distributivamente, como la Iglesia constantinopolitana, anglicana, calvinista. En el primer caso no constituyen un todo, porque los obispos orientales no están unidos en un cuerpo eclesiástico: los etíopes son de distinta comunión que los egipcios y los alejandrinos, estos no concuerdan con los armenios, ni los armenios con los constantinopolitanos; así como difieren en su creencia los anglicanos de los calvinistas, los calvinistas de los anabautistas, luteranos, zuinglianos, etc. En el segundo caso consideradas las sectas cada una de por sí son unas pequeñas partes separadas de un todo, y por lo mismo no se pueden llamar católicas, ó no se puede decir que constituyen un todo grande, como lo constituye no solo por su unidad la verdadera Iglesia, sino tambien por su grande extensión, como que esta unidad abraza todo el ámbito de la tierra, pues cuenta miembros suyos y muchos en todos los puntos del globo, y en este sentido se llama con verdad universal ó católica que es lo mismo.

Por último, la Iglesia es apostólica, por cuanto enseña la misma y toda la doctrina que enseñaron los Apóstoles, ya por escrito, ya de viva voz; doctrina que ha recibid mediante una sucesion no interrumpida desde los primeros pastores ordenados y enviados por los mismos apóstoles. Pues no bas-

ta para que una Iglesia se diga y sea verdaderamente apostólica, que enseñe alguna de las verdades que enseñaron los Apóstoles, sino enseña todas las que enseñaron, y sino ha recibido esta doctrina por una sucesion legítima y no interrumpida de pastores, desde los primeros que los apóstoles instituyeron, y á quienes dieron el encargo de predicar las verdades que les enseñaron.

## LECCION XXVI.

Concluye la leccion anterior.

Por lo tanto, las que los protestantes y todos los herejes llaman sus iglesias, de ningun modo son apostólicas, aunque enseñen algunas verdades que enseñaron los Apóstoles. 1.º Porque no las enseñan todas, pues no admiten las que se han recibido por la tradicion, estableciendo solamente por regla de fé, la Sagrada Escritura, entendida segun la inteligencia privada del que la lee, lo que es un grande absurdo, del cual resulta que los protestantes enseñan mil errores contra la misma doctrina escrita de los Apóstoles, y que por lo mismo ninguna de las que ellos llaman sus iglesias, es apostólica. 2.º Porque la iglesia tiene una existencia sucesiva, por quanto la muerte prohíbe que vivan siempre los pastores; y por consiguiente, la Iglesia en que se verifica esta sucesion, es la misma que fundó Jesucristo, y no lo es, ni se puede llamar apostólica, aquella cuyos pastores no son sucesores de los Apóstoles, ni próxima ni remotamente, como sucede entre los protestantes. Lutero no era obispo, ni pastor de ninguna Iglesia, y Calvino se jactó de que no habia sido ordenado sacerdote: la doctrina, pues, que enseñaron, pasó á sus sectarios, no por los sucesores de los Apóstoles, sino por medio de unos hombres á quienes los sucesores de los Apóstoles no habian or-

denado, ni dado el encargo de predicar y enseñar. Y aunque entre los protestantes hubiese algunos obispos, no enseñaron estos la doctrina que recibieron de los sucesores de los Apóstoles. Estos obispos fueron muy pocos, recibieron de Lutero, de Calvino y de otros heresiarcas, la doctrina que predicaron: ni Jesucristo hubiera permitido que así se apartasen de su verdadera doctrina todos ó el mayor número de los obispos de su Iglesia, á quien prometió su divina asistencia hasta la consumacion de los siglos, asegurando que el error ó las puertas del infierno no prevalecerian contra ella.

Tampoco es apostólica la Iglesia de los cismáticos, aunque enseñen todo lo que enseñaron los Apóstoles, porque aunque su doctrina no se oponga á la fé, sino solamente á la caridad, cuando al cisma no acompaña alguna herejía; lo cierto es que faltando á la caridad, faltan á uno de los primeros fundamentos de la Iglesia apostólica.

De todo lo dicho se infiere y concluye que solo la Iglesia católica es verdaderamente apostólica, porque solo en ella se enseña la doctrina, y toda la doctrina que enseñaron los Apóstoles, y la cual ha recibido de los primeros pastores ordenados y enviados por ellos, por una serie nunca interrumpida de pastores, desde los primeros que fueron instituidos por los Apóstoles.

Las notas que acabamos de explicar, *una, santa, católica y apostólica*, convienen solamente á la Iglesia que profesa la misma doctrina que enseñó San Pedro en Roma, y que ha profesado siempre y profesa en el dia la Iglesia Romana, la cual por lo mismo, en union con las demas iglesias particulares que profesan la misma doctrina, es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

## LECCION XXVII.

De los concilios; lo que son, y noticia de los principales que se han celebrado en la Iglesia.

Concilio es la reunion de los prelados de la Iglesia para decidir cuestiones que pertenecen á la fé, á las costumbres ó á la disciplina. Hay concilios generales, nacionales y provinciales. Se llama concilio general ó ecuménico, el que se reputa compuesto de todos los obispos de la Iglesia: concilio nacional es la reunion de los obispos de una sola nacion; concilio provincial es el que celebra un metropolitano con los obispos de su provincia y que se llaman sufragáneos.

Para que un concilio sea general, es necesario que sean convocados todos los obispos de la cristiandad; aunque algunos no concurren á él por enfermedad, por ser demasiado ancianos, por la distancia de los lugares, ó por otras causas.

Solo el Papa tiene autoridad para convocar los concilios generales y para presidirlos por sí ó por medio de legados. Si en los cinco ó seis primeros siglos de la Iglesia parece haberlos convocado los emperadores, jamás se hizo esta convocacion sin la invitacion ó el consentimiento de los Papas. En aquellos tiempos la Iglesia Cristiana no se extendia mas allá de los límites del imperio romano; y así era natural que los emperadores, hechos ya cristianos, entendiesen de algun modo en la reunion de los concilios generales, cuyos gastos solo ellos podian soportar; porque los obispos, que casi todos eran súbditos suyos, eran muy pobres y no podian soportar los dispendios de su viaje, muchos de ellos de un extremo al otro del imperio. Antes de la conversion de Constantino se celebraron cerca de cuarenta concilios particulares, bastante numerosos algunos de ellos, y seguramente no fueron convoca-

dos por los emperadores paganos, sin que esto obstase para que tuvieran fuerza sus decisiones.

Dividido el imperio romano en diferentes estados independientes, extendida la fé cristiana por todas las partes del mundo, ningun soberano, ningun gobierno tiene derecho para convocar á concilio á obispos que no son sus súbditos.

Es necesario, pues, que el Sumo Pontífice, como cabeza de la Iglesia universal, convoque los concilios generales, y que tenga derecho para presidirlos, y para dirigir sus decisiones á toda la Iglesia. De consiguiente este derecho, esta autoridad, no es un efecto de la condescendencia de los soberanos, ni una cesion por parte de los obispos, sino una consecuencia necesaria de la universalidad de la Iglesia, lo cual demuestra la sabiduría de Jesucristo en haber dado á San Pedro y á sus sucesores un poder de jurisdiccion sobre la Iglesia entera.

Por la misma razon, siempre que el Sumo Pontífice ha asistido á un concilio, nadie le ha disputado el derecho de presidirlo. Ningun concilio se ha reputado por ecuménico en la Iglesia, si no ha sido presidido, ó bien aprobado y confirmado por los Papas: ningun patriarca, ningun prelado, por grande que sea su dignidad, por extensa que haya sido su jurisdiccion, ha gozado como el romano Pontífice el privilegio de presidir el concilio por medio de sus legados; no hay ni siquiera uno entre todos los generales, desde el primero que se celebró hasta el de Trento inclusive, en que no se encuentren pruebas suficientes de la autoridad del Papa en esta parte.

Los Papas han negado la sancion, cuando les ha parecido justo, á lo acordado en los concilios generales, y la Iglesia se ha atendido á su negativa. Así aunque el Papa Leon convocó el concilio de Calcedonia en que presidieron sus legados, jamás quiso



aprobar el cánon 28 de aquel concilio, y toda la Iglesia se adhirió á la decision de aquel Santo Pontífice. Mas de un siglo tardaron todas las Iglesias de Occidente en admitir como legítimo el quinto concilio de Constantinopla, y no le reconocieron por tal hasta que fué aprobado por el papa Vigilio.

### LECCION XXVIII.

Concluye la leccion anterior.

En cuanto á los concilios generales que se han celebrado en la Iglesia, unos cuentan 17, otros 18, y otros 19. El primero fué el de Nicea, que se celebró en aquella ciudad y fué convocado el año 325 siendo Constantino Emperador. Asistieron á él 318 obispos, y presidió el español Osio, obispo de Córdoba. En este concilio se decidió contra los arrianos la consustancialidad del Verbo y la divinidad de Jesucristo.

El segundo es el de Constantinopla, celebrado el año 381, y en el cual se confirmó la fe de Nicea, y se profesó la divinidad del Espíritu Santo, contra los macedonianos. El tercero se celebró en Efeso el año de 431; en él se decidió contra Nestorio que la Virgen María es verdaderamente Madre de Dios. El cuarto, celebrado en Calcedonia el año de 451, y al que asistieron mas de 600 obispos, confirmó el anatema pronunciado en Efeso contra Nestorio, y condenó á Eutiques, el cual enseñaba que no hay en Jesucristo mas que una sola naturaleza. El quinto es el segundo, que se celebró en Constantinopla el año de 553; en él se condenaron los tres capítulos ó escritos que favorecian la doctrina de Nestorio. El sexto, tercero de Constantinopla, se congregó el año de 680, y proscribió el error de los Monotelitas, que no admitian en Jesucristo mas que una sola voluntad. El séptimo, que es el segundo de Nicea, fué convocado el año de 787 contra los Iconoclastas, que reprobaban el uso y culto de las imágenes, y las ha-

cian pedazos. El octavo, que es el cuarto de Constantinopla, fué convocado el año 869: en él fué anatematizado y depuesto Fócio, que habia invadido la silla de Constantinopla, de donde tuvo origen el cisma de los griegos.

Todos estos concilios se celebraron en Oriente; los restantes se han celebrado en Occidente. El noveno es el primero de Letran, llamado así porque se celebró en Roma en la Iglesia de San Juan de Letran el año 1123: en él solo se establecieron cánones relativos á la disciplina. El décimo, que es el segundo Lateranense, se celebró el año 1159: en él fué condenado Arnaldo de Brisia ó Bresa, discípulo de Abelardo: tambien fueron condenados los Maniqueos.

El 11, que es el tercero de Letran, fué convocado el año de 1179. Reformó los abusos introducidos en la disciplina, y anatematizó la conducta de los Albigenses y Valdenses. El 12, cuarto de Letran, se celebró el año 1215, y en él se expuso la doctrina católica contra los Albigenses y Valdenses. El 13, que es el primero de Lyon, ó Lugdunense, se celebró el año de 1245. Presidió el Papa Inocencio IV, que pronunció sentencia de excomunion contra el emperador Federico, en presencia del emperador de Constantinopla. En él se dieron algunas constituciones relativas á la disciplina y á la expedicion á la Tierra Santa. El 14, segundo de Lyon, se congregó el año 1274: asistieron á él mas de 500 obispos, 70 abades y 1000 prelados inferiores. En este concilio volvió á unirse á la Iglesia latina la Iglesia griega, que se habia separado de ella á mediados del siglo XI. El 15 se tuvo en Viena del De!finado el año de 1311. En este concilio fué extirpada la órden de los Templarios, y se condenaron los errores de los Beguardos y Beguinos.

Algunos tienen también por general el concilio de Constanza, celebrado el año de 1414, que en este caso será el 16. Se celebró para extinguir el gran cisma que se había levantado en Occidente por la pretensión de muchos á la Tiara, y para condenar, como se condenaron, los errores de Wídef, de Juan Hus, y de Gerónimo de Praga.

Algunos cuentan por 17 concilio general el de Basilea, convocado el año de 1431 y por 18 el de Florencia, celebrado el año de 1458; pero otros refunden estos dos concilios en uno solo, por haberse empezado á celebrar el segundo á continuacion del primero: el cual ciertamente no se reputa por general en sus últimas sesiones. Y en cuanto al de Florencia, solo le tienen algunos por general hasta que se ausentaron los griegos que á él concurren.

En este concilio quedaron cortadas todas las diferencias que separaban á la Iglesia latina de la Iglesia griega, la cual reconoció y confesó el primado por derecho divino del romano Pontífice en toda la Iglesia, y así lo definió en union con la Iglesia latina.

El 19 y último concilio general es el de Trento, que empezó el año 1545, y suspendido algunas veces, se concluyó el año 1563. En este concilio se condenaron las herejías de Lutero y de Calvino, se defendieron muchos dogmas y se restauró la disciplina de la Iglesia.

Los concilios generales con sus disposiciones han dado reglas muy sábias para el gobierno de la Iglesia; también las han dado para el gobierno de las iglesias particulares de algun estado los concilios nacionales, que adoptados despues por la Iglesia universal, tienen en ella la misma fuerza que si hubieran sido dadas en un concilio general. En este punto son célebres en la historia de la Iglesia nuestros concilios nacionales celebrados en Toledo.

## LECCION XXIX.

El Sumo Pontífice es, por autoridad divina, pastor universal y cabeza de toda la Iglesia; y obtiene en ella no solamente el primado de honor, sino tambien el de autoridad y potestad.

Es imposible que la Iglesia se gobierne por los concilios. La Iglesia Católica se extiende por toda la tierra: hay obispos en Europa, en América, en Africa, en Asia y en Oceania: la distancia de los lugares, los intereses políticos de los estados, y otras muchas causas hacen muy difícil la reunion de un concilio general: tampoco este pudiera estar siempre reunido para gobernar la Iglesia, sin faltar los obispos en sus sillas; ni á estos se pudiera encomendar el gobierno de sus iglesias respectivas con arreglo á los cánones y mandatos de un concilio general, sin una cabeza que los presidiese á ellos y á la Iglesia entera: porque con arreglo á los mismos cánones de los concilios generales, ocurre diariamente dar disposiciones respecto de toda la Iglesia, y los obispos solo tienen jurisdiccion en la suya propia; y por otra parte muchas de estas disposiciones no pudieran estar suspendidas, sin un grande é irremediable detrimento de toda la Iglesia, hasta la reunion de un concilio general; reunion por otra parte sumamente difícil, y algunas veces imposible.

No siendo, pues, factible que la Iglesia se gobierne solo por los concilios, y siendo la Iglesia un cuerpo social que no puede subsistir sin un gobierno, es claro que hay necesidad de recurrir á una cabeza que la gobierne. Esta cabeza es el romano Pontífice, sucesor de San Pedro, á quien Jesucristo encomendó la direccion y apacentamiento de toda su grey. Jesucristo constituyó á San Pedro piedra fundamental de su Iglesia, y le dió las llaves.

y el poder de atar y desatar, que en el lenguaje de la Sagrada Escritura significan autoridad y poder; autoridad y poder que ejerció el Santo Apóstol mientras vivió, como se puede ver en los Hechos de los Apóstoles.

Los sucesores de San Pedro, por disposición divina han heredado esta autoridad y este poder; así lo atestigua toda la tradición, ya escrita, ya oral, ya práctica. Ni podía menos de ser así: una asociación cuyos límites son los de la tierra, cuyo fin ha de ser el del género humano; una asociación tan vasta en su duración y en el número de sus asociados; esta asociación sin jefe, sin un centro de donde salgan las disposiciones para su buen gobierno; una institución en que cada uno es el árbitro de su creencia y de la dirección de sus acciones; semejante institución no es obra de un Dios infinitamente sabio; es, sí, la invención, la obra de los protestantes, por eso falta entre ellos la uniformidad en la creencia, en el culto y en la moral; cada secta sigue á su jefe, cada jefe se aparta de la opinión de sus coheresiarcas; y como si todavía fuera de poca consideración este desorden, cada individuo está autorizado para crearse su creencia y su culto y para arreglar su conducta moral, según su conciencia ó sus opiniones, á despecho del parecer de sus doctores, y de los mismos inventores de semejantes desatinos: pues esta misma confusión, esta misma monstruosidad se veía en toda la Iglesia Cristiana, si en ella no hubiera una cabeza que dirigiese los miembros de este cuerpo místico, si en ella no se reconociese una autoridad suprema, á quien todos estuviesen obligados á obedecer.

Es innegable que San Pedro fué instituido por Jesucristo cabeza del apostolado y de toda su Iglesia. Si esta dignidad y autoridad hubiera sido solamen-

te personal, si hubiera espirado con San Pedro; si este Apóstol no hubiera tenido sucesores en el poder de gobernar la Iglesia, no hubiera instituido Jesucristo la sociedad cristiana sino para muy poco tiempo; porque sin cabeza, sin una autoridad primera á quien todos los asociados rindan obediencia, repetimos que no puede haber sociedad alguna. Mas Jesucristo fundó su Iglesia para siempre, y de consiguiente quiso que tuviese siempre una cabeza. Esta cabeza es el romano Pontífice, como sucesor de San Pedro en el primado y autoridad que tuvo el Santo Apóstol en toda la Iglesia. Así, pues, todos los cristianos estan obligados á respetar y obedecer al romano Pontífice, como sucesor de San Pedro, y por lo tanto vicario de Jesucristo en la tierra.

### LECCION XXX.

La religion cristiana es verdadera.—La religion cristiana es divina.

El hombre puede convencerse solo por la luz de la razon, de la verdad de la religion católica, considerando con imparcialidad los fundamentos y pruebas que la demuestran: la meditacion y la buena intencion le conducirán á descubrir en la religion cristiana el carácter de divina.

Habia mandado el Señor á los Apóstoles que predicasen su doctrina á todos los hombres, y les anunció que recibirian el Espíritu Santo, y que darian testimonio de su divinidad en toda la Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Cumplióse la promesa del divino Salvador; recibieron los Apóstoles el Espíritu Santo, y llenos de valor salieron á predicar la divinidad de Jesucristo por la populosa ciudad de Jerusalem. Acababa de ser crucificado en ella nuestro Redentor, y sin embargo, abrazaron su fé cerca de tres mil personas, admirados todos de que siendo galileos los Apóstoles, y hablando dife-

rentes idiomas los que los oían, los entendiesen cada uno en su lengua. Contribuyeron tambien mucho á esta conversion, las enérgicas exhortaciones de San Pedro, fundadas en las profecías y en su cumplimiento, tan manifiesto en la persona de Jesucristo. El mismo Santo Apóstol, curó milagrosamente á un cojo de nacimiento, diciéndole que en nombre de Jesucristo Nazareno se levantase y anduviese. Tenia aquel hombre mas de cuarenta años, y le ponian todos los dias á la puerta del templo á pedir limosna: por esta razon le conocia toda la ciudad: presenciaron muchos el milagro, y así fué general y grande la admiracion. Con este motivo habló San Pedro á la multitud, recordándoles y explicándoles las profecías, á cuyo cumplimiento habian contribuido ellos mismos dando la muerte á Jesus, y se convirtieron aquel dia cinco mil judíos.

Fieles los Apóstoles al mandato de su divino Maestro, se repartieron por todo el mundo, y hasta en las tierras mas lejanas predicaron su celestial doctrina. Lo mismo hicieron sus sucesores, y los discípulos de estos. La doctrina Evangélica pugnaba con la inteligencia carnal y grosera que daban á las Santas Escrituras, y especialmente á las profecías, los doctores de la ley de Moisés y generalmente todo el pueblo judáico; eran muy pocos los que las entendian en su verdadero sentido. Pugnaba tambien con las luces de los filósofos, con la idolatría extendida y arraigada por toda la tierra, con el interés de los sacerdotes de los ídolos, y sobre todo con las preocupaciones religiosas de los emperadores romanos, revestidos de un poder formidable. Presentaba la doctrina de Jesucristo muchos misterios incomprensibles á la razon humana, y prescribía una moral austera á unas generaciones entregadas á la mas ámplia licencia de costumbres, autori-

zada, sancionada y aun santificada por la monstruosa religion que reinaba en el mundo, y á la cual, sin embargo, estaba fuertemente adherido casi todo el género humano.

Reunidos tantos y tan poderosos motivos, produjeron como era natural, una oposicion terrible á la propagacion de la nueva religion que se predicaba á los hombres, y suscitaron una persecucion cruel, y prolongada por espacio de tres siglos contra todos los que la enseñaban y abrazaban. Si esta religion no hubiera venido del cielo, si hubiera sido una concepcion de alguna escuela filosófica, su extincion hubiera acompañado á su nacimiento y aparicion: ninguna fuerza humana hubiera podido vencer obstáculos tantos y de tanta magnitud.

Con todo, los Apóstoles, hombres rudos é ignorantes, pobres, desconocidos, sin una siquiera de aquellas cualidades exteriores que dan autoridad en el mundo, consiguieron atraer á su doctrina un sin número de personas en todas partes. Sus discípulos y sucesores obtuvieron el mismo feliz éxito. La resistencia mas tenaz, los tormentos mas atroces, una muerte inhumanamente prolongada, promesas seductoras, halagos poderosamente atractivos: nada impidió la propagacion del cristianismo; le abrazaron sus perseguidores, los pueblos, los filósofos y los reyes; y despues de diez y ocho siglos, cada dia está haciendo nuevas adquisiciones en aquellos pueblos, que se hallan en la misma situacion en que se hallaban todos cuando empezó á propagarse.

### LECCION XXXI.

Concluye la leccion anterior.

Muchos sábios que abrazaron la religion del Crucificado en los primeros tiempos, presentaban su apologia á los filósofos y á los emperadores, é invitaban á todo el mundo á que se acercase á exami-



nar su fondo y sus pruebas. Lo mismo hacen ahora y han hecho siempre los cristianos celosos é instruidos. La verdad de la religion nada tiene que temer del exámen de la razon: todo cuanto prescribe está en la mas completa armonía con las luces de nuestro entendimiento: las pruebas de su verdad, en medio de las verdades incomprendibles que nos enseña, las presenta su misma propagacion: solo la fuerza irresistible de la verdad, pudo hacer á todo el género humano abandonar sus creencias, y abrazar una creencia nueva, opuesta á todas las ideas, á todos los hábitos religiosos que dominaban en el mundo: solo la fuerza irresistible de la verdad, pudo reducir á todos los hombres á profesar una religion que proscribía muchas inclinaciones, muchos placeres predilectos del corazon humano, que hallaban permitidos y aun santificados por la religion que abandonaban. Esta fuerza irresistible la hallaba el entendimiento humano en los milagros, y en el cumplimiento de las profecías que eran tambien un verdadero milagro. Todos los hombres conocen que hay un Dios, y se doblegan ante su sabiduría y veracidad. Todos saben que el milagro es obra exclusiva de Dios: así adoptan con facilidad la doctrina confirmada con milagros.

La verdad de los milagros que hicieron Jesucristo y los Apóstoles, se prueba hasta la última evidencia. Lo extraordinario, lo prodigioso, lo sobrenatural de un hecho, no debilita en lo mas mínimo la fuerza de las razones que patentizan su realidad. Todo el mundo ha creído siempre la existencia de los hechos, por mas que superen las fuerzas naturales, cuando la ven invenciblemente confirmada. La voluntaria conversion del mundo entero al cristianismo, hubiera sido imposible, si los hombres no se hubieran convencido de su verdad: mas este convenci-

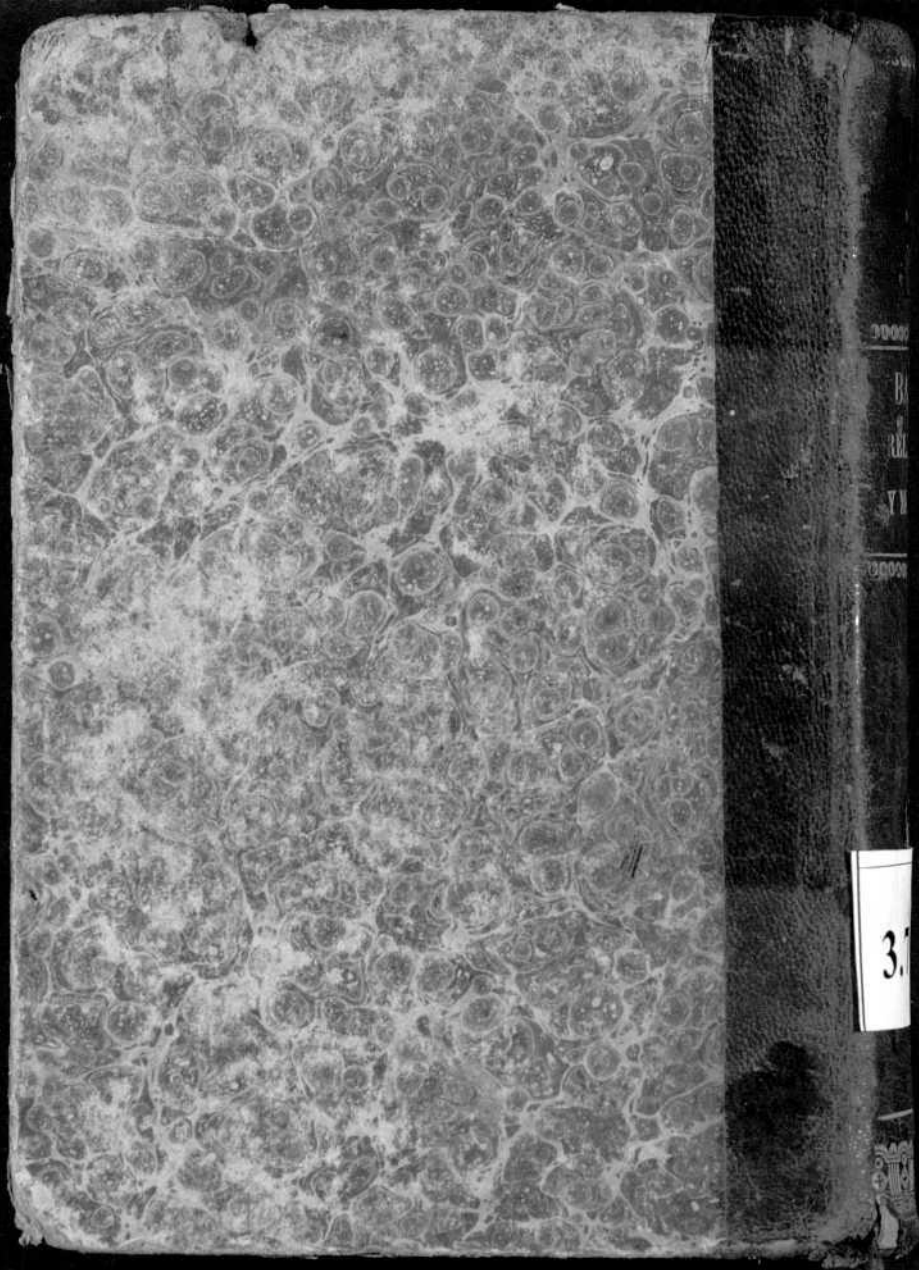
miento solo podia nacer del convencimiento de la verdad de los milagros: ninguna otra prueba por fuerte que fuese, hubiera podido arrastrar invenciblemente al entendimiento humano á una conviccion completa: luego eran verdaderos los milagros que hicieron Jesucristo y los Apóstoles en confirmacion de la religion que predicaron. La tradicion, acompañada de los requisitos que debe tener, nos conduce á dar asenso á los acontecimientos naturales que no hemos presenciado: esta misma tradicion nos conduce igualmente á creer los hechos sobrenaturales; no hay ninguna razon para desechar estos, y admitir aquellos; la tradicion, en cuanto á los milagros que confirman la verdad de la religion cristiana, nada deja que desear aun al espíritu mas caviloso y descontentadizo. La esencia de la religion cristiana estriba en la verdad de que Jesucristo es Dios; y esta verdad se halla, pues, demostrada hasta el último punto de evidencia; lo conocerá, y se convencerá, el que considere atentamente sus pruebas y fundamentos.

Lo que se necesita en este caso es la buena fé, una resolucion sincera y firme de averiguar la verdad. El que se acerque á investigarla con esta disposicion, la hallará de seguro, en la religion de Jesucristo. Mas el que solamente se proponga suministrar alimento á sus dudas, á sus preocupaciones, ó á su obstinada incredulidad, la misma luz de la verdad le deslumbrará y confundirá, y su obcecacion se aumentará: seguirá en su ceguedad, morirá en su incredulidad; pero la religion de Jesucristo siempre será verdadera, porque «la verdad del Señor permanece eternamente.»









BOOK  
B  
M  
VI

37

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

BAEZA  
RELIGION  
Y MORAL

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

3.762

